

MEXICO 68

Entrevistas con activistas del movimiento estudiantil — Renata von Hanffstengel, Carlos Sevilla, Silvia González Marín, Rodolfo Echeverría, Elena Poniatowska, Marcelino Perelló, Raúl Moreno Wonchee, Carolia Paniagua, Selma Beraud, Hira de Gortari, María Teresa Losada, Raúl Álvarez Garín, Carmen Soler, Ana Ignacia Rodríguez, María Fernanda Campa, Patricia Eugenia de los Ríos Lozano, Mercedes Perelló, Deborah Dultzin Kessler



Dedico este libro a mis compañeros de entrevista, a la memoria de Eduardo Blaisten y de todos los que desaparecieron y murieron en la lucha.



MEXICO 68

Heidrun Holzfeind

Entrevistas con activistas del movimiento estudiantil
Prefacio de Jorge Reynoso Pohlenz



ÍNDICE

[Prefacio de Jorge Reynoso Pohlenz—p. 7](#)

Entrevistas

[Renata von Hanffstengel—p. 8](#)

Profesora de Literatura Alemanas, UNAM

[Carlos Sevilla González—p. 21](#)

Profesor de Ciencias Políticas, UNAM

[Silvia González Marín—p. 34](#)

Historiadora, Instituto de Investigaciones Bibliográficas, UNAM

[Rodolfo Echeverría Martínez—p. 45](#)

Comisión Nacional para el Desarrollo de los Pueblos Indígenas

[Elena Poniatowska—p. 54](#)

Escritora

[Marcelino Perelló Valls—p. 61](#)

Profesor de Matemáticas, UNAM

[Raúl Moreno Wonchee—p. 83](#)

Investigador, Centro de Investigaciones sobre América Latina y el Caribe, UNAM

[Carolia Paniagua—p. 101](#)

Psicóloga y pintora

[Selma Beraud—p. 109](#)

Actriz

[Hira de Gortari—p. 115](#)

Historiador, Instituto de Investigaciones Sociales, UNAM

[Maria Teresa Losada—p. 124](#)

Socióloga, Facultad de Ciencias Políticas y Sociales, UNAM

[Raúl Álvarez Garín—p. 130](#)

Físico, escritor e integrante del Comité de 68

[Carmen Soler—p. 150](#)

Profesora de Bioquímica y Virología, Instituto de Investigaciones Biomédicas, UNAM

[Ana Ignacia Rodríguez—p. 162](#)

Activista por los Derechos Humanos

[Maria Fernanda Campa Uranga—p. 173](#)

Geóloga, Universidad Autónoma de la Ciudad de Mexico

[Patricia Eugenia de los Ríos Lozano—p. 188](#)

Profesora de Ciencias Políticas y Sociales, Universidad Iberoamericana

[Mercedes Perelló—p. 195](#)

Psicóloga, Coordinadora de Servicios Editoriales, Facultad de Ciencias, UNAM

[Deborah Dultzin Kessler—p. 209](#)

Astrónoma, Instituto de Astronomía, UNAM

[Cronología—p. 217](#)[Glosario—p. 220](#)[Sobre la artista—p. 222](#)[Colofón—p. 224](#)

PREFACIO

El 40 aniversario del Movimiento Estudiantil de 1968 fue conmemorado con una cantidad considerable de eventos: exposiciones, publicaciones, conferencias, programas televisivos y radiofónicos. No solamente la Universidad Nacional Autónoma de México y el Instituto Politécnico Nacional —herederos directos del movimiento del 68— programaron un destacado número de actividades, sino también la ciudad y otras instituciones públicas y privadas. Al parecer, la tragedia de Tlatelolco y la represión gubernamental al movimiento del 68 están siendo asimilados, desde la perspectiva política, de una manera similar a cualquier acontecimiento histórico trágico y relevante que se encuentra a una respetable y segura distancia en el pasado. La asimilación institucional de ese tipo de acontecimientos implica otorgarles una lectura positiva: son una lección, una moraleja, un suceso que nos permite encaminar los pasos hacia el proyecto de nación que aspiramos. Dentro de este punto de vista —mezcla de historia documental e interpretación política de un “destino histórico”— el movimiento del 68 fue un antecedente fundamental para el desarrollo democrático de México, ya que propugnaba por espacios más amplios y legítimos de participación social, espacios inexistentes hace cuarenta años. Sin embargo, esta lectura en ocasiones soslaya el ejercicio de contrastar las exigencias y expectativas del movimiento del 68 con los posibles logros y el estado actual de la democracia mexicana. El proceso de “musealizar” el 68 puede derivar en una homologación de sus sentidos, de sus causas y efectos, reduciendo su complejidad y paradojas por medio del proceso de divulgarlo y adaptarlo a los actuales juegos de poder y al vigente mosaico institucional.

Por otro lado, la musealización de las tragedias históricas generalmente recurre a medios popularmente efectivos y emotivos de poética audiovisual: la asimilación social de lo trágico generalmente privilegia la catarsis poética frente a los, posiblemente imposibles, ejercicios de racionalización. Cuando la tragedia no es la muerte de un héroe, sino un genocidio es la poética de lo cuantitativamente abominable lo que se destaca, a no ser que se recurra a la estrategia de la novelística, en la que se relatan los avatares de algunos personajes representativos y entrañables. Heidrun Holzfeind descartó ambas posibilidades, optando por el aparentemente frío medio de la recopilación documental. Pero la forma en que Holzfeind desplegó el proyecto documental no descarta una aproximación emotiva, sino que la retorna a los mismos actores del movimiento estudiantil, actores que, desde el punto de vista del presente, evalúan y sopesan las repercusiones personales y sociales de su participación en el movimiento. Innegablemente, este proyecto de Holzfeind exige al público un grado de atención y disciplina distante al de muchas obras de arte contemporáneo relacionadas con la reflexión histórica. Pero el esfuerzo de atender la totalidad de las entrevistas y otros documentos permite experimentar la “retrospección” del 68 mexicano de una manera más próxima al horizonte de las relaciones humanas, horizonte que admite la paradoja,

la complejidad y la problematización de las relaciones entre los individuos y su mundo.

Tras un periodo de cinco años de fuerte coerción, el PRI —el Partido Revolucionario Institucional, la corporación política que se aferró al poder gubernamental federal de 1921 a 2000— hizo un esfuerzo por integrar a algunos de los líderes del movimiento del 68 a programas de orientación social. Muchos se quedaron en las universidades públicas para seguir exitosamente con sus carreras académicas. Al principio, la vieja guardia de la izquierda mexicana no estaba del todo convencida de que estos “nuevos” radicales estuvieran realmente relacionados con el proceso de la Revolución Proletaria, pero, a fin de cuentas, el reconocimiento social de la izquierda como una alternativa política real e institucional dependía mucho de las iniciativas llevada a cabo por los que participaron en el movimiento del 68. Este proceso de reflexión y asimilación está lejos de terminar; el proyecto de Holzfeind nos ayuda a entender cómo estas experiencias humanas, incluso cuando no son evidentes para el ojo mediático, contribuyen a nuestra “topografía” social, creando lo que podríamos llamar un sentido real de la realidad.

Jorge Reynoso Pohlenz (1968) estudió arquitectura en la UNAM. Fue subdirector del Museo Carrillo Gil y director de la Sala de Arte Público Siqueiros. Actualmente es el coordinador académico del Museo Universitario de Arte Contemporáneo (MUAC) en la UNAM. Enseña teoría del arte en la Escuela Nacional de Pintura, Escultura y Gráfica. Colabora con muchas publicaciones relacionadas con el arte contemporáneo, y está preparando un curso sobre la influencia del misticismo en los movimientos de arte moderno.

RENATA VON HANFFSTENGEL

Nació en Alemania en 1934. Obtuvo su maestría en estudios latinoamericanos en la UNAM y su doctorado en literatura alemana en la Universidad Humboldt en Berlín. Fue profesora de lengua y literatura alemanas en la UNAM hasta 2006. Entre 1978 y 1981 fungió como agregada cultural en la embajada de México en Berlín. Es autora y editora de varios libros, entre otros *Tlatelolco*, ocho años después (México, 1976), una antología de seis entrevistas con protagonistas del 68.

Renata, le pido que se presente con algunos datos personales.

Inicié mis actividades docentes en la UNAM justamente al principio del fatídico año de 1968. He impartido cursos sobre literatura escrita en lengua alemana con su fondo social e histórico, así como cursos del idioma alemán, tanto en el Centro de Enseñanzas de Lenguas Extranjeras como en la Facultad de Filosofía y Letras de la UNAM. Había obtenido mi Licenciatura en estudios latinoamericanos de la Universidad de San Diego, en California, y mi Maestría en la UNAM en lengua y literatura hispánicas, pero lo que se necesitaba eran profesores en letras alemanas, de manera que cambié mi especialización. Muchos años después hice mi doctorado en letras alemanas en Berlín.

Entonces, ¿vivió directamente los inicios del movimiento estudiantil?

Sí, en efecto, y muy de cerca. Mi entonces esposo, Carlos Sevilla, era estudiante de ciencias políticas y también profesor de la UNAM, fue un izquierdista bastante radical, como lo fueron todos los que tenían cerebro y espíritu crítico en aquel entonces. Acababa de participar en la fundación de las prepas populares, que debían complementar el cupo siempre limitado de las preparatorias oficiales ya existentes. Con otras palabras, Carlos no se encontraba en la torre de marfil con sus convicciones, sino luchaba para convertirlas en realidad. Formaba parte de un grupo militante, que incluso editaba una revista, *Perspectiva Mundial*, y traducía y editaba escritos marxistas.

Recuerdo como si fuera hoy cuando el 26 de julio de 1968 se llevó a cabo una manifestación en conmemoración de la victoria de la revolución cubana. Por supuesto que mi esposo fue a tomar parte en ella, y regresó bastante consternado. Yo me había quedado en casa, seguramente dando clases particulares; trabajaba sin descanso. Él hacía la política y yo proveía lo necesario para la familia. Nuestra pequeña hija de cuatro años asistía al kinder del Colegio Americano. En las mañanas yo daba clases en el mismo colegio. Llegó Carlos de la manifestación y con su agudo sentido político y extraordinaria inteligencia percibió que algo grave iba a suceder. Dijo que se habían arrojado piedras, y no por parte de los estudiantes, sino que se trataba de una provocación, porque las piedras se encontraban de antemano en los botes de basura a lo largo del trayecto de la marcha. Y como siempre en aquel entonces, tenía mucha razón. Fue el inicio del movimiento estudiantil en México, que se contagió con el movimiento estudiantil de Francia, con el de la República Federal de Alemania, y estas a su vez

con la Primavera de Praga. En México se extendía un descontento general contra la presión política del partido oficial, el PRI, que ya no dejaba lugar a libertades políticas de ningún tipo. Por eso no se puede decir que Francia había traído el movimiento a México. El hecho es que aquí había motivos de peso que lo hicieron estallar.

Yo me limitaba entonces a acompañar a las marchas tomando fotografías. Con justa razón mi esposo decía que, si bien estaba yo nacionalizada mexicana, los medios de represión gubernamentales iban a hacer caso omiso de esto, encerrándome o deportándome en caso de involucrarme activamente. De por sí las mujeres participaban más bien en el fondo.

¿De dónde viene esta hostilidad contra los extranjeros?

El gobierno buscaba culpables o chivos expiatorios. Yo creo que el presidente de aquel entonces no tenía idea de la efervescencia en el país, tal vez por ceguera, tal vez por falta de sensibilidad política. Buscaba culpables. Por ejemplo, un día apareció una foto en uno de los diarios más importantes entonces, creo en Excélsior, de unos comerciantes —no sé si eran franceses, libaneses o turcos— con el subtítulo: “Esos son los culpables de la rebelión”. Fue absolutamente ridículo; todos sabían que no era así.

¿Cuáles fueron, entonces, en su opinión, los motivos para el estallido del movimiento? ¿Hubo detonadores concretos, luchas entre diferentes escuelas?

Estos detonadores fueron artificiales, a raíz de esta marcha en favor de la revolución cubana. La realidad era que la situación estaba madura: el PRI ya sólo era institucional; de revolucionario no le quedaba nada. Los sindicatos eran blancos, sindicatos charros; el gobierno los tenía bien controlados, y los pocos auténticos estaban en una situación muy difícil.

Entonces, la meta fue romper el monopolio del PRI. ¿También se trataba de la desigualdad social? ¿La lucha de clases fue una de las metas? ¿Eliminar las grandes diferencias entre pobres y ricos?

Yo tengo la impresión que la meta fue romper el monopolio de poder del PRI. Porque la diferencia entre pobre y rico no era tan escandalosa como hoy. Los productos del campo tenían mejores precios, la importación estaba controlada y la industria nacional, protegida. El poder adquisitivo del salario era mayor. De manera que yo creo que se trataba más bien de un movimiento político que de uno social. Se trataba en concreto de los derechos políticos del ciudadano, que incluyen la formación de sindicatos independientes, el derecho a la huelga, la libertad de prensa, por ejemplo. Todavía había el recuerdo vivo del movimiento de los médicos, de los ferrocarrileros, que ahora reforzaba el movimiento estudiantil. No se trataba en aquel entonces de un enfrentamiento entre pobres y ricos, lo cual muy bien podría ser el detonante para cualquier erupción hoy día.

¿Podría describir cómo empezaron las protestas? Según parece, la población se solidarizó.

Sí, la población general fue muy solidaria con los estudiantes desde el principio. Estaban enojados con el gobierno y a favor de la revolución cubana. Esto se vio en la manifestación del 26 de julio, nada grata para el presidente, que era conservador y autoritario. A raíz de ésta se detuvieron a algunos estudiantes. Así surgió la demanda: “¡Libertad a los presos políticos!”. Entonces, el rector de la UNAM en persona encabezó una marcha pacífica —yo la acompañé tomando fotos— para mostrar al gobierno: estamos presentes y protestamos contra la detención sin más ni más de las personas, en especial, de preparatorianos y estudiantes universitarios. Así empezó, con esta manifestación pacífica y disciplinada. Como no se liberaron los detenidos, se llamó a otra y otra manifestación para liberarlos, para que renunciaran los jefes policíacos, cada vez tomó formas más grandes, una reacción en cadena contra las arbitrariedades en las medidas de represión por parte del Estado. La lista de las demandas creció cada vez más, con demandas que el gobierno no cumplió, por supuesto.

¿Se solidarizaron los trabajadores?

Había ciertos grupos de trabajadores, los pequeños sindicatos independientes, que se solidarizaron inmediatamente. Luego aparecieron otros grupos con demandas no cumplidas que retomaron su lucha, y también grupos de ciudadanos que exigían viviendas, otros que demandaron el cumplimiento de promesas hechas por políticos.

La UNAM fue el centro de la huelga estudiantil, en especial la Facultad de Filosofía y Letras.

Efectivamente, en aquel entonces esta universidad fue la más importante en cuanto a dimensión y número de estudiantes, y la Facultad de Filosofía y Letras era militantemente de izquierda. Eso se derivaba en parte de la propia revolución mexicana, y en parte de la guerra civil española, porque los intelectuales y escritores republicanos, los exiliados de la izquierda europea estaban activos como profesores, periodistas, editores. Se estudiaba el marxismo.

¿Los profesores eran leales al movimiento?

Yo diría que sí. En el Centro de Enseñanza de Lenguas Extranjeras donde yo trabajaba, había muchos profesores extranjeros que se mantuvieron alejados. En las Facultades, en especial la de Leyes, había muchos estudiantes conservadores. En otras, sin embargo, las de Ciencias, de Medicina, los profesores se activaron, y muy pronto se unieron los del IPN, con mucho arrojo, mucho valor. Luego se unieron al movimiento profesores y estudiantes de las Escuelas de Agricultura y de las Escuelas Normales. Estas escuelas de provincia que forman a los profesores de primaria son una herencia de la revolución en las que se ha conservado el espíritu de las campañas de

alfabetización y de enseñanza de las leyes y de los derechos del pueblo. Incluso, hoy en día hay problemas en relación con ellas cada año, porque se les quiere cerrar, ahogar el espíritu libertario en la educación. Y las Escuelas de Agricultura también se están cerrando, ya que se dejó morir el agro mexicano.

¿Entonces, no es cierto que el movimiento fue elitista?

Bueno, en el caso de las revoluciones burguesas, los líderes suelen provenir de la clase media alta. En México, después de la revolución se dio una inmensa movilidad social gracias a las escuelas y universidades del Estado, sobre todo la UNAM y el Politécnico, gratuitas, por supuesto. Entonces, entre los estudiantes de estas universidades provenientes del pueblo, surgieron los líderes del movimiento. Había una nueva clase media con profesionistas formados en estas instituciones. La educación había sido una de las prioridades durante la época posrevolucionaria. El analfabetismo se redujo a un 10 %, muy poco para México. Los líderes estudiantiles que llegué a conocer, y los estudiantes que quedaron presos en Lecumberri, provenían más bien de la clase media baja o del proletariado. De manera que no fue un movimiento elitista.

¿Estaba en el campus cuando el ejército tomó la UNAM?

Sí, fue realmente cómico. El 18 de septiembre, el economista francés Michel Gutelman pasó por México en su regreso de Cuba a Francia, y fue invitado por los trotskistas a dar una conferencia en la Facultad de Filosofía y Letras. Se acercó a mí y dijo: “Renata, tú que eres alemana y por ende puntual (ambas falacias), por favor llévame en tu coche a las diez en punto a mi hotel donde tengo un compromiso.” Todos escuchamos con mucha atención su exposición sobre el movimiento estudiantil francés, y a las diez en punto abordamos mi sufrido vochito para emprender la salida del campus. Para llegar de la Facultad a Insurgentes hay que dar una amplia vuelta, y vi a muchachos corriendo, gritando: “Los tanques, los tanques”. En mi deficiente español pensaba en tanques de gas doméstico, no entendí nada, pero aceleré a todo lo que daba mi carcachita porque sentí que algo estaba pasando. Eran las diez y cinco. Parece que el ejército mexicano tampoco es muy puntual. La toma del campus estaba planeada para las diez de la noche, pero se efectuó con retraso, de manera que logramos salir minutos antes de la invasión. Sacaron por la fuerza a profesores y estudiantes de los salones, entre ellos el renombrado filósofo y matemático Eli de Gortari, y también mi esposo. Todos tuvieron que acostarse boca abajo en el estacionamiento de la facultad con las manos sobre la nuca, y los llevaron al Campo Militar. Pero yo ya estaba en casa, y el francés en su hotel; tuvimos mucha suerte. Si no, la prensa matutina habría anunciado triunfante en grandes letras: “Capturados: un líder francés y su acompañante alemana, ¡los instigadores de la rebelión!”

¿Cercaron todo el campus? ¿A las diez de la noche?

Sí, así fue. Irrumpir aquí en una universidad a las diez de la noche es muy efectivo. En

otras latitudes se toparía uno con un campus completamente desierto, pero no aquí. En tiempos de lucha y demandas, se discute y debate hasta las tres, cuatro de la madrugada.

¿Me puede explicar lo que significa la autonomía de la Universidad?

Claro que sí. Viéndolo históricamente fue una de estas tretas inteligentísimas de los políticos mexicanos. Corría el año de 1929, la Universidad estaba en huelga. Tenía relativamente pocos estudiantes en aquel entonces, pero desde siempre fue atalaya de la intelligentsia en México, su orgullo desde su fundación en 1553. Por eso, la huelga estudiantil fue un problema grave, todavía en cierta forma una secuela de la revolución. El presidente Emilio Portes Gil cayó enfermo con gripa —ay, estos hombres. Cada vez que había un momento crítico, mis respectivos esposos cayeron enfermos, igual que el presidente—. Pero la crisis universitaria tenía que resolverse. Entonces, un consejero presidencial muy inteligente se estableció junto al lecho del enfermo y sugirió otorgar la autonomía a la UNAM. Una maniobra genial para distraer a los líderes con una jugosa carnada y hacerlos desistir de sus demandas, que parecían pequeñas en relación con esta grandiosa dádiva. En primer lugar, la autonomía consiste en la libertad de cátedra. Significa que dentro de su materia, un profesor puede impartir el curso según su ideología y a su manera. Si aún hoy enseña el marxismo, no puede perder su cátedra aunque el director de la Facultad sea un derechista. En segundo lugar, la policía sólo puede pisar el campus si el rector la llama expresamente. Y en tercer lugar, la Universidad puede aplicar las subvenciones que provienen de los impuestos según el criterio del rector y sus gremios consultivos. El presidente de la República y el Congreso de la Unión no pueden intervenir en los usos del presupuesto concedido.

Éstos son los puntos más importantes. Significan un escudo ante medidas arbitrarias y represivas por parte del gobierno, y una garantía que concede cierta libertad a los profesores y alumnos. Al conceder este gran regalo se calculaba que los estudiantes rebeldes se bajarán de las barricadas, abandonarán sus discursos desafiantes —un gran arte y tradición en México— y se contentarán con la nueva fuerza. Así fue, y desde entonces, prácticamente todas las nuevas universidades públicas reciben la autonomía algún tiempo después de su fundación. Ciertas naciones latinoamericanas también la han otorgado a sus universidades. Para algunas naciones latinoamericanas, México tiene un carácter vanguardista y ha servido como modelo para adoptar leyes y prácticas derivadas de su revolución, o de su legislación progresista decimonónica.

¿Su esposo fue tomado preso durante la ocupación por el ejército?

Creo que simplemente estaba imbuido de un espíritu aventurero. Años después me platicó cómo fue que lo tomaron preso. Seguramente quería estar en medio de la

voráGINE. Dijo que había observado que todos los invasores vestidos de civil llevaban un tolete blanco. Entonces tomó una hoja blanca y la enrolló para aparentar llevar también tal implemento, y con éste en la mano abandonó el campus por el lado de Avenida Universidad sin ser molestado. Sin embargo, la curiosidad lo impulsó a volver a entrar, y alguien debe haber notado que no pertenecía a las fuerzas represoras y que el tolete era postizo. Así es que cayó preso.

¿Y luego estuvo tres años en la cárcel?

Sí, casi tres años. La mayoría de los estudiantes fueron liberados poco a poco, sin embargo, los supuestos dirigentes se quedaron, al igual que un buen número de profesores, como el conocido filósofo de la ciencia, Eli de Gortari —tío materno del futuro presidente Carlos Salinas de Gortari—, el escritor siempre rebelde, José Revueltas, otros profesores y también mi esposo. Contemplé huir de la capital para no ser apresada también, pero ¿adónde y con qué medios? Siguiendo el consejo de Carlos, saqué todo el material comprometedor de nuestro departamento. Sus hermanos lo llevaron a la casa de una hermana totalmente ajena a la política, que no tenía nada más urgente que hacer que quemarlo todo. Bueno, yo tenía también una buena chimenea en mi casa; el chiste era rescatar este importante material documental. Carlos y yo nos pusimos lívidos al conocer la pérdida, pero tuvimos que resignarnos.

Los prisioneros políticos quedaron encarcelados más de dos años sin ser sentenciados, lo cual está contra toda ley en México. Antes de cumplir tres años en la cárcel y debido a un nuevo presidente y otros factores, la mayoría de los presos fueron amnistiados. No lo querían aceptar la amnistía. Argumentaban que no eran culpables, y por eso no procedía una amnistía. De todas maneras, fueron excarcelados y tenían que ir a reportarse y “firmar” cada semana, cosa que prácticamente nadie de ellos hizo. Muchos de ellos obtuvieron una beca en el extranjero para neutralizarlos. Mi esposo recibió una beca para ir a Essex, en Inglaterra, donde hizo su maestría. A otros los becaron a Francia. En el país, por el momento ninguno de los del 68 tenía una función o un futuro después de la masacre de Tlatelolco. Entonces aprovecharon su beca —que siempre tardaba en llegar, de manera que entre todos se ayudaban a sobrevivir— e hicieron lo mejor que pudieran de su estatus de becados-exiliados-expulsados, una modalidad muy especial de la política mexicana.

En Europa, en Estados Unidos, en Alemania, las mujeres desempeñaron un papel muy importante durante el movimiento estudiantil de 1968. Exigieron sus derechos. ¿Usted diría que, en México, el movimiento fue cosa de hombres?

También en México desde antes de 1968 había un movimiento feminista que divulgaba sus ideas, pero no se sentía una repercusión en la praxis. Había varios grupos que se reunían; llegaban delegadas de los Estados Unidos que apoyaban este movimiento —incluso una de ellas estuvo un tiempo con mi grupo cercano— pero mi impresión

es que su ideario no se aceptaba como prioritario en aquel momento. Me acuerdo de dos mujeres impresionantes que desde lo alto de los autobuses arengaban a la muchedumbre a la luz de los reflectores en el Zócalo al término de una marcha nocturna, pero sus palabras giraban alrededor del movimiento estudiantil, no de los derechos de la mujer. En la cárcel había sólo unas cinco mujeres, periodistas o esposas de militantes de izquierda. Y ellas estaban ahí desde antes del estallido del movimiento, mientras que en Lecumberri había cientos de hombres.

A veces deseaba estar en el lugar de mi esposo. Tomar cursos o platicar con las luminarias ahí presentes, dormir, leer todo lo que el corazón y la mente deseara. Yo, sin embargo, tenía que correr desde la madrugada hasta la noche, trabajando, acudir en los días de visita al Palacio Negro, llevar comida, claro, la sopa, o el pastel de manzana hecho con mucho cariño para verlo perforado sin misericordia para ver si no albergaba una “punta” o algo así, conseguir recortes de periódico para preparar la defensa en el juicio —y eso que yo tenía la fortuna de ser una mujer libre debido a mis propios ingresos, sin ningún hermano o cuñado que me vigilara como pasaba a otras mujeres hermanas en el infortunio—. No, la ropa no se la lavaba; Carlos disponía de suficiente tiempo para hacerlo él mismo. Y entonces, ¡corría mi suegra para llevarla a su casa para lavarla —a mano, por supuesto— para suplir la falta de la nuera desobligada! Y eso que tenía que atender a otros cinco hijos, aunque, para su fortuna, no al marido ausente. A lo largo de su experiencia del 68 evolucionó de ser una joven católica del norte del país que había llevado armas debajo de sus faldas para apoyar la guerra cristera a ser una mujer rebelde de izquierda. Pero jamás evolucionó de madre abnegada a mujer liberada; sería pedir demasiado. Que descanse en paz, doña Enriqueta.

Entonces, ¿no se trataba de las cárceles mal afamadas de México donde los presos políticos estaban con los presos comunes en una sola celda?

Los estudiantes presos eran personas tan inteligentes como entre los políticos mexicanos a veces se dan, ante los cuales Fouché y Metternich se quedan chicos. Los pobres custodios de la cárcel no estaban preparados para enfrentarse a ellos. Los presos políticos ocupaban crujías separadas de las de los presos comunes. Sólo como un acto de terror, al año de estar presos, la dirección de Lecumberri —por órdenes superiores, por supuesto— lanzó a los comunes contra los políticos, donde se podía desencadenar todo el odio de clase, porque para ellos estos señoritos de la universidad eran unos holgazanes privilegiados. Después de una batalla campal, se robaron todo lo que los familiares habíamos llevado con mucho sacrificio y trámites burocráticos a nuestros presos: cafeteras, radios, algún estante para sus libros, los mismos libros, cobijas, ollas, toallas, etcétera. Pero este incidente fue especial. Normalmente nunca se mezclaron los dos tipos de presos. Y como ya dije, los “políticos” seguramente eran el coco para los custodios. Primero, los estudiantes conquistaron el uso de los pocos espacios verdes fuera de la crujía “M”. Luego eran morosos para formarse para el conteo matinal. Cuando

finalmente llegaron, uno había “olvidado” su gorra reglamentaria, al otro le faltaban botones en su chamarra, otro “extravió” sus zapatos o no los amarraba, nadie se ponía en “firme” —y al perder los nervios los atribulados custodios, sacaron sus toletes a relucir, distribuyeron golpes al azar— y por su desgracia también a un lisiado, Jaime Godet, talentoso hijo de republicanos españoles, asilados en México. Inmediatamente, los presos redactaron un comunicado para la prensa: “Guardianes maltratan a estudiante lisiado”. Las mujeres sacamos el comunicado escondido entre el papel periódico en el fondo de nuestras canastas de comida vacías para entregarlo a la redacción de los diarios. Todo incidente se utilizó políticamente, y contra esto las autoridades de Lecumberri no tenían armas. Así es que tuvieron que hacer muchas concesiones que redundaron en ciertas comodidades para los presos políticos.

¿Usted estuvo en Alemania el 2 de octubre?

Sí. Amigos de mis días de preparatoria me habían invitado a un congreso internacional en la Universidad de Bonn, organizado por una sociedad católica con miras a reconciliar los extremos ideológicos que se enfrentaban en 1968 en toda Europa —y a la gran sorpresa del público—, también en México. Cuando me tocó presentar mi ponencia el 4 de octubre, en la prensa alemana ya se habían publicado fotos y reportajes de la terrible represión y la masacre en México, eso en contraste con la prensa mexicana, totalmente controlada y en blanco. No llegué a leer mi ponencia en el congreso, sino tuve que contestar el mar de preguntas sobre el movimiento estudiantil en México del cual nadie tenía noticias, y sobre las causas del baño de sangre en la Plaza de las Tres Culturas. Sale sobrando mencionar cómo me sentía al ser salvada por la invitación al congreso, porque en México habría acompañado con la cámara también a esta última manifestación como a todas las demás. Ni pensar qué hubiera sido de mí, estando presente en Tlatelolco.

Algunos de los motivos para esta inenarrable matanza fue la proximidad de los juegos olímpicos en México, por iniciarse el 10 de octubre. El gobierno se sentía amenazado como tal —sentía yo, por lo menos— y ya no sabía cómo enfrentarse a los estudiantes y las organizaciones que simpatizaban con ellos. Como siempre, también el dinero fue un factor importante: las vastas inversiones para la realización de los juegos olímpicos no podían perderse, los juegos a fuerza tuvieron que efectuarse, igual cuántas vidas humanas iban a costar. El gobierno admite que hubo alrededor de trescientas víctimas aparte de los heridos y maltratados. Se inició un reino de terror con amenazas contra los familiares si divulgaban algo de lo que había pasado a sus seres queridos; la prensa tuvo que callar. A los periodistas extranjeros que ya habían llegado a México para documentar los juegos olímpicos, se les confiscaron las cámaras y los rollos fotográficos, además de que se les maltrató, por ejemplo, a la periodista italiana Oriana Fallaci, a quien empujaron para que rodara por las escaleras en el edificio Chihuahua, de donde los estudiantes se habían dirigido a las masas con altavoces.

No obstante, los periodistas extranjeros lograron enviar a sus países material que causó estupor. Sin embargo, el maltrato, los asesinatos, la búsqueda de mujeres por sus hijos, las desapariciones y el terror contra la población civil, por el momento todo esto quedó grabado en el silencio de las personas que lo vivieron hasta que entrara en la literatura y los medios gracias a exponentes tan valientes como, por ejemplo, Elena Poniatowska.

Tlatelolco fue prácticamente el fin del movimiento estudiantil. ¿Todavía hubo protestas después?

Sí, hubo algunos intentos de protesta, sin embargo, los líderes se percataron de que esto podría conducir a los participantes a la muerte segura, y por eso desistieron. Los estudiantes no tenían armas y estaban expuestos a la violencia gubernamental. Nadie en el movimiento tenía armas, aunque la policía publicaba fotografías de arsenales llenos. Quién sabe dónde los habían encontrado, entre los estudiantes seguro que no. Durante la inauguración de los juegos olímpicos —qué ironía, ¡en el estadio de la Universidad!—, un atleta negro de los Estados Unidos levantó su puño en señal de desafío, y se elevó un gran globo negro con unas cintas de tela negra como señal de luto, pero casi nadie tomó nota. Las medidas realmente efectivas ya no se podían emprender. Sólo se formaron algunos grupos guerrilleros muy valientes en el campo. Pero prácticamente fueron eliminados uno tras otro, sus miembros torturados, asesinados, desaparecidos. La guerra sucia.

¿Se puede decir que el movimiento de 1968 fue un fracaso?

El movimiento en sí se frustró, porque hay que admitir que muchas de las demandas, por ejemplo la democracia en los sindicatos y en la vida pública, no se hicieron realidad. Sin embargo, hasta hoy en día se perciben resultados del movimiento: el gobierno sigue teniendo miedo de la Universidad, aunque ya se trata de generaciones nuevas de estudiantes. Si hay demandas por parte de los estudiantes, se intenta concedérselas por miedo a nuevos estallidos. Sin embargo, la población en general está tan involucrada en su lucha diaria por la sobrevivencia, que sólo se moviliza políticamente cuando se tocan sus intereses directamente. Debido a la nociva influencia de los medios televisivos y de la gran mayoría de las estaciones radiofónicas, aunado al control y/o la ausencia de la prensa fuera del área metropolitana, y la ilegal educación clerical tolerada con nueva fuerza por el gobierno, todos estos factores contribuyen a una gran ausencia de conciencia política en vastos segmentos de la población. Sólo los dos fraudes electorales presidenciales y el cínico saqueo de la riqueza nacional, hicieron despertar a miles de su apatía política. Sin embargo, en diferentes lugares de la República, de repente, estalla la indignación y cunden las protestas. En cualquier momento, éstas pueden extenderse, y de eso, el gobierno tiene un enorme miedo. Sin el movimiento de 68, la actualidad mexicana no sería la misma.

Cuénteme acerca del libro que publicó sobre el movimiento estudiantil y por qué lo compiló en el momento en el que lo hizo.

Habían pasado ya unos seis años después de Tlatelolco. Me encontraba con personas que afirmaban que todo el movimiento estaba olvidado y no había servido para nada. Me preguntaba si de veras todo el sufrimiento había sido inútil y las víctimas de la masacre y de la represión habían muerto de balde. Yo no opinaba así, pero no era política, no suficientemente informada para que mi opinión tuviera peso y veracidad. Por eso decidí entrevistar a protagonistas del movimiento y de la política como Heberto Castillo y José Revueltas. Sus pensamientos y opiniones iban a ser mejor fundamentados que los míos. Todos menos Eli de Gortari accedieron amablemente; él tal vez por su edad y estado de salud haya declinado. Más allá de escuchar y grabar las palabras de los seis entrevistados, quería publicarlas para que encontraran difusión entre las personas quienes necesitaban más información y bases teóricas para formarse un juicio justo sobre algo que se estaba convirtiendo rápidamente en historia. Editorial Posada aceptó el manuscrito y lo publicó en una edición de treinta mil ejemplares, que se agotaron en brevísimo tiempo. Hoy, al releer las entrevistas y mi modesto epílogo, veo que todo lo que se dice en este opúsculo conserva su validez, y que publicarlo fue una empresa atinada.¹

¹ Sevilla Renata, *Tlatelolco, ocho años después. Trascendencia política de un sangriento suceso. Testimonios de José Revueltas, Heberto Castillo, Luis González de Alba, Gilberto Guevara Niebla, Carlos Sevilla y Raúl Álvarez Garín*, México, Editorial Posada, 1976.

Entrevista revisada y traducida del alemán por Renata von Hanffstengel en 2007.

CARLOS SEVILLA GONZÁLEZ

Nació en 1936. Fue miembro del Comité de Defensa de los Presos Políticos de 1965 a 1968 y de la Liga Obrera Marxista, de orientación trotskista. En 1968, lo eligieron como representante de la Facultad de Filosofía y Letras en el CNH y fue encarcelado en Lecumberri de septiembre 1968 a julio de 1971. En 1978, completó su maestría y doctorado en la Universidad de Essex, Gran Bretaña. De 1980 a 1985 colaboró en varias revistas y periódicos como *El Universal*, *Excélsior* y *Unomásuno*. Desde 1979 se desempeña como profesor de tiempo completo en la Facultad de Ciencias Políticas en la UNAM.

Por favor preséntese. ¿A qué se dedica?

Mi nombre es Carlos Sevilla y enseño Economía y Política en la UNAM.

¿Me puede hablar acerca de sus intereses políticos antes de 1968?

Me interesé en la política a finales de la década de los cincuenta. En esa época había muchas huelgas en México. La más importante fue la de los ferrocarrileros en 1958. Me acuerdo que pasé por las oficinas del Sindicato de Trabajadores Ferrocarrileros cuando la policía arrestó a su líder, Demetrio Vallejo. Estuvo encarcelado por 12 años.

A principios de 1959 tomé un curso sobre la revolución cubana, que había triunfado el 31 de diciembre de 1958. El 10 o 15 de enero ya estábamos cursando las conferencias de un profesor joven, Enrique González Pedrero. Llegó con cuatro o cinco revolucionarios guerrilleros que habían bajado de las montañas en Cuba. Hablaron de los problemas que confrontaron durante la dictadura, sobre los sueños que tenían de cambiar el mundo, y solicitaron nuestra solidaridad. Esto nos impresionó profundamente: sentíamos que tocábamos la historia con nuestras manos, y muchos nos volvimos políticamente activos. Permíteme darte un ejemplo: quizás unas cien personas atendieron esas conferencias; diez años después, por lo menos la mitad de ellas estaban involucradas en la política. Me impresionó. Escribí sobre eso. Me cambió la vida.

Entonces decidí estudiar Ciencias Políticas y empecé a intervenir políticamente. Cuando Estados Unidos organizó la invasión de Cuba en Playa Girón, en México hubo mucha confusión e indignación. Entonces el ex presidente Lázaro Cárdenas organizó un gran mitin en el que participamos muchos estudiantes. Se subió encima de un coche para dar un discurso en el que decía: “Me voy a Cuba para luchar con el pueblo contra los invasores...” ¡Estábamos tan felices! Pero dos días después, cuando organizamos otro mitin en solidaridad con Cuba, Cárdenas no estaba, y llegó la policía y nos golpeó. Así fue mi “iniciación” en la política de la opresión. Así que nos organizamos y nos movilizamos.

¿Usted se definía como un radical de izquierda?

Nosotros nos llamábamos marxistas revolucionarios. Entonces uno de nuestros amigos

descubrió un libro que dirigiría nuestras actividades: *La revolución traicionada*, de León Trotsky. Lo leímos y nos declaramos trotskistas. Me definía como radical de izquierda en el sentido que quería cambiar toda la sociedad, ponerle fin a la sociedad capitalista y construir el socialismo. Pero nadie pensaba que eso fuera a ocurrir pronto; trabajábamos con una perspectiva social a largo plazo. Creíamos que sólo con la mayoría de la población se tendría el poder para cambiar la sociedad, y nuestro papel era ayudar a la gente a tomar consciencia de ese poder y luego convencerlos de utilizarlo para instaurar el socialismo, un sistema que —pensábamos— no tenía las contradicciones y desigualdades del capitalismo.

El primer paso en nuestras actividades políticas fue formar un grupo para hacer propaganda, una especie de grupo de vanguardia, y después intentar intervenir en las distintas luchas. Esa fue una gran experiencia. Por ejemplo, íbamos a los sindicatos, a los periódicos, dábamos discursos, hacíamos propaganda. Pero eso estaba muy castigado en ese momento, así que lo hacíamos muy rápidamente: llegábamos, pegábamos propaganda en las paredes, la repartíamos entre la gente y nos íbamos. Por supuesto, a veces teníamos problemas; nos seguía la policía secreta.

De cualquier manera, teníamos nuestro pequeño grupo, llamado la Liga Obrera Marxista, que se involucró mucho en estas actividades. Era un grupo muy activo. Aunque éramos pocos, teníamos una presencia que no parecía proporcional a la cantidad de personas que éramos. Publicamos algunos libros y una revista bimensual. Así que me involucré mucho: íbamos a los sindicatos, a las fábricas, al campo. Estábamos buscando nuestro camino. También decidimos formar guerrillas. Por fortuna nadie se nos quiso unir; si no, nos habrían matado. Así fue como empezamos.

Cómo se involucró en el movimiento del 68?

En 1967 me involucré en la lucha por formar la Preparatoria Popular. Ese fue nuestro entrenamiento para el 68. Cuando llegó el 68, muchos de los estudiantes de la Preparatoria Popular se volvieron células calificadas del nuevo movimiento. En mi caso, como miembro del Consejo Político de la Preparatoria Popular, me volví miembro del Comité de Lucha de la Facultad de Filosofía y Letras y luego del CNH. Estaba muy involucrado en ambas actividades cuando me encarcelaron la vez que CU fue invadida por el ejército. Estuve en la cárcel casi tres años, desde septiembre de 1968 hasta julio de 1971.

Hablemos primero del principio del movimiento. Estalló casi espontáneamente...

El movimiento fue espontáneo. El 22 o 23 de julio estaban algunos estudiantes jugando fútbol cerca de la Ciudadela, y de alguna manera terminaron peleándose. Eso sucedía con mucha frecuencia, casi todos los días, pero la novedad fue la llegada de un grupo de granaderos —la policía represora— que golpeó brutalmente a los estudiantes. Nadie intentó resistirse; más bien buscaron escaparse, pero los persiguieron

mientras se dirigían a la escuela de uno de los grupos. Los granaderos entraron al edificio y golpearon a los alumnos y también a algunos profesores, incluyendo a dos mujeres.

Esta acción represiva causó sorpresa e ira colectiva. El humor del gobierno mexicano se volvió aparente en esos días; sus líderes se estaban poniendo muy nerviosos, porque enfrentaban distintas tareas en el futuro cercano. En primer lugar, se acercaban los Juegos Olímpicos y su organización era un desafío difícil para el país, especialmente porque era el primer país en vías de desarrollo en recibir la distinción de ser anfitrión. El gobierno y el PRI lo interpretaron como un reconocimiento a los logros de más de tres décadas de crecimiento económico y estabilidad política. En segundo lugar, llegaba el momento de elegir al candidato oficial para la presidencia, y los miembros del gabinete se estaban peleando unos con otros. Y en tercer lugar, existía también el temor de la revolución. La derecha del PRI solía estar muy confiada, pero después del triunfo de Castro en Cuba se empezaron a preocupar por su futuro. Compartían con los castristas la idea de que, para promover la revolución en todo el continente, era cuestión de aplicar una sencilla receta: formar un grupo pequeño de revolucionarios valientes, subir a las montañas, empezar una guerrilla contra el ejército, y así se obtendría el apoyo del pueblo para derrocar al gobierno y tomar el poder.

Por eso el gobierno encabezado por Díaz Ordaz quería descubrir quién estaba haciendo el complot. Y no olvides que, antes del movimiento estudiantil, muchas personas fueron encarceladas porque las “descubrieron” leyendo a Marx. Recuerdo que algunos amigos y yo organizamos un comité por la defensa de los primeros prisioneros políticos durante el sexenio de Díaz Ordaz; ya conocía la prisión antes de vivir ahí, porque había visitado a aquellos prisioneros.

Creo que bajo esas circunstancias las fuerzas policíacas habían recibido la orden desde la cima del gobierno de no permitir algún disturbio, de ser duro con ellos. Así que eso ocurrió.

Los estudiantes que fueron golpeados eran del IPN, la otra gran universidad en la ciudad de México, que tiene muchas escuelas. Decidieron hacer una protesta y marchar al Zócalo, la sede del Gobierno Federal, el 26 de julio. Era exactamente la misma fecha en que nosotros, los izquierdistas, solíamos celebrar la revolución cubana todos los años, marchando desde la Secretaría de Obras Públicas hasta el monumento a Juárez, en la avenida Juárez.

Cuando la marcha de protesta de los estudiantes pasó por el otro lado de la Alameda para llegar al Zócalo, muchos decidimos unirnos a ellos. De repente, desde las calles pequeñas —Madero, 5 de Mayo y Tacuba— y desde las calles que íbamos cruzando empezaron a salir policías, quienes empezaron a golpear a todos. Cuando a los estudiantes se les pasó la sorpresa, empezaron a responder y empezó una especie de lucha. Buscábamos algo para luchar contra los ataques de la policía y entonces, muy sospechosamente, aparecieron botes de basura llenos de piedras. ¡Qué raro! Muchos estudiantes

tomaron las piedras y las lanzaron contra los policías y los escaparates de las tiendas.

Todo esto comenzó alrededor de las cinco de la tarde, más o menos. A las diez de la noche la lucha continuaba mientras más estudiantes se unían a la batalla, después de haber sido agredidos por la policía que perseguía a cualquier jovencito que pasara por ahí. Tomaron autobuses y los quemaron; luego se fortificaron en los edificios de las preparatorias de la UNAM y respondieron a la policía con piedras, palos y bombas molotov. Algunos vaciaban agua hirviendo sobre los policías desde arriba de los edificios. La pelea duró toda la noche. Al final, el gobierno ordenó al ejército que “aplastara” a los rebeldes, sin importar los medios. Así que, para que los estudiantes que estaban adentro del edificio principal de la Preparatoria se entregaran, dispararon con una bazuca que destrozó una puerta de cuatrocientos años de antigüedad, dejando quién sabe cuántos heridos. En ese momento todos tomaron conciencia de lo que estaba ocurriendo.

El siguiente lunes, casi todos los alumnos universitarios y de las preparatorias de la ciudad fueron informados sobre lo que ocurría, y empezaron a preguntarse qué podían hacer al respecto. ¡Vamos a marchar, a protestar! ¡Vamos a formar una comisión! En cada escuela o facultad se establecieron los Comités de Lucha, elegidos por medio de asambleas. Después se integró el CNH en un nivel más alto, con representantes de los Comités de Lucha. Para ese momento el movimiento se había extendido a casi todos los estados del país.

El rector de la UNAM los apoyó...

El primero de agosto, el rector de la Universidad convocó un mitin en frente de Rectoría, en el campus universitario. Denunció la agresión, la cual no sólo había sido contra los estudiantes, sino contra la Universidad, e izó una bandera negra de luto. Después marchamos todos —estudiantes, profesores y trabajadores— por Insurgentes, Félix Cuevas y Coyoacán. La gente en la calle expresó su solidaridad en términos claros: algunos aplaudían mientras pasábamos, otros gritaban eslóganes contra Díaz Ordaz y su gobierno, y desde los edificios la gente nos echaba bolsas de plástico porque estaba lloviendo.

¿Cómo organizaron las manifestaciones y los mítines?

Se usó la imprenta de la UNAM, así como las copiadoras para producir folletos que denunciaban la opresión y daban a conocer nuestras ideas y propósitos que se distribuyeron en las calles, los camiones, los mercados, etcétera. Teníamos pequeños grupos, llamados “brigadas políticas”, que iban a distintos lugares públicos y a los mercados para informar a la gente de lo que ocurría. La imagen que presentamos era muy distinta a la de los periódicos y diarios del sistema: decían que éramos anarquistas que intentaban destrozarse la paz bajo las órdenes de oscuros intereses extranjeros. Así comenzó la guerra ideológica.

Estuvo excelente porque nos apoyaron por todas partes. La gente sabía muy bien el tipo de régimen represor y corrupto que teníamos, y también sabía que era necesario intentar cambiarlo, así que no dudó en decidir a favor de quién estaba. Por ejemplo, íbamos a un mercado a informarle a la gente y nos daba un kilo de jitomate, un pollo o diez pesos; la gente con un poco más de dinero colaboraba con más; otros nos prestaban casas, coches, cámaras, lo que fuera.

Y luego estaban los intelectuales y los artistas. Venían a nuestros mítines y decían: “¡Por favor déjeme cantar la canción que escribí ayer para el movimiento!”. ¡Era gente tan creativa! Era una especie de fiesta: teníamos obras de teatro, poesía, canciones revolucionarias, danzas populares, y entonces todos bailaban. En las noches muchos estudiantes se quedaban en la UNAM y en otras escuelas; por primera vez las mujeres también se quedaron ahí. Antes, las mujeres “decentes” tenían que ir a casa y no podían salir. Pero empezaron a quedarse, así que algunas cosas estaban cambiando. Los estudiantes que jamás habían estado familiarizados con la política empezaron a informarse y comenzaron a descubrir muchas cosas. Dos meses después la mayoría ya decía que eran revolucionarios.

La solidaridad con el movimiento estudiantil era evidente en ejemplos como el siguiente: íbamos a restaurantes a cenar después de nuestras juntas en la madrugada y cuando pedíamos la cuenta nos decían que ya estaba pagada. Los que la habían pagado venían y nos decían: “Ustedes los estudiantes nos han mostrado cómo actuar, cómo tener valentía.” Sin embargo, esas personas no querían un cambio radical. Lo que querían era tener libertad e integridad en el gobierno. El bienestar de los obreros estaba mejorando de forma lenta pero segura. No estaban desesperados; por supuesto, había mucha desigualdad, pero estaba mejorando gradualmente. Creo que el movimiento penetró en el corazón de la gente, pero era otra cosa que la gente luchara contra el gobierno. Eso significaría crear condiciones revolucionarias, y tomaría mucho tiempo. Hacer que esa gente luchara tomaría siglos.

Algunos volantes del CNH hablaban de la pobreza. Por ejemplo, uno estaba dirigido a los obreros y decía: “¿Te has preguntado por qué tu salario de los últimos diez años rinde cada vez menos?”.

Lo que veo aquí es una interpretación economista errónea del movimiento. De hecho, esos fueron los años del “milagro económico” de México, cuando el PIB creció más de 6% al año durante tres décadas. Como dije antes, la situación económica mejoraba cada año. Me explico: no estoy diciendo que México no fuera un país pobre. Por supuesto que lo era, pero la situación no era una de desesperación. Había mucha esperanza.

Desde mi punto de vista, el movimiento fue un fenómeno político y social más profundo: fue una especie de choque entre la sociedad tradicional rezagada y la sociedad moderna que había comenzado a surgir después de las reformas

revolucionarias y del desarrollo industrial. Para darte algunos datos: en 1949 México tenía una población de alrededor de veinte millones. Para 1968 o 1969, teníamos cincuenta millones. Así que la población aumentó muchísimo, pero también cambió su naturaleza. Había una nueva sociedad. La mayoría de esta población vivía en las ciudades, muchos tenían educación; las tendencias internacionales influían mucho en ellos. Estábamos profundamente interesados en las luchas por los derechos civiles y la protesta contra la guerra de Vietnam. Escuchábamos a los Beatles, bailábamos rocanrol. Antes nuestra cultura y nuestras artes estaban vinculadas a nuestra revolución, así que esta nueva sociedad estaba empezando a pedir un trato distinto del gobierno, quien se rehusó y reprimió al movimiento.

¿Cuáles eran las demandas de los estudiantes?

Al principio las demandas eran la renuncia del jefe de policía, así como de los miembros de su equipo que llevaron a cabo la represión contra los alumnos, y la disolución del cuerpo de granaderos. Luego se agregó la demanda de liberar a los estudiantes que habían sido encarcelados; poco después se amplió esta demanda para incluir a los prisioneros políticos. Y como existía la sospecha de que algunos estudiantes habían sido heridos o asesinados durante los disturbios, se pidieron compensaciones para las víctimas y sus familias. Al final teníamos un grupo de seis demandas, las cuales formaron el pliego petitorio.

Por un rato el gobierno fingió negociar con el movimiento, por medio de los líderes de las organizaciones tradicionales controladas por el PRI. Pero dejamos muy claro que nadie que perteneciera al movimiento negociaría a las espaldas de los estudiantes o de la gente. Nuestros líderes declararon solemnemente que sólo negociaríamos de forma abierta con el gobierno, en un foro público que estuviera abierto a todos: en la prensa, la televisión, un estadio, lo que fuera. Exigimos un diálogo público.

Queríamos evitar las bien conocidas negociaciones secretas que característicamente se usaban en los movimientos sociales del pasado para comprar a los líderes. Hay un refrán que expresa las tres alternativas a la corrupción: “Destierro, encierro o entierro.”

¿Me podría hablar más acerca del papel del CNH?

Como dije antes, el CNH era el cuerpo elegido para representar al movimiento nacional en su totalidad. De ahí salían las directivas generales para el movimiento y el flujo de información principal. Adicionalmente proyectaba y organizaba las acciones más importantes, como las grandes marchas y los mítines. Estaba integrada por los consejos de huelga de las escuelas y facultades participantes de todo el país. Al principio el centro de operaciones estaba en el Politécnico, en Zacatenco, y después en CU. La cantidad de delegados que atendía a las juntas todas las noches fluctuaba entre los

doscientos y trescientos participantes; ahí podías conocer a gente de cualquier parte del país, personas muy lindas, personajes fantásticos. Cada junta era distinta a la anterior; algunas eran dinámicas o aburridas, otras caóticas o dramáticas...

¿Por qué ocupó el ejército la Universidad?

Para septiembre el gobierno había llegado a la conclusión de que era hora de ponerle fin a los disturbios. Los Juegos Olímpicos tenían que comenzar el 12 de octubre y el orden era necesario. En lugar de conceder alguna demanda, decidieron ocupar CU para arrestar a los miembros del CNH. Hubo dos factores que incidieron en esta decisión: en primer lugar, era un régimen autoritario que no aceptaría ninguna demanda de los ciudadanos. El presidente Díaz Ordaz había declarado lo siguiente: “No podemos ceder a las demandas bajo la presión de un grupo, porque si lo hacemos, cualquier otro grupo o interés pedirá el mismo trato, y eso no es gobernar; eso es anarquía.” En segundo lugar, según sus concepciones autoritarias los estudiantes no deberían disentir, porque tenían muchos privilegios, en comparación con la mayoría de la sociedad. Estaban actuando en contra del gobierno porque los líderes los manipulaban. Así que si los líderes se hacían a un lado, todo volvería a la normalidad.

Por supuesto, la operación fue un fiasco. Sólo unos cuantos líderes fueron arrestados y el movimiento no paró, sino que se radicalizó. Pero el gobierno de nuevo no se dio por vencido y escaló la represión. Pocos días después el ejército tomó los edificios del Politécnico en Santo Tomás; mataron a estudiantes e hirieron a muchos más. El siguiente paso fue la masacre de Tlatelolco el 2 de octubre.

¿Cómo lo atraparon?

Fui uno de los pocos líderes que fueron arrestados cuando el ejército invadió CU. Podría haber escapado como muchos otros, pero tenía que ir a la junta del CNH ese día en la Facultad de Medicina, ya que había escrito un programa para el movimiento que tanto mis compañeros como yo considerábamos de mucha importancia. En la reunión anterior el CNH había decidido adoptarlo, y me pidieron que llevara copias para todos los delegados para que los distribuyeran.

Cuando pasé por el edificio de Ciencias Políticas, la “Guerrillera del Cuadrante” anunciaba que la Universidad estaba siendo ocupada por tanques y por el ejército. Decidí sacar mi coche de la Universidad y volver a entrar, y luego me fui caminando a la junta con mi programa, pero cuando llegué descubrí que ya no quedaban muchos estudiantes. Distribuí las copias que pude, pero al final ya no me pude salir.

Volví al edificio de Filosofía y no había nadie. ¡No sabía qué hacer! Decidí ir al baño, en donde encontré a una muchacha muy chistosa de Uruguay. Era poetisa, un poco loca y con miedo a ser expulsada. Me asomé por la ventana y descubrí a unos policías con macanas blancas. Así que le pedí a la muchacha unas hojas de papel y me hice una macana blanca.

Mientras tanto, el ejército había rodeado la Universidad. Había cientos de soldados. Los estudiantes capturados estaban tirados en el piso. Fui directamente con los soldados y les pregunté: “¿Dónde está su jefe?” y apuntaron más allá. Seguí haciendo eso casi hasta llegar a mi auto, pero había un retén en la gasolinera y me tuve que parar ahí. Pensé en comprarle un uniforme a uno de los trabajadores de la gasolinera. Entonces alguien me gritó: “¡Carlos!”. Estaba tan sorprendido que dejé caer mi macana, rompiéndola. Era alguien de la escuela, un tipo que siempre iba de traje y corbata. Furioso, le dije: “No somos amigos.” Y me respondió: “No te preocupes, nos voy a sacar de aquí.” Y entonces dijo: “Coronel, disculpe. Quiero pedirle un favor: mi amigo y yo queremos salir. Estábamos en un examen profesional...” Y ya saben, el coronel vio mi parche del Che Guevara y dijo: “Por supuesto, ¿quieren algo más?”. Y el muchacho dijo: “Sí, ¿podría mover su tanque para que pueda sacar mi coche?”. Cinco o diez minutos después, el coronel volvió con cinco o más soldados y dijo: “Vámonos, malnacidos.” Nos llevaron a un camión y nos quedamos ahí hasta las dos o tres de la mañana y entonces nos llevaron a la policía. Sólo algunos de los líderes que fueron tan estúpidos como yo fueron capturados.

¿Qué pasó después de su arresto en la UNAM?

Me interrogaron y me golpearon. Estaba sorprendido, no tanto porque me maltrataran sino porque estábamos acostumbrados a cargos legalmente motivados, pero todo eso ya había pasado. Todas las decisiones las tomé siguiendo lo que había leído sobre cómo actuar en esta o aquella situación en un libro que apareció en ese tiempo de Víctor Serge, *Lo que todo revolucionario debe saber sobre la represión*. Dice que puedes negar todo o aceptar todo. Así que decidí negarlo. Pero, por supuesto, ¡tenían toda la información! Sacaron unas fotografías (¡que me gustaron bastante porque salí bien!). Y dije: “Bueno, se parece a mí, pero no soy yo...”

También había rentando un departamento donde tenía fotocopadoras. Un amigo, un camarada trabajador de la compañía ferrocarrilera, me estaba ayudando. Tras mi testimonio, mi amigo apareció y resultó ser un policía encubierto. Nunca usamos nuestros nombres, estábamos en la clandestinidad. Era un poco infantil...

¿Cuál era su nombre?

Alcázar. Pero es sólo un ejemplo; te puedo dar muchos. En el CNH había un hombre muy radical llamado Ajax Segura. Siempre quería hacer práctica de tiro con ametralladoras. Especialmente quería saber cómo se hacían explosivos. Al final, resultó ser también de la policía secreta.

¿Cómo supieron sus padres y su esposa de su arresto?

Alguien le dijo a mi madre que me habían ahorcado o disparado. Sufrió mucho. Me buscó, fue a las morgues. Buscó durante quince días.

Mientras estuvo en la cárcel, ¿cuántas veces lo interrogaron?

Estuve en el quinto círculo del Infierno, como diría Dante Alighieri; era horrible. Primero nos llevaron al sótano de la estación de policía, insultándonos, golpeando a los que estaban cerca de los barrotes, diciendo que nos iban a matar y más. El piso estaba lleno de orines; no había ventanas pero la luz siempre estaba prendida y no nos dieron nada de comer por varios días. Entonces nos llevaron a Lecumberri, a un pabellón especial para prisioneros peligrosos. Al principio hubo momentos muy difíciles, pero no teníamos miedo de nada. Pienso que era porque éramos jóvenes: siempre teníamos esperanza.

¿Cómo recibían información de afuera?

Primero no nos dejaban leer los periódicos, pero paso a paso conseguimos cosas, porque teníamos una red de contactos. Cada vez que nos maltrataban dejábamos que el mundo se enterara. Y el mundo estaba muy consciente. ¿Quién lo hacía? Nuestras madres, nuestras esposas. Era fantástico. Renata y mi madre nos trajeron recortes de periódicos y cosas así.

Teníamos visita los domingos; te podían visitar tres personas. Nos encontramos con los amigos, con la familia. Mi madre, que era una típica madre mexicana, católica y oprimida por mi padre, hizo muchas cosas en ese entonces. Era una revolución para ella: ignoró al resto de la familia para involucrarse en la política. Mi madre, a los sesenta años, se encontró a sí misma. Pero yo estaba en la cárcel y mi hermano más joven también, por fumar marihuana. Mis hermanos y hermanas nunca me visitaron en prisión.

Mi esposa Renata hizo mucho. Fue muy valiente. Los compañeros de adentro me decían: “Dile a tu esposa que no hable con mi esposa porque le mete ideas en la cabeza.” Recuerdo a las esposas que venían, llorando. Renata era diferente, ella decía: “Estos tipos actúan como si estuvieran en un hotel de lujo. ¡Sigán trabajando!”. Así de fuerte... no esperaba que se portara así.

La invitaron a una conferencia en Alemania, pero como no teníamos mucho dinero dijo: “No, yo me quiero quedar aquí, en caso que necesites el dinero.” Pero le respondí: “No, ve y quédate lo más posible.” Ella trabajaba en el Colegio Americano y todo el mundo lo sabía. “Me voy a quedar aquí dos años...” Así que se fue y yo me sentí mucho mejor. Ella hizo una revolución allá, era increíble.

Bueno, yo tenía una reunión formal con un juez. Renata estaba ahí. Todos estábamos expectantes. Fuimos interrogados públicamente y fue muy bueno porque tuvimos la oportunidad de hablar. Me acuerdo que pensaba que era mi oportunidad de ser parte de la historia. Me preguntaban formalismos y yo decía: “No acepto los cargos en mi contra, bastardos ilegales, serán colgados.” Comencé un largo discurso. Era como un discurso de Trotsky, incluso mejor. Entonces oí una voz: “Hijo, no insultes a estos caballeros porque entonces no te van a soltar”. Todo el mundo se rió de mí y me

avergoncé. ¡Y yo que hablaba con tanto entusiasmo!

¿Me puede describir un día en la cárcel?

Hacía traducciones para ganar dinero y comprar libros. Compré unos libros grandes, los clásicos. Me despertaba a las diez y hacía un poco de ejercicio, como jugar o pelear. Después de la comida tomaba una siesta de cuatro a seis. De las seis a la nueve o diez teníamos discusiones y a las diez me iba a escribir o a leer a mi cuarto. Bueno, muy seguido venían amigos y trataban de hablar conmigo; me di cuenta que eso me quitaría tiempo, así que los invitaba a que me escucharan leer. Cuando conseguí *Cien años de soledad* había unas veinte personas que lo leyeron al mismo tiempo. Se ponían tan sentimentales; a veces hasta lloraban. Fue tan intenso, tan vital; fue realmente bueno.

Pero era también una situación muy neurótica: oímos que a un muchacho lo sentenciaron a treinta años de cárcel. Todos se deprimieron. También, a veces, alguien se “suicidaba”, pero lo habían apuñalado treinta veces en la espalda. Nos agredieron una vez, nos atacaron los prisioneros comunes. Se llevaron todo lo que teníamos. Dos semanas después tenía dos máquinas de escribir y los libros que quería, todo gracias a los que nos apoyaban. En 1969 hicimos una huelga de hambre durante cuarenta y cuatro días. Mis amigos cercanos lloraron cuando me vieron, parecíamos judíos en los campos de concentración.

¿Hubo un juicio para los prisioneros del 68?

Bueno, tenía diez cargos en mi contra. Estaba acusado de robar, matar, destruir propiedad pública, de crimen organizado, todo lo que te quieras imaginar, todo fabricado. Pero, verás, el proceso fue típicamente mexicano. Tuve dos juicios. En uno me sentenciaron a diez o catorce años. Podrían habernos sentenciado hasta cincuenta años, pero nadie lo hubiera creído. Sabíamos cómo funcionaban las cosas en México. En la historia de México, por lo menos hasta después de la revolución, hasta después del régimen de Porfirio Díaz, los presidentes siempre reprimían y encarcelaban a sus enemigos. Pero cuando llega un nuevo presidente libera a los prisioneros del régimen anterior para no heredar problemas. Así que los prisioneros políticos efectivamente le pertenecen al presidente. La única excepción fue con los trabajadores ferrocarrileros. Dado que Díaz Ordaz era ultra reaccionario asumimos que serían dos años. El segundo juicio nunca terminó. Hubo como ciento cincuenta prisioneros durante más de dos años. A mí me liberaron en julio de 1971.

¿Cuál piensa que fue el éxito del movimiento, su importancia?

Mira, la gente señala el 68 como el principio de todo, pero no es todo; es sólo el principio. No hubo una mejora inmediata. La indiferencia de los que estaban en el poder causó muchas catástrofes. La economía de México lleva más de cuarenta años estancada. Pero el movimiento anunció el fin del viejo sistema. No sabíamos cómo resolver

esta situación. Nadie lo sabía. Así que fuimos lentamente, pieza por pieza. Así es como se hace la historia. El movimiento del 68 fue un movimiento de denuncia. Marcó el fin de una era. Creo que tuvimos mucha suerte. Las circunstancias hicieron que México cambiara. Esa clase de masacre no volverá a ocurrir. Es una experiencia parecida a la de España o Chile, que son ejemplos exitosos de transiciones a la democracia. Ésa fue probablemente la última vez que mucha gente —quizás porque éramos jóvenes— quiso cambiar el mundo, no para su beneficio sino para el de los demás. Y estas personas, estos jóvenes llenos de vida con sus futuros por delante, estaban listas para sacrificar su vida. Eso es algo que muy rara vez experimentas en la vida, porque en nuestras sociedades la gente principalmente se preocupa por sí misma. Fue una gran oportunidad de vivir; fue un poco como estar enamorado.

Gracias.

SILVIA GONZÁLEZ MARÍN

Nació en 1946. Es doctora en historia en la UNAM. Trabaja como investigadora en el Instituto de Investigaciones Bibliográficas y es especialista en historia política, historia de la prensa y movimientos sociales del México contemporáneo. Es coordinadora de la publicación *Diálogos sobre el 68* (UNAM, 2003).

Por favor preséntese, con su nombre y profesión.

Mi nombre es Silvia González Marín. Soy doctora en Historia de México y profesora en la Facultad de Filosofía y Letras de la UNAM. Mi especialidad es historia política de México, siglo xx, y participé en el movimiento estudiantil del 68. En esos momentos mi esposo era líder estudiantil de la Facultad de Medicina.

¿Cuáles fueron las razones que impulsaron el 68?

El movimiento estudiantil de 1968 en México fue un movimiento de protesta, ante la necesidad de abrir espacios democráticos a la participación de los jóvenes. Tú sabes que éste fue un movimiento mundial: se dio en Francia (el mayo francés) anteriormente y por esas fechas se dio también en Estados Unidos, en Checoslovaquia; en América Latina también tuvo expresiones en Argentina, en Chile. Era el reflejo de un momento muy difícil mundialmente, sobre todo a raíz de la Guerra Fría, como consecuencia de los enfrentamientos entre las dos grandes potencias, una del bloque socialista y la otra del mundo capitalista imperialista. En medio de eso, es la generación que nace con la posguerra la que empieza a romper esta situación.

En el caso concreto de México, dos acontecimientos fueron muy importantes: uno fue la revolución cubana, el triunfo de Fidel Castro, y el otro fue la guerra de Vietnam. Estos dos hechos repercutieron en la juventud mexicana y fue realmente un movimiento muy importante de protesta.

Pero pasó también como reacción contra un gobierno que era muy autoritario...

Bueno, sí. En México hubo una revolución en 1910, una revolución social muy importante que dio como resultado la creación de un nuevo Estado y por lo tanto de un nuevo régimen político. En México se estableció lo que llamamos *presidencialismo*, que obviamente fue un régimen centralista. Esto era necesario por la evolución del país.

Para que tengas una idea: en el año de 1940, México tenía 20 millones de habitantes. Para 1970, o 1968 digamos, México tenía cerca de 60 millones de habitantes. O sea: en ese lapso de tiempo la población se triplicó. Y esto obviamente trajo problemas: problemas en educación, problemas en salud, problemas económicos, y la población y sus necesidades crecían más que el mismo sistema político, que la apertura política y la democracia.

Esto trajo a su vez una contradicción que se reflejó en la cerrazón, sobre

todo del gobierno de Gustavo Díaz Ordaz, porque anteriormente habíamos tenido gobiernos más tolerantes, podríamos decir. Es decir, no todo fue rígido; dependía del presidente, de su estilo personal de gobernar. Díaz Ordaz era un presidente más rígido, un presidente que tenía mucho la idea del anticomunismo y pensaba que los movimientos estudiantiles de protesta no eran movimientos, sino que eran ideas que venían de Rusia o de la Unión Soviética o de Francia o del mismo Estados Unidos, y que eso estaba impulsando a los estudiantes a protestar.

En parte sí hubo una influencia, pero también una necesidad interna de que el propio gobierno se abriera y diera cabida a toda una generación de jóvenes, que además ya éramos muchos, por el crecimiento demográfico. Habíamos entrado a las universidades, a las escuelas normales, al IPN, a la Escuela de Agricultura de Chapingo. Éramos muchos jóvenes que estábamos impulsando para tener una apertura democrática. Y además no nada más en México, ese movimiento fue mundial. Fue un decir: “¡Ya basta! No queremos vivir en esta zozobra de que nuestras vidas estén dependiendo de una explosión nuclear.” Queríamos vivir nuestra juventud.

Y entonces en muchas universidades, en la UNAM en concreto, se empezó a dar un movimiento cultural muy importante, al margen de la cultura gubernamental, pudiéramos decir. Entonces empezaron a traer a cantantes de protesta españoles, norteamericanos, europeos, latinos; a poetas como Pablo Neruda y Nicolás Guillén; y también películas, como el cine de vanguardia francés e italiano. La música fue muy importante, obviamente Bob Dylan, los Beatles, los Rolling Stones, los que en ese momento estaban de moda, y por supuesto todas las canciones de protesta, tanto de Estados Unidos como de América Latina. Fue un despertar para América Latina. Ya no queríamos que los Estados Unidos de América nos impusiera su cultura, su forma de pensar. Queríamos ser nosotros. Nosotros también teníamos una cultura muy rica, histórica, todavía más rica que la de ellos, porque teníamos una historia en común muy importante y quisimos reivindicar nuestras raíces.

Se empezó a dar todo un movimiento de cultura de protesta que reivindicaba las luchas campesinas, las luchas obreras, en Chile, en Argentina, en Uruguay, en Brasil, en Perú, en toda América Latina. Y en ese momento México era líder, porque México no tenía la represión que tenían esos países. México nunca tuvo una dictadura militar en el siglo xx y entonces tampoco tuvo un ejército represivo del nivel que tuvieron ellos. En México, a pesar de que había cierta represión, no era la que había en otros países, y sí había espacios democráticos donde tú podías salir a la calle y protestar. Cada 26 de julio los jóvenes salíamos a defender la revolución cubana y a veces nos daban permiso. Y también en protestas contra la guerra de Vietnam. En México fuimos muy activos. Entonces en México había más apertura democrática, no era tan represivo. Esto fue también una de las cosas que permitió un movimiento como el del 68.

Para la gran mayoría de los jóvenes era una manifestación cultural auténtica de una nueva sociedad, de un nuevo mundo.

El movimiento empezó casi al mismo tiempo que los eventos al final de julio.

Sí, por supuesto. El inicio fue eso, fue un acto accidental. Como te digo, cada año, religiosamente—tú sabes que México es un país católico, entonces yo decía que parecía peregrinación—, el 26 de julio, se hacía una manifestación juvenil. Y ese año del 68 un grupo de estudiantes, junto con el Partido Comunista, con la Juventud Comunista, con la CNED, que era una organización estudiantil, salieron a la calle a hacer la manifestación que siempre se hacía y coincidieron con otra manifestación que se estaba dando por la represión a una vocacional. Fue una coincidencia. No todas las cosas en la historia son premeditadas. Hay veces en que la casualidad también existe en la historia. Y ésta fue una casualidad. Realmente así la considero, y dio como consecuencia que se juntaran y que, bueno, empezara la represión. Ahora bien, efectivamente creo que al gobierno le dio miedo porque en México se iban a celebrar las Olimpiadas, y el compromiso del país era muy grande. Entonces dijeron: “Bueno, vamos a calmar ahorita a los estudiantes”. Pero en medio de todo esto, se estaba ya preparando la sucesión presidencial en México, para elegir al próximo presidente. Muchas cosas se juntaron para que un movimiento pequeño —que a la mejor, si lo dejas protestar, se acaba— siguiera y siguiera y siguiera. Por ejemplo, la represión misma del ejército, al darle un bazucazo a la puerta de la Preparatoria 1, fue desproporcionada; no era para tanto. Había otras cuestiones políticas, consideramos, que nos rebasaron como movimiento. Y claro la respuesta de las autoridades universitarias —del entonces rector Javier Barros Sierra— fue muy violenta. Protestó y, claro, todos los estudiantes nos enojamos. Y ahí empezó el movimiento, y fue creciendo, porque entonces se organizaron todas las escuelas, se unieron otras universidades, se formó el CNH y se salió de control, tanto del Estado como de los propios estudiantes, porque el CNH era un consejo estudiantil, y tú sabes cómo son éstos, eran anárquicos, gritones.

Una de las cosas importantes y que fue una experiencia propia del movimiento estudiantil fueron las brigadas. Nosotros hacíamos nuestra propaganda, muy rudimentaria, en... ¿cómo se llamaba? No es offset, es un método para hacer carteles muy rudimentarios. Los hacíamos en la Facultad de Medicina y los íbamos a pegar con las brigadas estudiantiles a los mercados y fábricas; se hacían mítines, explicando cuál era el motivo del movimiento estudiantil, por qué queríamos apertura democrática, por qué queríamos la libertad de los presos políticos, por qué queríamos que se castigara a los represores en ese momento. Fue un movimiento espontáneo que se organizó solo. Además, el CNH tenía una cualidad: era rotativo. Se hacían las asambleas por facultades y se escogía a los que iban a ir al CNH por un tiempo. Después se volvía a hacer otra reunión y se escogía a otros.

¿Qué tan seguido?

Dependiendo. A veces alguien podía durar dos semanas, pero otro podía durar tres semanas o nada más una semana, porque el movimiento en sí duró tres meses, máximo

cuatro meses, pero no más. Era un poco producto de la desconfianza de que alguien fuera a “transar”, como decimos—es decir, que no fuera a vender el movimiento estudiantil al gobierno. Entonces, para evitar que los líderes estudiantiles tuvieran compromisos con el gobierno, se rotaban, para que fueran más auténticos y más representantes de sus propias comunidades estudiantiles. Tenía mucha movilidad. Esto era bueno en un sentido, pero en otro sentido era complicadísimo, porque realmente no podías llegar a acuerdos. El mismo gobierno no podía llegar a acuerdos, porque ¿con quién?

Claro que había líderes, que eran los más importantes, como Marcelino Perelló, Raúl Moreno Wonchee, Gilberto Guevara Niebla, Sócrates Amado Campos Lemus, Raúl Álvarez Garín, Luis González de Alba. Ellos eran los líderes, pero no tomaban las decisiones, era el CNH. Entonces, cada vez que el gobierno se acercaba para ver si se llegaba a algún acuerdo, le resultaba muy difícil. No se podía.

¿Cuántas personas formaban parte del CNH?

Llegaron a ser hasta doscientas o más, porque no nada más era la Universidad, era también el Politécnico, la Metropolitana, la Iberoamericana, porque había universidades públicas y privadas. Era un bolón de gente y se sesionaba o se tenían las reuniones en la Facultad de Medicina. Ahí vivían y ahí comían.

¿Cómo se organizaban?

Las brigadas iban a los mercados, y la gente de los mercados les daba verduras y todo. Aquí había una cocina y aquí les daban de comer a todos los del CNH. Esto se hizo hasta que el ejército tomó la CU el 18 de septiembre. Y después del 2 de octubre el movimiento prácticamente se desintegró. Los líderes huyeron, algunos fueron a dar a la cárcel, y ya es otra etapa del movimiento.

Obviamente había grupos distintos en el CNH, izquierdistas radicales, moderados o realistas.

Sí, efectivamente. Tú sabes cómo son los movimientos estudiantiles. No sé en Austria, pero en América Latina y casi en todas partes, como se dio en Francia, en esos momentos el auge del socialismo y del comunismo era muy fuerte, la influencia de la revolución cubana era muy fuerte, la de China también, el maoísmo. Aquí el grupo de origen maoísta se llamó espartaquista. Había grupos de ultraderecha, como El Yunque; grupos católicos, grupos de la Juventud Comunista, grupos del PRI, de las Juventudes Revolucionarias del PRI, grupos del PAN, que es católico, y grupos de ultraizquierda: maoístas, espartaquistas, trotskistas. Te podrás imaginar que era un mosaico de tendencias y de grupos, pero los que dominaban, los que tenían una autoridad política, eran los de la Juventud Comunista y algunos del PRI. Ellos eran los que más influencia tenían. La Juventud Comunista de finales de los años cincuenta y parte de los sesenta

ya tenía células estudiantiles en algunos centros educativos, entre otros en la Universidad o en el Poli, o en Michoacán, en la Nicolaita. Entonces, cuando llega el movimiento estudiantil, ya había una organización estudiantil previa en la Universidad.

En el 68 sí se contaba con una organización estudiantil previa que facilitó la organización del movimiento estudiantil. Por eso te explicas que haya tenido tanta fuerza, porque ya antes había organizaciones en el Politécnico y en las diferentes instituciones de educación superior, hasta en las escuelas normales. Fue algo que permitió un movimiento estudiantil más o menos organizado y con demandas que, si te fijas en ellas, no son estudiantiles. Las demandas del movimiento estudiantil no son por mejores planes de estudio; son demandas políticas por libertades políticas: libertad de los presos políticos, desaparición del artículo 145 y 145 bis (el del delito de disolución social... un invento), apertura democrática, diálogo público. Ahí no hay ni una demanda estudiantil; son todas de carácter político, de carácter democrático.

Pero algunas de esas demandas, entre ellas el diálogo público, parecen casi inocentes en retrospectiva...

Bueno, sí. Era difícil pedir diálogo público, efectivamente, máxime con un gobierno que no entendía a los estudiantes y que pensaba que todo era producto de un complot. Con la ingenuidad propia de los estudiantes queríamos un diálogo público por televisión y por radio y, ya en el colmo, que fuera en el Zócalo. Obviamente eso era casi imposible, tan imposible que nunca se dio. Nos echaron al ejército y dijeron: “¡No!”. Pero es parte de un ideal que solamente los estudiantes pueden tener. Estábamos dispuestos prácticamente a todo para que el gobierno nos hiciera caso y nos escuchara. Lo que pedíamos era que el gobierno nos escuchara.

Claro que lo pedíamos como estudiantes: por la fuerza, insultando, porque sí nos fuimos mucho al insulto, pero en el fondo realmente creo que no encontrábamos tampoco salidas. El movimiento estudiantil no encontró salidas. Pedíamos mucho el diálogo, pero no sabíamos cómo. Pedíamos que por televisión o por radio, cosas que este gobierno, por la estructura autoritaria del propio sistema político y del propio presidente, nunca nos iba a dar. Pero insistíamos y, cuando hubo acercamientos, no supimos qué hacer, porque decíamos: sí, y ahora, ¿cómo?, ¿a dónde? Y llegó el momento en que se acercaban las Olimpiadas. No había ni para adelante ni para atrás, y en el gobierno, en el ejército y en el propio aparato del gobierno, empezó a hablarse de poner un “hasta aquí” al movimiento.

Creo que en el propio gobierno hubo contradicciones entre un ala, una corriente del gobierno, que decía: “Vamos al diálogo”, y otra que decía: “No, hay que pararlo de tajo, fuerte, para acabarlo de raíz”. Y creo que esos problemas entre ellos mismos provocaron la represión del 2 de octubre.

Yo estuve ahí el 2 de octubre. Tenía 7 meses de embarazo. A mí me sacó un soldado de la plaza. Cuando empezó el tiroteo, cuando empezaron los balazos, un

soldado me sacó y me llevó. Los soldados no estaban disparando a la gente, no estaban disparando. Estaban nada más rodeando el mitin, pero no dispararon. Por lo menos durante el tiempo que estuve ahí, no vi a los soldados disparar. Me da la impresión que fue un enfrentamiento entre el propio ejército, porque ellos no traían orden de disparar. Cuando un ejército trae orden de disparar, dispara. Aquí no había tal orden, si no hubiera muerto más gente de la que realmente murió. Se dice que son cien, pero los muertos no los puedes ocultar. Tienen familia, tienen madre y hasta ahorita, en la lista, son como treinta y cinco o cuarenta. No han salido más. Por lo menos ningún amigo mío murió en el 2 de octubre. Entonces hay también mucha mística. Estamos inventando demasiado muertos. Sí hubo una represión fuerte, pero no con las dimensiones que se dice. Porque si el ejército hubiera disparado, yo no estaría aquí. Yo ya estaría muerta o por lo menos habría sido herida. Mis amigas que iban conmigo, todas se salvaron, y mi hermana, lo mismo. Eso es lo que se está investigando y es lo que tratamos de investigar: ¿Qué pasó ahí realmente?

Se habla de contradicciones en el propio gobierno dado que se venía la sucesión presidencial. Y ahí se jugaron varias candidaturas, varios candidatos a la presidencia. Es algo que nosotros los historiadores tenemos que entrar a estudiar para quitarle todas esas cargas políticas o intereses que se tienen. Creo que éste es el momento de que los historiadores estudien el movimiento estudiantil, con documentos que permitan más o menos saber qué pasó.

¿Piensa que no hubo trescientos asesinados en Tlatelolco?

Bueno, pues sí. Muchos lo hacen a la libre o lo dicen sin muchos documentos o también porque te gana el coraje, porque fue una derrota. En el fondo nos derrotaron y eso hay que reconocerlo. Nos derrotaron, pero ganamos, porque el siguiente presidente, que fue Luis Echeverría, llegó con una apertura democrática. Él, en primer lugar, saca a los presos políticos de la cárcel y empieza a abrir el gobierno a los jóvenes. Muchos jóvenes del movimiento del 68 empiezan a tener actividad política y de ahí en adelante se logran muchas reformas de carácter democrático, a tal grado que llegó este señor Fox a la presidencia (algo que obviamente no fue muy bueno para nosotros). Pero eso te demuestra que se abrió el camino para una contienda electoral más competitiva y una apertura democrática.

Hablemos más de los logros del movimiento y sus fallas...

Bueno, creo que, efectivamente, todo movimiento tiene su lado positivo y su lado negativo. El lado positivo fue la apertura democrática que ha habido en México. Quiero decirte una cosa: México siempre ha sido democrático. En México, a partir del siglo xx siempre hubo democracia y elecciones; no hemos tenido dictaduras y la represión no ha sido fuerte. Ha habido represión porque todo Estado es represivo, pero después del movimiento del 68, sí hubo una apertura democrática importante y creo que

ése es el principal triunfo del movimiento estudiantil. Ahora cuando escucho las canciones de protesta, ya en discos y en la tele, me río, pues es un fruto nuestro, abrimos el camino para todas estas expresiones de la contracultura y eso fue muy importante para nosotros. En ese sentido creo que hemos ganado mucho.

Lo negativo es que desafortunadamente se acabó el movimiento estudiantil. No hemos podido reorganizar, a pesar de los años, un movimiento estudiantil fuerte, con demandas. Hemos tenido organizaciones, pero con los años se acabaron, y eso ha sido muy lamentable para la Universidad. No tenemos organizaciones ni de académicos ni de estudiantes. La única organización que existe es de los administrativos [la Asociación de Trabajadores Administrativos de la UNAM] pero ya no hay los movimientos que teníamos antes. Y eso, en mi opinión, es una cosa muy triste, porque esta politización que habíamos alcanzado, esta conciencia social, esta conciencia de decir: “Ya basta, imperialismo norteamericano, no te queremos más”, desafortunadamente se ha perdido. Si en nuestro momento, por el 68, se hubiera dado una guerra de Irak, ya hubiéramos estado en la calle gritándole a los Estados Unidos: “¡Asesinos!”, porque así les gritábamos cuando Vietnam. “Eres un asesino”, les gritábamos. Porque lo que hicieron en Irak no tiene nombre. Es peor todavía que lo que le pasó a Vietnam; no se vale destruir así a un pueblo y menos su cultura y menos su pasado histórico. Lo saquearon verdaderamente, todos sus museos. Eso no puede ser: que en pleno siglo xxi estemos regresando a nuestro violento siglo xx, con dos guerras mundiales, ¡no puede ser! Y no veo ese movimiento juvenil de protesta que hubo en los sesenta a nivel mundial. Eso también lo hemos perdido, desafortunadamente.

Y ahora el neoliberalismo ha traído una gran diferencia social, una gran miseria para América Latina. Por otra parte, el avance de las tecnologías ha puesto en un dilema a los trabajadores, porque se han ido quedando sin trabajo. Todas estas situaciones han repercutido. Los estudiantes están viendo por ellos mismos: cómo entrar a una universidad, cómo hacer una maestría, cómo hacer un doctorado o cómo conseguir algún trabajo, que ahora están muy peleados, pues para un trabajo hay diez solicitudes. Y efectivamente el mundo ha perdido la parte humana, la parte de la solidaridad que le daba el socialismo. Quizá podías criticar mucho al socialismo, pero a la juventud le daba esa parte muy bonita que era la solidaridad humana. Eso se ha perdido mucho porque el neoliberalismo sólo te da el individualismo. Es ser tú, tú y tú, y los demás no importan, si yo estoy bien, no importa. Y eso por los años sesenta no sucedía. Los jóvenes de los sesenta teníamos todavía esa mística de la solidaridad humana. Te rebelabas ante la injusticia, ante la guerra de Irak o ante otras guerras. Te rebelabas. Decías: “No puede ser”. Pero al caer el mundo socialista y quedar Estados Unidos como el eje fundamental, el mundo se desequilibra. Antes, como los dos estaban iguales, el mundo tenía un equilibrio, pero al caerse este mundo, el mundo se nos desequilibra. Y claro, la lucha ahora es mucho más difícil para todo y es una cuestión que vivimos todos. Los jóvenes ahora la tienen muy difícil por esta situación.

Algunos de los estudiantes tuvieron que salir del país...

Algunos sí. Marcelino Perelló, por ejemplo, se fue a estudiar a Europa. Estuvo en Rumania, ahí estudió y luego ya vino a México. Otros líderes se fueron a Chile, pero la gran mayoría se quedó en México, unos en la cárcel, otros huyeron. Después, poco a poco, empezaron a incorporarse a la universidad, a continuar sus estudios; algunos entraron a trabajar al gobierno, otros se fueron de políticos en el PRI, otros al Partido Comunista. Se fueron a diferentes lugares a seguir haciendo política, porque el gobierno dio una apertura democrática y luego, en 1978-1979, el gobierno legaliza el Partido Comunista y entonces éste ya participa en las elecciones. Hay una apertura donde los líderes pueden irse por diferentes caminos, de acuerdo con sus propios intereses políticos.

Los años setenta en México son muy complicados. Es cuando se dan las guerrillas urbanas, pero ése es otro momento que no me gustaría confundir con el 68. Como movimiento estudiantil del 68, ahí ya no tuvimos que ver, aunque de ahí se derivaron, porque el mismo fracaso del movimiento estudiantil del 68 frustró a muchos jóvenes. Estos grupos de izquierda radicales consideraron que a través de la lucha armada, guerrillera, tipo Cuba, se podía instaurar en México el socialismo. Además, en América Latina se estaban dando esos movimientos: los tupamaros en Uruguay, los montoneros en Argentina, Marighela en Brasil. Pero ahí había dictaduras militares. En México, no. En México estábamos teniendo una apertura democrática.

Pero además en junio de 1971, hubo otra represión brutal.

Sí, el 10 de junio. Fue otro movimiento donde también participamos. Fue un movimiento de protesta porque en una universidad del norte de México, en Monterrey, habían cambiado la ley orgánica de esa universidad. Entonces en protesta por ese cambio se organizó aquí una manifestación el 10 de junio, que también fue reprimida. Fue un incidente fuerte, pero nada que ver con el movimiento estudiantil del 68. Se dice que hubo muertos, pero no fue así. Al principio fue a palos y después hubo algunos disparos, pero no fue realmente un movimiento como el del 68. Y después de eso prácticamente ya no hubo un movimiento estudiantil fuerte, algunos estudiantes se fueron por el lado de las guerrillas, pero ya no como movimiento estudiantil. Más bien fueron estudiantes de ultraizquierda o de izquierda que consideraron que ése era el camino, pero la gran mayoría de los estudiantes, no. Nosotros nos fuimos por otro lado.

¿Y estaba estudiando en la UNAM en aquel entonces?

Sí, estaba estudiando Historia aquí en la Facultad de Filosofía y Letras. Tuve que regresar a ponerme a estudiar y a terminar mi carrera, porque yo había entrado a la Universidad en 1967. Entonces tenía un año cuando se vino el movimiento.

¿Era joven, no?

Sí, tenía 20 años.

¿Podría hablar acerca del papel de las mujeres?

Sí, hubo una mujer líder, que era de la Facultad de Derecho. Por cierto, ya murió. ¿Cómo se llamaba?

Tita.

Ah, pues tú te la sabes mejor que yo. Tita ya murió. Pero realmente, como líderes, hubo muy pocas. Éramos más bien integrantes de las brigadas. Éramos activistas. Hacíamos carteles, ayudábamos, andábamos en los mítines. Había un grupo muy interesante que se llamó Centro Popular de Cultura. Ése lo organizamos nosotros. Casi éramos puras mujeres. La líder era Carolia Paniagua, que ahora es pintora, pero entonces estudiaba psicología. Ella empezó a organizar este grupo cultural para introducir la música latinoamericana, el folclor mexicano y canciones de protesta. Fuimos muy activas las mujeres en las actividades culturales, pero no tanto como líderes. En primer lugar, porque las familias no te dejaban. Salías muy noche de las reuniones: a la una, las dos de la mañana. Yo ya estaba casada, pero a mis amigas sus papás no les dejaban tanto tiempo, entonces teníamos que hacer actividades que no terminaran tan tarde. Creo que por eso, entre otras cosas, no hubo tantas mujeres líderes. Las familias eran más cerradas.

¿Me podría hablar acerca del libro que coordinó?

Ahora que soy investigadora de la Universidad, decidí trabajar el movimiento estudiantil para tratar de estudiarlo objetivamente a más de treinta años de distancia. Con esta idea hicimos este libro, estos diálogos del 68, cuando se cumplieron treinta años del movimiento e invitamos a los participantes, a los líderes, a que hablaran sobre el movimiento estudiantil. Este libro recoge las reflexiones de unas mesas redondas que llamamos Diálogos sobre el 68.¹ Y son muy interesantes, muy importantes, porque te dan un panorama de cómo eran los años sesenta, cómo eran los jóvenes, cuáles eran sus inquietudes, sus aspiraciones, sus necesidades, y qué querían: cambiar al mundo, que fuera mejor. Ésa fue y sigue siendo mi aspiración: dejarles a los jóvenes un mundo más justo socialmente, más democrático, sobre todo más justo; que no haya tanta pobreza para nuestras naciones latinoamericanas; que nuestros niños tengan como todos los niños del mundo; que sean felices, que para eso vinieron al mundo: para ser felices. Y ésa es mi aspiración.

Gracias.

1 Silvia González Marín, coord. *Movimientos estudiantiles mexicanos del siglo XX. Diálogos sobre el 68.* Instituto de Investigaciones Bibliográficas/DGAPA. México 2003.

RODOLFO ECHEVERRÍA MARTÍNEZ

Nació en 1936. Estudió su licenciatura en economía en la UNAM de 1959 a 1963. Fue encarcelado durante el movimiento estudiantil durante tres años. Publicó el libro *El PSUM. El fin de un proyecto viable*, en 1985; en los años ochenta publicó varios artículos en revistas y periódicos como *La Jornada* y *Revista de fin de siglo*. De 1995 a 1999, trabajó en la Secretaría de Desarrollo Social. Desde 2000, ha trabajado en la Comisión Nacional para el Desarrollo de los Pueblos Indígenas.

Por favor preséntese.

Mi nombre es Rodolfo Echeverría Martínez. Nací en Tijuana, Baja California, en 1936. Trabajo en el gobierno para la Comisión Nacional para Asuntos Indígenas. Trabajo aquí desde que Vicente Fox ganó la presidencia [en 2000].

La manera en que viven los pueblos indígenas es terrible. Están atrasados en materia económica, social, infraestructura, servicios, salud. Desde 2002 tenemos un presupuesto para inversiones, generalmente caminos, agua potable, electrificación, salud y educación, pero también cultura y derechos. Hay un artículo en la Constitución de México que establece estos derechos para el pueblo.

Actualmente no tengo preferencias políticas porque pienso que aquello por lo que luchamos —democracia, libertad, justicia— no está representado en ninguno de los partidos actuales del país. Me considero una persona de izquierda y aspiro a la socialdemocracia en México. Toda mi vida fui miembro del Partido Comunista, después del PSUM, pero lo dejé porque no se mantuvo fiel a sus ideales. En 2000 ingresé a Democracia Social, un partido que postuló a Gilberto Rincón Gallardo como candidato a la presidencia de México.

¿Cómo le llegó a interesar la política y cómo llegó a participar en el movimiento?

Ingresé al Partido Comunista como estudiante en la Universidad. Estudiaba Economía y mientras estaba estudiando, triunfó la revolución en Cuba. En la Unión Soviética, después de la muerte de Stalin, Nikita Khrushov asumió el poder. Los movimientos de liberación nacional comenzaron en África y Asia, y yo simpatizaba con todas estas cosas.

En nuestro país comenzó el movimiento obrero de los trabajadores ferrocarrileros, los trabajadores de la industria del hule, los telegrafistas, los maestros, el movimiento campesino y el movimiento estudiantil. En 1959, por ejemplo, el gobierno rompió la huelga de los ferrocarrileros y había varias docenas de ferrocarrileros en la cárcel, también miembros del Partido Comunista. En 1960, el movimiento magisterial comenzó a surgir de nuevo y el gobierno lo reprimió. En la Universidad estábamos a favor de estos movimientos.

Después, en 1963 cuando el gobierno condenó a los presos políticos a sentencias muy severas, el Partido Comunista y otras organizaciones convocaron a un mitin en un teatro, pero la policía no permitió la reunión. Así que pasamos la voz de

que nos reuniríamos en la plaza Santo Domingo. La gente comenzó a reunirse, llegó la policía y hubo un enfrentamiento entre la gente y los granaderos, una pelea con puñetazos, patadas y gas lacrimógeno. Fue la primera vez que la gente respondió a los granaderos. No salieron corriendo como otras veces. Así que el movimiento creció y la semana siguiente convocó a una marcha. Y de nuevo llegó la policía y disolvió la marcha. Así que convocamos a un acto en CU.

La gente se reunió en el área de Humanidades. Colocamos un micrófono en la Facultad de Economía y comenzaron a hablar los líderes, denunciando las sentencias de los presos políticos. Y después, los agentes especiales de seguridad de la Universidad entraron al cuarto donde estaba el micrófono y apagaron el sonido, así que comenzamos una pelea porque ellos no eran estudiantes y no tenían nada que ver con los asuntos estudiantiles. Se volvió una batalla campal. Ya habían pedido ambulancias para nosotros. Pero los vencimos. Le dije al líder de los estudiantes de Economía que debíamos protestar por escrito a la Rectoría por enviar gente para que se infiltrara en nuestro movimiento, pero no hicimos nada porque pensábamos que con nuestra victoria ya no seríamos molestados más.

Pero la semana siguiente la policía comenzó a buscarnos en La Casa de Estudiantes y otros lugares. Me estaban buscando a mí y a Armando Fierro Márquez, estudiante de Derecho, así que el partido nos envió a Uruapan, Michoacán, donde nos quedamos cerca de una semana y en donde leí en la prensa que cinco estudiantes de la Universidad habían sido expulsados por ese incidente. De modo que regresé y tuvimos una discusión con el rector en la cual se estableció que yo y otros cuatro estudiantes seríamos expulsados por un año. Cuando eso pasó me fui a trabajar de tiempo completo al Partido. Comencé a trabajar en el movimiento estudiantil en la provincia, sobre todo reclutando estudiantes. Fui asignado a las Juventudes Comunistas. Así que fuimos a las universidades, a las Escuelas Normales, a las escuelas de agronomía en todo el país, ya que en 1964 había elecciones presidenciales y formaba parte del personal de campaña. De modo que me estaba relacionando con el movimiento estudiantil.

En 1965 fui a Moscú a estudiar durante dos años. Había una escuela de cuadros del Partido Comunista de la Unión Soviética y había personas de diversos partidos comunistas de toda Latinoamérica, Estados Unidos, Canadá, Europa, Australia, Sri Lanka, etcétera.

¿Así que ya no estaba en la Universidad en el 68?

En 1968, cuando inició el movimiento, estaba tratando de volver a la Universidad, pero tenía 32 años, ¡ya no era joven! Empecé a trabajar para el secretario general del PCM como asistente, arreglando sus citas y haciendo tareas diversas.

Después de las Olimpiadas, en noviembre de 1968, me reuní con el secretario general y él me enseñó una carta de los comunistas encarcelados. Se quejaban de

que no tenían suficiente información sobre lo que estaba pasando afuera. Además, en algunos sectores del movimiento estudiantil, estaban diciendo que el Partido Comunista estaba tratando de vender el movimiento al gobierno, lo cual evidentemente era absurdo porque no se puede vender lo que no se tiene, el movimiento no estaba en nuestras manos, estaba en manos del Consejo Nacional de Huelga (CNH), incluso si algunos de los líderes principales del CNH estaban en la cárcel. El problema era que después de lo que ocurrió en Tlatelolco el 2 de octubre, el movimiento decreció. Era natural ya que el movimiento había sido derrotado por la represión.

Así que el secretario general me preguntó lo que pensaba sobre la carta diciendo: “Piden que alguien vaya a darles información. Así que creemos que debes ir a ver a nuestro abogado y preguntarle qué tienes que hacer para ir a la cárcel como visitador y defensor de los reclusos. Pregúntale cómo obtener un permiso para visitar a los presos”. Yo le contesté: “Bien, le diré a mi esposa que me acompañe, para que saque un permiso también. ¡Así ella también podrá visitarme!”. “¿Crees que te van a arrestar?”, preguntó. “¡Sí, seguro que me van a arrestar!”. Me dijo que no estaba en la lista de personas buscadas, pero contesté que en este país no tienes que estar en una lista para que te arresten. Yo no quería un tache en mi cartilla política, quería una palomita, por lo que dije: “¡Sí voy a ir! ¡Pero eso es lo que va a suceder!”. Pues bien, fui a la cárcel de Lecumberri y por supuesto el 3 de enero de 1969, después de tres o cuatro visitas, me agarraron y pasé casi tres años en la cárcel. Me liberaron el 20 de diciembre de 1971: dos años, once meses y diecisiete días más tarde. ¡Así fue como participé en este movimiento en particular!

No me arrepiento porque creo que fue una experiencia de vida. Nadie quiere estar en la cárcel pero, una vez que has estado ahí, no lo olvidas. Pensábamos que era posible hacer una nueva revolución en nuestro país. No sabíamos que el pueblo de México la rechazaría totalmente. ¿A qué mexicano le gustaría vivir en un país como la Unión Soviética? ¡A ninguno! ¡Estábamos locos! Una vez que sabes qué significa ser libre, nadie te lo puede quitar. No pertenezco a un partido político porque no encuentro uno que se vincule con lo que pienso y con las cosas por las que lucho.

¿Cuál fue la influencia del Partido Comunista en el movimiento estudiantil?

Así estábamos organizados: el partido tenía células y clubes de las Juventudes Comunistas en la Universidad. Varios estudiantes eran miembros de las Juventudes Comunistas, por ejemplo, en las facultades de Filosofía, Ciencias Políticas, Derecho, Economía, Ciencias y Medicina en la UNAM, y en otras escuelas como el Politécnico y las prepas. Algunos de sus principales líderes eran o habían sido miembros de las Juventudes Comunistas. Pero las decisiones se tomaban en las reuniones del CNH. ¡Ellos pensaban que la revolución estaba a la vuelta de la esquina! Gran parte de los líderes pensaba así. Sólo se necesitaba una chispa para poder incendiar la pradera...

Algunos miembros del CNH asistieron a varias reuniones de las Juventudes

Comunistas entre el 26 de julio y el 2 de octubre. Varios expresaron la posibilidad de que los estudiantes regresaran a clases para que pudieran reagruparse y recomenzar el movimiento. Era una movida estratégica para enderezar o fertilizar el movimiento, ¡pero era imposible! Cualquiera que sostuviera ese punto de vista sería acusado de traición. Incluso dentro de las Juventudes Comunistas. Es una lástima, porque para entonces el gobierno había decidido romper la huelga, sin importar cuántos murieran o fueran encarcelados. Estaban decididos a poner fin al movimiento. ¡Sabíamos que nada impediría al Estado mexicano establecer el principio de autoridad! Eso era la que estaba sucediendo. No sé cuántos, pero casi 200 fueron encarcelados. La mayoría de los estudiantes fueron liberados cuando Echeverría asumió la presidencia, pero cerca de cien se quedaron en Lecumberri durante dos o tres años.

¿Cuáles fueron los cargos cuando lo arrestaron?

Me culparon de diez cargos. Veamos si puedo recordarlos: invitación a la rebeldía, sedición, robo, homicidio, resistencia de particulares, ataques a las vías generales de comunicación, portación de armas... Me sentenciaron a dieciséis años de prisión. Y salimos de la cárcel con todavía dos cargos —incitación a la rebelión y sedición— hasta que en marzo de 1976 Echeverría estableció una amnistía para los presos del movimiento del 68. Pero con dos cargos se suponía que uno tenía que ir a firmar cada semana. Nunca fuimos porque no importaba, era un problema político, no judicial. Todo el proceso fue una farsa.

¿Puede hablar acerca de sus aspiraciones, sus metas? ¿Querían derrocar al gobierno? ¿Y cómo cambiaron estas metas a través de los años?

Sin duda, desde que me afilié al Partido Comunista en el sector universitario siempre pensé que existía la posibilidad de una nueva revolución en México si trabajabas para lograrla. Porque existían elementos con los que trabajar: no había democracia, ni libertad; los sindicatos obreros estaban controlados por el gobierno; no tenías derechos políticos; la gente sólo votaba por el PRI o el PAN, y los demás partidos no representaban a la nación o a sector alguno de la nación. Existían las condiciones políticas para trabajar por un país mejor y pensábamos que se podía lograr un mejor país a través de una nueva revolución. Así que comenzamos a trabajar, algunos en el movimiento obrero, algunos en el movimiento campesino, algunos en el sector universitario, otros con los empleados del gobierno. Y comenzamos a difundir nuestras ideas, nuestro programa.

Y hay algo que quisiera decir: los líderes del Partido Comunista eran personas formadas en viejas maneras de pensar. Sus corazones estaban en Rusia. Cuando comenzamos, no teníamos la misma manera de pensar. Pensábamos que lo que se vivía en Rusia no era lo mismo que se estaba viviendo aquí; no teníamos el derecho de formar un partido, los obreros no podían formar sindicatos; y más tarde cuando

el Pacto de Varsovia invadió Checoslovaquia, nosotros apoyamos al movimiento de la Primavera de Praga, nos opusimos a la invasión. Hasta el comité central del partido hizo una protesta y una crítica al Partido Comunista soviético. Más tarde, en la cárcel, comencé a leer muchos libros sobre lo que realmente estaba sucediendo en los cincuenta y sesenta, no sólo en Rusia, sino en Polonia, Alemania y Hungría. Así que cuando salimos de la cárcel teníamos una actitud crítica hacia el Partido Comunista de la Unión Soviética y el movimiento comunista.

Hubo manifestaciones masivas, cientos de miles de personas protestando en la calle; por primera vez desde 1961, las manifestaciones llegaron al Zócalo; la gente estaba acusando al presidente en persona. Y sin embargo, al final, el movimiento no logró recibir el apoyo de las masas...

No había organización. En el movimiento del 68 no se construyó realmente nada. Era una manifestación del enojo, de protesta, pero creo que lo importante fue que logró establecer abiertamente el tipo de gobierno que realmente teníamos. Había demasiados demagogos que presentaban a México como un mundo que nadie conocía. Pero la realidad era que los derechos por los que el pueblo había luchado en 1910 y 1917 en la revolución mexicana, los derechos inscritos en la Constitución eran sólo palabras escritas sin una función práctica en nuestra sociedad, y el gobierno era responsable de no permitir que estos derechos crecieran. La gente sabía que el gobierno no iba a ceder en nada. Pero trataron de abrir la puerta para que hicieran algunas concesiones.

Hoy pienso que gran parte de las cosas por las que luchamos —las libertades democráticas y civiles— se han alcanzado. No porque hayan sido un regalo del PRI sino por la lucha política de muchos sectores en nuestro país que contribuyeron, además de otros partidos como el PAN. Cuando llegó Echeverría al poder, comenzó una apertura democrática. Pero sólo fue una pequeña apertura y en los setenta algunos grupos, principalmente estudiantiles, se volvieron clandestinos porque era una situación desesperada para ellos. La gente continuó con los sindicatos en la universidad. Se dio la protesta de los electricistas con Galván. En 1976, López Portillo³ reconoció algunos partidos y luego vino el movimiento de Cárdenas, el cual dividió al PRI profundamente, y más tarde el movimiento electoral de 1988 demostró que la fuerza del PRI había caído. Pero todo esto, en conjunto, comenzó en el 68. Creo que el movimiento del 68 fue el paso más importante hacia lo que ganamos el 2 de julio de 2000: la derrota del PRI.⁴ Y ahora tenemos que hacer un salto. No creo que actualmente existan las condiciones para un movimiento revolucionario en nuestro país...

¿Cree que el movimiento habría logrado más si hubiera tenido ideas y propuestas más concretas sobre lo que había que cambiar?

Creo que el movimiento habría podido lograr más, pero no sé si el gobierno habría tomado en cuenta algunas de las demandas estudiantiles porque hay algo en México

que siempre priva, lo que llamamos el principio de autoridad. Si se debilitaba, el gobierno pensaba que habría más demandas. Creo que cuando se difundió la consigna de diálogo público, el movimiento se puso la soga al cuello porque nadie accedería a un diálogo público, ¡menos que nadie el gobierno! No veo a Díaz Ordaz sentado en una mesa con el CNH discutiendo los seis puntos. ¡No me lo puedo imaginar! Bueno, no hubiera sido él, sino De la Vega o Caso.

¿Tuvieron influencia los movimientos internacionales?

No, no directamente. La situación en el mundo era algo radical. Todos sabíamos de los movimientos en París, Roma, Alemania, Japón, Polonia. Tuvo sus consecuencias: Che Guevara, Ho Chi Minh... Y en México participaron muchos sectores políticos: los maoístas, trotskistas, guevaristas, comunistas, fidelistas. De modo que había muchas posiciones políticas.

¿Fue ése el problema? ¿Demasiados grupos, demasiados intereses?

Bueno, eso fue uno de los problemas. Pero cada día que pasaba nos acercábamos a la apertura de los Juegos Olímpicos. El gobierno tuvo que tomar una decisión para poder garantizar que los Juegos Olímpicos se celebraran en condiciones pacíficas. Eso es en general lo que creo.

La policía estaba espiando a los estudiantes, había mucho sigilo...

El gobierno intentó infiltrar el movimiento, pero no tuvo un efecto serio. Era un movimiento abierto, estaba en la Universidad en donde todo el mundo podía ir. Cuando los estudiantes iban a las colonias, los barrios, las calles, los mercados, las fábricas o las oficinas para difundir sus puntos de vista, la gente comenzó a enterarse. Fue entonces cuando comenzó a crecer. Se dieron después las manifestaciones del 14 y del 27 de agosto; cada vez las manifestaciones crecían más. Pero cuando terminaban, terminaban sin tareas, ¡sin saber qué hacer! Fue más bien como liberar presión. Fue eso sobre todo.

Y además había desconfianza. No se confiaba en nadie que mencionara que el gobierno o alguien dentro del gobierno quería establecer contacto. Era una forma muy inmadura de entender las metas del movimiento. Creo que las autoridades de la Universidad eran más serias, tenían más serenidad, más fuerza, pero no intervinieron con los estudiantes, con los líderes. En el CNH era muy difícil crear una situación de discusión. Todos los que hablaban comenzaban discursos largos y aburridos, nadie ponía realmente atención a lo que decían. Pero el hecho es que el movimiento comenzó a crecer y crecer, y después de la manifestación del silencio el 13 de septiembre creo que el gobierno se puso nervioso. Una semana después el ejército tomó la Universidad, violando la autonomía, y luego el IPN. Ahí fue cuando se comenzó a golpear al movimiento. Sólo faltaban quince días para el 2 de octubre...

Es sorprendente que no hubo una protesta masiva después de la matanza del 2 de octubre.

¡Nos conmocionó! Nadie sabía cuántos muertos había. Pero el momento en que el ejército comenzó a disparar, capturaron a los líderes principales. Comenzaron los Juegos Olímpicos —no sé cuántos días después— y absorbieron toda la atención. ¿Qué pasó con la matanza? ¡No hubo una reacción inmediata! Y después los estudiantes no iban a la Universidad. ¡Estaba desierta! Fui allá buscando información para mis camaradas y en cada facultad había algo así como veinte personas. ¡Era una derrota! Y daba miedo. Nadie quería ir a la cárcel. Nadie quería ser golpeado. No había clases. ¿Por qué ir entonces a la Universidad?

Cuando los Juegos comenzaron, los únicos que se movían eran las familias de los presos que trataban de liberarlos. En diciembre de 1968, antes de Navidad, se dio una liberación general y la mayoría de los arrestados el 2 de octubre fueron liberados. Los que se quedaron en la cárcel eran los líderes, algunos conocidos, otros no. Pero no hubo un movimiento, ninguna protesta, hasta que Estados Unidos comenzó a bombardear Camboya. Fue entonces cuando comenzó la Universidad a movilizarse de nuevo. Pero eso fue, me parece, en 1971, dos años después. Cuando fuimos a la huelga de hambre en diciembre de 1969 realmente no hubo repercusiones afuera. Sólo éramos nosotros y nuestras familias, y algunos militantes en la Universidad, en Chapingo o en el IPN.

En realidad, la mayoría de las familias de los estudiantes y los estudiantes mismos no eran radicales. Simplemente estaban luchando por sus derechos civiles. Recuerdo que cuando me arrestaron había estudiantes del Poli y de la Escuela Nacional de Ciencias Biológicas. No sabían quién era Ho Chi Minh; no sabían quién era Lenin; no sabían quién era Engels o Marx. ¡No sabían nada acerca del movimiento socialista! Solamente estaban luchando por sus derechos civiles. Habían oído hablar de Fidel Castro o del Che Guevara —pero no conocían su historia, de dónde venían, cuáles eran sus ideas y su pensamiento político—. Y estaba el otro sector: los maoístas, los trotskistas, los guevaristas, los comunistas. Pero éramos un grupo pequeño que venía de estos movimientos. A nosotros fueron a los que nos dejaron en la cárcel...

¿Su familia lo apoyaba? ¿Su familia estaba interesada en la política?

Sí, me apoyaron mucho. Cuando me casé estaba buscando una soldadera. Tenía que estar seguro de que mi esposa me apoyaría, de otro modo el matrimonio no podría durar, porque yo estaba trabajando de tiempo completo en el Partido Comunista. Mi familia es de Baja California y todos se afiliaron al partido, hasta mi hermana que nació en Estados Unidos se afilió al partido de allá. ¡Pobrecita! ¡Debió ser un infierno! El Partido Comunista de Estados Unidos es peor que el de la Unión Soviética. No tardó en dejarlo...

¿Tuvo problemas más adelante por su participación en el 68, por haber sido arrestado?

No. Nunca pisé la cárcel de nuevo. Pero en 1984 intenté trabajar en la Secretaría de Comercio y el secretario me lo prohibió por mi historial político. Ese fue el único caso. Lo que más se ha quedado en la memoria de la gente es el 2 de octubre, no las marchas, los mítines, el CNH, el 18 de septiembre, la Universidad. Nadie quería que se repitiera. Por eso digo que la transición democrática comenzó con el movimiento estudiantil del 68; las libertades civiles se fueron respetando lentamente. Fue una transición muy lenta, tortuosa, traumática y vacilante.

Gracias.



ELENA PONIATOWSKA

Nació en París en 1933. Desde 1942, ha vivido en México, donde inició su carrera como periodista. En 1971, publicó *La Noche de Tlatelolco*, una recopilación de testimonios sobre la matanza del 2 de octubre de 1968. Ha recibido múltiples premios por su obra periodística y de ficción, entre los que destacan: Premio Mazatlán por *Hasta no verte Jesús mío* y Premio Xavier Villaurrutia por *La noche de Tlatelolco* (1970); fue la primera mujer en recibir el Premio Nacional de Periodismo (1978); Premio Manuel Buendía (1987); Premio Mazatlán de Literatura por *Tinísima* (1992) y, más recientemente, Premio Alfaguara de Novela por *La piel del cielo* (2001).



¿Nos puede hablar un poco acerca de usted?

Mi nombre es Elena Poniatowska Amor. Soy periodista y escritora.

Escribió lo que quizás es el libro más famoso sobre el 68, La noche de Taltelolco. Es periodista y además escribe ficción...

He escrito libros de ficción —novelas— y tengo libros que están basados en eventos importantes para México. Hago ambas cosas, periodismo y ficción, pero ciertamente le debo mucho al periodismo. El periodismo ha influido también en lo que escribo. Estaba particularmente interesada en las cosas que eran muy diferentes o alejadas de mi manera de ser o la de mi familia, de mi manera de vivir.

¿Nos puede decir qué edad tenía en el 68 y cómo entró en contacto con el movimiento? Mencionó que su esposo estaba en la Universidad...

Mi esposo, Guillermo Haro —quien fue el fundador de la astronomía moderna en México— era entonces el director del Instituto de Astrofísica en la Universidad, de modo que me platicaba todo acerca del movimiento estudiantil. Y, por supuesto, tenía amigos estudiantes que iban a mi casa y me decían qué estaba pasando.



¿Fue a alguna de las manifestaciones?

Sí, fui a una o dos, pero no fui a muchas porque en ese tiempo nació mi hijo Felipe y lo estaba amamantando.

¿Estuvo en Tlatelolco el 2 de octubre?

Yo no estuve en Tlatelolco durante la matanza, pero María Alicia Martínez Medrano y otra amiga fueron a mi casa a las ocho de la noche y me contaron lo que había pasado. Pensé que estaban completamente locas, que eso no podía haber sucedido. Era como una guerra civil, ¿sabes? Me sorprendió que dijeran que había sangre en los muros y en el suelo y que había zapatos regados por toda la plaza. Habían matado a niños, a una mujer embarazada. Yo estaba horrorizada. Decían que había impactos de balas en los elevadores. Así que al día siguiente fui allá a las cinco de la mañana. Fui a verlo con mis propios

ojos: ¡realmente era como una escena de guerra! Había soldados por todas partes. Había tanques. No había agua, así que la gente estaba formada para llenar sus cubetas de agua. Recuerdo a un soldado que hablaba con su esposa desde una cabina telefónica; probablemente acababa de nacer su hijo, y eso te daba la idea de que también tenían problemas, de que eran personas comunes y corrientes. Aun así, fueron ellos los que ocuparon la plaza y obedecieron la orden de atacar a la gente. Me quedé ahí por lo menos cuatro horas. No me quedé más tiempo porque tenía que darle de comer a mi bebé, así que regresé lo antes posible. Por supuesto, no lo llevé a la plaza porque era peligroso.

¿Cómo le vino la idea de escribir La noche de Tlatelolco?

Como periodista estaba horrorizada de que nadie estuviera escribiendo ni diciendo algo sobre la matanza. Porque justo después del 2 de octubre se publicaron muy pocas cosas, y nada acerca de lo que realmente había sucedido. Empecé a ir a la cárcel para entrevistar a los estudiantes, y en particular a aquellas madres dispuestas a hablar. Las madres eran muy valientes. Después también entrevisté a Raúl Álvarez Garín, a Gilberto Guevara Niebla y a otra gente que había participado, hasta soldados. Todos me pidieron que les cambiara el nombre, porque tenían miedo: si no estaban en la cárcel, acabarían en la cárcel, o si ya habían estado en la cárcel, los volverían a encarcelar. De modo que los únicos que dieron su nombre y no les importaba lo que pudiera ocurrir eran los que ya estaban en la cárcel, a quienes visité cada domingo durante casi un año.

¿Notó algún cambio en ellos durante ese tiempo?

Vi cómo se desesperaban porque los atacaban; por ejemplo, los otros presos les robaban sus libros y entraban a sus celdas, los golpeaban. Creo que pensaban que necesitaban defenderse de casi todo el mundo.

Pero gozaban de una situación más o menos privilegiada. Usaban la publicidad para asegurarse de que no los maltrataran...

¡No tuvieron mucha publicidad! Los diarios no hablaban mucho de ellos, aunque creo que seguramente tenían más privilegios que otros presos porque la gente que está en la cárcel en México tiende a ser la más pobre de los pobres, la gente que prefiere estar en la cárcel porque por lo menos tienen garantizadas tres comidas al día.

Los presos políticos no eran personas ordinarias. Por ejemplo, José Revueltas era un escritor muy conocido; Eli de Gortari era un filósofo reconocido; Heberto Castillo era un ingeniero y columnista famoso. Los presos políticos tenían máquinas de escribir, libros. Generalmente los visitaban cinco o seis personas cada domingo y su situación era mucho mejor que la de la mayoría de las personas en la cárcel.

¿Qué pasó, entonces, con las entrevistas, con su libro?

Tenía todas estas voces pero no podía publicarlas. Primero entrevisté a Oriana Fallaci,

una periodista italiana muy conocida, pero el periódico no quiso publicar la entrevista porque argumentaban que ya no se debía publicar más sobre el 68. Conservé todo el material en mi escritorio. Recuerdo que mi editora, Neus Espresate, vino a mi casa y me preguntó qué era esa enorme pila de papeles. Le dije que eran entrevistas sobre el 68 que nadie quería publicar, entrevistas con la gente, los estudiantes, las madres, los soldados. Ella dijo que las quería ver, y después de verlas me dijo que las quería publicar. Aun así el libro tardó un año en publicarse. Alguien en la editorial dijo que iban a poner una bomba si el libro se publicaba, pero don Tomás Espresate, el papá de Neus, dijo que él había estado en la guerra civil española y que él sí sabía lo que era una bomba. El libro se publicó en 1971, cuando era presidente Luis Echeverría.

¿Cuáles fueron las reacciones cuando salió el libro?

Se esparció un rumor que el gobierno iba a confiscar todos los ejemplares del libro. Y eso sólo ayudó a las ventas del libro, porque la gente quería un ejemplar antes de que el gobierno las incautara. Así que todos comenzaron a comprarlo. Fue la mejor publicidad para el libro, porque por supuesto no apareció nada en los periódicos diciendo que el libro estaba a la venta. La publicidad fue de boca en boca. ¡Se reimprimió cuatro veces en un mes! Eso no es común.

¿Cómo cree que fue posible esa represión brutal?

Creo que la matanza fue motivada por el miedo. Cuando tienes miedo haces todo tipo de locuras, como los animales cuando tienen miedo: a veces son hasta capaces de morder a sus dueños. Así que creo que fue el miedo. Tenían mucho miedo de que algo fuera a suceder. Decían que los estudiantes iban a poner una bomba en el estadio olímpico, aquí en la Universidad. Repetían que los estudiantes iban a hacer esto y aquello, que algunos políticos les habían dado armas, que la CIA les daba armas, que iban a acabar con las olimpiadas, que los ojos del mundo estaban sobre México; había toda clase de rumores. Así que había un ambiente lleno de contradicciones y miedo. Había muchos intereses políticos en juego, por ejemplo, la próxima nominación del candidato presidencial. Pero lo realmente sorprendente fue que el día después de la matanza nada sucedió. Mientras que en otro país hubiera ocasionado una guerra civil, ¡en México parecía como si nada hubiera pasado! El gobierno dio la orden de callar porque todos los visitantes estaban por llegar el 12 de octubre. Entonces decidieron no hablar más del asunto. No había que darle esa imagen al mundo; los estudiantes y sus padres y todos los mexicanos se sentaron frente a los televisores a ver los juegos. La matanza tomó un segundo lugar.

¿Puede hablar más acerca de la naturaleza del movimiento? Fue más político que social...

Fue un movimiento político, pero estaba limitado a los estudiantes y a algunos padres

de los estudiantes. No era un movimiento que interesara a los obreros o a los sindicatos. Por ejemplo, a los ferrocarrileros y a los campesinos no les interesó el movimiento estudiantil y no participaron en él. Los obreros solían decirle a sus hijos: “Hemos trabajado muy duro toda nuestra vida para que estudies. ¡Tienes una oportunidad que nosotros nunca tuvimos, así que ponte a estudiar!”. Y ése era el sentir de muchos adultos y gente mayor: “¿Qué hacen los estudiantes en la calle?”. Porque, por supuesto, los estudiantes incendiaron coches y camiones. Sentían que la ciudad era suya; por primera vez en sus vidas las calles eran suyas. De modo que fueron criticados por todo un sector de la sociedad.



Y ésa fue quizás una de las fallas del movimiento, que no pudo obtener un apoyo amplio...

Pero yo no creo que haya fracasado. Las demandas del pliego petitorio no tenían nada que ver con lo académico; no pedían mejores profesores o una mejor universidad. Creo que las personas siempre están interesadas en el cambio político o social, pero no están dispuestas —por lo menos algunas— a gastar su tiempo o los pocos privilegios que tienen para lograrlo. Por lo general, la gente tiene miedo de la libertad, miedo al cambio.

¿Cree que parte del problema fue que era un movimiento cerrado y elitista?

El movimiento no fue elitista, pero sí cerrado. Fue un movimiento de la Universidad y el Politécnico. Los estudiantes de la Universidad eran más ricos que los del Poli, que eran muy pobres. Se oponían en particular a los Juegos Olímpicos, argumentando que México estaba mostrando una fachada al mundo que era completamente falsa, que México era un país muy pobre y que no debía gastar todo el dinero que se estaba gastando en todos esos edificios mientras que los campesinos se morían de hambre. Lo que estaban diciendo era cierto, por supuesto, pero no había un discurso. Siempre era: “¡Fuera la policía! ¡Libertad a nuestros presos políticos!”. Si consideras sus puntos, eran muy concretos, pero no eran amplios en el sentido en que lo fueron en Le Mouvement en 1968 en Francia. Por ejemplo, cuando un miembro del gabinete del presidente De Gaulle dijo que no entendía por qué seguían a Daniel Cohn-Bendit, un judío alemán, todos los estudiantes salieron al siguiente día a las calles gritando: “Nous sommes tous des juifs allemands! Nous sommes tous des juifs allemands!”¹. No sucedió nada parecido en el movimiento mexicano, pero fue el único movimiento en todo el mundo —en todos los países en los que hubo movimientos— en el que hubo muertos: murieron 257 personas.



¿De dónde saca esa cifra?

Puedes leer la prensa inglesa: *The Guardian* dijo que había más de 250 muertos, y ése es el mismo dato que maneja Octavio Paz en su libro *Posdata*.² No lo sabemos. Claro,

después pasó lo de China, lo de Tiananmen; hubo otros movimientos, en Checoslovaquia, en Tokio. Pero en 1968 el único movimiento en donde murieron personas fue el de México.

¿Discutía la gente lo que pasó el 2 de octubre en los círculos intelectuales, o había demasiado miedo?

Para algunas personas era un tema doloroso, especialmente para los que tenían un hijo en la cárcel, como la familia Álvarez Garín. Pero a veces era cuestión de ignorancia. La gente no le dio al movimiento la importancia que tenía porque lo consideraban un movimiento en contra del gobierno, de modo que la gente no hablaba mucho de él. Comenzaron a hablar de él después. Y ahora se ha vuelto un tema importante. Nunca lo hubiera imaginado, porque inmediatamente después reinó un silencio absoluto. ¡Fue sólo cuando un atleta negro dijo que ningún juego olímpico valía la vida de un estudiante que se acordaron que habían muerto estudiantes! ¡Pero fue un deportista negro de Estados Unidos quien lo dijo! Los mexicanos sólo estaban sentados frente a sus televisores.

¿El movimiento mexicano estuvo influenciado por lo que estaba sucediendo en Francia y en otros países?

No, no lo creo. Pero creo que en todo el mundo había un movimiento de gente joven que estaba muy dolida por el mundo que les estaban heredando los adultos y los viejos. La mayoría se oponía a la guerra de Vietnam. La mayoría era parte del movimiento hippie: “¡No queremos ser un producto de masas! ¡No queremos ser hombres de negocios! ¡No queremos el mundo que nos están heredando!” Y los jóvenes generalmente son muy generosos. No han tenido el tiempo de aburguesarse. No dicen: “Estoy luchando por mis hijos, estoy encargándome de construirles un futuro.” Generalmente no tienen una casa, no tienen nada que defender más que a sí mismos. Están dispuestos a perderse en una causa. Ni siquiera saben lo que es la muerte. Hay un gran valor entre los jóvenes, quizás porque su valor tiene algo de inconsciencia. Pero incluso si sus demandas son ingenuas y a veces son inconsistentes, los jóvenes siguen siendo lo mejor que tiene México.

¿Nos puede hablar del papel de la mujer en el movimiento?

Hubo muy pocas mujeres líderes en el movimiento. Fueron sólo dos: Tita y Nacha. Por supuesto, había mujeres, pero estaban acostumbradas a hacer las mismas cosas que hacían en sus casas: traían el café y se lo servían a los hombres, y los hombres les decían: “Por favor tráiganos café, sándwiches”, lo que fuera. Más adelante, la mujer participó mucho más. Por ejemplo, en la huelga que se hizo hace unos 6 años en la Universidad contra el rector Francisco Barnés de Castro, quien quería establecer un sistema de cuotas, hubo una gran participación de la mujer.

¿Cuál cree que fue la importancia de este movimiento?

Creo que el movimiento fue muy importante. El subcomandante Marcos, por ejemplo, siempre habla acerca del movimiento; Andrés Manuel López Obrador, el candidato a la presidencia de la izquierda en 2006, ha hablado acerca de lo ocurrido en el 68. Creo que la participación de los jóvenes ha sido muy importante para la democracia y para la izquierda en México. Los jóvenes, liderados por Raúl Álvarez Garín, son los que llevaron a juicio a Luis Echeverría, quien fue secretario de Gobernación en el 68, y ahora se encuentra en arresto domiciliario. Aparecieron nuevas revistas y periódicos: Julio Scherer fue expulsado del periódico *Excélsior* y comenzó una nueva revista de izquierda llamada *Proceso* que cada semana denuncia la corrupción. Después estaba el periódico *Unomásuno*, fundado por otro miembro de *Excélsior*, Manuel Becerra Acosta, que luego se transformó en *La Jornada*, un diario de izquierda. Nació un nuevo tipo de prensa con nuevos periodistas que no eran tan corruptos como los anteriores. Creo que el 68 cambió mucho a México. No sólo cambió a los jóvenes, sino que inició un movimiento de oposición que fue trascendental. La gente ahora quiere saber la verdad acerca de lo que pasa en el país. La gente no cree en el gobierno como antes, lo consideran mentiroso y corrupto. Creo que es una lucha en contra de la corrupción y fue iniciada por los jóvenes en el 68.

Gracias.

1 "Todos somos judíos alemanes".

2 Para más información sobre las distintas estimaciones del número de víctimas, véase el artículo "Los muertos de Tlatelolco" por la analista Kate Doyle. <http://americas.irc-online.org/pdf/reports/0610Tlatelolco-Esp.pdf>.

MARCELINO PERELLÓ VALLS

Nació en 1944. En 1963, empezó su carrera en física en la UNAM. En 1968, la Facultad de Ciencias lo eligió como representante en el CNH. En enero de 1969 huyó de México a Francia, y llegó a Rumania como refugiado político en agosto del mismo año. Recibió su maestría en matemáticas por la Universidad de Bucarest en 1975. En 1977, se fue a vivir en Cataluña, en donde trabajó como profesor en la Universitat Autònoma de Barcelona. Desde que volvió a México en 1985, ha enseñando en las universidades de Sinaloa y Puebla y en la UNAM. Es director de un curso de psicoanálisis lacaniano desde 1989, y dirige el programa de radio "Sentido contrario" en Radio UNAM desde 2001.

Por favor preséntese.

Soy Marcelino Perelló. Soy matemático. Soy profesor de la UNAM y soy un activista cultural, un agitador cultural. Soy también secretario general del Museo del Chopo.

Soy hijo de refugiados catalanes que tuvieron que huir de Barcelona al final de la así llamada guerra civil española —digo que así llamada porque no fue "española", no fue "civil" y ni siquiera fue una "guerra"—. Llegaron a la ciudad de México en 1942 y yo nací en 1944. Me crié como hijo de refugiados, como un niño catalán. Mi lengua materna es el catalán. Hasta los seis años de edad, no hablaba ninguna otra lengua. Más adelante aprendí español, me volví mexicano. Fui a escuelas mexicanas. Mi padre era un combatiente. Tomó parte en el movimiento guerrillero por la liberación de Cataluña. Atentó con una bomba contra el Rey de España, Alfonso xiii, en 1925. ¡Lástima que falló! Estuvo en la cárcel durante muchos años.

¿Cómo llegó a participar en el movimiento estudiantil del 68?

Bueno, al llegar a la Universidad, ingresé a la Facultad de Ciencias en 1963. Muy pronto me afilié al Partido Comunista. Me considero un revolucionario, alguien que lucha por la libertad y la justicia. Sería una larga discusión dilucidar lo que significan las palabras libertad y justicia. Había más claridad hace cuarenta años que ahora. Eran los sesenta. De modo que primero quiero hablar sobre los sesenta porque creo que el 68 es sólo un momento de los sesenta.

Yo defino a los sesenta como una década de casi quince años —como soy matemático se me permite hacer esta clase de definiciones—. Los sesenta comenzaron el primero de enero de 1959 cuando las tropas de Fidel Castro, el movimiento 26 de Julio, entraron a La Habana; y terminaron quince años más tarde, el 11 de septiembre de 1971, en Santiago de Chile, cuando el presidente Salvador Allende se suicidó en el Palacio de la Moneda. ¡Un gran paréntesis en la historia mundial del siglo xx! Y debo decir que es un crimen reducir lo que pasó en el mundo entero durante 15 años a lo que pasó en una noche en una plaza en la ciudad de México. Tenemos aquí un grave problema: si se le pregunta a un joven mexicano qué significa el 68, probablemente responderá que el 68 fue una masacre, un genocidio. Ése ha sido nuestro legado. No

hemos sido capaces de transmitir el lado hermoso, brillante, grandioso del legado de los sesenta, particularmente del 68.

Las décadas de los cuarenta y de los cincuenta fueron un época en blanco y negro. La televisión era en blanco y negro. Los teléfonos eran negros y los calzones de hombre eran blancos. Las sábanas eran blancas. El pensamiento también era en blanco y negro. De repente —imposible decir cómo o por qué— explota el color, no sólo a nivel de los objetos, las cosas; el color explota principalmente a nivel de las ideas, el pensamiento, las propuestas. El mundo cambia. Las viejas revoluciones, la revolución soviética, la revolución china, eran en blanco y negro. La revolución cubana fue una revolución en color. En el campo de la producción artística, el mundo se vuelve un torbellino: la Nouvelle Vague aparece en Francia, el Free Cinema en la Gran Bretaña, cineastas de Europa del Este como Chukhrai. En la música está la Bossa Nova brasileña, el nuevo jazz de Estados Unidos —John Coltrane, Miles Davis—; la canción de protesta sudamericana —Violeta Parra, Víctor Jara en Chile, Viglietti en Uruguay—; Brassens, Léo Ferré y Moustaki en Francia; la nova cançó en Cataluña. En arquitectura, podemos mencionar a Le Corbusier, Frank Lloyd Wright y a CU en México como precursores. ¡Basta pensar en la Brasilia de Niemeyer! Luego tenemos el Boom latinoamericano con García Márquez, Cortázar, Vargas Llosa; también están Guimarães Rosa, Gunter Grass, Roth. El pensadores de los años sesenta son Jacques Lacan, Jean Piaget, Herbert Marcuse, Marshall McLuhan, Charles Wright Mills, Roland Barthes, Erich Fromm, etcétera.

Pero los sesenta tienen su eje principal en la transformación social: los sesenta son antes que nada Vietnam, la guerra de Vietnam. Nosotros los jóvenes de todo el mundo nos movilizamos para luchar contra la guerra de Vietnam. Pero también fue Cuba, la solidaridad con la revolución cubana. También fueron los tiempos del movimiento de liberación en África, la lucha del pueblo africano contra el colonialismo: Lumumba, Touré Nkrumah...

¿Podría señalar un momento o evento particular, una experiencia clave?

Para mí, quizás el momento más importante fue en julio de 1961, unos meses después de la invasión de Cuba en Playa Girón. Entonces, en julio, en la ciudad de México hubo una semana de muy grandes manifestaciones en solidaridad con Cuba. Después de la muerte de mi padre, ocurrida algunos meses antes, mi madre había comprado una librería en el Centro en Avenida Juárez y yo estaba ahí, en la Librería Perelló, cuando llegó la manifestación. Recuerdo que todos los tenderos tenían miedo de los manifestantes e inmediatamente cerraron sus tiendas de lujo. Mi madre me dijo: “¡Cierra la cortina!” y yo la cerré pero me quedé afuera en la calle. Mi madre me ordenó que entrara inmediatamente pero yo le dije: “No, ¡quiero verlos!”. Y entonces aparecieron, miles de ellos, gritando “¡Cuba sí, yanquis no! ¡Cuba sí, yanquis no! El aire vibraba con pliegos de papel, con banderas rojas, banderas cubanas. Yo lo vi. Tenía 17 años de

edad. Al frente de la marcha estaba Lázaro Cárdenas, ex presidente de México. Más tarde me enteré que cuando llegaron al Zócalo fueron reprimidos por la policía.

¿Cuándo entró a las Juventudes Comunistas?

En 1965, dos años después de que entré a la Facultad de Ciencias. Era un hervidero. ¡Los estudiantes de los sesenta se estaban buscando problemas! ¡Deseábamos luchar contra la injusticia! Había muchos militantes de izquierda en la Facultad de Ciencias de la UNAM: trotskistas, maoístas, espartaquistas, de todo tipo. Como en un buen restaurante, había un menú de posibilidades de dónde escoger, pero mis amigos cercanos eran del Partido Comunista. Entré a las Juventudes Comunistas y de inmediato mis camaradas y yo estábamos en contra de la dirección del partido. Eran demasiado conservadores; estaban demasiado cerca de la Unión Soviética. Nosotros estábamos más cerca de Cuba.

Creamos muchos movimientos en los sesenta. Al principio, el 68 era un movimiento más. No era especial. Por ejemplo, en 1965, la Facultad de Ciencias se fue a huelga en solidaridad con la huelga de los doctores, la huelga médica, y en 1966 hicimos un movimiento a favor de la reforma universitaria —un movimiento muy viejo y muy importante en América Latina— porque sentíamos que la Universidad se había convertido en un vehículo elitista para la reproducción de los medios de producción y la forma de vida capitalistas. Hicimos un gran movimiento que terminó con la renuncia del rector.

Entonces llegó el 68. La situación en la Universidad estaba caliente. Había mucha actividad. En junio trajimos a Pablo Neruda a la Universidad, y al cantante catalán Ramón. Unos meses antes vinieron Linus Pauling, Karlheinz Stockhausen, Bola de Nieve, Valentina Tereshkova, Alejandro Jodorowsky y no sé a quién más. Recuerdo que en mayo del 68, leímos en los periódicos lo que estaba sucediendo en París. Yo reí y dije: “¡París es París!”. Tres meses más tarde estábamos metidos en un movimiento cien veces más importante que el de París, ¡sin premeditación, sin preparación! ¿Qué fue lo que pasó? Mi opinión es que el 68 nació de una provocación, de un conflicto dentro del sistema.

El 23 de julio algunos estudiantes de preparatoria del centro de la ciudad, cerca del Parque de la Ciudadela, comenzaron una pelea. Unos estudiantes de la Universidad estaban peleando contra estudiantes del IPN y la policía antimotines —nosotros los llamamos granaderos— intervino y golpeó a ambos bandos. Entonces, el 26 de julio, aniversario de la revolución cubana, los comunistas organizamos nuestra marcha ritual en su apoyo. Al mismo tiempo, los estudiantes del Politécnico organizaron una manifestación en contra de la brutalidad policiaca. Las dos manifestaciones se unieron y formamos una sola en solidaridad con Cuba y en contra de la brutalidad policiaca. Y entonces los estudiantes cerraron las escuelas del centro de la ciudad, muchas de ellas preparatorias, y comenzó la huelga, el movimiento. ¡De modo que el

68 lo iniciaron niños! No fue realizado por estudiantes más grandes como yo en las escuelas profesionales, ¡fue hecho por adolescentes de dieciséis y diecisiete años de edad! Y produjo, por primera vez —y hasta el momento única vez— en la historia de México que se sentaran juntos los estudiantes de la Universidad y del Poli, los ricos y los pobres.

Tuvimos el primer mitin el 29 de julio en CU. No confiábamos en los estudiantes del Poli. No nos conocíamos, incluso entre los comunistas—aunque teníamos muchos camaradas en las Juventudes Comunistas que eran del Poli no nos conocíamos porque vivíamos en semiclandestinidad. ¡Era como Encuentros cercanos del tercer tipo! Estuvimos horas discutiendo, hasta que nos llegó la noticia de que el ejército había entrado a la Preparatoria 1 en San Ildefonso, un edificio de la Universidad grande y antiguo en el centro de la ciudad.

A comienzos de agosto fundamos el CNH, formado por tres representantes de cada escuela en huelga. Había 70 escuelas en huelga. Éramos 210 miembros. Los primeros días discutimos qué decir, cómo elaborar nuestro discurso. Habían muchas, quizás cientos de cosas por las que luchar: Vietnam y Cuba, por supuesto, la reforma universitaria... Pero éramos muy listos, no éramos novatos. Teníamos experiencia y limitamos el pliego petitorio a seis puntos que reivindicar. Nuestras demandas eran: 1) libertad a los presos políticos; 2) la derogación del artículo 145 del Código Penal que habla acerca de la disolución social, un delito del que se acusaba a muchos de los presos políticos; 3) la desaparición del cuerpo de granaderos; 4) la destitución de los jefes de policía Cueto, Mendiola y Frías; 5) la indemnización a familias de los estudiantes muertos o desaparecidos los días 26 y 29 de julio; y 6) el deslinde de los responsables de los actos represivos.

El 68, entonces, en su posicionamiento formal fue sólo un movimiento antirepresivo. Estaba en contra de la represión y a favor de las libertades formales. Y entonces el movimiento comenzó a crecer y crecer. Nosotros no entendíamos qué estaba pasando y por qué.

¿A quién se refiere con “nosotros”?

Nosotros, los jóvenes revolucionarios líderes del movimiento, trotskistas, maoístas, espartaquistas, comunistas y otras personas cercanas a nosotros que no militaban en organización política alguna.

Decidimos hacer la primera manifestación al Zócalo, la plaza principal de la ciudad, el 13 de agosto. Ninguna manifestación había llegado antes al Zócalo sin ser reprimida; ni el movimiento ferrocarrilero en 1959, ni el movimiento magisterial en 1958, ni las manifestaciones a favor de Cuba. ¡Pero el 13 de agosto tomamos el Zócalo! Éramos quizás 200 mil. Y el movimiento seguía creciendo. ¡Era un juguete maravilloso para nosotros, era un placer, un enorme placer! No estar obligado a ir a clases y presentar trabajos y exámenes.

Entonces, el gobierno —Luis Echeverría, quien era secretario de Gobernación o Corona del Rosal, quien era el regente de la ciudad— propuso hablar, acordar, pero no aceptamos. Éramos absolutamente incorruptibles. Respondimos con lo que considero era el séptimo punto de nuestras demandas: ¡Diálogo público! Discutamos, pero públicamente, en el estadio universitario, con transmisiones por radio y televisión. Los del gobierno dijeron: “Es imposible”. Así que rechazamos su propuesta.

Durante todo agosto el movimiento siguió creciendo, pero sólo como movimiento estudiantil. No participó ningún otro sector de la población. Y entonces organizamos la segunda gran manifestación en el Zócalo el 27 de agosto, el día de mi cumpleaños. Es imposible decir cuántos éramos. Recuerdo que marchábamos por Reforma, la avenida principal de la ciudad, todos gritando: “¡Por el pueblo, contra el gobierno! ¡Por el pueblo, contra el gobierno!”. Éramos muchos los que marchábamos pero había muchos más en las banquetas aplaudiendo y gritando con nosotros.

¿Eran principalmente estudiantes en la marcha?

No lo sé. En Reforma había muchos edificios altos con oficinas de gobierno y la gente nos arrojaba confeti y serpentinas por las ventanas. ¡Me sentía como Lindbergh llegando a Nueva York! Ya no era solamente un movimiento social, era una gran celebración, una fiesta. Cuando llegamos al Zócalo —yo encabezaba la marcha— el Zócalo ya estaba lleno. Teníamos *walkie-talkies*, por lo que sabíamos que cuando llegamos al camión que iba a servir de templete todavía había gente en el Museo de Antropología donde la marcha había comenzado. ¡A siete kilómetros de distancia de donde estábamos, había gente que todavía no había comenzado a marchar! Llegamos al Zócalo a las seis de la tarde. Comenzamos el mitin a las ocho. Teníamos miedo de que el ejército fuera a intervenir en cualquier momento, pero ahí estábamos.

¿Había tanques?

No ahí. Pero por supuesto que había muchos tanques en la ciudad. Hablé en ese mitin y fue una sensación que no puedo describir. Hablé con frases cortas por cerca de tres minutos. Recuerdo aproximadamente lo que dije: “¡Libertad a los presos políticos! ¡Libertad a los presos por sus ideas! ¡Libertad a Vallejo obrero! ¡A Valentín Campa, libertad! ¡Al pueblo de México, libertad!”. Así terminé. Y la plaza viva gritaba conmigo. Es imposible describir la sensación.

Ese día, el 27 de agosto, decidimos quedarnos en el Zócalo. Ésta fue una propuesta mía porque sabíamos que era nuestro momento de mayor fuerza. Decidimos quedarnos en el Zócalo y realizar un plantón con cincuenta alumnos de cada escuela. Lo que quería decir que entre tres y cuatro mil estudiantes se quedarían ahí permanentemente hasta que el gobierno respondiera. A la una de la mañana llegó el ejército con carros blindados y después de tres o cuatro horas nos obligaron a dejar la plaza.

Entonces, el siguiente día fue posiblemente el más significativo de todo el

movimiento. El gobierno decidió hacer una gran manifestación en el Zócalo en apoyo a sí mismo. El pretexto era que durante la manifestación del 27 algunos estudiantes habían izado la bandera rojinegra en el asta, por lo que los periódicos matutinos dijeron que los estudiantes habían profanar el lábaro patrio. No podíamos profanar la bandera porque la bandera no estaba ahí. ¡Quizás ofendimos al asta!

Como de costumbre, trajeron a todos los trabajadores y funcionarios del estado. Colocaron a miles, decenas de miles en camiones y autobuses y los llevaron al Zócalo. Por supuesto los estudiantes estaban también ahí repartiendo volantes, panfletos, propaganda. En los camiones camino al Zócalo los empleados del gobierno gritaban: “¡No vamos, nos llevan! ¡Somos borregos! ¡Somos borregos!”. Tremendo, ¿no? Al final tuvo que llegar el ejército a disolver la manifestación.

¿Por qué el movimiento no obtuvo el apoyo generalizado del movimiento obrero?

Hasta el 27 de agosto, el movimiento fue estrictamente un movimiento estudiantil. Pero después del 27 una parte importante del movimiento obrero comenzó a apoyar al movimiento. Por ejemplo, los trabajadores petroleros organizaron un movimiento en una refinería muy grande al norte de la ciudad de México, en Azcapotzalco, la cual fue inmediatamente tomada por el ejército. Los ferrocarrileros organizaron un mitin en los Talleres Generales de Reparación del Valle de México y el ejército los tomó. Los electricistas organizaron una asamblea en su edificio de Melchor Ocampo. No fue el ejército, sino pistoleros los que rompieron esa asamblea. Un movimiento campesino en Veracruz nos apoyo durante estos días... Todo esto ocurrió en los primeros días de septiembre.

Todo estaba ocurriendo muy rápidamente y sin orden. No había partidos o fuerzas políticas que pudieran hacerse cargo del movimiento. Todo era muy complicado. Muchas universidades en otras partes del país se fueron a huelga en solidaridad, pero fue imposible reunirnos. Hablar por teléfono con otra ciudad era muy complicado. Hablar a Puebla era imposible, era imposible organizarnos con los de Sinaloa, ¡imagínate con Berkeley, Columbia o París! Pero la versión oficial era: ¡Es una conspiración internacional! ¡Ése era nuestro deseo: formar parte de una conspiración internacional, pero era imposible! Había la posibilidad de convertir al CNH en una organización política. Hablamos de esa posibilidad, pero no tuvimos el tiempo.

Con el IPN, CU era la sede de la huelga. ¿Me podría describir la vida allá durante el apogeo del movimiento?

Éramos muchos los que vivíamos en la UNAM, en CU. Había miles de brigadas que salían a la calle cada día. Iban a las plazas, a los mercados, a las terminales, a repartir volantes y recaudar dinero en latas convertidas en alcancías. Calculamos que reuníamos unos 200 mil pesos diarios. En un momento dado, el movimiento estaba sacando aproximadamente tres mil brigadas a la calle cada día, que repartían cerca

de dos millones de volantes de todas las escuelas, de todas las facultades. Y el núcleo de toda esta movilización era la Facultad de Ciencias. Me acuerdo que para la manifestación del 27 de agosto decidimos en la asamblea secuestrar camiones del servicio público. Los brigadistas secuestrarían camiones y con ellos irían por toda la ciudad, sobre todo por los barrios periféricos, harían mítines relámpago subiendo a toda la gente que quisiera ir a la manifestación.

Estábamos organizando todo esto cuando vino El Pino —un dirigente de Ciencias muy conocido— y dijimos: “Oye, en lugar de estar secuestrando camiones, uno por uno ¿por qué no vamos a la central camionera y los tomamos todos juntos? Hablemos con los dueños, con los concesionarios”. Dicho y hecho. Fuimos a la central camionera en Taxqueña y les dijimos que íbamos a secuestrar camiones y que pensábamos que sería mejor que nos lo dieran directamente. Uno de ellos dijo que no se podía decidirlo porque el responsable no estaba. Le insistimos que le hablara pero no nos hizo caso, entonces El Pino y yo nos salimos a parar el primer camión que pasó y dijimos: “Lo sentimos, señores pasajeros, este camión ya no sigue, está secuestrado. ¡Libertad presos políticos! Les rogamos, por favor, bajen porque no va a seguir la ruta”. ¡Todo mundo se bajó! La gente aplaudiéndonos: “¡Bravo, muchachos! Muy bien, sigan así, no se rindan. No dejen de estar haciendo lo que están haciendo”. Y le dijimos al chofer de recoger su dinero, guardarlo y llevarnos a CU. Nos llevó. En la Facultad de Ciencias había ya unos cuarenta camiones estacionados. Les dimos de comer a todos los chóferes y les di instrucciones a los de las brigadas de que una parte del dinero que recogieran durante el mitin se lo pagaran a los chóferes. Ése era el tipo de discusiones que teníamos.

En las noches se hacían ruedas y fogatas; la gente traía guitarras y cantaba. Nosotros, los delegados del CNH, llegábamos muy tarde, porque las reuniones terminaban a las cinco o seis de la mañana. Y encontrábamos a la gente durmiendo. De hecho, todos los buenos lugares para dormir ya los habían tomado, como las oficinas alfombradas. Ya no nos tocaban cobijas. Ya no había. Me tocó varias veces taparme con el papel de los carteles. Una cosa muy interesante es que no había alcohol ni marihuana. No lo había antes ni tampoco durante el movimiento. No se estilaba. Después del movimiento empezó a haber. Éste era el tipo de vida en CU.

Entonces la idea que todo el mundo estaba fumando marihuana es otro mito... Absolutamente. Es una caricatura. La gente cantaba y comía tacos y quesadillas. Mi novia entonces era Rosa Luz Alegría; era una muchacha muy hermosa y muy inteligente, todavía lo es. En septiembre me dejó para casarse con el hijo de Echeverría, el secretario de Gobernación. Se pueden imaginar el escándalo en la Universidad. Provocó todo tipo de rumores escandalosos. Me cantaban el corrido de “El Abandonado”. Lo que realmente sucedió, entre otros factores, por supuesto, fue que mi actividad política siempre había sido una fuente de conflictos y pleitos entre nosotros.

Con demasiada frecuencia la dejaba para ir a un mitin o una reunión. Algunos años después, creo que en 1977, fue secretaria de Turismo de México y fue muy cercana al presidente José López Portillo.

¿Me puede hablar de la marcha del silencio?

Empezando por el 28 de agosto la represión fue cada vez más importante. Algunos de nuestros compañeros ya estaban en la cárcel. La caza a los estudiantes en la ciudad fue en aumento. La situación se tornó muy difícil. Los líderes del Partido Comunista nos habían dicho unas semanas antes: “¡Deténganse, pónganle fin! ¡Los van a matar! En el mejor de los casos, terminarán en la cárcel. ¿Adónde van? ¿Qué están haciendo? ¡Es momento de negociar, de hacer un alto!”. Y yo le dije al primer secretario de la juventud, Marcos Leonel Posadas: “¡Ustedes deténganlo! ¡Vayan a la asamblea y propónganlo! ¡Ustedes háganlo, yo no! ¡Inténtenlo! ¡Es imposible de parar!”. “Pero somos comunistas”, dijo Posadas, “Estamos pensando en la coyuntura histórica. No vamos a quemar todo lo construido en pocas semanas. Debemos seguir construyendo una transformación mundial”. Lo discutimos mucho. Yo decía, “Pero la historia tiene ritmos. ¡Es imposible parar ahora!”. Y la posición dentro del CNH era que debíamos negociar, pero en una posición en que conserváramos un margen de maniobra. Nos atuvimos a nuestra posición: diálogo público.

Y cuando ya no era posible salir a las calles, el 13 de septiembre realizamos la marcha del silencio. La idea de una manifestación del silencio fue mía, porque cuando en Cataluña, en 1964, Franco y el gobierno fascista de España celebraron veinticinco años de paz, los catalanes organizaron una concentración silenciosa. Cambiaron los anuncios que decían “25 años de paz” por “25 años de silencio” y se reunieron sin decir una sola palabra para celebrar 25 años de silencio. Esta idea me había gustado mucho. Tomamos la frase de August Spies, uno de los trabajadores ejecutados en la masacre de Haymarket en Chicago. A causa de este suceso, en todo el mundo se celebra el primero de mayo como Día del Trabajo, excepto en Estados Unidos. Y la frase de Spies se volvió la consigna de nuestra manifestación: “Llegará el día en que nuestro silencio será más elocuente que las palabras que hoy acallan las bayonetas”.

Todo el mundo tenía miedo. Pensábamos que sería irrealizable. Cuando comenzamos en el Museo de Antropología éramos trescientos, quizás cuatrocientos. Minutos después éramos cuarenta mil. Un terrible silencio. En el Zócalo volvimos a ser una multitud. Trescientos mil, dijimos. Las únicas palabras en la manifestación fueron los nombres de los presos políticos. Teníamos una lista con 133 nombres. Llamamos sus nombres y la gente respondió: “¡Presente!”. Fue todo lo que dijimos.

Después de eso, la situación empeoró, se intensificó lentamente. ¿Me puede platicar un episodio que ilustre lo que estaba sucediendo durante esas semanas en CU?

Los estudiantes habían comenzado a capturar policías y agentes de la policía secreta

que nos golpeaban y seguían. Fundamos, entonces, la Cárcel del Pueblo en CU. Estaba en la Facultad de Medicina. Teníamos “encarcelados” a muchos policías. Uno de ellos estaba muy golpeado y había sido “torturado” por nuestros colegas, por lo que lo rescaté. Era muy joven. Era el único prisionero que había en la Facultad de Ciencias. Cooperó con nosotros, por lo que lo presenté en una conferencia de prensa con periodistas de todo el mundo y él explicó cómo eran reclutados y entrenados y qué tipo de cosas estaban obligados a hacernos. Después de que salió en la televisión, le dije: “Estás libre. ¡Puedes irte, buena suerte!”. Me preguntó: “¿Me puedo quedar? ¿Me van a matar si salgo!”. Yo le dije: “Bueno, si quieres, te puedes quedar pero eres nuestro prisionero”. De modo que se quedó. Trabajó con nosotros, imprimiendo manifiestos, lavando trastes. Pero la tensión estaba creciendo. Había rumores de que el ejército iba a tomar la Universidad, así que le dije que se fuera y le di cien pesos. Lloró y me dio su chamarra, una casaca militar verde oliva. La tomé y se fue. Todo mundo estaba triste. Dos semanas después, el 18 de septiembre, el ejército tomó la Universidad, y el 22 de septiembre tomaron el IPN. Entonces comenzó otra parte del movimiento, completamente distinta, clandestina, muy difícil, hasta el 2 de octubre. Durante este tiempo organizamos algunos mítines y pequeñas manifestaciones, pero ya no estábamos en la Universidad.

¿Estaba usted en CU cuando el ejército la ocupó?

Sí. Estaba en la oficina del director de la Facultad de Ciencias escribiendo una respuesta a una propuesta de Echeverría, secretario de Gobernación, quien sorpresivamente había accedido a un diálogo público. Él decía que el diálogo podría ser público si lo que decíamos era publicado en la prensa, la radio y la televisión. Yo estaba escribiendo nuestra aceptación, preparándome para ir a la asamblea del CNH. La cita era cada noche a las nueve, pero generalmente empezábamos a medianoche. Alrededor de las diez un amigo vino y me dijo muy calmadamente: “Marcelino, el ejército entró a CU”. No quité la vista del papel porque no le creí. En esos días, había muchos rumores de que el ejército se estaba acercando, pero no los tomaba seriamente. Estaba convencido de que el ejército nunca tomaría CU. Me reí y le pregunté: “¿Dónde están? ¿En la estatua del Prometeo?”, la cual se encuentra en el centro de la Facultad de Ciencias. Él contestó con seriedad: “Todavía no. En este momento están en la Facultad de Economía.” Sólo entonces comprendí que el ejército había realmente entrado a la Universidad. Me puse de pie de un salto. Estaba en silla de ruedas porque tenía un problema con los pies. Dos amigos vinieron conmigo y salimos por el sur, a través del pedregal que rodea CU.

¿A cuántos arrestaron ese día?

No lo sé. Cientos. A muchos los liberaron el siguiente día, pero quizás 16 ó 17 personas fueron detenidas, las que la policía tenía fichadas. Esa misma noche comenzó

una nueva, difícil, etapa del movimiento: la clandestinidad profunda.

Cuando el ejército tomó CU, los estudiantes se llevaron los mimeógrafos que usábamos para imprimir y copiar manifiestos. Eran máquinas alemanas, muy pesadas, de marca Gestetner. ¡Era hermoso y muy duro ver a los chicos huir del ejército cargando las Gestetner fuera de CU! Escondimos los mimeógrafos en varias casas, pero era difícil encontrar tinta y papel. Y como estábamos convencidos de que la policía intervenía todas nuestras llamadas decidimos hablar en código entre nosotros para que la policía no encontrara nuestros mimeógrafos. De modo que los llamamos bebés. Cuando el mimeógrafo funcionaba decíamos: “el bebé está llorando”. Y los pliegos de papel eran pañales. La tinta era leche. ¡Imagínate! Podías escuchar conversaciones entre hombres en las que se decía: “¿Cómo está el bebé?”. “¡Está muy bien!”. “¿Está llorando?”. “¡Sí, está llorando mucho, desde hace casi ocho horas!”. “Perfecto. ¿Y cuántos pañales ha ensuciado?”. “Ocho mil hasta el momento”. “¿Pero tienes pañales limpios?”. “Sólo tengo dos mil, pero se me van a acabar hoy en la noche”. “Mañana te traigo diez mil limpios”. Éste era el tipo de conversaciones clandestinas que teníamos.

¿Estuvo en Tlatelolco el 2 de octubre?

No. Algunos miembros del CNH decidieron organizar el mitin en la Plaza de las Tres Culturas. Yo no tomé parte en esa decisión. De todos modos, se había acordado que sólo fueran al mitin los que iban a hablar. Pero muchos fueron de cualquier manera.

Hoy, treinta y siete años más tarde, no sabemos exactamente qué fue lo que pasó. Alguien disparó. ¿Quién? ¿Por qué? ¿No sabemos! No sabemos cuántas personas murieron. Muchos compañeros dicen que el ejército disparo primero. Muchos testimonios dicen que el Batallón Olimpia —cuyos miembros estaban vestidos de civil y usaban como distintivo un guante blanco en la mano izquierda— disparó sobre el ejército. Algunos testimonios dicen que los miembros del Batallón Olimpia no tenían un guante blanco sino un pañuelo blanco. ¿Quiénes eran? ¿Qué querían? Después, hace algunos años, el secretario de la Defensa de entonces, Marcelino García Barragán, publicó sus memorias. Dijo que algunos militares de alto rango habían sido arrestados en varios departamentos que daban a la plaza, y que éstos habían disparado sobre la gente y el ejército. Perteneían al Estado Mayor Presidencial, el cual inicialmente era la guardia personal del presidente pero se había vuelto un cuerpo de élite, un cuerpo especial del ejército. Es imposible saber. Por lo menos para mí, para nosotros, es imposible saber...

Pero es muy probable que se tratara de una provocación...

Quizás, ¿pero de quién? Respeto tu punto de vista pero recuerda que hubieran podido matar a muchos de nosotros y eliminar así a varios de los líderes más importantes. Eso no sucedió. Había una fractura dentro del gobierno: parece que se estaban disparando entre ellos. Estaban usando al movimiento estudiantil para ese fin. De ese modo

empezó una discusión muy dura, dolorosa sobre lo que había ocurrido el 2 de octubre, una dolorosa discusión que aún continúa. Los que nos podrían explicar qué paso están o muertos o callan. Pero creo que no es tan interesante. El movimiento sigue siendo el mismo. El movimiento continuó por dos meses en condiciones muy duras porque obviamente todos teníamos miedo.

¿Usted no estaba negociando con el gobierno?

No, negociando, nunca. Había tenido algunas reuniones con funcionarios del gobierno. Fueron tres tipos de encuentros. Al comienzo de septiembre, un miembro del gobierno, de la izquierda dentro del PRI, pidió hablar con nosotros. Se trataba de Guillermo Martínez Domínguez, el director general de la Comisión Federal de Electricidad. Fuimos cinco a su oficina. Fue una reunión muy decepcionante porque nos dijo: “Son brillantes, son el futuro del país, sean razonables...” y después... ¡Nada! A cierto punto recibió una llamada en su oficina y luego dijo: “Ahora, jóvenes, les tengo que pedir que se vayan. ¡Váyanse tan rápido como puedan, por favor!”. Y nos llevaron a la salida trasera muy rápidamente. Después me enteré que alguien le había advertido que la policía estaba llegando para arrestarnos.

Después del 2 de octubre otra personalidad de la izquierda dentro del gobierno, Norberto Aguirre Palancares, secretario de la Reforma Agraria, pidió hablar conmigo. Era un amigo cercano del presidente Díaz Ordaz. Fui a su casa en Cuernavaca y fue casi lo mismo. Me preguntó: “¿Qué están haciendo, jóvenes? ¿Si están contra el gobierno, están contra el país! Tenemos tantos problemas con Estados Unidos...” Yo le pregunté: “¿Por qué Tlatelolco, ingeniero? ¿Por qué tomó el ejército la Universidad? ¿Por qué?”. Era un hombre bastante viejo en aquel entonces. Me vio a los ojos y dijo: “Marcelino, no te engañes. ¡Ningún gobierno del mundo puede tolerar otra manifestación como la suya! ¡Ningún gobierno del mundo!”.

Éstas habían sido conversaciones privadas, pero también tuvimos conversaciones públicas con los representantes del presidente. Ésta fue una sugerencia del rector de la Universidad, Barros Sierra —y es importante decir que el rector y las autoridades universitarias apoyaban al movimiento—. Después de que el ejército tomó la Universidad, el rector renunció. Organizamos un movimiento para evitar su renuncia y tuvimos éxito. Y él insistió: “Marcelino, ¿por qué no hablan con alguien a quien puedan respetar, alguien cercano al presidente —conozco a gente así— y llegan a un acuerdo? ¡Hablen! ¡Hablen! ¡Hablen!”. Yo le dije: “Se lo propondré a mis camaradas”. “¡No se lo propongas a nadie, ve y habla!”. Así que programamos una primera reunión para preparar un diálogo público con los representantes personales del presidente.

Ese día estaba yo escondido en un departamento muy pequeño junto al Estadio Azul. Nunca me quedaba más de dos días en la misma casa. Estaba obligado a moverme todo el tiempo. Era el departamento de una chica que trabajaba para el Comité Olímpico. Nos reunimos ahí para escribir una carta dirigida a todos los

miembros de las delegaciones extranjeras de deportistas que habían llegado a México para participar en los Juegos Olímpicos. En esta carta les pedíamos a los deportistas que se retiraran de los Juegos en solidaridad con los estudiantes y el pueblo de México. Sólo tres delegaciones nos contestaron: la checa —porque eran sensible a este problema ya que sólo habían transcurrido seis semanas desde la invasión militar soviética a su país— amenazó con retirarse si el ejército no abandonaba CU. La delegación cubana dijo que lo sentían, pero las relaciones entre México y Cuba eran más importantes. Y la delegación italiana: casi la mitad de la delegación abandonó el país.

Sabía que la mañana del 2 de octubre, tres miembros del Comité de Huelga se habían reunido con los representantes del presidente para decirles que no iba a haber diálogo. Yo me oponía tajantemente a esta decisión, porque no era la decisión del consejo. El consejo todavía no lo había discutido. Por lo que decidí reunirme con los representantes por la tarde. Estaba en el departamento con dos compañeros que me acompañaban todo el tiempo, Sergio y El Totón, preparando la reunión. El Totón fue a hablar con el intermediario, el rector Barros Sierra, para acordar dónde y cuándo nos reuniríamos con los representantes. El Totón regresó, completamente pálido, blanco. Cuando abrió la puerta del departamento me dijo: “Me siguió la policía”. Yo le dije: “Si sabías que te estaban siguiendo, ¿para qué viniste aquí?”. El Totón respondió: “Vi a la policía al dejar la casa del rector, por lo que paré el coche, corrí, y tomé un taxi. Pero cuando llegué aquí, la policía me había seguido”. Le pedí a Sergio que bajara a ver qué estaba pasando y él también regresó pálido. ¡Era como si los hubieran pintado de blanco! “¡Están registrando todos los departamentos!”. La chica que vivía ahí estaba temblando. Le dijimos: “No te preocupes. ¡Nos vamos! ¿Nos podemos escapar por el techo?”. “No”. Sólo teníamos una pistola, una Walker alemana con una svástica en el puño, con dos balas. El Totón, quien era más viejo que nosotros, tenía casi cuarenta años, la guardó en su chamarra y dijo: “El taxi nos está esperando abajo, intentemos salir”. Estábamos en el segundo piso, en el departamento 32. Comenzamos a bajar. En el primer piso oímos claramente la voz de un hombre, muy amenazadora, que le decía a alguien: “¡Hay estudiantes escondidos en su casa!”. La voz de una mujer vieja contestó: “Para nada. Están equivocados. Creo que están en el departamento 31”. En realidad estábamos en el 32. En ese momento El Totón me dio una señal con la cabeza para que bajáramos. Comencé a bajar y vi a la mujer que me miraba fijamente y a dos hombres dándome las espaldas. Ellos no me vieron, pero ella sí. En ese instante, la oí decir: “Pero por favor entren y verifiquen ustedes mismos.” Los tres salimos a la calle. Había un taxi, un Datsun, y una patrulla. Era de la policía secreta, pero era fácil de reconocer. Sólo había un policía dentro. Nos vio muy asustado. No entendía lo que estaba sucediendo. Entramos al taxi, y decidí ir con los representantes del presidente, porque el rector nos había asegurado que estaríamos seguros ahí.

Le di la dirección al chofer y le dije que teníamos prisa. Pasamos un tope, el coche saltó y se abrió la cajuela haciendo mucho ruido. El chofer también se asustó

y frenó repentinamente. Los tres volteamos para buscar la patrulla, que ahora estaba junto a nosotros. El policía se veía más asustado que nosotros, se dio la vuelta y se fue en sentido contrario como idiota. ¡No sé qué pensó! Eran los tiempos de James Bond, ¡quizás pensó que íbamos a sacar una ametralladora de la cajuela! El chofer se bajó, cerró la cajuela lentamente y preguntó: “¿Por qué se fue su amigo?”. El Totón perdió el control y dijo: “¡No es nuestro amigo, era un policía, pendejo, así que maneja, vamos!”. Pero fue un error porque el chofer se puso muy nervioso y comenzó a manejar muy mal. Dijo: “¡No los puedo llevar porque tengo una cita! ¡Ahora mismo! ¡En este lugar!” y se paró. Le pagamos al pobre hombre, nos salimos y caminamos.

Caminamos hasta la casa de los representantes presidenciales. Había mucha policía alrededor de la casa; nos vieron, pero nadie hizo preguntas. Fuimos a la puerta. Tocamos el timbre y abrió la puerta Andrés Caso en persona. Me reconoció y dijo: “Marcelino: cuarenta soldados muertos en Tlatelolco.” Fue la primera noticia que escuché sobre lo que estaba pasando en Tlatelolco. Eran las 7 de la tarde del 2 de octubre.

Entramos a la casa. Los dos representantes, Andrés Caso y Jorge de la Vega, estaban presentes—gente de confianza del presidente, educados en la Universidad, ex funcionarios del gobierno, sin algún cargo en ese momento. El rector había hablado bien de ellos y fueron muy amables con nosotros. Comenzamos a hablar acerca del movimiento, acerca de la necesidad de encontrar una solución, y todo lo demás; mientras tanto, ellos recibían noticias por teléfono de lo que estaba pasando en la Plaza de las Tres Culturas. Fue muy surrealista. Además, Caso era un cazador y su casa estaba llena de trofeos de caza: leones, venados. ¡No sabía qué hacer! A cierto punto de la noche dije: “Bien, continuaremos con las pláticas. Hablaré con mis camaradas y después les llamamos.” Caso dijo: “Marcelino, ¿quieres que te dé un consejo? No salgas. No esta noche. Te ofrezco mi casa para que tú y tus compañeros pasen la noche, y mañana le diré a mi chofer que los llevé adonde quieran”. Pensé: “Dios mío, ¿dormir aquí, en la casa del representante del presidente? ¿Pero adónde ir y cómo movernos?”. Y dije: “Bueno, descansaremos”. Nos quedamos. Nos ofrecieron una cena muy elegante, con sirvientes. Y dormimos ahí. Bueno, yo no pude dormir. Muy temprano Caso, vino y le pedí que nos llevara a casa del rector. Era nuestra única posibilidad. El chofer de Caso nos llevó a la casa del rector, que no estaba lejos.

El rector tenía ojeras y tenía todos los periódicos frente a él. Estaba en su bata. Eran quizás las 7:30 de la mañana. Le pregunté: “¿Qué vamos a hacer ahora, rector?”. “No sé qué vas a hacer tú. Yo no voy a la Universidad. Vayan con mi chofer”, y me dio las llaves de su oficina.

Me preguntaba si iba a haber gente en CU el 3 de octubre. Era el punto natural de reunión. De modo que camino a CU estaba pensando que dos cosas podrían pasar: o ganaba la ira y el enojo e íbamos a ser miles en CU, dificultando así la toma de decisiones o ganaba el miedo. Cuando llegué a CU no había nadie. ¡Nadie! Fui al sexto

piso a la oficina del rector. Había algunos funcionarios, pero el rector ya había hablado con ellos. Le pedí a Sergio y Totón que fueran a las facultades y reunieran a la gente. Tras una hora, regresaron y me dijeron: “Ya está, nos trajimos a todos”. Fui a la ventana: “No veo a nadie, ¿dónde están?”. “Están arriba en la sala de espera”. ¡Eran doce personas, de toda la universidad! ¡Esa era la situación! En medio de la Universidad, en la explanada, había un cohete, un cohete Saturn de la NASA a escala natural. Era como un gran pene. Y en este vacío terrible, ese pene enorme en medio de la Universidad era como el símbolo de nuestra situación.

Entonces comenzó la reconstrucción del movimiento. Fue muy difícil, duro. En este encuentro con los representantes del presidente ellos me propusieron mantener esas conversaciones secretas, privadas. Su propuesta era: no es una violación del diálogo público que proponen, estamos preparando el diálogo—pero yo me negué. Así que en la primera asamblea de la Facultad de Ciencias, le conté a la asamblea acerca de esto y, como había muchos periodistas ahí, publicaron que habíamos comenzado pláticas con los representantes del presidente. Las pláticas continuaron durante dos meses. El CNH elegía quién debía ir. Fuimos muchas veces, quizás unas veinte, a casa de Andrés Caso a hablar, pero era un diálogo de sordos. Ellos decían: “¡Levanten la huelga!” y nosotros decíamos “¡Liberen a los presos políticos!”. “Primero levanten la huelga”. “Primero liberen los presos”. Dos meses de eso...

¿Cuántos de ustedes quedaban en el CNH?

Siempre fuimos 210. Los miembros siempre eran reemplazados. El problema no era cuántos éramos en el consejo. El problema era cuántos éramos en las escuelas, en las calles. Éramos muy pocos y estábamos solos. Durante los meses de octubre y noviembre, las escuelas estaban vacías. Sólo iban los estudiantes a las asambleas cuando publicamos en los diarios que al día siguiente íbamos a discutir si se levantaba la huelga, y en esos momentos los auditorios y los salones de la Universidad se llenaban de gente. Votábamos para seguir con la huelga, pero luego regresaban todos a sus casas de inmediato, dejando vacía a CU.

[Después del 2 de octubre] el peligro real era que la mayoría de los delegados del CNH eran desconocidos. Antes, nos conocíamos todos. El peligro era que un CNH espurio, falso, decidiera arreglar las cosas, negociar a cualquier precio con el gobierno y llegar a un acuerdo falso. No podíamos tolerar eso. Decidimos levantar la huelga unilateralmente. Dijimos: “¡No podemos seguir así! ¡Somos un movimiento pacífico y sin armas! No podemos luchar contra tanques, contra pistolas. No estamos preparados. Nuestro único poder son las palabras. No tenemos nada más”.

El 4 de diciembre, uno de los días más tristes de mi vida, oficialmente terminamos la huelga. El CNH declaró el fin de la huelga. El 6 de enero de 1969 huí. Dejé el país con un pasaporte falso. Crucé a Estados Unidos por Tijuana y al siguiente día tomé un avión a Francia.

¿Qué nombre tenía su pasaporte? ¿Era mexicano?

Era de Eduardo Blaisten.

¿Se lo dio el Partido Comunista?

No, me lo dio Eduardo, un argentino, mi amigo más cercano a quien yo invité a afiliarse al partido. Más adelante, murió luchando en el movimiento guerrillero de principios de los setenta. Pero el movimiento guerrillero en México es otra historia...

¿Fue decisión suya partir o le aconsejaron salir del país?

Bueno, todo el mundo me aconsejó que saliera del país. Después de agosto todos me decían: “¡Vete, vete!”. Mucha gente me dijo que no sería arrestado, sino que me iban a asesinar. Pero no quería irme mientras continuara el movimiento.

¿Por qué se le considera una figura controversial dentro del movimiento?

Por muchas razones, la principal de ellas siendo que no fui arrestado. Yo era uno de los líderes principales, así que mucha gente preguntó: “¿Por qué no te han matado? ¿Por qué no te han arrestado?”. Piensan que eso es digno de sospecha. Y creo que tienen razón de sospechar. Yo también sospecharía si estuviera en su lugar. Sólo puedo responder: porque luché muy duro para que no me mataran, intenté —de la manera más inteligente que pude— que no me arrestaran. Yo soy el líder que no fue arrestado. Es verdad, pero éramos miles; la mayoría de nosotros no estuvo en prisión, pero yo era el más conocido de ellos.

La segunda razón es que negué la versión de los estudiantes de lo ocurrido el 2 de octubre. No es seguro que el ejército haya disparado en Tlatelolco. Y dije algo que me pesa hasta el día de hoy: el ejército disparó salvas al principio; los disparos reales venían de otra parte. Esta versión la oí de muchas de las personas que estuvieron ahí. La declaración fue muy polémica en el CNH y en la asamblea. La discutimos y aun así seguí siendo representante de la Facultad de Ciencias. El tercer factor es que propuse levantar la huelga.

¿Su salida del país fue también considerada una traición?

No exactamente. Miles estaban escondidos y docenas habían huido al extranjero. Ése fue un argumento utilizado únicamente por los ultraizquierdistas, enemigos del Partido Comunista, maoístas, guevaristas, trotskistas e incluso algunos estalinistas, todos ellos mis adversarios. Vincularon mi exilio con el hecho de que no había estado en la cárcel. Abandoné el país, me quedé en Francia por ocho meses y luego fui a Rumania como refugiado político, en donde radiqué durante ocho años.

¿Durante el régimen de Ceausescu?

Sí.

¿Le gustó?

Mucho. Me casé y tuve una hija allá. No éramos partidarios del llamado “socialismo real”. Era muy crítico, pero también era un comunista.

¿Fue su elección ir a Rumania?

No, no exactamente. El partido me envió allá. Yo quería ir a la Unión Soviética. Como comunista y estudiante de física, ése era mi sueño.

Eso fue después de que los soviéticos marcharan sobre Praga...

Las cosas son complicadas. Yo no era nada ingenuo. Era un comunista y también era un disidente dentro del movimiento comunista. Ceausescu se había opuesto a la intervención militar en Checoslovaquia. Fue el único país comunista que se opuso, por eso fui allá. El Partido Comunista Mexicano también había criticado la ocupación militar de Checoslovaquia. Recuerdo que el día después de la invasión soviética a Checoslovaquia había pintas en todos los camiones de la ciudad de México: “¡Yanquis fuera de Vietnam; ¡Rusos fuera de Checoslovaquia! ¡El ejército fuera de las universidades!”

¿Su hermana Mercedes me contó que lo arrestaron al comienzo del movimiento!

¿Me puede platicar esa historia?

A finales de julio fui operado de los pies por el doctor Zamudio. Estaba en cama. Me dijeron que guardara reposo por casi dos meses para asegurar que la operación fuera un éxito. Pero entonces comenzaron a suceder cosas: principalmente la noche del 26 de julio. El 26 de julio es el aniversario de la revolución cubana y cada año solíamos hacer una manifestación en su apoyo. Ese año no pude ir. Pero ese año, la policía fue especialmente dura con nosotros. Terrible. Arrestaron a muchos amigos y los llevaron a la cárcel. Golpearon a muchos. Hubo muertos; por lo menos eso aseguran muchas personas. Pues bien, la mañana del 27 de julio me levanté de la cama para ir a CU. Había mucha conmoción. Nadie entendía por qué la policía había sido tan dura con nosotros.

Así que la mañana del 27 de julio tomamos el coche de Rosa Luz, junto con otro amigo, Emilio Reza, un compañero de la célula comunista. En el periódico de la tarde leí que la policía había allanado las oficinas del Partido Comunista, que eran semiclandestinas. Detuvieron a varios líderes comunistas. Entonces dije: “Pasemos por la oficina del partido”. Pasamos y todo estaba en calma. No había patrullas enfrente, sólo estaban rotos los vidrios de la puerta. Le dije a Rosa Luz y a Emilio Reza: “Espérenme aquí”. Fui a la casa, toqué el timbre y un policía de civil abrió la puerta; no era Panchito, el eterno portero del Partido. En ese instante pensé: “¡Mierda! ¡Todavía están aquí!”. Inventé el nombre de una mujer y pregunté si estaba en casa. Y él contestó: “Sí, sí se encuentra. Por favor, pase”. Di un paso atrás y dije: “¿Aquí es Mérida 187?”, aunque sabía que era el número 183. En ese momento sacó la pistola y dio un

paso atrás para no ser visto desde la calle y dijo: “Sí, aquí es. ¡Pase!”. Entré. En ese instante llegó Reza corriendo y diciendo: “¡Vengo con él!”. El policía dijo: “Pase, por favor”. Siempre pensé que Reza había actuado estúpidamente, pero después me enteré que él era un policía secreto y que hizo eso para que supieran que él había sido me había llevado ahí. Entonces nos arrestaron.

Nos llevaron a la siniestra Tlaxcoaque, el centro de la policía secreta. Corría una leyenda negra sobre este sitio; las celdas estaban bajo tierra. Estaba llena de camaradas, de comunistas capturados en varios lugares, pero también de manifestantes del día anterior, muchos de ellos de 14 o 15 años de edad. También se encontraba ahí Mica, la hija de Pete Seeger, el gran cantante estadounidense de izquierda que fue muy importante para nosotros en los sesenta. Cada dos o tres horas liberaban a muchos de estos jóvenes. Entonces me tocó ser interrogado. Fue una interrogación muy larga, quizás de tres horas, pero muy cordial, como el ideal británico: sin violencia ni amenazas. Solamente que había muchas armas en la pared. Un policía muy limpio y elegante me interrogó.

Entonces, como a las cuatro de la mañana, comenzaron a gritar los nombres de las personas que iban a liberar. Fui el único comunista que liberaron esa noche. Los demás se quedaron ahí durante tres años. Muchos camaradas me dieron sus teléfonos para que llamara a sus casas. Estaba rodeado de varios adolescentes y nos llevaron a un pasillo. En un momento dado me apartaron a una esquina oscura. Supe después que llevaron a los adolescentes a un cuarto donde el jefe de policía les dio un discurso en donde les dijo que mantuvieran la calma, que fueran buenos estudiantes, que obedecieran a sus padres y que no fueran a las manifestaciones. Después los dejaron ir. Pero a mí me llevaron frente a una puerta de hierro muy alta. En ese momento pensé: “La cámara de tortura: ¡el momento de la verdad!”. Abrieron la puerta con un rechinado. Detrás de la puerta estaba la calle. Era la plaza Tlaxcoaque. Me dijeron que saliera pero pensé en lo que en México se llama ley fuga: le ordenan al prisionero que se escape y le disparan por la espalda. Miles de presos políticos han sido asesinados de este modo. El presidente Madero fue asesinado así. De modo que dije que no me iba. Entonces me empujaron y caí al suelo. No me moví. Oí la puerta de hierro que se cerraba detrás de mí. Y esto es muy difícil de explicar a quien no ha estado en la cárcel. No puedes creer que estés libre. ¡Es demasiado hermosa la idea de ser libre! Me puse de pie. No podía caminar porque se habían quedado con las agujetas de mis zapatos y mi cinturón, y se me caían los pantalones. Tomé un taxi y fui a casa. En mi casa había como sesenta camaradas y mi madre. Todos estaban esperando. Fue una gran fiesta cuando llegué. Entonces me enteré de lo que había ocurrido.

Cuando Rosa Luz vio que no regresábamos, fue con Renán [Cárdenas] y le dijo lo que había pasado. Renán organizó una reunión con la dirección del Partido, pero la mejor idea fue contarle a mi madre. ¡Porque la única persona en el mundo en quien puedes contar es tu madre! Mi madre no tenía nada que ver con todo esto; no

era una persona política. Era directora de una escuela primaria muy linda y muchos de los padres de sus alumnos eran abogados. Así que llamó a varios de ellos y uno de ellos le dijo que un alumno suyo era el hijo del general Corona del Rosal. Él era regente de la ciudad de México y era además un posible candidato a la presidencia de la República. Mi madre habló con su esposa diciéndole que su hijo no tenía nada que ver con estos sucesos, que estaba enfermo y era muy inocente. Fue suficiente para que me liberaran. Tres días después la señora Corona del Rosal habló con mi madre y le dijo: “Señora, me mintió. Me dijo que él no tenía nada que ver con esto. Pero vi su expediente y es terrible. ¡Por favor dígame que se mantenga alejado de estas cosas!”

En el mundo de la política mexicana, y en todas partes, cuando alguien te hace un gran favor, estás obligado a corresponder. Y yo no lo hice. Nunca fui amable con Corona del Rosal. Eso fue muy peligroso. Él esperaba que por haberme sacado de la cárcel yo fuera amable. Y Rosal pidió muchas veces hablar con nosotros. Siempre nos negamos; no teníamos nada que discutir con ese hijo de puta. ¡Yo dije eso! No fue amable. Unas semanas después mi cuñada vino a buscarme, muy asustada, para decirme que tres “gorilas” habían llegado a la oficina de mi madre en la escuela para decirle que yo estaba planeando un asalto al Palacio Nacional para matar al presidente de la República y que si no me convencía de parar y dejar el país se verían obligados a matarme. ¡De forma tan directa! Mi madre era una mujer mayor, tenía sesenta y cinco años. Estaba muy asustada.

Pero hubo un segundo problema del cual yo no estaba consciente. Después de que terminó el movimiento, derrotado, mis enemigos en el movimiento comenzaron a preguntar: “¿Por qué salió libre Perelló? ¿Por qué no estuvo en la cárcel como el resto de nuestros camaradas?”. Han pasado casi cuarenta años y todavía hoy tengo que enfrentarme a esta sospecha. Es complicado.

Una última pregunta: ¿Cuál es su opinión acerca del significado o la importancia actual del 68?

¡Una pregunta! Bueno, esto nos lleva al comienzo de nuestra conversación: Hemos perdido el horizonte. Hemos perdido la perspectiva de la transformación revolucionaria del mundo. Hemos perdido el sentido de la libertad y la justicia. Ya no sabemos qué significan. Quiero pensar que estamos en pausa, como una computadora, y que esa pausa terminará. La historia es como un río que serpentea. Sé que nuestras banderas están desgarradas, los colores se han desvanecido. Sé que tenemos que forjar nuevas banderas, Pero estoy convencido de que la lucha por la libertad y la justicia no ha terminado. Estoy convencido que la lucha continuará y los jóvenes encontrarán un camino. Pero estoy convencido, también, que las viejas verdades tienen valor todavía. Sigo siendo comunista. Sigo siendo marxista, incluso después de vivir en un país socialista durante ocho años. Sigo creyendo en esta sencilla afirmación: Nadie debe vivir del trabajo de otro. Nadie puede ser propietario del trabajo de otra persona. Eso es el

marxismo. Eso es el pensamiento libertario.

No creo en los valores que circulan hoy. Creo que el legado del 68 —el legado de los sesenta— está vivo. Alguien lo va a rescatar, alguien lo va a retomar. Alguien, algún día.

Gracias.



RAÚL MORENO WONCHEE

Nació en 1946. En 1964 ingresó a la Facultad de Medicina de la UNAM, donde fue dirigente estudiantil en 1968. Se graduó en 1972, y en 1976 fundó y dirigió la revista *La Unidad*. Ha ocupado distintos cargos en la Confederación Obrera Revolucionaria, en la Confederación de Trabajadores de México y en el Congreso del Trabajo. Actualmente colabora en la revista *Siempre!* y en los periódicos *Milenio*, *El Occidental* y *Por Esto!* Es investigador en el Centro de Investigaciones sobre América Latina y el Caribe de la Facultad de Filosofía y Letras de la UNAM.

¿Qué edad tenía en el 68, qué estaba estudiando y por qué se involucró?

Yo tenía 21 años en el 68, estudiaba el quinto año de Medicina y era miembro de la Juventud Comunista. Participaba en el movimiento estudiantil que en aquellos años había tenido muchas expresiones en torno a problemas internacionales como la solidaridad con Cuba o la lucha contra la guerra de Vietnam, y nacionales como la solidaridad con las luchas obreras o con los movimientos campesinos. En mi facultad esta actividad tuvo una gran repercusión, y cuando llegó el 68 fui electo como representante de mi facultad al CNH.

¿Cuál es su profesión?

Soy médico. Hice un postgrado en microbiología, pero me dediqué finalmente a la política y al periodismo. Curiosamente los tres representantes de la Facultad de Medicina en el CNH finalmente nos dedicamos a la política. Ingresamos al PRI: Javier Gil como diputado federal y dirigente de la Confederación Nacional Campesina, Enrique Díaz Michel como funcionario de partido y yo como funcionario del movimiento obrero.

¿Su familia estaba interesada en la política?

No, mi familia es una típica familia de la clase media mexicana de aquellos años. Mi padre había sido militar en su juventud, pero después se dedicó a los negocios y había tenido un proceso ascendente económicamente. Es decir, de venir de un pueblo en Michoacán, tuvo un ascenso social muy marcado y nos incorporamos a la clase media alta. Mi mamá era ama de casa, de familia muy conservadora. Mi papá era más liberal; casi podíamos decir jacobino. Tengo cinco hermanos; todos estudiaron en la Universidad y, aunque no son totalmente apolíticos, ninguno ha sido especialmente proclive a tener actividades políticas.

Le pregunto porque me he cuestionado si no se trataba de un movimiento de élite.

Como quiera que sea, el estudiantado —tú has visto la desigualdad que hay en México— es un sector relativamente privilegiado de la sociedad, y más en aquel

tiempo. Las universidades públicas son prácticamente gratuitas. Ahora lo son un poco más que entonces. Nosotros pagábamos al año doscientos pesos de colegiatura, que equivaldrían a dos mil pesos de ahora, supongo, y eso se consideraba que era una educación gratuita. Era un rasgo muy importante de la Universidad y del sistema público de educación superior, pues a la Universidad y al Politécnico tenían acceso desde hijos de la burguesía hasta muchachos provenientes de los sectores populares, hijos de obreros, de campesinos. Eso le daba un talante muy democrático a la Universidad. En ese tiempo también la Universidad era mucho más nacional en el sentido de que venía una gran cantidad de jóvenes del interior del país a estudiar, algo que hoy ya no ocurre tanto porque ya hay universidades de las diferentes entidades, en diferentes estados; y también venían muchos jóvenes de América Latina: de Guatemala, de Costa Rica, de Colombia, de Venezuela, incluso había muchachos de Argentina, de Perú. Aprovechaban el carácter, la fama, el prestigio de la Universidad; también México tenía un prestigio internacional en aquel tiempo, un prestigio que se vio seriamente afectado por la forma en que se “resolvió” el movimiento.

¿Podría hablar más del principio del movimiento? Estuvo lo del 23 de julio, pero fue sólo como...

...el detonador del movimiento. Sí, en esos años había mucha agitación en las universidades. En 1966 hubo una huelga por tener formas democráticas de gestión académica. Y el estudiantil era un medio muy agitado, muy inquieto. Creo que todas las universidades del mundo vivían situaciones parecidas. En algunos casos estas situaciones se conectaban más directamente con cuestiones sociales que en otros, pero como quiera era una gran agitación la que había en las universidades. Una cosa muy curiosa: en junio de 1968, el autor de *La condición humana*, André Malraux, que además de gran escritor era un gran hombre, militante y aventurero, y en ese momento era ministro de cultura en Francia, dio una entrevista—no recuerdo exactamente, para *Le Monde* debe ser—en donde afirmó: “Todo comenzó en México”, cuando trataba de explicar el asunto del movimiento de mayo en Francia y el conjunto de expresiones que había en Europa. El movimiento del 66—que acabó de mala manera para el rector de aquel tiempo, el doctor Ignacio Chávez, que fue expulsado de la Universidad muy violentamente—fue también un momento muy relevante de toda esta inquietud estudiantil. Pero podemos recordar cómo en California, en Berkeley, hubo un movimiento en aquellos años a raíz de la reivindicación de la libertad de expresión en el campus universitario, algo que rápidamente se conectó con la situación en Vietnam y generó un movimiento más amplio. Creo que éste es el común denominador de los movimientos estudiantiles de aquella época: surgían por motivos aparentemente nimios pero rápidamente se conectaban con un medio social convulso, conflictivo, y entonces crecían y los estudiantes aportaban puntos de vista y actitudes que no estaban contempladas en el *establishment*, en la forma de ser de las fuerzas y de las organizaciones políticas.

El 68 sorprendió a todo el mundo: en Francia, no solamente *Le Monde*, sino hasta el Partido Comunista criticó fuertemente a los estudiantes.

Y en México ocurrió algo parecido. No solamente el gobierno fue sorprendido e intimidado por el movimiento estudiantil, sino hasta el gran líder de la izquierda mexicana de aquel tiempo, que era Vicente Lombardo Toledano, criticó fuertemente al movimiento. Era un movimiento poco asimilable para las conductas habituales de los partidos, de los intelectuales, de las organizaciones de aquel tiempo, no se diga de los gobiernos; entonces sorprendió.

En México se dieron dos cosas importantes: por un lado, la versión oficial de aquellos años que México vivía un milagro económico. De alguna manera era cierto; o sea, en México había un proceso de estabilidad política que había propiciado un ascenso económico muy marcado en aquellos años y un avance en el combate al flagelo de la desigualdad. Y al mismo tiempo México se aprestaba a celebrar la Olimpiada, cosa que no había logrado hasta ese momento —y creo que hasta la fecha— ningún país del tercer mundo. Esos dos factores llenaban de orgullo a la clase gobernante, pero cuando surge el movimiento estudiantil entraron en pánico, dijeron: “Bueno, estos locos, ¿qué quieren? Quieren arruinar nuestro milagro económico que nos ha dado gran prestigio en el mundo, quieren arruinar nuestra estabilidad política que nos ha permitido jugar un papel en plena guerra fría, un papel moderador (México tenía relaciones con Cuba, recibía exiliados de todo el mundo), y por otro lado arruinar las Olimpiadas, la muestra ante el mundo del gran avance de México también la quieren sabotear”. Y eso hizo cundir en los medios oficiales una especie de pánico que les impidió ver realmente qué estaba ocurriendo y les hizo proceder de la manera tan errática y equivocada.

México, desde luego, era parte del devenir de influencias entre los jóvenes, por ejemplo en la música, en el cine, muchos vasos comunicantes. El rock empezaba ya a manifestarse como algo más que una simple moda musical, empezaba a ser una forma de vida, una forma de distracción entre los jóvenes mucho más profunda que una simple moda discográfica. Y en ese ambiente fue que se dio el movimiento estudiantil.

En México, el mismo éxito del gobierno en años anteriores lo había llevado a tener una actitud sumamente paternalista y en consecuencia también muy represiva; es decir, el gobierno tenía sus canales de expresión para las inconformidades o conflictos sociales, pero de repente surgió un movimiento que se dio al margen de estos cauces y que planteó cosas distintas. El movimiento planteaba reivindicaciones en apariencia nimias también y algunas incluso imposibles: que quitaran a los granaderos, es decir, a la policía antimotines. Quizá la mayor expresión política era la libertad de los presos políticos: había presos políticos que representaban la inconformidad y el malestar popular de manera muy importante, como Demetrio Vallejo y Valentín Campa, dirigentes obreros izquierdistas que ya tenían mucho tiempo en la cárcel. Una legislación que se había establecido durante la guerra para combatir a los nazis o las infiltraciones

del nazismo, ahora se aplicaba contra los movimientos progresistas y sociales. Había un caldo de cultivo y estaba desde luego el gran fermento revolucionario que significaba el ejemplo de la revolución cubana: un puñado de jóvenes estudiantes muy vinculados al movimiento estudiantil habían logrado la gran hazaña de derrocar a un dictador y enfrentarse con Estados Unidos. Es el gran elemento, el gran desafío para los pueblos de América Latina y sobre todo para los jóvenes. Todo esto conformaba el ambiente en el que se estaba gestando el movimiento estudiantil. Había además un auge en la Universidad, pues el rector de aquel tiempo, el ingeniero Javier Barros Sierra, llevaba adelante planes muy audaces de reforma académica y de reforma cultural en la Universidad que habían alentado mucho a los jóvenes a participar, a organizarse. Surgieron movimientos culturales que tuvieron una influencia muy marcada en el movimiento, como la canción de protesta, que fue un elemento de agitación, de cohesión en el movimiento estudiantil y en la vida juvenil de México. Éste era el ambiente en el que se daba el movimiento estudiantil, con incomprendimientos de los sectores oficiales pero también como una posibilidad nueva para los sectores que en la estabilidad del México de aquellos años veían truncadas sus expectativas de lucha social; sectores que en los cauces oficiales se veían muy constreñidos o francamente marginados.

El 68 fue sobre todo un movimiento de protesta. Protestaron contra el gobierno, el Estado autoritario, la represión, por liberar a los presos políticos. Pero ¿sería correcto decir que hacía falta un programa político?

Sí. Creo que los movimientos se llaman así porque se mueven las cosas. El movimiento de la Independencia de México vino aparentemente como un movimiento en defensa del rey de España que estaba siendo desplazado por Napoleón, y esa confluencia de fuerzas desembocó en el movimiento por la Independencia. Aquí ocurrió algo así. El movimiento fue de protesta contra los excesos de represión, pero con una característica: México tiene una tradición revolucionaria muy presente en la educación y muy sentida sobre todo por los jóvenes. Entonces, una de las cosas que reivindicaba el movimiento era la incongruencia del gobierno frente a la tradición revolucionaria a la que debía su origen y su legitimidad. Es una tradición que reivindica los derechos sociales, las libertades democráticas, la solidaridad internacional, que forman parte de la ideología nacional. No es algo nuevo, pero la forma en que lo reivindicó el movimiento sí era algo nuevo, porque exigía congruencia, consecuencia, que se pusiera en acto, que se respetaran libertades democráticas, que se pusiera en libertad a los presos políticos, que se combatiera realmente la desigualdad social. Así, el movimiento no alcanzó por sí mismo a tener un programa de reivindicaciones, a plantear un nuevo estado de cosas, pero sí expresó esta aspiración juvenil de cambiar el mundo y se correspondió con expresiones que hay en otras partes del mundo. Pero no podría proponer un nuevo tipo de sociedad, porque los estudiantes no tienen esa capacidad. El

movimiento se refería mucho a los logros sociales que habían alcanzado otros países, particularmente Cuba, donde para esa época ya se había acabado con el analfabetismo; se habían obtenido grandes triunfos en materia de educación, de salud, no obstante el bloqueo de Estados Unidos. Había ese reclamo: “¿Cómo ellos, que están asediados, han podido avanzar de esa manera y nosotros tenemos todavía grandes rezagos?”

¿No era muy radical el pliego petitorio, o quizás hasta ingenuo?

Era muy directo, muy concreto. Las dos expresiones mayores eran: quiten la legislación represiva —el artículo 145 del Código Penal— y liberen a los presos políticos. Eran las que tenían mayor carga política. Pero la expresión profunda del movimiento era mayor e iba dirigida en general a darle vigencia a las libertades democráticas, a los derechos sociales, a la solidaridad internacional, que, por cierto, forman parte de la constitución mexicana, pero que estaban siendo pospuestas o habían sido, en nuestra opinión en aquel momento, traicionadas o hechas a un lado por el grupo gobernante.

Por ejemplo, la demanda de diálogo público era una idea genial, pero inocente y utópica, pues nadie podría creer que el gobierno cedería. Me pregunto si los estudiantes no eran demasiado obcecados o radicales.

De alguna manera, otro de los aspectos que cuestionaba el movimiento era la representatividad social del régimen político. El régimen político tenía una gran eficacia para representar a ciertos sectores sociales, pero los sectores sociales en ascenso con un peso cada vez mayor en la vida económica y política de México no se sentían representados por las estructuras políticas. Además, México ha sido víctima de una tradición negativa: la corrupción, no solamente económica sino política, que llevaba a que nuevos representantes populares se vendieran a un Estado extraordinariamente fuerte y con muchos instrumentos para doblegar a sus interlocutores. Entonces a veces es lo utópico lo que le da esa carga de irreductibilidad a los movimientos, que los proyecta como una expresión de algo mucho más difícil de asimilar y que posteriormente obliga a los gobiernos o a las fuerzas dominantes a adoptar nuevos caminos. Es decir, el diálogo público, ¿a qué obedecía? A la idea de que si los representantes estudiantiles eran recibidos por el gobierno y había una interlocución, las posibilidades de cooptación, de corrupción o de intimidación de estos representantes iban a ser tales que entonces no iban a poder reivindicar la fuerza del movimiento. Entonces tenía que ser público; para eso estaban la televisión o la radio. Es decir, había la posibilidad de que un encuentro de esta magnitud pudiera hacerse frente al pueblo. Era, en efecto, un rasgo utópico pero que expresaba también la necesidad de la sociedad mexicana, no cabalmente digerida por los estudiantes, de tener cauces más amplios, más claros, más democráticos en su mano —que los tenía formalmente, pero con muchas deformaciones y vicios.

¿Puede describir una asamblea del CNH? ¿Cómo funcionaba?

Había una tradición en el movimiento estudiantil: los estudiantes teníamos en aquel tiempo nuestras asociaciones. Se nombraba el presidente de la asociación y a sus compañeros directivos y estas asociaciones confluían en las federaciones. Había distintas en cada universidad, a veces dos o tres, porque había divisiones, pero ésta era la representación formal de los estudiantes.

Quando venía un movimiento, cuando estallaba el descontento, entonces quitaban a los representantes. Generalmente los echaban de manera despectiva o a veces hasta violenta, y entonces los estudiantes reunidos en la asamblea nombraban a sus representantes. Y estos representantes de la asamblea, de cada asamblea de cada una de las escuelas y facultades, integraban el consejo y entonces llevaban los acuerdos que se habían tomado en la asamblea, o viceversa: llevaban a la asamblea los acuerdos o las propuestas que se estaban discutiendo en el consejo. Una forma de democracia directa que se explica también en el descontento que había contra las formas de participación, que estaban muy desprestigiadas. Para un movimiento de esta naturaleza eran idóneas porque no tenían ninguna posibilidad de llegar a acuerdos que representaran avances políticos. En ese sentido, era un movimiento sumamente apolítico que no buscaba ganar posiciones frente al gobierno o hacer avanzar ciertas causas. Era un choque frente a ciertas formas de ser del gobierno y de la sociedad.

Era una democracia muy directa que se traducía en la instancia mayor del movimiento: las asambleas —las asambleas en las escuelas y facultades, las asambleas del CNH—, y luego en los grandes actos de masas: las marchas. Se convocaron varias en la ciudad de México que reunieron alguna vez —se dice— centenares de miles. La UNAM tenía en aquel momento ochenta mil estudiantes y el IPN debe haber tenido cincuenta mil. No todos los estudiantes iban a las marchas, pero los que iban frecuentemente eran acompañados de sus familiares. Y además acudían muchas personas: profesionistas, ex universitarios, y el movimiento tuvo la intención de vincularse con sectores de trabajadores. Lo logró en muy pequeña medida porque los sindicatos, además de tener una estructura muy sólida e impenetrable, tenían sus propias vías para llevar adelante sus peticiones y sus demandas; solamente grupos en algunos sindicatos fueron sensibles al llamado de los estudiantes y tuvieron expresiones de simpatía.

Pero todo el mes de agosto del 68 la ciudad fue un carnaval juvenil. Las brigadas estudiantiles llevaban adelante una gran labor de difusión del movimiento, de agitación, de recolección de dinero, de pintas, de consignas, de pegadas de afiches, de carteles. Y luego venían las grandes marchas que llenaban las plazas de la ciudad. Ésta era más o menos la forma de operación del movimiento.

La prensa —en el sentido amplio de los periódicos, la radio y la televisión— había mantenido un cerco, cuando no de silencio, de franca agresión hacia el movimiento, lo cual radicalizaba al movimiento, no en sus planteamientos sino en sus

expresiones. Y eso llevaba a que se hicieran actos frente a los periódicos o las instalaciones de la prensa, y se buscara el desprestigio de estas formas de comunicación habituales de la sociedad. “Prensa vendida” era quizá una de las expresiones más reveladoras de esa carga que tenía el movimiento.

Sin plazos fatales para ciertas cosas a lo mejor el movimiento habría tenido una curva y habría descendido, pero el plazo fatal eran las Olimpiadas. El gobierno sentía que la proximidad de las Olimpiadas volvía muy amenazante al movimiento. Creo que fueron los primeros Juegos Olímpicos que se politizaron, no solamente por el movimiento estudiantil, sino por la vía de las propias delegaciones: la presencia del *black power* de la delegación norteamericana o las disputas entre la República Democrática Alemana y la República Federal, entre las Coreas y las Chinas o las disputas por la delegación de Sudáfrica. La Olimpiada se acompañó de lo que se llamó la Olimpiada Cultural, creo que también por primera vez. Hubo un gran despliegue de actos culturales en la ciudad que fueron muy importantes para México.

Había todo esto alrededor de la Olimpiada, y entonces había un nerviosismo bárbaro en el gobierno. Y en la medida en que se aproximaba la Olimpiada, estas formas de movilización estudiantil, que eran bastante inocuas pienso yo, que no tenían una carga de agitación, que no amenazaban en ningún punto la funcionalidad del sistema, sí amenazaban esta expresión que le importaba tanto al gobierno: la Olimpiada. Creo que fue un factor para desplegar la represión contra el movimiento.

De vuelta a las asambleas del CNH: había doscientos estudiantes discutiendo, ¡debe haber sido muy difícil llegar a acuerdos! Dicen que las discusiones duraban horas, que la gente se quedaba dormida...

Las reuniones del CNH empezaban al final del día cuando se acababan las actividades propiamente de las escuelas. Se citaban a las ocho de la noche pero empezaban después de las nueve. La mayor parte del tiempo, cuando tuvo mayor auge el movimiento, el CNH tenía su sede en la Facultad de Medicina, pues el movimiento siempre contó con la simpatía de las autoridades universitarias. En algunos momentos incluso con su acción positiva. Un momento clave para el desarrollo del movimiento fue la manifestación que encabezó el rector de la Universidad en protesta porque el ejército invadió instalaciones universitarias a finales del mes de julio. A partir de ahí, el rector, las autoridades universitarias y un grupo distinguido de universitarios —por ejemplo, el maestro Gastón García Cantú— fueron muy partidarios del movimiento. Lo apoyaron e intentaron establecer vías de diálogo y moderar la respuesta gubernamental, pero no lo lograron, entre otras cosas por las pocas posibilidades de interlocución aunadas a esta idea del diálogo público y por lo que significaba una estructura tan poco estructurada, como era el CNH. Claro que el CNH estaba integrado por bloques políticos. Un bloque de mucha importancia era la Juventud Comunista, que reunía a algunos de los más destacados líderes, y había otros grupos, maoístas, trotskistas, que no hacían tan

caótico el asunto pero sí tenían divergencias irreductibles. Se vivía un ambiente revolucionario aunque la situación no lo fuera.

Eran las discusiones en el soviet de Petrogrado lo que ahí se vivía, y nadie quería dar su brazo a torcer. Eran a menudo reuniones muy prolongadas que acababan al amanecer, y hacían poco ágil la conducción del movimiento. Pero el movimiento tenía otras formas de expresión en las que hacían a un lado las decisiones del CNH y los estudiantes salían por sí mismos a hacer su trabajo de agitación política y de vinculación con los grupos sociales. Lo que se llamó brigadas, que eran grupos de cinco, seis, diez o veinte jóvenes que se iban a los barrios, a las escuelas elementales, a las fábricas, a hacer labor de agitación. Era una labor de agitación muy estimulante, muy romántica, pero que no tenía puertos de arribo, lo que le daba una carga tremenda al plazo que le había puesto el gobierno a la gran celebración que representaban las Olimpiadas.

Las brigadas fueron muy importantes: la idea era obtener la simpatía de los trabajadores e integrarlos al movimiento, pero fracasó. Primero se ganaron su apoyo, pero con el paso del tiempo, con la represión, se fue diluyendo.

La simpatía popular se expresaba principalmente por la cooperación económica. En el gobierno se especulaba sobre quién estaba financiando el movimiento: si eran grupos del comunismo internacional. Por cierto, los países socialistas, significativamente la Unión Soviética y Cuba, que eran quienes tenían presencia en la vida mexicana, siempre fueron cuidadosos en su relación con el gobierno mexicano. Nunca entraron a movimientos antigobierno ni mucho menos: Cuba dependía mucho del apoyo que le daba México y México había sido el primer país en el hemisferio en establecer relaciones con la Unión Soviética. El actual candidato del PRI, Roberto Madrazo, invoca mucho a su padre. Su padre encabezaba en ese momento un movimiento disidente en el PRI. Murió en aquellos tiempos poco después en un accidente de aviación que se dijo que había sido provocado. Era un personaje muy atractivo, con un gran impacto popular, que intentó hacer reformas democráticas en el interior del PRI y que fue derrotado en ese intento y defenestrado, pero que tenía gran simpatía entre los grupos juveniles y se decía que él patrocinaba el movimiento. Pero la verdad es que el patrocinio económico lo daba el pueblo. En las facultades funcionaban los comedores, los cafés se convirtieron en comedores y entonces llegaba una gran cantidad de huevos, leche, alimentos que daba la gente de los mercados para sostener el movimiento; y la cantidad de dinero que daban, que se recogía en las brigadas, era impresionante. Además, se desarrollaron formas muy ágiles de acción propagandística y publicitaria del movimiento.

Las brigadas eran un vínculo directo con la gente. Claro, no podían ir más allá, no podían inducir en un sindicato una táctica determinada, porque no tenían acceso a las instancias directivas del sindicato; lo más que podían hacer era captar la

simpatía de los trabajadores cuando les daban un volante, que eventualmente pudieran asistir a una marcha o dieran unas monedas. En algunos lugares donde hubo conflictos que coincidieron con el movimiento estudiantil, sí hubo formas de apoyo mutuo, pero eran reducidas, casuísticas.

¿Cuál fue la marcha que le impresionó más?

Me impresionó más la marcha del 27 de agosto. Fue una gran marcha de varias horas por la ciudad que tuvo un gran impacto. Fue en un tono tremendo de cuestionamiento, de agresividad contra el gobierno, muy fuerte. Las mentadas de madre al presidente de la República eran tremendas, y en aquel México aquello era impensable, pero ahí estaba la multitud de muchachos increpando al gobierno y a sus personeros, con una gran expresión de apoyo de la gente. Ese día, cuando terminó, se había tomado la decisión de permanecer en el Zócalo en una actitud un poco de provocación. Ese día el ejército nos expulsó del Zócalo. Salieron los tanques y nos sacaron del Zócalo en la madrugada. La embajada norteamericana, por donde pasó la manifestación, estaba rodeada de tanques. Al otro día apareció en el asta mayor del Zócalo una bandera rojinegra, y entonces el gobierno quiso hacer un acto de desagravio a la bandera que le resultó un fracaso, porque los empleados públicos que fueron llevados a ese acto era gente que simpatizaba con el movimiento, y entonces la expresión fue totalmente contraria al gobierno. Tuvo que volver a intervenir el ejército. Se dio otro zafarrancho en el Zócalo y de ahí vino una etapa de franca represión hacia el movimiento. Hubo ofrecimientos de diálogo que el movimiento no supo apreciar ni canalizar, pero el gobierno tampoco tenía manera de manejarlo. Días después vinieron la toma de la Universidad y lo de Tlatelolco.

¿Estaba en CU cuando la ocupó el ejército?

El 18 de septiembre estábamos esperando la reunión del CNH y alguien dio la alerta. Como CU es muy amplia, fue un operativo militar muy importante; participaron varios miles de soldados, rodearon con tanquetas y con vehículos la UNAM, pero buena parte de los que estábamos ahí pudimos huir. No había posibilidad de ningún enfrentamiento ni nada, pues era el ejército, y salimos. Yo salí por uno de los costados de la Universidad y tengo entendido que Marcelino se fue por lo que antes era un pedregal, lleno de abrojos y nopales. El intento de apresar ahí al CNH finalmente falló, sólo atraparon a algunos que quedaron ahí.

Antes hubo la manifestación silenciosa que fue muy impresionante. Que días antes hubiera marchado una buena cantidad de jóvenes expresando toda su furia por medio de los gritos más tremendos contra el gobierno y el presidente, y ahora fueran a la manifestación en silencio, sí fue muy impresionante. Fue una propuesta que hizo Marcelino en el CNH y que en un principio fue tomada con gran escepticismo, pero que brindó una posibilidad y una impresión distintas. Fue un buen intento de romper

el cerco que se había tendido contra el movimiento. Quedó demostrado que el movimiento tenía su parte sustantiva y que ésta no en el impropio ni el insulto, sino que era una expresión de otra índole.

Cuando el ejército ocupó la UNAM pretendía arrestar a los líderes. ¿Tuvo que ocultarse?

La toma de la Universidad tuvo dos propósitos: por un lado, ver si podían atrapar un buen número de líderes y, por otro lado, en esos días, un grupo del gobierno, encabezado por el secretario de Gobernación, se había pronunciado por abrir el diálogo. Creo que esta acción también buscaba cerrar ese camino que le daba ventajas a cierto grupo político del gobierno. En ese momento ya se empezaba a disputar la candidatura presidencial del PRI, el partido dominante cuyo candidato ganaría las elecciones. Éste fue otro factor que le impidió al gobierno responder de manera más eficaz desde el punto de vista político a la movilización estudiantil.

El rector de la Universidad, Javier Barros Sierra, no era ajeno al gobierno, por supuesto. Era un personaje muy distinguido, un intelectual y profesor muy destacado. Había sido director de la Facultad de Ingeniería y secretario de Comunicaciones y Transportes en el gobierno anterior, y de alguna manera había disputado la candidatura presidencial a quien finalmente quedó como presidente. Así que mantenía vínculos con sectores importantes del gobierno y desde el principio del movimiento, incluso antes, había tenido también roces y choques con grupos del gobierno por temas vinculados a la educación superior. Hubo en aquel momento quien pensó que había que imponer colegiaturas y el rector se opuso. Había una relación difícil entre el rector y el presidente de la República. Entonces la toma de la Universidad iba también dirigida a golpear al rector. Incluso pocos días después, la Cámara de Diputados le pidió la renuncia al rector, cosa que rechazó la Junta de Gobierno, que es el organismo encargado en la Universidad de designar al rector y a los directores de las facultades.

¿La policía lo buscó entonces?

Existía la policía política, que era de la Secretaría de Gobernación. Existían las diferentes corporaciones policiacas del Distrito Federal, cuyo jefe entonces era el regente de la ciudad, que era también un militar, el general Corona del Rosal. Las policías no actuaron coordinadamente. Empezó a haber un cierto asedio policiaco a partir del 27 de agosto. Antes lo hubo, los primeros días del movimiento incluso fue allanada la sede del Partido Comunista. Allí fueron tomados presos los dirigentes de un grupo que se llamó Central Nacional de Estudiantes Democráticos y algunos dirigentes del Partido Comunista. Algunos de ellos permanecieron dos o más años en prisión. Por un largo periodo, las diferentes policías simplemente vigilaron al movimiento. A partir del 27 de agosto volvieron a intentar algunas acciones, pero la represión propiamente no se desató sino hasta el 2 de octubre. Hubo incluso choques violentos. El 23

de septiembre hubo un intento de toma del IPN; hubo una toma de las instalaciones de Santo Tomás muy violenta. Hubo tiros y todo eso. Después hubo un zafarrancho enfrente de Zacatenco y varios otros enfrente de la escuela que estaba donde está Tlatelolco, y hubo tres o cuatro zafarranchos serios entre estudiantes y policías. Y después, entre la toma de CU y el 2 de octubre hubo ciertos amagos. Después ya vino el intento de aplastamiento del movimiento.

El 2 de octubre fueron apresados el ochenta por ciento, o más quizá, de los miembros del CNH. Y desató un clima que oprimió al movimiento, un clima social que lo aisló y obligó a los estudiantes a deponer la actitud y a regresar a clases. Los estudiantes eran detenidos momentáneamente por el ejército y entregados a autoridades civiles. El ejército, aunque se excedió desde luego en sus funciones, no usurpó el papel de las autoridades civiles.

¿Estaba en Tlatelolco el 2 de octubre?

No, yo estaba en Guadalajara. Quién sí estuvo fue mi esposa Silvia, que además estaba embarazada de mi hija mayor. Yo estaba en Guadalajara porque en ese momento estaban entrando a clases. No había un ciclo escolar único. En México había dos ciclos escolares: en uno las vacaciones eran en verano, como es actualmente, y las clases eran en otoño, invierno y primavera, mientras que en la ciudad de México las vacaciones eran en invierno. Entonces había un movimiento administrativo del gobierno para empatar los dos calendarios escolares. Cuando estalló el movimiento, gran parte de las universidades de provincia estaban de vacaciones. Eso limitó también la expresión nacional del movimiento. Entonces, cuando ocurrieron estos hechos fue cuando entraron a clases universidades como la de Guadalajara. Entonces yo fui a Guadalajara a ver cómo podía integrarse su universidad al movimiento. Ahí la dirigencia estudiantil fue reacia por completo. Se obtuvieron algunas expresiones de solidaridad mínimas.

El 2 de octubre había la instrucción, tanto del propio CNH como de la Juventud Comunista, de que los dirigentes del movimiento y quienes jugaban papeles de dirigentes no asistieran al mitin. Yo le hablé en la mañana ese día a Silvia y le dije: “No vayas a ir al mitin. Es muy peligroso”, porque en Tlatelolco había habido choques, porque era un lugar cerrado, porque estaba rodeado por el ejército. Incluso el rector de la Universidad habló con algunos dirigentes estudiantiles para decirles que no hicieran el mitin, porque era muy riesgoso. Sin embargo, la idea era hacerlo y salir en manifestación hacia las instalaciones de Santo Tomás para pedir la salida del ejército. A la hora de la hora, Silvia fue y todo mundo fue. Y eso facilitó que la acción represiva fuera contundente. Aprehendieron a una gran cantidad. Y después algunos logramos escondernos. Y otros salieron, como Marcelino, que pasó largo tiempo en el extranjero.

La propia celebración de la Olimpiada fue un golpe muy fuerte al movimiento porque fue una celebración muy festiva. Era como el contraveneno, la contraversión del movimiento por parte del gobierno. “Miren, México está en paz, no pasa

nada; lo que ocurrió fue una cosa de locos, de unos estudiantes que se indigestaron por las lecturas de Marcuse y de Sartre y de Mao y de no sé quién. No les hagan caso, están locos”. En ese sentido, la Olimpiada fue un acontecimiento doloroso. Luego vinieron las expresiones políticas dentro de la Olimpiada: los atletas negros de Estados Unidos que, sobre sus triunfos en las pruebas en que participaron, reivindicaron su causa racial y social. En fin, fue un momento muy crucial de nuestras vidas.

Todavía en esos días se dieron hechos fuertes y represivos. El movimiento intentó volver a la calle y fue impedido por el ejército. Por muchos meses más, el ejército empezó a tener una presencia anómala en las calles de la ciudad de México, que no había tenido en otros momentos, durante años quizá. Durante un buen tiempo, el ejército hizo presencia alrededor de los centros educativos, o en ciertas fechas, aparecían los soldados con sus tanques.

*¿Puede decirse que el 2 de octubre fue una desilusión para el movimiento?
Muchos estaban presos. ¿Fue una desilusión para usted?*

Pues sí: desilusión, frustración y también rabia, un gran coraje, molestia. Porque los términos de la lucha estaban de tal manera planteados que carecíamos de la posibilidad de enfrentarlos. Porque en un primer momento la acción del ejército, sí, fue contenida por la expresión política de las masas de jóvenes, pero ya en ese momento era muy difícil y más con las presiones que había contra el movimiento, tanto de los estudiantes que querían regresar a clases, como de las propias autoridades universitarias que querían que la Universidad volviera a la normalidad. Y también hubo un debate dentro del movimiento estudiantil, porque había quien pensaba que había que mantener a toda costa la huelga, ya sin una perspectiva clara y teniendo en contra a factores crecientes, y había quienes pensábamos que había que organizar un repliegue para asimilar la experiencia y mantener la lucha ahora redoblada, ya no solamente por los otros presos políticos sino por los nuevos: entre profesores, estudiantes y personas ligadas a la Universidad o a la militancia política de izquierda, cerca de doscientos fueron encarcelados. Algunos salieron más o menos en el curso de un tiempo, pero la liberación significativa no se dio sino hasta 1971, ya con el nuevo gobierno, que liberó a los presos y mandó al Congreso una iniciativa de Ley de Amnistía. Ésta se aprobó, y entonces ya no quedó nadie del 68 en la cárcel.

¿Pensó en la posibilidad de unirse a la guerrilla como otros estudiantes?

Ése es un punto crucial para entender muchas de las cosas que pasaron después. Cuando ocurrieron esos hechos, hubo pocos juicios que los valoraran realmente y que no se dejaran llevar por situaciones, sentimientos o apariencias. Quienes más tenían la obligación de hacerlo eran los dirigentes de los grupos políticos de izquierda que participaron en el movimiento, particularmente el Partido Comunista. El movimiento, entre otras cosas, puso de manifiesto que estos grupos eran bastante incompetentes

en su función de guiar políticamente el descontento popular, pues se les hizo muy fácil recargar toda la culpa de los acontecimientos en la represión gubernamental. Hubo poca reflexión autocrítica. Y entonces, por una inercia del propio movimiento, se empezó a exagerar el papel de la represión. Se dieron cifras absurdas de muertos. En fin, nada se pudo comprobar después, ni se correlacionaba lógicamente con lo que estaba pasando. Lo cierto es que ningún dirigente estudiantil fue muerto, ni siquiera herido, ni tampoco se tiene noticia de que los activistas más destacados hubieran muerto. Hubo víctimas de la represión, pero no se tiene claro en qué proporción, en qué cantidad, quiénes fueron. La ciudad estaba copada por periodistas extranjeros, que incluso acudieron al mitin. Y sin embargo las pruebas testimoniales son escasas.

Más que una masacre del ejército contra los estudiantes —que hubiera sido terrible— lo que se dio fue, por un lado, una provocación y, por otro lado, un choque de fuerzas gubernamentales en medio de la confusión y seguramente con intenciones políticas distintas. Pero no haber analizado a fondo el significado de los hechos llevó a que se valorara de manera equivocada el movimiento, y entonces se empezó a hablar de que no había caminos legales, y que lo que se ponía a la orden del día era la lucha armada, la guerrilla. Esto también coexistió con otras cosas. El estado de Guerrero tiene una historia peculiar de insurrección, de lucha armada, de delincuencia social armada, que en ese momento cobró auge por la presencia de Lucio Cabañas y Genaro Vázquez. Después vinieron otros intentos de acción política de los estudiantes, como el 10 de junio, donde también hubo represión, y empezó a configurarse una tendencia en las organizaciones políticas, sobre todo en la Juventud Comunista. Porque el Partido Comunista decía: “No, todavía no es el momento, aunque lo más probable es que la lucha armada sea el camino de la revolución”, pero para la impaciencia juvenil era ya. Se empezó a generar el movimiento guerrillero —últimamente se le puso el mote de guerra sucia, pero fue otra cosa— y, en efecto, un grupo de jóvenes se lanzó a hacer secuestros, asaltos de banco, atentados contra policías, etcétera. Aunque no cobró gran relevancia, tuvo un saldo trágico. Hubo muertos y ajusticiados. Fue una cosa muy dramática, pero que se contuvo. No tuvo una gran trascendencia política, aunque con el tiempo la ha tenido desde el punto de vista mediático. Nuestro grupo de la Juventud Comunista siempre buscó la lucha política y llevamos adelante una lucha contra las tendencias de guerrilla, viendo que eran inviables. Podían implicar situaciones de riesgo no solamente para quienes las organizaban o participaban en ellas, sino para las fuerzas políticas progresistas de México en general, como una escalada represiva mayor. Por fortuna no ocurrió.

¿Podría hablar de la importancia del 68 hoy día?

El gobierno y las fuerzas que lo rodean dieron una respuesta rápida. A finales de 1969 se inició el recambio gubernamental, la campaña presidencial, etcétera. El candidato del gobierno, Luis Echeverría, que fue presidente de 1970 a 1976, tuvo como divisa la

apertura democrática y como intención la reconciliación del gobierno con los grupos estudiantiles, intelectuales, que a resultas del 68 se habían distanciado mucho. Después hubo actos políticos, como la liberación de los presos y la amnistía. Dio un gran apoyo a las universidades, creando nuevas escuelas y centros de investigación y de enseñanza, además de una política general progresista. Los movimientos de carácter armado fueron aislados y no dieron lugar a represiones generalizadas.

En general se inició un proceso de apertura política que no fue tan rápido porque el sistema político mexicano ha sido tradicionalmente un gran paquidermo que se mueve con mucha lentitud. Pero dio lugar para que a principios del otro gobierno, el de López Portillo, se abriera francamente el sistema político e ingresaran en él con todos los derechos el Partido Comunista y otros partidos de izquierda y hasta partidos de la derecha. En ese sentido, el movimiento tuvo repercusiones muy grandes. Pero además generó una especie de conciencia nacional de que es imposible buscarle solución a los movimientos sociales por la vía de la represión, de que es muy costoso para el país e involucra ciclos políticos que después de mucho siguen teniendo repercusiones. Quizá la trascendencia del movimiento hubiera sido mayor si las organizaciones políticas hubieran asimilado su experiencia de manera orgánica con una reflexión más serena y abriendo propuestas. Curiosamente al Partido Comunista le dan el registro como partido legal sin que lo pida, de repente el gobierno hace un movimiento estratégico, unas consultas y le da el registro, cuando el partido estaba en el rollo incluso de la eventualidad de la lucha armada.

La nostalgia del 68 en mi generación es brutal. Hay un grupo muy importante que prácticamente hizo de ese recuerdo y de esa manipulación un modus vivendi, que les ha representado puestos políticos, puestos académicos, en fin. Es otro de los rasgos que ha habido. Todavía se insiste en valorar el 68 incluso de la manera más equivocada posible. Este intento de que los pendientes los resuelvan los tribunales es totalmente absurdo. Creo que es un tema que debieron de haber resuelto los políticos y que ahora van a tener que ser los historiadores, con otra intención incluso, ya no con la de cuestionar o absolver o de culpar a alguien, sino de entender qué hubo ahí, qué enseñanza deja para una sociedad todavía joven.

El 68 en México y en el mundo tuvo también un efecto involuntario: golpeó muy fuerte a las fuerzas de izquierda en todos lados. Y eso se acompañó además de la tragedia que significó para la gente que reivindicaba el socialismo la invasión de Checoslovaquia por los soviéticos. Era parte de lo mismo. También fue una tragedia para México que el ejército mexicano —que a diferencia de los ejércitos de América Latina es un ejército de origen popular, no un ejército de casta— se haya enfrentado con un sector tan sensible de la población como son los jóvenes. No había habido un hecho tan terrible como ése. Es un movimiento que todavía tiene que ser estudiado y analizado. Su parte rica ha sido muy oscurecida por la represión. Si se habla del 68 se habla del 2 de octubre, y con una visión muy poco clara y muy prejuiciada. Se oscurece

esa voluntad juvenil de enfrentar actos autoritarios de gobierno, de buscar salidas, de reclamar al gobierno y a la sociedad consecuencia y congruencia con lo que se postula como los ideales de la sociedad. Toda esa parte queda al margen. No se han podido rescatar las expresiones culturales del movimiento, que fueron muy ricas también.

Cuando vemos el México actual, aún hay muchos problemas sociales y políticos. La división de clases es aún peor; hay corrupción. Aun así, el 68 no podría ocurrir hoy. Entonces había, desde luego, todo un contexto internacional. Me pregunto si las generaciones actuales han perdido el deseo de luchar.

Creo que todo un ciclo de cambios revolucionarios en el mundo terminó más o menos con el siglo. En México la situación es muy compleja. Tiene una vecindad tremenda, la de Estados Unidos, lo que ha representado cosas terribles en la historia, como posibilidades de desarrollo. Es un asunto que tenemos que resolver los mexicanos de manera positiva. Hace cien años un presidente de la República dijo: “Entre México y Estados Unidos, el desierto”. En efecto, hay un inmenso desierto entre México y Estados Unidos, pero ahora entre ambos está la frontera más intensa del mundo, la que tiene más cruces, más conflictos, más problemas.

Ahí hay una necesidad de ajustar nuestra visión como nación, como país y al mismo tiempo rescatar lo que el 68 intentó rescatar, que es una tradición revolucionaria de México. En México hubo dos culturas muy distintas que se fundieron en un encontronazo histórico. En una fusión intempestiva y muy violenta que dio lugar a una sociedad llena de desequilibrios, de traumas, de novedades, de riqueza, cuya fisonomía no está totalmente definida. El proceso de integración de México todavía está en curso. Todavía tenemos situaciones muy delicadas, como el tema indígena, que podría virtualmente ser un factor de discordia nacional y podría romper el Estado.

México tendría que acudir a poner en acto esa tradición, esa historia que es muy rica. Los mismos extremos en que se ha movido México han obligado a definiciones muy importantes. En México se logra la separación de la Iglesia y el Estado cien años antes que en muchas naciones modernas. En México la esclavitud se abolió cincuenta años antes que en Estados Unidos. Son hechos que de alguna manera están en la forma de ser de los mexicanos. Tenemos que acudir a ellos para combatir ese gran flagelo de la desigualdad, que nos puede romper como nación, porque ya no hay el gran desierto entre México y Estados Unidos, porque estamos globalizados. Si no, estamos perdidos.

Gracias.

CAROLIA PANIAGUA

Nació en 1946. Estudió psicología y artes visuales en la UNAM. Ha participado en exposiciones colectivas e individuales en México y en el extranjero (en recintos como Kunstlerhaus Bethanien, Berlín; Vorpál Gallery, San Francisco; Museo Guayasamín, Quito; Galería Chosun, Seúl; y Museo Carrillo Gil, México, entre otros). Tiene obra en la colección BANAMEX y en el Museo de Arte Contemporáneo de Morelia, Michoacán, y en diversas colecciones particulares.

Por favor preséntese. ¿Qué estudiaba en el 68?

Mi nombre es Carolia Paniagua. Soy psicóloga y pintora. Estaba estudiando psicología en la UNAM en el 68.

¿Me puede decir cómo llegó a participar en el movimiento?

En 1967 Carlos Lyra —un brasileño que pertenecía al grupo de los creadores de la Bossa Nova en Brasil— fue a Estados Unidos después del golpe en Brasil [en 1964]. Posteriormente vino a México, en donde formó una organización llamada Centro Popular de Cultura, como su organización en Brasil. Invitó a gente joven a trabajar con él, de manera que comenzamos a trabajar con artistas, con música, teatro, poesía. Comenzamos a trabajar en varias facultades en CU. En la Universidad había muchos jóvenes que escribían canciones de protesta, y empezamos a invitar a los que tomaban la música un poco más en serio.

Trabajamos, por ejemplo, con Los Folkloristas, quienes eran muy jóvenes entonces. Esto era algo nuevo para México. No era música comercial. No se podía escuchar esa clase de música en ninguna parte, sólo en la Universidad. Algunos fuimos a las montañas a grabar canciones hermosas; no eran necesariamente canciones políticas, sino canciones fuertes que movían a la gente a hacer cosas. Por supuesto, Óscar Chávez tenía muchas canciones políticas, viejas canciones de España. Carlos Lyra tenía una canción subversiva, “Subdesarrollado”, que hablaba de Brasil. Margarita Bauche fue muy importante, y había otras mujeres que eran muy políticas. Enrique Ballesté era también un artista auténtico. Escribió muchas canciones y obras de teatro hermosas. Entonces, sí, el debate era muy político. Las personas que escribían las canciones estaban muy politizadas. Hablaban de la realidad mexicana. Creo que fue una preparación para que nosotros los jóvenes trabajáramos en el 68. No era vandalismo, sino trabajo serio. Intentábamos ser artísticos. Íbamos de facultad en facultad en la Universidad montando espectáculos. Después de la función, abríamos la discusión a la gente, de modo que el artista hablaba con la gente. Nosotros, los estudiantes, estábamos en revolución. No nos gustaba el sistema que teníamos, queríamos cambiar el sistema, pero no sabíamos cómo cambiarlo. Por lo que pensamos en hacer algo a través de la cultura.

¿Participó su grupo en el CNH o eran independientes?

Participamos en las asambleas, pero no el CNH. Fuimos a las asambleas y hablamos con ellos, como todos los estudiantes. Quizás algunas personas de nuestro grupo, estudiantes de medicina, estaban en el CNH, pero creo que eran los que estaban cerca del grupo. Nunca estuvimos muy cerca de ellos porque eran estudiantes mayores. Nosotros éramos muy jóvenes.

Entonces, el 26 de julio los primeros volantes salieron a la ciudad. ¡Y nosotros los hicimos! Fuimos de noche a pegarlos en los muros. Y el gobierno estaba muy asustado porque no sabían quién era el responsable: “¿Quiénes son estas personas? ¿Están tan organizadas! ¿Será un grupo grande?”. ¡Éramos diez chamacos los que las estábamos haciendo! Tenían muchas sospechas porque utilizamos la imagen famosa del granadero del 68 en París, la del hombre con la máscara. Pero no teníamos una imagen, por lo que dijeron: ésta es publicidad de un país extranjero. Pero no. Éramos estudiantes mexicanos que estábamos haciendo la lucha. Así que fue muy divertido.

¿Cuáles eran sus metas, sus esperanzas personales en relación con el movimiento?

Éramos muy ambiciosos. Dijimos: en Francia, en Estados Unidos, en el mundo entero, vamos a hacer la revolución. ¡Realmente lo pensábamos! Yo personalmente pensaba que íbamos a hacer la revolución; que todo iba a cambiar. Trabajamos como hormigas en el movimiento. Repartimos volantes en la calles... Vimos a la gente que quería a los estudiantes. Durante las manifestaciones la gente se asomaba por las ventanas y cuando llovía nos daban bolsas de plástico para que nos cubriéramos. Nos querían tanto. Vimos todo ese amor y pensamos: “La gente va a cambiar.” Pero no sabíamos nada de política. Sabíamos que puedes cambiar el mundo con elecciones o con armas y pistolas. Y no queríamos tomar las armas. Pensábamos que podíamos cambiar el mundo solamente con canciones, con palabras.

Me desilusioné, pero no tanto, porque era una revolución axiológica: los valores éticos cambiaron. Éramos una sociedad con muchas mentiras, con muchos secretos, con un sistema muy autoritario. En nuestras casas, en nuestras familias, el padre era la autoridad y la madre, las hijas y los hijos únicamente obedecían. Había mucha hipocresía. Pero las relaciones familiares cambiaron. Hay algunos sectores de nuestra sociedad que todavía son así, pero en general cambió, y creo que fue una ganancia muy buena: la apertura de la familia. Los padres no querían cambiar, pero los hicimos cambiar.

En mi familia, por ejemplo, mi padre cambió: fue liberal toda su vida, pero cambió su modo de gobernar a la familia. Sin embargo, mi madre no cambió; tenía mucho miedo de estos cambios; tenía mucho miedo de que yo estuviera en el movimiento. Muchas familias cambiaron, y si no cambiaban, no nos importaba, ¿sabes? Comenzamos a hacer lo que queríamos. Eso fue muy importante, perder el miedo a la familia, a los padres, y verlos como amigos, no como la autoridad.

¿De modo que sus padres no le retuvieron, la dejaron ir?

No, mi madre me llevó de la ciudad de México a Xalapa, Veracruz, algunos días antes de Tlatelolco. Quizás debería de estar agradecida, porque de haber estado ahí, me podrían haber matado.

¿Alguno de sus hermanos participó en el movimiento?

Mi hermano menor estaba en la Vocacional y también participó en el movimiento. Pero los demás estaban en sus primeros años de escuela. Aun así, mi hermana pequeña, que tenía alrededor de nueve años, me acompañaba siempre. En algunas fotografías aparezco con mi sombrero en una mano y mi hermana tomada de la otra. Fui a cada una de las manifestaciones. En la marcha del silencio estábamos muy asustados, teníamos miedo. Pero fue hermoso cuando las campanas de la catedral comenzaron a sonar. Pensamos: “Ganamos la lucha.” Éramos muy inocentes. Pensábamos que podíamos cambiar las cosas marchando por la calle, hablando, cantando... Cuando eres joven, eres muy inocente; y también éramos muy románticos. Tienes muchos ideales y los quieres alcanzar.

¿Viene de una familia de artistas?

Mi padre era ingeniero. No había libros en mi casa, ni pinturas, y la música que se oía era comercial, música mexicana como boleros. Pero yo tenía mis discos de los Beatles y Violeta Parra en mi cuarto. Mi madre no estudió. Se casó a los 16. No fue a la universidad. Así que, no había artistas en mi familia. Quizás aprendí a ser artista en el movimiento, porque yo estaba estudiando psicología, no pintura.

Puede hablar de cómo era el ambiente cuando surgió el movimiento... Formaba parte de una brigada?

Sí, trabajaba con mi brigada y trabajaba en el Centro Popular de Cultura. Íbamos a los mercados a hablar con la gente. Íbamos a zonas pobres a hablar con la gente. La respuesta de la gente fue maravillosa; estaban de nuestro lado.

Dormimos muchas noches en la Universidad, de modo que nuestros padres —la sociedad entera— decían que nos estábamos acostando unos con otros. Pero no siempre era el caso: podía haber un hombre, una mujer y un hombre en el piso que simplemente dormían. Ése fue un gran descubrimiento: saber que podíamos estar juntos como amigos, ya que los hombres y las mujeres habían estado siempre en escuelas separadas. Sólo la universidad y los colegios eran mixtos. En ese tiempo habían muchos tabúes en relación a la convivencia de jóvenes de ambos sexos, pero en el movimiento derribamos el mito: podemos estar juntos sin intenciones sexuales y, cuando las había, hablábamos de amor. Realmente estaba ocurriendo una revolución sexual.

¿Así que fue quizás un primer paso hacia la liberación de la mujer?

Creo que el movimiento feminista en México comenzó en esos años, pero era muy pequeño porque las mujeres no querían oír hablar de esto —no era mi caso, pero sí en general—. Decíamos que éramos marxistas-lennonistas, por John Lennon. Él era nuestro guía, ¿sabes? De verdad: en aquel tiempo John Lennon era tan grande como Marx, Althusser o cualquier otro. John Lennon era de los nuestros.

Yo llevaba entonces el pelo muy largo, me veía increíble. No me vestía como otras mujeres: usaba una minifalda y me ponía camperas, y no usaba maquillaje, aunque en ese tiempo el maquillaje era muy importante para las jóvenes.



¿Pero casi todos los líderes eran hombres! Había sólo dos mujeres que eran líderes...

En general eran los hombres los que nos decían qué hacer y nosotros lo hacíamos. Nosotras las mujeres trabajamos como hormigas. En mi grupo, sí, la dirección era femenina. Aunque era una dirección colectiva, yo dirigí el grupo después de que Carlos Lyra regresó a Brasil. Pero en política las mujeres estábamos muy verdes. No sabíamos cómo ser líderes, sólo Tita y Nacha. Eran mujeres muy valientes. Estuvieron en la cárcel. Eran nuestras heroínas.

¿Hacían los panfletos ustedes mismos? La propaganda...

El CNH hacía la propaganda y la repartía a las brigadas. En la mañana nos daban los volantes e íbamos a las calles. No podías hacer nada solo, ni nada peligroso, pero conocí a una chica que hizo una bomba. De hecho, con frecuencia corríamos peligro, pero siempre estábamos en grupos y salíamos corriendo. Éramos valientes, pero había mucho romanticismo en esa valentía. A veces usamos bombas molotov. Bueno, nuestro grupo nunca las usó, pero los muchachos en el centro de la ciudad sí lo hicieron. El CNH tomaba decisiones políticas, dialogaban con el gobierno. Hacían propuestas en la asamblea y votábamos. Todo se votaba. No era un movimiento anarquista. Estaba muy organizado desde mi punto de vista.



¿Recuerda algunas de las consignas?

Cuando íbamos a las manifestaciones gritábamos: “¡Ho, Ho, Ho Chi Minh!” Había muchas consignas contra los granaderos; eran nuestros enemigos. Más tarde el gobierno cambió a los granaderos por soldados y tanques. Sabíamos que eso implicaba peligro. Daba mucho miedo, pero dijimos: “Bueno, esto está cambiando: ya no hay granaderos con mangueras sino soldados con armamento pesado.” Y fuimos a pararnos frente a los soldados y dijimos: “¡Soldado, hermano, no puedes matarme!” y les dimos flores. Éramos... no sé si ingenuos o estúpidos, al pararnos frente a un soldado que fue entrenado para odiarnos.

¿Eso fue antes o después de que tomaran la Universidad?

Antes. Además, había algunos estudiantes en las bases que eran informantes, que daban información a la policía. Les decíamos “orejas”. Decíamos que en un grupo de cinco personas había un estudiante que daba información, así que tenías que tener cuidado. Incluso en el CNH hubo personas que pactaron con el gobierno. Fueron traidores, pero esto lo supimos sólo después, cuando todo había terminado.

¿Qué tanta simpatía había de parte de la gente hacia la causa estudiantil?

La simpatía estaba en la calle. ¡La gente estaba con nosotros! Y cuando nos reprimieron, por ejemplo, en Tlatelolco, la gente nos ayudó: abrieron sus puertas a muchos estudiantes escondiéndolos de los soldados en sus propios departamentos. Estaban arriesgando la vida. Muchos escritores y periodistas fueron amenazados para que no escribieran cosas en nuestro apoyo. A veces no había “noticias” sobre el movimiento, “nada” estaba pasando en el país, todo estaba en paz. Más adelante, las únicas noticias eran sobre lo que iba a pasar en los Juegos Olímpicos. Eso dividió a la sociedad, porque algunos dijeron: “Los estudiantes tienen la razón, pero tienen que esperar hasta que terminen las Olimpiadas, por lo que por favor paren”. Así que los Juegos Olímpicos fueron aparentemente la razón del fin del movimiento. Y por otro lado era verdad: el gobierno necesitaba una ciudad tranquila para los Juegos. No podían tener los Juegos con una revolución en las calles. Este factor dividió a la gente: “Tiene el derecho a luchar, pero los Juegos son más importantes”. Y nosotros respondimos: “¿Cómo? ¿Cómo pueden ser los Juegos más importantes que la justicia y la libertad? ¡No pueden decir eso!”

En general, la mayoría de los padres con hijos en la UNAM o el Politécnico nos apoyaban. Puede ser que en sus casas dijeran: “¡No, hija, no vayas porque es peligroso! Tienes razón, pero tengo miedo. No quiero que te maten”, como me dijo mi madre. Y cuando los soldados salieron a la calle, la gente se asustó; nosotros también nos asustamos. Pero la gente nos apoyaba. Hubo un momento en el que alguien dijo: “¡Los obreros están con nosotros! Nos van a apoyar. ¡Los campesinos están con nosotros!”. Una comisión vino del campo a apoyarnos. En ese momento dijimos: “¡Estamos haciendo la revolución porque los obreros y los campesinos están con nosotros!”. Eso estaba muy bien.

Mencionó que no estaba en la ciudad de México durante la matanza...

Estaba en Xalapa. Mis amigos no podían llamarme, no podían venir a verme... Me llamaban pero nunca me pasaban las llamadas. Me habían exiliado. Un día vi a un amigo sentado en la calle. Mi familia no lo dejó entrar. Ni siquiera me dijeron que estaba ahí, hasta que lo vi. Bajé pero mi tío le dijo que se fuera. Hizo todo el viaje para verme pero no me permitían hablar con mis amigos...

Regresé después de Tlatelolco porque toda mi familia —mis tíos y mis primos

de Xalapa— fue a la ciudad de México para ver los Juegos Olímpicos. Aun así, no me permitieron ver a mis amigos o a mi grupo del Centro Popular de Cultura. Sólo podía ver a los amigos que fueran muy conservadores. El ambiente durante los Juegos Olímpicos fue muy extraño. Podías sentir el cambio en la gente en la calle.

¿Cómo se enteró de lo sucedido en Tlatelolco estando en Veracruz?

Fue terrible. El día siguiente estábamos viendo la televisión con mis tíos y algunos amigos de la familia cuando escuchamos la noticia: Estaban matando a los estudiantes. Lo vi en la televisión. Y las personas con las que estaba viendo la televisión decían: “Eso está bien, a estas personas hay que matarlas.” Estaba sola, rodeada de gente cruel y reaccionaria.

¿Mostraron estudiantes muertos?

Dijeron todo en las noticias. Dijeron que había muertos. Porque algo pasó que afectó a la prensa: algunos periodistas de un canal de televisión fueron agredidos por soldados, les rompieron sus cámaras, de modo que la prensa estaba enojada y lo sacaron en las noticias.

¿Tenía amigos que fueron a prisión?

Tenía algunos amigos que eran parte del CNH que estaban en el mitin, en la tribuna; fueron llevados a prisión. Por suerte no fueron llevados al Campo Militar y asesinados. Por fortuna ninguno de mis amigos murió, pero muchos fueron encarcelados y algunos tuvieron que dejar el país. Durante los siguientes años fuimos a la cárcel a visitarlos, a llevarles libros y comida.

Después de Tlatelolco, ¿sintió que se había acabado, que era el final?

Sí. La gente estaba muy asustada porque habían matado a estudiantes. La gente estaba asustada porque teníamos un sistema muy represivo, y la gente prefirió guardar silencio por muchos años. Hasta 1985, cuando el terremoto golpeó a la ciudad de México.

Nunca sabremos lo que ocurrió realmente en Tlatelolco, alguien comenzó a disparar. Hay muchas versiones de la verdad. Algunos dicen que el Batallón Olimpia comenzó a disparar, otros dicen que nunca les dispararon a los estudiantes, que ellos comenzaron a dispararse entre sí. Dicen que dos facciones dentro del gobierno luchaban entre sí y usaron a los estudiantes para sus propios fines. Nunca lo sabremos porque éste es un país de mentiras. Después de la matanza, Díaz Ordaz dijo que él era responsable. Pero en el juicio reciente contra Luis Echeverría dicen que él dio las órdenes. Echeverría era entonces secretario de Gobernación, y tres años más tarde, ya como presidente, dio la orden para que mataran a la gente en San Cosme el 10 de junio de 1971. Creemos que él es culpable y merece ser enjuiciado y encarcelado. Creemos que fue culpable también en el 68. Tanto él como Díaz Ordaz.

¿Cuál fue su respuesta personal a Tlatelolco?

Unos meses después, mis amigos y yo regresamos a la escuela. Nos preguntamos: “¿Qué podemos hacer?”. Y ésa era la pregunta que todos se hacían: “¿Y ahora?”. Algunos comenzaron a experimentar con drogas, porque durante el movimiento había gente que llegaba a la Universidad y nos daba marihuana gratis: ¡Marihuana gratis para todos! Así que muchas personas se perdieron en las drogas. Algunos se unieron a la guerrilla. Algunos estudiantes más grandes comenzaron a trabajar para el gobierno, y aparentemente todo estaba perdido. Nunca más tuvimos un movimiento como ése porque fueron muy eficientes en matarlo. Ahora trabajamos como individuos. El único movimiento que hemos tenido después del 68 fue en 1988 con Cuauhtémoc Cárdenas. Creo que fue consecuencia del 68.

Algunas personas de nuestro grupo decidieron abrir una escuela, así que en 1970 fundamos una escuela para jóvenes en edad de preparatoria: el Centro Activo Freire, por Paulo Freire. Esa escuela perduró por más de 20 años. Fuimos a alfabetizar adultos en pueblos por todo el país. Estábamos trabajando en la escuela cuando se dio la siguiente represión en 1971. Éramos personas muy jóvenes que educaban a gente aún más joven, pero la escuela fue un éxito. Tuvimos muchos, muchos buenos estudiantes ahí.

Gracias.

SELMA BERAUD

Nació en México. Realizó estudios en el Centro Universitario de Teatro (UNAM) entre 1962 y 1971, y en 1964 ingresó al Teatro Universitario. Además de su carrera de actriz, se desempeñó como coordinadora y supervisora de espectáculos culturales en México. De 1977 a 1978 impartió cursos de actuación a adolescentes en el Centro de Arte Dramático, AC. Entre 1997 y 2000 fue nombrada directora del Centro Cultural San Ángel. Desde 2003, ha trabajado como directora de cultura y turismo en el estado de Michoacán.

Por favor hablemos un poco acerca de usted y cuente cómo se involucró en el movimiento.

Me llamo Selma; soy actriz y además trabajo para el gobierno de Michoacán. Trabajo con artesanos.

Definitivamente una de las cosas más importantes que me ocurrió fue vivir en el 68 en la ciudad de México. Estudiaba arte y también trabajaba como actriz. Estaba involucrada con muchos otros amigos de la Universidad que estaban haciendo el movimiento. Me llena de orgullo decir que estuve ahí. De cierta manera nos transformó en luchadores. Ahora soy un poco más pacífica, o por lo menos a veces lo soy. Fueron días de júbilo y ciertamente de tristeza, porque perdimos gente. Nos pegaron muy duro, no sólo físicamente sino en el corazón.

En el 68 varias personas del movimiento estaban viviendo aquí, en mi casa. Éramos quizás doce o quince. Uno de ellos era Pepe Revueltas; era un gran escritor, y un hombre revolucionario, un luchador. Todos dormíamos aquí, en este lugar.

¿Cuál fue su papel en el movimiento?

Nuestro trabajo era ir a los mercados por comida para los estudiantes que estaban haciendo la huelga y se quedaban en la Universidad. También hacíamos carteles y volantes que decían que no estábamos contentos con el gobierno, que debía existir más igualdad entre la gente y que había mucha pobreza. Queríamos cambiar a México...

Actuábamos en las calles y en los mercados. Comenzamos a transportarnos en camiones, y montábamos un escenario encima; empezábamos nuestra presentación con alguien que preguntaba: “¿Qué opinas del movimiento?”. Y yo hacía el papel de la señora que iba al mercado y decía: “Es horrible. ¡Estos niños no saben lo que hacen! Deben ser más obedientes. Deberían de hacer lo que dice el gobierno...”. Luego llegaba otra persona y decía: “¡Estás equivocada! ¡Estamos buscando la libertad, la paz, la igualdad!”. Así que actuábamos y también repartíamos propaganda. Hicimos muchos conciertos y lecturas de poesía; cantábamos canciones sobre la guerra civil española y la revolución cubana.

Y en las tardes, después de terminar todas nuestras tareas, nos sentábamos aquí en mi casa y cenábamos algo y platicábamos. Había muchas personas aquí que

eran revolucionarios famosos, como Roberto Escudero; el escritor Luis González de Alba; Ignacio Osorio, quien era un latinista; una chava que se llamaba Marilena Velasco; Mario Aguinaga, un chavo que hacía películas; estaba Enrique, el hermano de Sevilla... Las noches eran interminables. Nos sentábamos a hablar de política, de lo que pasaba en la ciudad, en el mundo; de lo que pasaba con nuestros vecinos, los cubanos. Hablábamos de muchas cosas, de poesía mexicana y española. Teníamos un juego en el que alguien recitaba un poema y los otros tenían que adivinar quién lo escribió. Jugábamos desde la una hasta las tres de la mañana. Pepe Revueltas era el que siempre conocía la mayoría de los poemas, porque era poeta.

Yo tenía un coche pequeño y uno de mis trabajos era llevar a Pepe Revueltas y a Roberto Escudero en auto. Mi amiga Marilena y yo éramos las choferes; teníamos que llevarlos a los mítines. Era medio peligroso porque la policía los estaba buscando, así que teníamos que tener mucho cuidado y ser muy inteligentes. Así que cuando pasábamos por algún lugar peligroso le decíamos a Pepe y a Roberto: “¡Agáchense, no queremos que los vean!”. Como yo era actriz me ponía sombreros y me pintaba; tenía una camarita de cine y decía que éramos periodistas. Así que los llevábamos a los mítines. A veces, cuando pensábamos que no era seguro regresar aquí, teníamos que quedarnos en escondites en lugares como La Merced o Tepito. Siempre había gente que nos esperaba en esas casas para recibirnos.

Era el principio del movimiento feminista, pero las mujeres todavía tenían que luchar por roles de igualdad dentro del movimiento. ¿Le molestaba “sólo” llevar a los hombres en coche?

Mira, nosotras las mujeres teníamos tareas que a veces eran más peligrosas que las de los hombres. Sabíamos que si nos encontraban con propaganda terminaríamos en la cárcel, y estábamos a cargo de la propaganda. Íbamos a muchos lugares elegantes y colocábamos propaganda en los baños. Una vez tuvimos que ir a pintar las fuentes de rojo. Así que compramos pintura roja en distintas tiendas y a las cinco de la mañana fuimos y pusimos la pintura en la fuente de la Diana, para que el agua se volviera roja. Fue muy chistoso porque la primera vez estábamos tan asustadas—fue en Tlatelolco—que aventamos la pintura desde el coche hasta la fuente, pero nos dimos cuenta que las latas de pintura estaban cerradas, y por lo tanto la pintura no salió. Así que tuvimos que salir con una escoba y meterla... estábamos tan asustadas. Sabíamos que si nos agarraba alguien del ejército acabaríamos en la cárcel o desaparecidas. Ése era el tipo de trabajo que solíamos hacer. Y teníamos otros trabajos también. Bueno, no es un secreto: después tuvimos entrenamiento de guerrilla, todos lo saben. Pero éramos tan ingenuas; la guerrilla de verdad estaba en otras partes. Nos mantuvimos en contacto con algunas personas de la guerrilla e intentamos ayudarles enviándoles sus cosas...

Así que no creo que las mujeres hicieran trabajos más sencillos que los hombres. En México la soldadera es una tradición: durante la revolución fueron a la guerra

con los hombres. Claro que hacían las tortillas y la comida, pero también disparaban y luchaban. Fue lo mismo con las mujeres en el 68.

¿Su “despertar político” tuvo lugar antes del 68?

Desde que era una niñita fui rebelde. Antes del 68 tenían que ser una niña buena; por fortuna en el 68 vivía sola en esta casa. Fue un despertar. Mi familia vivía en Cuernavaca y no sabían lo que hacía.

¿Estuvo ud. en Tlatelolco el 2 de octubre?

El 2 de octubre fue el día más triste en la vida de muchos mexicanos y de este país. Muchas personas fueron asesinadas, muchas desaparecieron. Muchas personas fueron encarceladas. Tenía la responsabilidad de llevar a Pepe a los mítines, pero habíamos acordado ese día que Pepe no iba a ir porque no queríamos llevar a toda nuestra gente a un solo lugar que pudiera ser peligroso. Fue una orden, así que Pepe y muchos otros no fueron. Yo fui y fue un infierno. Me acuerdo cuando entré a la plaza de Tlatelolco. Había visto a los soldados, y tenían una cierta sonrisita que decía: “Ya verán”. Vimos y sentimos y lloramos. Hubo mucho coraje y mucha tristeza. Fue terrible. Creo que esta masacre es la experiencia más dolorosa y más importante de mi vida.

Fuimos al mitin. Había miles de personas. Cuando llegué sentí escalofríos. Había mucha policía, el ejército. Fuimos al centro de la plaza. Intentamos ir al tercer piso, donde estaban los líderes, pero no nos dejaron entrar. Dije: “Quiero entrar, ¿por qué no?”. Y me dijeron: “Lo sentimos, Selma, no puedes”. Estaba un poco enojada; tuve suerte, porque mi amiga Marilena fue y se quedó; por suerte no la detuvieron, pero sí la hirieron. En todo caso, sabes lo que pasó. Alguien dijo: “No te preocupes, no son balas de verdad, son salvas”. ¡Y no lo eran! Estaba realmente enfurecida. Cuando tengo miedo siempre me enoja. Estaban dos amigos conmigo y me dijeron: “Vamos, tenemos que salir”. Y dije: “¡No podemos, tenemos que ir por Luis González de Alba!”, quien era uno de nuestros mejores amigos y estaba en el tercer piso. Dijeron: “No podemos, tenemos que salir de aquí”. Estábamos en medio de la plaza. Me empujaron; estábamos todos acostados en el piso, y salimos de ahí. Tuvimos que saltar como cinco metros para abajo, y luego me llevaron al teatro porque supuestamente tenía que actuar esa noche. Eran como las nueve de la noche, y me dijeron: “Tienes que actuar, tienes una responsabilidad”. Dejé mi coche en Tlatelolco, y cuando llegué al teatro mi director me preguntó: “¿Qué te pasó?”, porque tenía sangre y rasguños. Estábamos arrastrándonos sobre personas muertas, personas heridas. Estaba muy, muy enojada.

La obra de teatro se canceló porque todos sabían lo que estaba pasando. Todos estaban histéricos: “¡Vete a tu casa y no salgas!”. Pero dije que tenía que regresar, así que yo y otras dos actrices regresamos a Tlatelolco, disfrazadas de enfermeras y doctores, porque estábamos haciendo una obra, El porvenir está en los huevos de Eugène Ionesco, y hay una parte en la que nos teníamos que disfrazar

de enfermeras. Además, quería llegar a mi auto porque había muchos documentos adentro. Cuando llegamos a la plaza no nos dejaron pasar. Había un cerco de soldados alrededor de Tlatelolco. Dije: “Somos doctores”, pero contestaron: “No tienen permiso, sólo el ejército puede entrar”. No había luz. Cuando llegamos a mi coche, había cinco chavos que nos pidieron: “Por favor sácanos de aquí”. Así que sacamos los asientos del auto, los chavos se acostaron en el piso del auto, y las chavas se sentaron encima de ellos, y así fue como los sacamos. No los conocíamos; eran estudiantes. Eso debe de haber sido por ahí de las diez u once de la noche. Después regresamos aquí a mi casa. Empezó a llegar gente, preguntando qué estaba pasando. Fue una noche de tristeza, una noche oscura.

La obra de teatro se suspendió por una semana; no trabajamos. Entonces empezamos a buscar a nuestra gente: fuimos a los hospitales, al campo militar, a la morgue. Como ocho días después los encontramos en la cárcel. Y entonces comenzó otra lucha: todos los días íbamos a la cárcel a verlos, a llevarles comida, a ayudarlos. No todos los líderes fueron detenidos esa noche: Pepe fue arrestado quince días después de Tlatelolco, y muchos otros fueron arrestados después.

¿Algunos de los estudiantes tenían armas?

Pues, eso dicen. Definitivamente no estábamos armados. Quizás algunos de los estudiantes podrían haber tenido una pistolita o algo así. No estábamos preparados para una guerra. No teníamos armas; digo, nuestras armas eran nuestros corazones, nuestros pensamientos. Después como que empezamos a tener más cuidado, un poco más.

¿Cuál cree que fue la razón detrás de la represión tan brutal?

Creo que se les fue de las manos. Estaban muy asustados, probablemente más que nosotros porque las Olimpiadas estaban llegando. Ésa es una de las razones por las que creo que el gobierno dijo: “Hay que pararlos, cueste lo que cueste”. Nos asustó mucho a nosotros también, pero estábamos dispuestos a sacrificar nuestras vidas si era necesario. Por supuesto que no estaban dispuestos a ceder el poder. Así que finalmente México se reveló como un gobierno represor, de ladrones, de asesinos.

No creo que fuéramos radicales. Exigíamos justicia, y las demandas eran justas. Ahora creo que el gobierno nos obligó a hacer cosas que no queríamos hacer...

Después del 2 de octubre hubo una gran depresión en el movimiento. Mucha gente se tuvo que esconder o dejar el país.

Estábamos deprimidos, pero nos reunimos y encontramos la forma cada quien en nuestras pequeñas tareas. Teníamos que cuidar a los que estaban en la cárcel. Iba a la cárcel de Lecumberri todos los días. Cada prisionero tenía el derecho a tener defensores, dos abogados, y dos familiares que los visitaran diario. Yo era una defensora para Luis González de Alba. También estaba trabajando en la Universidad en ese

entonces, y la Universidad se comportó como caída del cielo. El rector dijo: “Podemos darles todo lo que quieran. A quien quiera seguir estudiando le enviaremos sus libros y los exámenes. Todavía pueden estudiar en la cárcel”. Así que estaba a cargo de llevar mensajes y documentos y libros a los estudiantes encarcelados. Mucha gente me daba comida para ellos, cobijas, suéteres, medicina, etcétera, hasta gente que no estaba en el movimiento. Ése fue nuestro trabajo por tres años y medio, hasta que fueron liberados. Algunos se fueron a Chile, otros todavía están aquí en México.

¿Todavía había gente que iba a su casa después del 2 de octubre?

Estaban los trotskistas y los del Partido Comunista. Yo me juntaba con los trotskistas. Intentamos hacer cosas. Teníamos que tener cuidado porque todavía teníamos a Pepe, todavía estaba libre. Teníamos que llevarlo de casa en casa. Me acuerdo del día en que atraparon a Pepe: yo estaba llegando a la casa donde estaba escondido para llevarle comida. Estaba del otro lado de la calle cuando vi a Pepe salir del departamento rodeado por unas diez personas. Pepe estaba mirando hacia abajo y luego rápidamente para arriba, y sabía que algo estaba mal y que no debía acercarme. Me quede un ratito y vi a otra gente salir, luego seguí al coche que llevaba a Pepe. Nos pusimos en contacto con los defensores. Pero también teníamos a mucha otra gente que todavía estaba libre. Intentábamos reunirnos en distintos lugares, en otras universidades; teníamos mítines clandestinos. Mi trabajo era cuidar a los que estaban libres y después cuidar a los que estaban en la cárcel. En ese tiempo iba a la cárcel todos los días, excepto por tres días cuando nació mi hija María. Dicen que María era una hija del 68. Nació en 1970. Pero todavía estaban en la cárcel.

Mi última pregunta es: ¿cuál cree que sea la importancia del 68 hoy? ¿Cree que influyó en lo que pasó en las décadas siguientes?

Si, definitivamente lo creo. El 68 fue una semilla que germinó y que espero siga creciendo. Creo que el movimiento fue muy importante; no creo que fracasara. Después del 68 mucha gente empezó a trabajar para la guerrilla; muchas personas fueron encarceladas, muchos tuvieron que salir del país. Pero la gente en el norte y la gente en Chiapas estaban empezando a despertar. La gente intenta olvidar, pero deben estar conscientes. El 68 me dio una buena lección.

Gracias.

HIRA DE GORTARI

Nació en 1946. Estudió la maestría en el Centro de Estudios Históricos de El Colegio de México y el doctorado en la Escuela de Altos Estudios en Ciencias Sociales de París. Se especializa en historia urbana e historia política e institucional de los siglos xviii y xix y ha sido coautor de libros y artículos en revistas especializadas. Actualmente es investigador titular del Instituto de Investigaciones Sociales de la UNAM. Es hijo del famoso intelectual y profesor de la Universidad, Eli de Gortari, importante líder del movimiento estudiantil que fue detenido en Lecumberri de septiembre de 1968 a julio de 1971.

Por favor preséntese. ¿Qué estudiaba en el 68?

Mi nombre es Hira de Gortari. En 1968 estudiaba Historia en El Colegio de México. Mi papá, Eli de Gortari, fue un líder importante del movimiento. Era profesor en la UNAM.

¿Me puede hablar más de sus antecedentes familiares?

Mi familia era muy política. Yo hablaba de política con ellos todos los días y leía el periódico desde joven. Tanto mi padre como mi madre tienen orígenes familiares muy conservadores y católicos, pero rompieron con la tradición católica. Mi papá pertenece a una generación que construyó el país después de la Revolución. Una de las inspiraciones en su vida fue Lázaro Cárdenas. Para mi padre, el marxismo y las ideas de la Revolución Mexicana —la postura izquierdista de la Revolución Mexicana— fueron muy importantes. Estaba muy interesado en los distintos movimientos antes del 68, no sólo los movimientos mexicanos como los de los ferrocarrileros o los telegrafistas o el movimiento magisterial. Pero mi padre pertenecía a una generación que estaba muy interesada en lo que pasaba en la Unión Soviética, en China, etcétera. Esa era la parte más importante para la formación política de mi papá. Tenía una postura muy cercana a la de China y de Cuba. Fue a China en 1952 por primera vez; mi mamá en 1959, para el décimo aniversario de la Revolución China. Mi papá fue a Cuba en 1960 y yo fui a Cuba en 1962. Estaba muy joven, pero fue parte de mi cultura política. Cuba era muy importante en este momento. Mi mamá tenía una postura política no muy distinta a la de mi papá, y por ejemplo participaba en el movimiento contra la proliferación nuclear, en un movimiento por la paz y en la Sociedad de Amigos de la República Popular China. ¡En México, en esas épocas, eso era una locura! Mi madre era muy interesante en ese sentido. Mi primera experiencia política fue cuando estaba en la secundaria y mi papá era el rector de la Universidad de Michoacán. Había movimientos en las universidades de Michoacán, Puebla y Nuevo León. Creo que esos quizá fueron los primeros movimientos cercanos al 68.

¿Por qué razones estalló el movimiento?

Había muchos problemas con el sistema político mexicano: era un sistema fuerte

y autoritario. El crecimiento económico era muy importante, la frase del día en esa época era el desarrollo estabilizador. Había mucha gente en la cárcel, como Demetrio Vallejo, líder de los trabajadores ferrocarrileros, y Valentín Campa, miembro del Partido Comunista Mexicano. Estaba prohibido el derecho a la expresión en las calles. Por ejemplo, las manifestaciones políticas en el Zócalo, la plaza principal de la ciudad de México, estaban prohibidas. ¡Ésa era la atmósfera que reinaba en esa época en la ciudad de México!

¿Cuáles eran sus esperanzas personales?

Para mi generación —la generación joven—, la falta de democracia y el miedo al futuro eran muy importantes, por ejemplo el problema con los trabajos. Pero quizás la falta de democracia era el problema más grande, y por supuesto era un problema muy importante para la clase media mexicana. Creo que en ese momento la postura social de los estudiantes y de los profesores en la universidad pública y en las instituciones públicas como El Colegio de México era, por lo general, de la clase media. Y por supuesto era la clase media la que sabía lo que estaba ocurriendo en otros países, la que sabía de movimientos en otras partes del mundo, como en Alemania, Estados Unidos, Francia, los movimientos contra la guerra de Vietnam, por ejemplo; eran los que sabían de las nuevas culturas en Estados Unidos, la música, de nuevas las formas para la vida nueva.

¿Cree que los movimientos internacionales tuvieron una influencia sobre México?

Creo que la influencia de los Estados Unidos y Francia, por ejemplo, fue realmente grande, porque había una nueva generación en el mundo que tenía una idea distinta del mundo, del sistema político en general; una generación que intentó cambiar no sólo el sistema político, sino la vida diaria. Para mí era una nueva cultura: por ejemplo, había más tolerancia del sexo, más tolerancia en la relación entre hombres y mujeres; se escuchaba música distinta, música norteamericana, música inglesa.

El movimiento en México estalló casi repentinamente, espontáneamente...

En julio del 68 hubo problemas terribles en las calles con algunas escuelas muy emblemáticas. Hubo una agresión, primero por parte de la policía y luego del ejército, contra estudiantes de las preparatorias de la UNAM, en el viejo edificio en el Centro Histórico, y contra el Politécnico. Fue el estallido de un movimiento muy grande. Y ya que el gobierno no estaba muy lejos de la Guerra Fría, la primera intervención del gobierno en un periódico público fue para explicar que el movimiento era de comunistas, una imitación de los movimientos en Francia o en Estados Unidos. El gobierno intentó explicar que no había problema en México, que México era una democracia, y ese discurso oficial fue una razón más para el descontento. Además, los primeros días del movimiento no estaban muy lejos del inicio de los juegos olímpicos, así que eso

significaba otro problema para el gobierno, porque el mundo entero estaba observando a México.

¿Qué tan elitista era el movimiento?

El movimiento reunió a estudiantes con posturas muy distintas: estudiantes clasemedios de la UNAM, como estudiantes de Ingeniería, Derecho, Medicina; estudiantes de El Colegio de México, que es una escuela muy elitista; estudiantes del Politécnico, que en realidad no son de la clase media, sino que son los hijos de obreros o personas que trabajan en administración pública. Al mismo tiempo tenías profesores, gente como mi padre, con una postura izquierdista, y otra gente con posturas más extremas, como los maoístas, por ejemplo. O quizá la gente que no estaba lejos de la postura oficial pero que estaban enojados porque era una agresión de poder contra estudiantes y profesores. Pero no sólo eran los estudiantes, sino también sus familias. Las familias estaban muy contrariadas; apoyaban mucho la lucha por las libertades, por los derechos civiles, etcétera. Eran una parte importante del movimiento.

¿Por qué no había más mujeres líderes?

Creo que en ese momento había más estudiantes hombres que mujeres. Y sólo recuerda en qué año recibieron las mujeres en México el derecho al voto: ¡en 1952! ¡Es una locura! Hoy, por supuesto, hay muchas mujeres interesadas y activas en la política.

¿Cómo estaba organizado el CNH? ¿Usted fue miembro?

El CNH era una de las organizaciones más importantes. Tenía estudiantes de distintas escuelas, no sólo en la ciudad de México pero en todo el país, con dos representantes de cada escuela. Era como la Asamblea Nacional en Francia. Era muy complicado porque había muchas personas de distintas edades con distintos puestos, distintos niveles de cultura política y diferentes posturas. Había estudiantes de preparatoria, estudiantes de la Universidad. Yo formaba parte del CNH porque estudiaba en El Colegio de México, aunque no era un miembro importante. Creo que había cinco de nosotros que éramos representantes de nuestra escuela. Pero no hablé ni di discursos, porque mi apellido es Gortari, bueno, porque era el hijo del señor Gortari.

En esas reuniones había muchas peleas. Las discusiones duraban quizás diez, doce horas. En cierto momento había unas cien personas discutiendo. ¡Era una locura! ¡Era imposible tomar una decisión! Era una postura en la que no sólo se intentaba tener una discusión, sino al mismo tiempo hablar de la discusión antes de la discusión... era realmente complicado, “democrático”. Creo que los que sabían lo que estaba pasando eran los del Partido Comunista o los estudiantes de la extrema izquierda, como los trotskistas o los maoístas, que tenían experiencia previa al movimiento. Ellos eran en realidad los líderes del CNH.

También había otra organización, la Coalición de Profesores, formada por

profesores de varias universidades, la mayoría de la UNAM. Así que había dos organizaciones y dos posturas. Entre julio y agosto las distintas posturas estaban en conflicto en cuanto a la dirección del movimiento, y quizás esa era en realidad una de las debilidades del movimiento.

¿Cuál era su postura política personal?

Mi postura política era quizás más moderada que la de mi padre. Para mí era un movimiento democrático y ya. Para otros era posiblemente la revolución: para ellos la idea era en realidad cambiar el sistema. Para algunas personas en aquel momento, la postura extrema era la más atractiva. Creo que perdió la postura moderada. Por ejemplo, mi padre perdió; él era moderado en ese tiempo. Como la Coalición de Profesores era parecida al CNH, había distintas posturas entre los profesores; en otras palabras, la postura de mi padre y la de Heberto Castillo eran distintas. El escritor José Revueltas tenía una postura extrema, pero utópica. Había otras posturas de profesores como Castillo y Fausto Trejo de tomar el movimiento en sus manos, y por eso mi padre dejó el movimiento en septiembre. Después del informe presidencial, dijo: “No estoy de acuerdo con esa postura, porque es muy confusa y posiblemente está manipulada por otras fuerzas políticas. No puedo hacer nada. Voy a parar”. Pero fue un error de parte de mi padre, porque lo arrestaron tres semanas después. Para el gobierno él era aún responsable; era uno de los principales responsables del movimiento. Por esa razón, el día en que el ejército ocupó la UNAM, la policía fue a casa de mi padre para arrestarlo y le dijeron: “Tienes una responsabilidad no sólo en este movimiento; tienes otra postura en tu vida política y por eso te arrestamos, porque eres, por supuesto, un líder natural contra la estabilidad del sistema mexicano”. Hay un libro que habla de todo el proceso, uno libro grande con todas las acusaciones, las cuales son ridículas, por supuesto.

Así que nos hizo entender, a mí y a otras personas, lo terrible y autoritario que era el sistema. La ocupación de la Universidad por el ejército señalaba el final de la vía pacífica. Quizás los estudiantes no entendían lo que en verdad pasaba. En ese momento la situación era realmente complicada. ¡Algunas personas incluso intentaron resistir al ejército! Era una locura.

¿Cómo reaccionó su familia ante el arresto de su padre?

Para mi familia, el arresto de mi padre fue el final del movimiento. Éramos cinco hijos y mi padre dijo: “Esto termina cuando uno de nosotros vaya a la cárcel”. Fue terrible. Para mi padre fue devastador, porque en el periodo que estuvo en la cárcel lo que hubo fue una disolución, una disolución política. Perdió la esperanza en el futuro. Mi padre leyó mucho sobre la experiencia de los prisioneros políticos en otros países, en Checoslovaquia, por ejemplo. Estuvo en la cárcel por dos años y medio; fue una tragedia. Después del 68 la participación política de mi padre terminó. Para nosotros el

encarcelamiento de mi padre fue una broma terrible, una sensación terrible. Era como un paria.

Y entonces el presidente de El Colegio de México me dijo, “Si estás interesado en la política puedes estudiar en la UNAM o en otra institución. Pero aquí en el Colegio necesitas terminar tu tesis. Es tu único derecho”. Obviamente fue la última palabra; de otra manera habría tenido que cortar mi carrera. Porque al principio, durante el primer mes del movimiento, para toda la gente la sensación era que era un movimiento bueno, que era muy importante. Pero cuando la respuesta del poder fue terrible, con la primera manifestación en contra del movimiento dijeron: “¡Alto!”. Y el Colegio dijo: “¡Alto!”. Y los profesores dijeron: “¡Alto!”. Los estudiantes dijeron: “¡Alto!”. Y terminó.

En realidad ésa era la discusión: terminar mi carrera. En aquel entonces era muy joven, así que dije: “Tengo que terminar mi tesis”.

Y luego fue escalando poco a poco...

El gobierno tenía su postura y el movimiento estudiantil insistía en el diálogo público. Entablaron un diálogo imposible porque los dos tenían posturas muy extremas. Al mismo tiempo, la idea del movimiento era intentar buscar una alianza con otros sectores de la sociedad, como los obreros, pero creo que eso no fue posible.

Pero aunque los sindicatos de trabajadores estaban controlados por el partido oficial, había algunas expresiones. Por ejemplo, cuando el gobierno organizó una manifestación a su favor el 28 de agosto con trabajadores del gobierno en el Zócalo, y estalló. Los trabajadores empezaron a gritar: “¡Nos acarrearon! No estamos de acuerdo con las órdenes de los jefes de quedarnos con el gobierno”. Quizás en ese momento el gobierno entendió que posiblemente no era sólo una explosión de los estudiantes y los profesores y la clase media, y por lo tanto era el momento de ponerle un alto, porque era muy peligroso para el futuro del sistema político. Y para el gobierno mexicano, la fecha límite era la inauguración de los juegos olímpicos, y por esa razón decidieron ponerle fin al movimiento.

En esos días el miedo de la gente era terrible porque, aunque la represión no era como en los países sudamericanos y el nivel era distinto, era terrible. El ejército en las calles no era un chiste. El ejército estaba ahí para matar estudiantes y gente común y corriente. Creo que el movimiento no tuvo la capacidad de comprender en realidad al monstruo en frente de él: el gobierno. No tenían idea del monstruo que en realidad era, del tipo de represión. Por supuesto, la respuesta de las guerrillas fue una respuesta terrible. Fue una tragedia también, porque hubo una represión terrible de las guerrillas.

¿Cuál era el ambiente, sus sentimientos después de Tlatelolco?

Después de Tlatelolco hubo una sensación terrible en la ciudad de México: una

tragedia terrible ocurrió en Tlatelolco y al mismo tiempo había esa gran celebración. En la inauguración de los juegos olímpicos la gente estaba en el estadio universitario; la gente estaba realmente feliz, y decía: “¡Ay, es maravilloso!”. Y yo decía: “Mi padre está en la cárcel. ¡Aquí hay dos países!”. Y toda mi vida he tenido esta sensación de que mis amigos y mi familia cercana somos una minoría, somos diferentes. Mi padre era muy diferente. Mi padre tenía amigos comunistas. En las calles, los vecinos decían: “Ésta es una familia comunista”. Era terrible....

¿Me puede hablar de la situación de los prisioneros como su papá?

Había dos grupos de celdas con prisioneros políticos en Lecumberri: Había algunas personas, quizá terroristas, que colocaron bombas en los años sesenta, antes del 68, y también había un grupo de líderes estudiantiles que estaban en una sección especial, como mi padre y otro profesor, y los estudiantes en otra sección. Comían aparte de los prisioneros comunes. Había poco contacto entre los prisioneros políticos y los comunes, pero por ejemplo en 1969 la dirección de la cárcel —posiblemente hasta las autoridades de alto nivel— organizó un motín contra los prisioneros políticos. Fue terrible. Los prisioneros comunes se llevaron todo: las máquinas de escribir, la ropa, los papeles, etcétera. Era un momento extremadamente peligroso para los prisioneros comunes porque su condición era mejor que la de los prisioneros comunes. Por ejemplo, mi papá tenía una comida especial todos los días enviada por la familia; tenía ropa limpia, libros. Tenía un radio. Escribía. Para los prisioneros comunes era distinto.

¿Había discusiones políticas en la prisión parecidas a las que hubo antes en los comités y en las asambleas?

Había distintas posturas entre ellos. Creo que la discusión en el CNH y en la Coalición de Profesores se repitió otra vez en la cárcel: “¿Quién es el responsable?”, “Tú eres el responsable”, “Tengo la mejor solución”, etcétera. Creo que más o menos estaban de acuerdo en una postura común en contra de las autoridades carcelarias, pero a veces no confiaban el uno en el otro. Quizá hubo algunas negociaciones con personas con poder en la prisión, y las altas autoridades sabían exactamente lo que ocurría ahí todos los días. Es una locura, pero ¡es cierto! Sabían lo que pasaba, lo que decía la gente, y el gobierno sabía cuando el señor Gortari decía algo. No era tan distinto de la STASI o la Unión Soviética de la época; los espías son iguales en todos los países.

Otro problema también era el salario, porque las autoridades ordenaron que le cortaran el salario a los profesores. Como eran prisioneros no tenían derecho a salario. Pero el rector de la Universidad, Barros Sierra, dijo que los profesores tenían derecho a sus salarios y que los estudiantes tenían el derecho a continuar sus estudios en la cárcel. En ese entonces el rector de la universidad tenía una postura muy importante contra el gobierno, aunque era un miembro del gobierno. Pero en este momento algunas personas rompieron con el gobierno. Para mí es un personaje.

¿Su papá escribió mientras estaba en la cárcel?

Bueno, uno de los manuscritos de mi papá se perdió por ese robo, por el ataque de los prisioneros comunes. Escribía, pero pasaba por una gran depresión que sólo terminó con su muerte. Era imposible luchar contra ella. Yo iba dos o tres veces por semana a la cárcel, dos horas cada vez. Hablábamos mucho. En ese momento la solidaridad con mi padre era importante, no la política; ayudarlo, decirle que había esperanza en el futuro. Y todos los días ésa era la discusión: cuándo saldría libre, etcétera.

Y entonces, después de la cárcel, en el caso de mi padre hubo una terrible desilusión. Pero en 1989, el final del socialismo y el ocaso de los países de Europa del Este, ése fue el final para mi papá. Significó que era imposible cambiar el mundo.

¿Cuál cree que es la importancia del 68 para México?

El movimiento estudiantil fue el movimiento más importante del siglo xx en México, después de la Revolución y del movimiento por la autonomía universitaria en 1929. En general, mi percepción es que fue un movimiento muy generoso. No sé de ningún otro momento en mi vida política en que haya tenido esa sensación de que toda la gente, todos teníamos la misma idea. Siento una emoción especial cuando lo digo. En Francia creo que fue lo mismo, esa identificación de que todos éramos jóvenes, eso es todo. Quizás sea muy superficial, pero en ese momento era importante: toda la gente como yo pensaba que con canciones, con música, etcétera, cambiaríamos el mundo. Pero por supuesto que no lo cambiamos y ése fue el problema; sin embargo, para el sistema mexicano creo que puedes decir que hubo un antes y un después.

Por supuesto, un problema eran las necesidades del movimiento: el sistema político rompió con la clase media porque los estudiantes eran el futuro del gobierno, la gente que trabajaba en el gobierno en distintas partes del país. Pero una de las características del sistema político en México es la integración de distintas personas, algo que es muy distinto de los Estados Unidos. Por esa razón, por ejemplo durante los primeros años de gobierno bajo Echeverría, algunos de los líderes estudiantiles trabajaron en el gobierno. Otros organizaron la guerrilla. Otros más se volvieron profesores.

¿Cuál fue su reacción personal?

Pues en mi caso fue una solución muy individual. Dije: “No me gusta este país”. Quizás soy un romántico. Así que mi esposa y yo —nos casamos en 1969— dijimos: “Bueno, necesitamos ir a otro país a estudiar”. Nos despedimos y vivimos en Francia por cuatro años. Entonces regresé y pensé que quizás mi actitud cambiaría como profesor... Pero en realidad soy un pesimista. ¡Y ya no estoy muy joven! Ya es imposible cambiar mi actitud. Por ejemplo, nunca me he vuelto un miembro de un partido, quizás porque soy un individualista.

Gracias.

TERESA LOSADA

Nació en 1948 y falleció en 2008. Obtuvo un posgrado en sociología y trabajó en el Centro de Estudios Políticos de la Facultad de Ciencias Políticas y Sociales en la UNAM. Publicó más de mil artículos y ensayos relacionados con sus temas de investigación, entre ellos El poder dual en América Latina y La crítica a la teoría de la dependencia y al desarrollismo en América Latina.

Por favor preséntese.

Soy profesora e investigadora en la Facultad de Ciencias Políticas y Sociales de la UNAM. En el 68 tenía 20 años y estudiaba sociología. Participé activamente en el movimiento, no como líder sino como cualquier estudiante que había sido movilizada.

¿Cómo se interesó en la política? ¿Ya le interesaba?

Sí, estaba muy interesada en la política porque vengo de una familia muy política. Mis padres son refugiados de la guerra civil española, de modo que teníamos comunicación política muy interesante en mi familia.

¿Cuándo comenzó el movimiento y qué esperaba inicialmente de él?

El movimiento creció muy rápidamente. Cada día participaba un número más grande de estudiantes, y no solamente estudiantes de la Universidad, sino de otras instituciones. El movimiento se caracterizó principalmente por la lucha contra el autoritarismo del sistema político mexicano. Por lo tanto, nuestras demandas no eran como estudiantes, sino como sujetos políticos dentro del régimen totalitario que era el gobierno. Como sabes, durante muchos años México fue gobernado por un solo partido.

Sin embargo, el movimiento fracasó en su desafío al PRI. ¿Entonces fracasó el movimiento?

En mi opinión, el PRI estaba pasando por momentos difíciles. Aunque habían tenido un papel importante en cuanto al liderazgo en el México posrevolucionario, no había logrado crear un espacio para una nueva generación ni para nuevos sujetos políticos. Así que muchos jóvenes estaban fuera del sistema. El 68 surgió como una forma de rebelión.

¿Formó parte de las brigadas?

Trabajé en las brigadas y trabajé en el Comité de Lucha de mi facultad. Era un activista. 1968 fue un momento muy interesante, especialmente para las mujeres. No sé cómo describirlo; no quiero sonar muy radical, pero en términos generales la situación cultural de la mujer en México era muy difícil. El sistema era verdaderamente un sistema machista. Sin embargo, el 68 abrió un camino para que nosotras jugáramos un papel en la política y para poder abrir más nuestra propia sexualidad. Fue una experiencia

realmente interesante porque hombres y mujeres vivíamos como compañeros. Dormíamos juntos, trabajábamos juntos. Teníamos las mismas demandas políticas.

¿No se trataba también de una lucha para que las mujeres tuvieran una participación como iguales?

Sí, claro. Y todavía estamos luchando. Tienes que luchar cada día porque si no reconoces que tienes un camino propio es muy fácil que el hombre que tienes al lado hable, piense y actúe por ti, y que te conviertas en nadie. Todavía es un problema. Los problemas de hoy no son los mismos que teníamos en los sesenta; estamos mejor ahora. Hemos ganado algunas libertades: la libertad de expresión, la libertad de estudiar, de ser profesionistas, de tener relaciones abiertas. Pero México continúa siendo un país gobernado principalmente por hombres.

Regresando al 68, algunas personas dicen que las mujeres no jugaron un papel importante, no sólo por el sistema patriarcal, sino también por la actitud de las familias que querían proteger a sus hijas.

No, no creo que eso haya sido un problema. El problema era que había muy pocas mujeres en posición de liderazgo. Pero había muchas mujeres que estaban participando. Por lo que no creo que la actitud de las familias haya sido la de “Ven aquí, te voy a proteger”. La actitud de la mayoría de las estudiantes no era conservadora. Era realmente una de libertad. Queríamos ser libres en términos de nuestro tiempo, nuestras acciones políticas y nuestra relación con los hombres.

En ocasiones, las mujeres realizaban tareas aun más peligrosas que los hombres. ¿Tuvo alguna vez problemas con la policía?

Sí, claro, todos tuvimos problemas con la policía. Estábamos familiarizados con las medidas represivas de la policía. Aprendimos a movernos en la calle, y no sólo de manera clandestina: estábamos actuando públicamente, con propaganda, en todas partes. Aprendimos a movernos como mujeres para evitar las acciones policíacas, que fueron terribles, y no sólo las de la policía sino también el ejército, que fue el principal actor en la represión.

¿Hay algún momento que mejor describa lo que significó el 68 para ti? Por ejemplo, una marcha, un mitin en particular...

Recuerdo muy claramente cómo vivíamos aquí. CU era nuestra porque el rector, Javier Barros Sierra, era parte del movimiento. Y tomamos la Universidad, que fue para nosotros, por un tiempo, la universidad de la libertad. Era nuestro hogar. Por primera vez se reconoció a la Universidad como nuestro espacio, y ésta fue una gran experiencia del 68. No fueron memorables solamente las manifestaciones, o la masacre, sino el modo en que vivimos durante esos meses aquí, en términos del espacio. Estábamos viviendo

aquí. Teníamos todo lo que necesitábamos: teníamos nuestra propia radio, comida, medicina, doctores, todo. Era realmente nuestro hogar.

¿Su familia no se opuso?

Mi familia estaba preocupada. Aunque eran mexicanos por naturalización todavía eran extranjeros. La situación no era muy fácil, pero estaban de acuerdo. Mis padres no asistieron a las marchas, sólo mis dos hermanos y yo.

En el 68 existieron muchas facciones, grupos distintos como los marxistas, los maoístas, etcétera. ¿Perteneció a alguno de ellos?

Sí, era comunista. Era miembro del Partido Comunista Mexicano, el cual actuaba en clandestinidad. Todavía me considero revolucionaria, aunque no tengo una postura definitiva sobre la noción de revolución. Creo que México está viviendo actualmente una revolución silenciosa. Me considero una revolucionaria. Hay muchos pobres en México y estoy de su lado.

¿Puede hablar más sobre los aspectos feministas?

Lo que te puedo decir es que si bien nuestras demandas políticas no fueron escuchadas —entre otras cosas estábamos exigiendo, como sabes, democracia al gobierno—, nuestra experiencia más importante fue ganar un lugar. Desde mi punto de vista, abrimos un espacio que había estado cerrado por mucho tiempo. Antes del 68, vivíamos en un sistema político muy represivo. En el 68 vivimos en una sociedad abierta, no como la define Popper, sino como una metáfora. Por un tiempo estuvimos viviendo en una.

Con el final brutal, ¿no se desilusionó?

Fue muy difícil. La represión fue terrible; la masacre fue una tragedia espantosa. El terror buscaba acabar con la movilización: o parabas, o morías o ibas a la cárcel por mucho tiempo. Después de haber vivido ese periodo de libertad, estábamos muy asustados. Teníamos la sensación de ser muy frágiles, muy fuertes y muy frágiles. Fueron momentos difíciles. Pero creo que la puerta que abrimos —junto con otros movimientos, no sólo el movimiento estudiantil— fue importante a largo plazo. Creo que se mejoraron las cosas después del 68.

¿Ve alguna conexión con lo que pasa hoy en día?

No exactamente una conexión. Es parte de nuestra tradición. La situación actual es muy compleja, pero creo que estamos pasando por un buen momento en cuanto a la movilización, a la lucha contra el neoliberalismo y a ser más autónomos en relación con Estados Unidos. Creo que México debe ver más hacia Latinoamérica que hacia América del Norte, y éste es nuestro momento. Es muy distinto al 68. Éste es un

movimiento muy popular, muy decidido. La gente actualmente está movilizada. Eso se puede ver en todos lados. Creo que es un movimiento muy importante para la democracia. El neoliberalismo no es el lugar para la democracia; es un lugar de sumisión.

Por al menos un tiempo hubo mucha simpatía por parte de la gente. ¿Qué tanto estaban participando los obreros en el movimiento?

Los obreros no se convirtieron en actores en el movimiento porque los sindicatos estaban organizados corporativamente dentro del PRI. Simpatizaban con el movimiento, pero actuaban por su cuenta. Habían tenido malas experiencias, por ejemplo las de los trabajadores ferrocarrileros y el movimiento magisterial. No participaban activamente, pero nos apoyaban de muchas maneras.

¿Cree que fue un movimiento elitista? Muchos políticos egresaron de la UNAM...

No, no creo. Mira a los estudiantes que iban en la UNAM. Aunque es verdad que muchos presidentes de México egresaron de esta Universidad, recibieron su formación aquí, hicieron carrera aquí, es una Universidad muy grande y muy especial, pero también muy popular que abre sus puertas al pueblo de manera importante. A pesar de que no tenemos suficiente espacio para que todos ingresen, es una universidad popular y no privada.

¿Estaba en la UNAM cuando el ejército ocupó las instalaciones?

No estaba ahí ese día. Tuve suerte. Teníamos información de que el ejército se estaba preparando para tomar la Universidad, por lo que actuamos con cautela. Había informantes en todos lados; el principal de ellos era el CNH. La situación era clara: nos enfrentábamos al ejército, el cual había tomado partes del centro de la ciudad y el Poli. De modo que era evidente que podían moverse hacia la Universidad. Y en septiembre el movimiento no estaba en su punto más alto. Al acercarnos a los Juegos Olímpicos la represión se volvió más fuerte. El movimiento estaba a punto de ser apuñalado por la espalda.

En retrospectiva, algunas de las demandas parecen casi ingenuas o demasiado radicales.

Diálogo público significa: “Desarrollemos la posibilidad de la libertad de expresión”. No era una demanda concreta, pero significaba algo para nosotros y la gente: ¡la libertad de expresión! Estábamos exigiendo canales de comunicación: el gobierno debe responder a nosotros y no nosotros al gobierno, porque éste supuestamente es un Estado soberano. Sí, habían muchas demandas ingenuas, no porque fueran irrealizables —algunas de ellas eran muy concretas—, pero algunas eran demandas demasiado generales.

Si hubieran estado más dispuestos a la negociación, ¿cree que el movimiento hubiera logrado más?

No creo, el sistema era muy rígido. Díaz Ordaz era verdaderamente un gorila. Bueno, los gorilas son mejores, pero era un hombre rígido, autoritario y reaccionario. No teníamos la posibilidad de un diálogo.

¿Estuvo en Tlatelolco?

No, no fui a Tlatelolco porque estaba embarazada y sabíamos que estábamos pasando por un momento muy difícil, aunque no esperábamos que sucediera lo que pasó en Tlatelolco. Tuve mucha suerte.

¿Su esposo también participó?

No estaba en México entonces porque estaba encarcelado en Guatemala. La situación política era terrible allá. Había un movimiento guerrillero muy fuerte y mi esposo tenía amigos muy cercanos que pertenecían al movimiento. De modo que cuando viajó a Guatemala, fue detenido en la frontera y llevado a un campo de prisioneros. Estuvo desaparecido durante dos meses. El gobierno mexicano lo reclamó como ciudadano y tiempo después apareció en un campo. Nos pusimos en contacto a través de la Embajada de México en Guatemala. Él tenía 24 años. Estuvo encarcelado por nueve meses. Conoció a nuestra hija Jimena cuando ella tenía tres o cuatro meses, después de que fue liberado.

¿Se desilusionó después de Tlatelolco?

Después de la represión nació mi primera hija, y en ese momento ser madre fue muy importante para mí. Pero no paré. Era realmente un ser político, y cuando lo eres, no paras. Siempre hay algo que hacer.

Una última pregunta. ¿Qué significa personalmente para usted el 68? ¿La cambió?

Significa libertad, la experiencia de ser libre. Fue una experiencia muy importante en mi vida y ¡lo sigue siendo! El 68 en México significó un cambio cultural. Cambiamos nuestra mentalidad, nos cambiamos a nosotros mismos; creo que esa fue su contribución principal.

Gracias.

RAÚL ÁLVAREZ GARÍN

Nació en 1941. Es egresado de la Escuela Superior de Física y Matemáticas del IPN, a la que representó en el CNH en 1968. De 1968 a 1971, estuvo preso en Lecumberri. Desde 1972, ha trabajado en la Comisión Federal de Electricidad. Fue cofundador de la revista *Punto crítico* en 1977. En 1998, publicó *La estela de Tlatelolco*, y comparte la autoría de los libros *Los procesos de México 68* y *Tiempo de hablar*. Fundó El Comité 68 Pro Libertades Democráticas, A.C., una asociación civil que reclama cargos legales a los responsables de la masacre de Tlatelolco.

Por favor preséntese.

Mi nombre es Raúl Álvarez Garín. Participé en el movimiento del 68 como representante de la Escuela Superior de Física y Matemáticas del Instituto Politécnico Nacional en el CNH, y últimamente del año 2000 a la fecha trabajamos en lo que se conoce como el Comité 68. Nosotros auspiciamos y damos apoyo a las demandas para llevar a juicios de responsabilidad penal a los gobernantes criminales que ejercieron una política genocida durante un periodo largo de la vida nacional, de 1968 a 1982.

Pero desafortunadamente el intento de llevar a Echeverría a juicio falló, ¿no?

No. Esta idea de que los juicios penales han fracasado es una campaña de los abogados defensores que, cada que se encuentra un obstáculo, lo magnifican para dar la idea de que el asunto no puede prosperar y que está prácticamente perdido. Por otro lado, hay una experiencia muy profunda que subyace a la cultura nacional de que la legalidad en México no tiene vigencia, sino que se toman las disposiciones legales en función de los grandes intereses oligárquicos. Además, la complejidad de un juicio de esta naturaleza tiene muchísimos obstáculos procesales. Hay infinidad de recursos que se ponen en juego y que hacen un proceso lento. La imagen es que esa lentitud, esta dificultad, ya ha dado un resultado negativo, pero no es así. En este momento, a fines de 2006, están abiertas numerosas ramas de nuestros procesos generales. Están pendientes muchísimos asuntos que incluso son heredados al próximo gobierno y que tendrá que tomar disposiciones específicas ante ellos.

Regresando al 68: ¿Cómo entró en la política? ¿Viene de una familia política?

Sí, tanto mi familia de manera directa como mi familia política eran miembros del Partido Comunista de México, y entonces había una serie de antecedentes de participación política diversa. Mi suegro fue un dirigente ferrocarrilero muy destacado, Valentín Campa, con una trayectoria política, sindical y comunista en la construcción de las grandes organizaciones obreras y con una participación muy activa y determinante en grandes acontecimientos de la vida nacional: en la expropiación petrolera, en la definición del rumbo de políticas muy generales de izquierda nacionalista. Él se encontraba preso en el año 68 —desde 1959— y determinó de manera directa mi participación.

De hecho, mi compañera, Fernanda Campa, esos diez años de prisión asistió a la cárcel para visitar a su padre pero también para coordinar las actividades políticas de Campa con sus compañeros en el exterior. De manera que estábamos directamente involucrados en toda la situación represiva.

¿Cuántos años tenía en el 68?

27 años. Era de los mayores. Creo que la mayoría de los participantes en el CNH eran compañeros entre veinte y veinticuatro años.

Hablemos de los principios del movimiento. Hubo un momento que ha sido entendido como la causa de la erupción.

Es una historia muy conocida y relatada. Para decirlo de manera sintética: el movimiento tuvo tres grandes etapas que coinciden en el calendario con los meses respectivos.

Julio fue un momento de represión generalizada en contra de los jóvenes, con muchas confusiones y mucha imprecisión en el conocimiento de los hechos mismos y de cómo se fueron concatenando y desarrollando. Después de la represión y de la primera respuesta políticamente fuerte, que la dio el rector de la Universidad, se restableció un clima de cierta normalidad que permitió la expresión y la organización independiente de los estudiantes.

En agosto se desarrolló la organización, la construcción de la dirección del movimiento y las grandes manifestaciones, las grandes expresiones de descontento que fueron marcando los rasgos principales del movimiento: su masividad, la incorporación de numerosos sectores populares, las formas políticas desafiantes. Hubo un cuestionamiento a la legalidad de fondo y a la legalidad o no de la represión, y no sólo en términos formales sino por el propio ejercicio de la participación del movimiento. Fue el crecimiento numérico más grande y cuando se perfiló una conflictividad de fuerza.

Y de septiembre en adelante fueron las amenazas del presidente de la República, desde su propio Informe, el anuncio de utilizar las fuerzas armadas, una visión absolutamente deformada de lo que estaba sucediendo. Fue un momento de acciones de fuerza, de amenaza de parte del gobierno, de resistencias del movimiento estudiantil, y cuando se pusieron en curso acciones de defensa que también tenían un contenido político muy fuerte en el deterioro de la imagen gubernamental. La primera fue la manifestación silenciosa y después la respuesta a la ocupación militar de nuestras escuelas, cuando, en una lógica de eficacia —ahora diríamos en una lógica neoliberal— decidieron poner en juego una acción de violencia brutal para dar una solución que ellos calificaron de definitiva: la masacre del 2 de octubre y el inicio de una política genocida explícitamente formulada: acabar con la oposición política con medidas de fuerza.

Casi todas las personas que he entrevistado hasta ahora fueron estudiantes de la UNAM o de las preparatorias, así que estoy muy interesada en la perspectiva de los estudiantes del IPN. Ustedes organizaron la marcha de julio. Siempre hacen una distinción entre los estudiantes del IPN y de la UNAM por sus contextos sociales. ¿Hubo divisiones o problemas por eso?

Las instituciones tuvieron distintos orígenes, ligados a una discusión teórica-programática del proceso de la revolución mexicana. La UNAM se había transformado en los años de 1928 a 1932 en un centro de reagrupamiento de un pensamiento contrario a las reformas sociales de la revolución mexicana. Y esto tiene algunas explicaciones de fondo porque el régimen anterior, la dictadura de Porfirio Díaz, estuvo inspirado en la filosofía positivista; en esa época, el movimiento obrero y el proceso revolucionario mexicano tomaba muchas de sus argumentaciones y de sus inspiraciones en una versión de un marxismo positivista, evolucionista, de manera que era fácil identificar los errores, excesos y brutalidades del porfirismo con las formulaciones del movimiento obrero de los años treinta. Esto dio lugar a una polémica muy fuerte en términos filosóficos, y también institucionales, sobre cuál era el papel del sistema educativo, en particular de la Universidad, en un proyecto de revolución nacionalista. La solución fue administrativa: no se resolvió en términos conceptuales o de tesis políticas, sino que se hizo un sistema paralelo, el sistema de educación pública, popular, que fue el IPN, las Normales Rurales, las escuelas para hijos de obreros, campesinos y soldados, de inspiración soviética y con un propósito muy explícito de generar recursos humanos que tuvieran la capacidad de desarrollar una economía independiente y al servicio de la colectividad. Este origen distinto también tuvo una expresión de clase: los universitarios eran de clase media o alta y los politécnicos eran hijos de obreros, de campesinos y de soldados.

Durante mucho tiempo esto se alentó como pugnas deportivas y o como pleitos de banda callejeras de ambas partes. Pero desde su inicio el movimiento logró remontar muy rápidamente esta situación. Ésa fue una de las grandes sorpresas: que una división se pudiera procesar con unidad. Siempre que querían promover la división artificialmente se hablaba de esta diferencia Politécnico-Universidad, pero la verdad es que, desde entonces, el problema se resolvió fundamentalmente y dio lugar a una posibilidad de políticas conjuntas entre ambas instituciones.

¿El centro del CNH estaba en la UNAM o en el Politécnico?

En el Politécnico. Era una estructura mucho más organizada, más coherente, con una ideología generalizada entre los estudiantes de actuar en los problemas nacionales, algo que algunas escuelas universitarias no tenían. En la UNAM se formaban en profesiones liberales: médicos, las escuelas de Contabilidad, de Derecho, de Ingeniería, podían influir en muchas personas con una idea individualista del problema. Ésta fue una influencia muy positiva de las ideas más arraigadas en el Politécnico respecto a la

Universidad: se impuso lo colectivo sobre lo individualista. Es un efecto de esa precondición social y de origen de ambas instituciones.

Me gustaría saber si el director del Politécnico los apoyó.

Él tenía un problema de sentimientos contradictorios porque tenía simpatía con el estudiantado, con los compañeros profesores y con muchos de nosotros y por afinidades académicas o culturales; pero también tenía una visión muy preocupada ante la participación de la CIA. Y veía todos los problemas de México como un problema de intromisión de los norteamericanos. Incluso interpretaba cosas extremas: en esa época cambiaron la pintura de los camiones de Pemex —en lugar de verde y blanco eran rojo y azul— y eso le parecía un signo. Tenía una actitud de mucha cautela y no se desplegó francamente en apoyo del movimiento, pero tuvo muchos méritos en la conducción del IPN. Es una lástima que simplemente se alejó de la base estudiantil.

¿Quién tuvo la idea de formar el CNH?

La vida política estudiantil de esa época estaba muy marcada por la revolución cubana y por una serie de discusiones entre distintas organizaciones revolucionarias. La revolución cubana había representado una crítica muy fuerte a los partidos comunistas tradicionales y en América Latina eso se expresaba con movimientos guerrilleros de origen autónomo, no vinculados en su origen a los partidos comunistas, aunque Venezuela, Colombia, Guatemala sí tenían movimientos guerrilleros originados en las filas comunistas. También estaba una muy vigorosa influencia del maoísmo y en el caso de México una referencia histórica a visiones críticas del marxismo como los trotskistas, por la presencia de Trotsky en México y el desenlace fatal de sus actividades. De manera que había un número de pequeñas organizaciones, de activistas, de militantes, de gente preocupada con la revolución y problemas de esa naturaleza que, prácticamente todas, se expresaban en medios estudiantiles. Había una gran efervescencia intelectual en estos términos. Por otro lado, había una estructura de organización estudiantil tremendamente rígida, exactamente igual a todo el sistema de control obrero y campesino del nacionalismo mexicano, de un corporativismo de organización. De manera que en esos dos extremos, entre las grandes organizaciones oficiales y los pequeños grupos de inspiración ideológica, era como transcurría la vida política de los estudiantes.

Un año antes del 68, en 1967, una huelga de la escuela de agricultura de Ciudad Juárez, Chihuahua, pidió solidaridad porque era reprimida muy fuertemente y no había una estructura organizativa adecuada para responder a esa demanda de solidaridad. El IPN participó con un grupo numeroso de escuelas en huelga, y también otras escuelas de agricultura, que actuaban escuela por escuela, pero no las grandes federaciones. Y entonces surgió una organización colectiva con un principio político práctico elemental: ¿quién puede dirigir? ¿Quién puede tomar las decisiones?

La responsabilidad tiene que recaer fundamental y exclusivamente en las personas que están involucradas en acciones que tienen riesgo, y el riesgo es ganar o perder la huelga o ser víctimas de acciones represivas, etcétera. Era una condición casi de racionalidad simple: si vamos a apoyar, nosotros decidimos qué hacemos. Simplemente es una forma de independencia, de autonomía de actuación con una estructura mínima. Ahí se planteó que cada escuela en huelga tuviera dos o tres representantes y que ellos constituyeran la dirección. Se hizo de lado toda la artificialidad de los grupos ideológicos, porque en la dirección se aparecían ochenta y todos hablaban, pero ninguno contribuía a dar más fuerza al movimiento, sino más confusión, más discusión. Y las grandes federaciones también.

Este antecedente en el 68 se puso en práctica en un día. Es decir, ¿cómo se hace una dirección? Pues así: uno de cada escuela en huelga y se acabó. Esas cosas sorprendían porque en un ambiente de confusiones de repente aparecía una fuerza muy estructurada.

Las demandas de los estudiantes eran muy generales, por ejemplo, pedir democracia, detener la represión...

No. En la cultura mexicana, hay una expresión en la ley general, abstracta, que no tiene una aplicación concreta. Se acepta de palabra la formulación más general pero su aplicación es un mundo totalmente distinto. Incluso se dice que en México “se estudia derecho para actuar chueco”. Se estudia la ley, la carrera de la abogacía, para siempre hacer lo contrario. La ley se hace para violarla. Una manera muy dramática de ver esto es: en la revolución mexicana hay un millón de muertos y termina con una nueva constitución. Hay una anécdota que dice: “Bueno, ya tenemos una constitución, ahora hay que luchar por que se aplique”. A este tipo de cosas le decimos triunfos de papel. Llegas, firmas un pacto y no pasa nada. Todo sigue exactamente igual. El movimiento del 68 podía haber tenido una única demanda: que cese la represión. Y el gobierno podría decir: “Claro, sí, aceptamos, nunca volverá a pasar, ya está todo resuelto. De aquí en adelante todos somos hermanos y amigos y muy contentos”, y al día siguiente te vuelven a reprimir. El pliego tenía una manera de garantizar que el aparato represivo se desestructurara completamente. Entonces decía: “Que desaparezca el artículo 145 del código penal que es el instrumento legal de la represión; a todo mundo lo acusan de disolución social. Que desaparezca el cuerpo de granaderos, que es el instrumento directo de la represión. Que cesen a los jefes policíacos, que son los que van y ordenan. Que liberen a los presos políticos, que son las víctimas de la represión”. Si todo eso sucedía, entonces el aparato represivo y la cultura represiva se desarticularían y ya no sería un triunfo de papel.

¡Pero eso hubiera sido muy conflictivo para el gobierno!

Claro. Y hoy tiene un equivalente porque tienes el mismo aparato represivo, los

mismos cuadros, solamente que hoy entrenados por los norteamericanos en la Escuela de las Américas, con la problemática concreta de esta época. Pero sigue siendo el mismo problema cultural y estructuralmente. Es una misma forma de gobernar con el uso de la fuerza y la violencia. Ése es el problema de fondo. Incluso ahora, con el problema de Oaxaca, lo de Ulises Ruiz, en el Senado de la República dicen: “No se puede aceptar porque sentaría un precedente. Si cae el gobernador de Oaxaca empiezan a caer otros”. Y es exactamente la misma situación.

La represión fue dirigida a muchos sectores de la sociedad. ¿Eran los estudiantes los iniciadores de las protestas en el 68?

En realidad estaban reprimidos todos los sectores sociales inconformes. Hay un tipo diferente de violencia en cada sector. En el movimiento campesino es muy frecuente el asesinato de los dirigentes. Como se trata de comunidades aisladas, donde es muy difícil la información y la comunicación, y donde es difícil ejercer el poder ante inconformes, se establece un sistema de crimen directo sobre los dirigentes.

En el movimiento obrero se vino dando una violencia creciente, y cada vez de mayor dureza, de mayor intensidad y de mayor extensión. Primero era la simple intervención en los sindicatos para obligar a cambios en las direcciones sindicales, pero se fue incrementando a encarcelamientos de dirigentes, rompimientos de los movimientos de huelga con violencia y, en el caso de los ferrocarrileros, una represión con el ejército que llevó a 10 mil trabajadores a la cárcel, en un primer momento al Campo Militar en 1959, y el proceso de primero 200 dirigentes, después 70, hasta que en el año 68 estaban en prisión dos compañeros ferrocarrileros. Y en las universidades, en 1956 se inició el desmantelamiento del sistema de educación popular cerrando los internados, los comedores y todas las instituciones asistenciales, también con la intervención del ejército. Después, con la revolución cubana y la inquietud que se generalizaba, hubo intervenciones del ejército en las universidades de Michoacán, Puebla, Sonora, Nuevo León, Tabasco, etcétera. Toda ésa era la masa de acontecimientos represivos brutales, de manera que era absolutamente clara la formulación del movimiento del 68 en su pliego petitorio.

En algún momento hubo negociaciones o reuniones con los representantes del gobierno. ¿Cuándo empezaron?

La relación con funcionarios que actuaban como representantes del gobierno para negociaciones se inició prácticamente el 2 de octubre en la mañana. Incluso ese propio acontecimiento se percibe en una visión actual como uno de los elementos de decisión para la acción represiva de esa tarde. Esos funcionarios, Jorge de la Vega Domínguez y Alfonso Caso, deben de haber informado el resultado de las pláticas y si esto podía dar lugar a un manejo de toda la situación política favorable para el gobierno en lo inmediato, que tenía esta “presión olímpica” que ahora vemos.

¿Fue a esta reunión?

No. Los representantes del CNH fueron Anselmo Muñoz de la ESIME, Gilberto Guevara de la Facultad de Ciencias y Luis González de Alba de Filosofía.

¿Entonces no hubo ninguna respuesta del gobierno en dos meses más, después de Tlatelolco?

Ninguna. Tiempo después hubo una serie de cambios, principalmente la derogación del artículo 145 y la libertad de los ferrocarrileros presos dos años después, y luego de otra cantidad de compañeros que estaban en prisión desde antes del 68 y de los propios participantes del movimiento. Y nada más.

Cuando uno lo piensa desde la perspectiva contemporánea, tal vez hubieran podido negociar de otra manera. Había algunos signos claros de las intenciones firmes del gobierno en contra de las demandas.

Negociar de una manera distinta tiene una precondition muy fuerte. Una negociación implica una dirección legitimada, que pueda optar ante distintas opciones. Un ambiente de éstos de descontento tiene una gran cantidad de participantes por distintas razones: unos porque tienen ideas muy claras, otros porque tienen una disposición muy fuerte, pero en el momento de llegar a decisiones y a la representación te puedes encontrar con que no es un equipo capaz de conducir ante nuevas situaciones. En 68 era en cierto sentido un destino anunciado previamente, medio trágico. Es un movimiento que se mantiene por su permanente ratificación de su disposición de lucha. Cualquier mínima amenaza inmediatamente provoca una reacción.

¿Estaba en el IPN cuando el ejército entró? Hubo una confrontación más fuerte que en la UNAM...

Sí, y no. Entrábamos y salíamos. La Universidad es un espacio muy grande, con todas las escuelas reunidas, de manera que una agresión militar sobre la Universidad requería de fuerzas muy desplegadas. Cuando lo hicieron, se trataba de cercar la Universidad. Pero muchas de las escuelas del IPN están aisladas, de manera que fueron agredidas con grupos más pequeños. Y, en consecuencia, también era más fácil que hubiera una respuesta de resistencia directa. Las escuelas del Politécnico estaban en centros de población, mientras que la Universidad estaba relativamente aislada. Y la resistencia en las escuelas del Politécnico fue más extensa y vigorosa; también dio lugar a preparativos de resistencia más desarrollados, por el hecho de que venía siendo escalada. Ahí había una combinación de bombas molotov y esas cosas y de procedimientos campesinos, con hondas. Entonces tenían muchísimo más alcance y provocaban más complicaciones para las fuerzas represivas.

¿Sabe a cuántas personas arrestaron?

En la época, la prensa daba una relación de las detenciones. En la ocupación de la Universidad arrestaron a cerca de mil personas. Ya no fue una detención administrativa de unas pocas horas o días, sino que dio lugar a procesos. En cada una de las acciones iban administrando este problema dependiendo de los efectos que esperaban del asunto. Los más fuertes fueron a principios de julio, del orden de 2 mil detenidos; después, en la invasión de la Universidad, entre 800 y mil; después, el 2 de octubre, en el momento mismo deben haber estado detenidas cerca de 3 mil personas y muy rápidamente se redujo al orden de 1200. Tuvo esa fluctuación.



El ejército reemplazó a los granaderos en las ocupaciones de la UNAM y del IPN. La situación se tensó; todo escaló.

Sí, pero esto no se expresó en incrementos muy notables del número de detenidos. Incluso, por ejemplo, las acciones más violentas fueron el 23 de septiembre en las instalaciones centrales del IPN y se mencionaba que hubo varios muertos. Pero esto no se podía identificar; prácticamente no había información, sólo en algunas notas de prensa muy perdidas. Recientemente se ha logrado precisar un número mayor de muertos en los combates del Casco, del orden de seis u ocho compañeros. Se hizo con información parcial, por ejemplo, reportes de los hospitales de gente que ingresó el 23 de septiembre, murió varios días después y no estaba registrada como víctima de los sucesos del Casco.

¿Pero las familias no reportaron a las víctimas?

Una de las características más notables, más fuertes de la situación en México es que precisamente por esa desconfianza a la aplicación de la ley, cualquier persona que se acercaba a reclamar podía ser víctima de las mismas circunstancias. Es la parálisis de un régimen de terror, de miedo muy fuerte. Las familias todavía tienen muchas aprensiones para hablar del problema. Cuando se construyó la estela de Tlatelolco, un problema fue el diseño del elemento para que la gente lo pudiera leer sin acercarse, de lejos, para no mostrar un interés explícito.



¿Cuándo pusieron la estela?

En 1993. Pero los archivos estuvieron cerrados. Todo. Sin ninguna posibilidad de información hasta el 98. Es una forma de represión muy sorda.

Lo cual explica un poco por qué no hubo una rebelión más grande después de Tlatelolco...

No había organización, no había información, no había recursos, no había la construcción de una alternativa política distinta, que tuvo un impulso tremendo por el 68. Porque antes del 68 la acción de los grupos de inconformes era muy pequeña, pero

después fueron decenas de miles de personas que se incorporan a toda clase de procesos: de lucha armada, partidos políticos, sindicatos, universidades. Hubo un cambio en el clima generalizado. Ése fue su gran efecto. Fue una experiencia que muestra la tremenda importancia de la participación política. Por eso, un primer balance es que el 68 trajo una dignificación de la política, en términos generales, y abrió espacio a una política popular y una legitimación de la oposición como actividad política. Solamente se aceptaba la participación en el espacio priista oficial, y ahora está legitimado hacer política de oposición.

¿Para usted cuál parte del movimiento fue la más importante?

Hay una parte que tiene que ver con problemas de diferencias de línea y de pretensiones políticas. Otro problema delicado es que la situación que se generó en 68 dio lugar también a enfermedades de guerra, o sea, gente que estuvo sujeta a tensiones tremendas: encarcelamientos, torturas, cosas así. Y hay un problema de redefinición: si vas a participar de nuevo en otro esfuerzo, cuando las condiciones no son muy claras. Ahí hay un problema de machismo nacional. Si tú le preguntas a todo mundo si tenía miedo, [contestan que] nadie, [que] era como un juego, como una aventura, y no es cierto. Hay problemas de angustia muy grandes. Entre nuestros compañeros se registraron suicidios, regresiones infantiles, angustias, miedos que no se conocen, no se declaran. Y cuando eso se expresa en foros o en televisión, se da una respuesta evasiva. Eso contrasta cuando ves los registros de televisión en que se le preguntando a los compañeros sobre su experiencia del 68 y la gente llora 35 años después. ¿Por qué? Porque ahí sucedió algo horrible que la gente registraba pero no conocía. Pero el movimiento tuvo 300 mil participantes y en Tlatelolco hubo 10 mil. Entonces 290 mil no lo vivieron directamente, pero indirectamente sí. La pregunta es si estuviste en Tlatelolco, y si contestas: “No, porque ese día me fui al cine con mi novia”, la reacción es “¡Cómo, el acontecimiento más importante del movimiento no lo viviste! ¡Qué clase de irresponsable eres!”. ¡Como si eso fuera determinante de toda tu vida! Mucha gente no fue, no estuvo, ¿y qué? De todas maneras es la misma experiencia, es exactamente la misma experiencia. Esa gente se sentía obligada a dar una respuesta nebulosa: “Sí, sí llegué, pero ya estaba el ejército y no pude pasar”. Por eso es un asunto que tiene una herida muy profunda en un sector amplísimo de la sociedad. Pero hay muchas formas de pasar por un problema tan doloroso. Otros asumieron una actitud totalmente distinta: “¿Tlatelolco? Nunca vamos a hablar de eso porque no tiene importancia”. ¡Cómo que no tiene importancia! Si no la puedes explicar, o no la entiendes, o no ves las conclusiones, es otro asunto. Es un fenómeno de salud social grave.

Me podría hablar acerca de los acontecimientos en Tlatelolco. ¿Estaba hablando ese día?

No, yo estaba en la plataforma.

¿Me quiere decir algo más?

Son partes más anecdóticas. Cada quien vivió una situación muy particular. Lo que hicimos de inmediato fue una reconstrucción general de los hechos con los equipos de compañeros que estaban libres y los que estábamos en la cárcel. Eso también es muy notable porque, prácticamente, las descripciones de lo sucedido, elaboradas por nuestra parte, son desde el día 27 de octubre del 68 hasta la fecha y son las mismas. No tienen ningún cambio de interpretación. Es un elemento tremendamente significativo de la veracidad y además de la responsabilidad política de quienes estuvimos en esa parte. No hay argumentos incorporados para modificar alguna cosa. Nada. Lo mismo de nuestras explicaciones: los elementos, las formas de operación, los que actuaron, los responsables, todo exactamente igual.

¿Cree que Echeverría o el ejército simplemente planearon masacrar a los estudiantes?

Sí. Es una convicción que puedes obtener por muy distintas vías. Lo que no se tiene es un registro de las conversaciones en donde se toman esas decisiones; no hay testimonios, no se conoce en qué momento se habrán hecho. Pero digamos que el trasfondo, ese know-how del proceder de las fuerzas mexicanas, y la manera en que actúa y cómo se dan las órdenes, te construye un escenario en el que la decisión fue ésa, con eufemismos: acabar con el problema, resolver en definitiva, solución final, cualquier cosa de ese estilo, pero eso se entiende en la práctica política mexicana de una manera permisiva. Si quieres una confirmación, también hay maneras de decir: “Puede ser muy caro”. Entonces eso se interpreta: “Habrá muertos... muchos”. Es un lenguaje cifrado. Otra vía fue que hubo elementos de la documentación del ejército en donde hubo contradicciones operativas graves. Por ejemplo, la Secretaría de Defensa tiene el Estado Mayor, que es donde se toman las determinaciones. Y el jefe de operaciones, por disposición legal, es el que tiene que hacer el plan de actuación en cada ocasión, en especial en Tlatelolco, donde se llamó el Plan Galeana. Según ese plan, el jefe de operaciones estaba subordinado a uno de los agrupamientos que entró en Tlatelolco. Dices: “Eso no es posible. Si él elabora el plan, no puede estar bajo las órdenes de otro personaje; se supone que es el que tiene el mayor conocimiento, el que tiene los elementos de decisión de por qué se utilizó una forma u otra, y si hay incidentes, cómo cambiar”. Entonces no es aceptable que aparezca en esa doble situación.

Y en esos mismos documentos militares pasa lo mismo respecto al papel del Batallón Olimpia. El Batallón Olimpia es el ejecutor de todas las acciones directas y en el papel aparece como un elemento de reserva. Entonces, si estaba en reserva, debía de haber participado cuando ya alguna situación estaba modificada. Si no funcionaba, entonces este batallón iba a actuar según como las circunstancias determinaran. Ahí hay contradicciones que te pueden demostrar muchas cosas: que es una documentación elaborada a posteriori o que están deliberadamente ocultas algunas cosas. Estas

contradicciones muy fuertes pueden llevar a un juicio de responsabilidad penal, de desempeño militar.

¿Cuántas municiones fueron percutidas en Tlatelolco? Hicimos un estimado por el sonido de los disparos, la frecuencia y el tiempo, y resultan más de 70 mil disparos en Tlatelolco. Entonces, a un jurado integrado por militares de todo el mundo que le pregunten si se necesitan 70 mil disparos para desalojar a 30 guerrilleros que dicen que estaban ahí. ¿Qué proporción de fuerzas? ¿Qué calificación técnica tiene ese ejército? Aparece una cantidad de agravantes muy fuertes de la actuación de fuerzas armadas en espacios civiles. Y todavía peor, suponiendo que todo eso haya sucedido así, ¿por qué no hay un balance posterior y un juicio posterior de parte del propio gobierno de lo ocurrido? A nadie le informaron, eso es muy claro. De ahí la definición con la que comprendemos el fenómeno: es un crimen de Estado, con una cantidad de articulaciones entre distintos organismos de Estado, con complicidades, documentación hecha a posteriori y documentación escondida, todo de la manera más cínica y criminal.

¿Es increíble que mencione que hubo 70 mil disparos pero que nada más hablen de 34 muertos!

En la versión oficial, dicen que Tlatelolco fue el enfrentamiento del ejército con un grupo de guerrilleros emboscados de francotiradores. En una época hablaban de guerrilleros, pero cuando eso ya no se podía sostener hablaron de francotiradores, porque hay una confusión entre guerrilleros y oficiales del Estado Mayor Presidencial emboscados. Es una manera engañosa de presentar acontecimientos, pero la hipótesis es tan insostenible que si la sigues rigurosamente para probarla te lleva a aberraciones tremendas.

Algunos dicen que trescientas personas murieron, otros dicen que sólo unos cuantos. Hay muchas versiones del mismo acontecimiento.

Es un problema cargado de una tremenda subjetividad. Nadie tiene una experiencia directa con este problema del número. Los nombres que aparecen en la placa de Tlatelolco, en la estela, provienen del archivo del rector de la Universidad, de Barros Sierra, de manera que hubiera un respaldo. Las otras cifras las han citado fuentes que en México tienen una repercusión política si se utilizan en un sentido directo. La embajada norteamericana mandó reportes en donde afirma que podían ser entre 150 y 200, y el periódico inglés The Guardian publicó que 325. Son cifras que han dado terceros.

¿Cree que la CIA tenga que ver?

La documentación que se conoce de los informes de la CIA muestra un seguimiento muy panorámico de lo que estaba ocurriendo en México. Y eso puede ser porque en esa época los representantes de la CIA en la embajada tenían una relación muy directa

con Díaz Ordaz y con Echeverría, al grado de que participaban en ceremonias civiles, como la boda de la hija del principal espía de la CIA. Digamos que hay un espionaje dorado, en el sentido de que van y el propio presidente les dice lo que pasa, y esa es la información más calificada.

En el caso de México, se ha mencionado que a veces el presidente de la República no conocía los detalles. O peor todavía, que no solamente había un doble juego sino casi hasta un triple juego de parte de los organismos de seguridad en México respecto a la CIA. ¿Hubo participación norteamericana? Sí. ¿Hubo asesoría militar? Sí. Hubo un entendimiento en áreas mucho más extensas que el movimiento del 68: el control del tránsito de personas a Cuba, el control de cuestiones estratégicas de la vida nacional, de la migración. Ahora, los detalles concretos de su participación en el movimiento del 68, por la información que se conoce, parecen ser muy superficiales. Esto, con fines distintos a los nuestros, lo han investigado profesores de El Colegio de México. Y, o encubren algo, o no encuentran nada.

La revista Proceso ha dado a conocer documentación más específica de cierto tipo de asesorías operativas. Yo creo que no hay una cosa de ese estilo, y no la hay porque el ejército mexicano tenía una práctica de independencia muy arraigada. Ese elemento que estaba muy claro se empieza a desvanecer; cada vez hay más colaboraciones. Ahora hay una situación de colaboración franca, muy riesgosa. Pero en la época, creo que no se puede afirmar categóricamente que la responsabilidad principal fuera de actividades de provocación de la CIA.

No hubo una masacre similar a Tlatelolco en la historia posrevolucionaria de México.

Como Tlatelolco no, pero una política permanente de masacres en los pueblos, eso sí. De hecho, este sería un tema de investigación con una nueva óptica, con una nueva visión de todo el proceso de pacificación de la revolución. La revolución dejó una cantidad de grupos alzados en el país y hubo un proceso de pacificación, de incorporación al proceso político. En los procesos con los zapatistas o con el propio Villa se llegó a arreglos políticos, lo cual no excluye el asesinato de Villa. Si ves el crimen de Zapata, lo de Chinameca tuvo este componente de traición, pláticas y arreglo, lo mismo que Tlatelolco o la invasión de las Cañadas en Chiapas en 1995. Están en paralelo con unas pláticas de avenimiento, y en el momento dieron el golpe, entró el ejército y tomaron presos a los negociadores. Es una actitud de traición y de falta a los compromisos políticos empeñados de lo más grave. Hay una historia muy larga de masacres en ese sentido. Por eso la afirmación de que es una gobernabilidad basada en la violencia y la opresión y en este manejo de la legalidad, la formalidad, absolutamente maquiavélico, inescrupuloso e inmoral. Y ése es el gran problema que tendría que remontarse, que ese tipo de cuestiones sean excluidas de la política.

La policía estaba acumulando información sobre las actividades de muchos estudiantes, intelectuales, y activistas. Muchos tuvieron que esconderse para escapar por órdenes de detención. Usted fue uno de los líderes. ¿No tuvo que esconderse?

Por ejemplo, un compañero en Guerrero le avisaron: “Acaba de entrar el ejército en el pueblo y vienen a buscarte, te van a encarcelar”. Entonces, él tuvo un problema de alternativa: si abría la puerta de atrás de la casa y daba cuatro pasos, estaba en la selva y ya no lo encontraban. Por el contrario, él consideró y dijo: “El que nada debe, nada teme”, y se quedó a esperar. Llegó el Ejército y lo tomó preso, lo torturaron y le hicieron veinte mil fregaderas. Es decidir entre lo que prefieres: que te persigan en el monte como guerrillero o que te torturen en la cárcel. Es una situación complicadísima. Y ése era el problema permanente, en la vigilancia permanente. Ahí viene la policía, ¿qué haces? ¿Te escapas? ¿Sales con los carros corriendo y la policía atrás? Vivía en mi casa y la vigilancia estaba en todas partes: en la casa, en el trabajo, en los lugares de reunión, en todas partes. México vivió un régimen policíaco. Es impresionante el número de personas registradas en la policía, vigiladas: ¡tres millones de personas! Bueno, ¿de dónde te imaginas que tres millones de sospechosos sean enemigos del Estado? Nosotros, como veníamos del Partido Comunista y además de toda la experiencia de Campa, que era un organizador muy eficaz, a la manera de los comunistas y todo esto, teníamos más experiencia, más facilidades, medidas muy elementales pero que eran suficientes: casas en distintas partes, prevenidos, para pasar la noche. Porque, además, ¡todos pobres, no teníamos recursos para meternos en un hotel! Muy elemental pero organizado, y eso ya te daba recursos para resistir, para moverse.

Su hija era muy chiquita en el 68. ¿La vio mucho?

Tenía un año y medio. Teníamos citas y lugares preestablecidos para encontrarnos y vernos. Hubo un momento en el que yo me salí de la casa porque era claro que había una persecución. La policía había llegado a la casa de mis padres. En fin, había muchos indicios. Entonces nos organizamos y nos coordinamos de otra forma para esas cuestiones. Quien más quien menos tenía alguna medida de seguridad.

¿Lo arrestaron en Tlatelolco. ¿Cuánto tiempo pasó en prisión?

Dos años y siete meses.

¿Arrestaron a María Fernanda también?

No, ella había sido arrestada en otros momentos pero en el 68 mismo no. Pero gente muy cercana a nosotros, prácticamente del equipo de coordinación y esto, sí. Por ejemplo, el 2 de octubre algo que no se dijo en el mitin y que se iba a decir es que estábamos muy preocupados y demandábamos que apareciera una compañera que era muy destacada como organizadora. Ella estaba presa —después lo supimos— en uno de

estos centros de retención y estaba siendo interrogada, y le preguntaban por ella: “¿Tú conoces a fulana?”. “¡No!”. “¿Tú eres fulana?”. “¡No!”. Y finalmente la policía no pudo y se convenció. La soltaron pero era una de las compañeras de enlace más comprometidas y más eficaces. Todo el terreno cercano estaba muy perseguido. Esta compañera se llama Marianela. Era muy reconocida en los medios.

Hizo un análisis político muy interesante. ¿Me podría hablar ahora también de las consecuencias del 68 en su vida personal? Tal vez me quiera comentar acerca de su experiencia en la cárcel y como cambió su vida.

Mi estancia en la cárcel continuó con problemas de responsabilidad política colectiva, entre otras cosas, porque en la estructura administrativa de la cárcel hay una figura: los jefes de dormitorio. ¡Ésas son las únicas elecciones que he ganado en la vida! Yo era el jefe de la crujía. Eso añadió cantidad de compromisos colectivos adicionales a la experiencia personal. De manera que debía actuar para que los efectos degradantes de la vida en la cárcel se pudieran atenuar: controlar la violencia interna y buscar un ambiente más llevadero, más favorable, como con el estudio organizado, no a la manera romántica de un intelectual que en la cárcel hace todo el trabajo para el premio Nobel, sino un trabajo más cercano a la experiencia directa de los estudiantes. Había cursos cuyo propósito no era estudiar la economía sino cierto libro y terminarlo. En un determinado momento eso era una escuela: había treintaicinco o cuarenta cursos simultáneos. Se estudiaba lo mismo que en las escuelas: cursos de economía, de ciencias políticas, de filosofía, de matemáticas en seis niveles, cuatro o cinco idiomas. Y además con métodos escolares: un trabajo intenso y, después, ¡vacaciones!

Fue muy interesante, muy satisfactorio y también te daba condiciones para acciones colectivas muy fuertes. Tuvimos una huelga de hambre que duró 42 días con una disciplina extraordinaria. Parecía prácticamente imposible sostener una huelga con ese rigor. Y en medio de esa huelga hubo una agresión brutal organizada por las autoridades con apariencia de un motín, en la que nos agredieron con ametralladoras y cuchilladas a la mitad de la huelga. Y no la pudieron quebrar, se mantuvo. La experiencia colectiva en la cárcel fue muy impresionante.

Fue liberado de la cárcel en 1971. ¿La decisión de irse a Chile fue sugerida? ¿Fue voluntario o tuvo que exiliarse?

Había una presión muy diversa: política, cultural, legal. También los juicios eran una tontería extrema y, aunque no teníamos el conocimiento de hoy, era una cosa extremadamente aberrante y lo estábamos exhibiendo. Por ejemplo, los juicios del 68 consideran solamente a dos personas muertas en Tlatelolco. Son dos soldados nada más. Eso, en la óptica actual, era para hacernos pedazos. Había una presión fuerte sobre el gobierno —y los propios hechos, las evidencias criminales del gobierno por todas partes—, de manera que esta decisión de liberarnos, que es también una política

calculada de si puedes o no reconstruir una fuerza, los llevó a la idea de que podían liberarnos si salíamos del país. Es también una herencia de la práctica que se puso en juego en el régimen porfirista y que decía: “Encierro, destierro o entierro”. Y era la gradación de la dureza del sistema. Dijimos: “Está bien, podemos aceptar salir del país, pero si salimos todos, los doscientos, la supervivencia en otro país de un número así es imposible. Eso, de plano, no puede ser”. Entonces dijimos: “Sí salimos, pero nosotros decimos quiénes y en qué orden”. El primer compañero de la lista era el que tenía los cargos más graves, que eran todos los delitos más la sospecha del gobierno de que era un personaje muy reconocido en el mundo del maoísmo internacional. Además estaba acusado de violencia. Habían puesto unas bombas por ahí. Era el que estaba un poco más difícil que los demás. Entonces, el primero que tenía que ser liberado era Federico Emery, después los que tenían los cargos y las sentencias más altas. Y esperábamos que eso desarticulara los juicios, de manera que si los más señalados estaban libres, pues los otros tenían que salir obligatoriamente, tarde o temprano. Entonces, así procedimos y lo explicamos a los compañeros. Unos lo entendieron, otros no. Y salimos del país.

Al mes, una parte de nuestros amigos más cercanos estaba con una campaña muy fuerte, diciendo que habíamos sido desterrados. Y el secretario de Gobernación, que era Moya Palencia, tuvo una expresión para él desafortunada, diciendo que no estábamos desterrados, sino que estábamos fuera del país porque queríamos. Entonces contestamos: “Ya no queremos estar fuera y vamos de regreso”, y entramos con un desafío, incluso con compañeros que no tenían papeles. Llegamos al aeropuerto y se transformó en un centro de confrontación. Estaba la policía, pero había como 10 mil compañeros esperándonos. Entramos sin enseñar los papeles, con manotazos y groserías. Entramos el 3 de junio de 1971 y el 10 de junio del 71 fue la masacre de San Cosme. La primera explicación que dio el gobierno es que se trataba de una acción de los chilenos. Ésos éramos nosotros. La persecución se reinició. O sea, salimos de la cárcel el 27 o 28 de abril, estuvimos en Chile hasta el 3 de junio, luego cuatro o cinco días en normalidad, después del 10 de junio otras semanas y meses de nuevo perseguidos y luego una normalización extraña, con una vigilancia y persecución disminuida.

¿Pudo entonces terminar sus estudios?

Prácticamente había terminado mis estudios en el mismo año del 68. Solamente tenía pendientes dos materias, de manera que tenía una situación de estudiante y profesor. Y después del 71, dos años después, me inscribí en una maestría en Estadística y en Investigación de Operaciones en la Universidad. Pero la vida política estudiantil después del 71 tenía muchas complicaciones y yo preferí espacios distintos. Conseguí trabajar en la Comisión Federal de Electricidad. Y prácticamente me empecé a desligar de la vida universitaria.

¿Cuándo fundó el Comité?

Hicimos primero un “comité de diez años” en el 78. En esa ocasión se llamó la atención de la opinión pública nacional respecto al problema de los desaparecidos, que estaba ya muy desarrollado, y dio lugar a la conformación del Frente Nacional Contra la Represión en 78. Finalmente en el 98 se consolidó la idea de un Comité 68. Se iniciaron trabajos más sistemáticos en el sentido de los juicios penales que es lo que le ha dado coherencia y estructuración a un trabajo sostenido.

¿Qué opina del papel de la mujer en el 68? Había muy pocas mujeres líderes.

No, el movimiento del 68 tuvo decisiones tremendamente fuertes y significativas en algunos sectores, en el CNH y esas partes. A las mujeres no se les asignaron responsabilidades de finanzas ni de limpieza de los locales ni de alimentación. Todas las demás sí, pero esas no. Los compañeros además tenían que entrar a las reuniones sin armas. Eso no se dice mucho pero sí se controlaba que no entrara gente armada.

¿Me podría resumir la importancia del 68?

Es difícil decirlo de manera sintética. El movimiento del 68, en cada momento, tiene alguna significación muy relevante de tipo político y cultural, etcétera. Los balances, las consideraciones de cada época han sido complementarias, pero parcialmente distintas. Hoy hay una valoración abstracta como el inicio de un proceso muy amplio. A lo mejor se podrían hacer formulaciones más generales, generacionales, civilizatorias. Yo creo que en la medida en que afectó a un sector muy amplio, y hay una generación que tiene sus referencias fundamentales en estos hechos, y continúa actuando, entonces tiene significaciones adicionales en la vida democrático-electoral de los últimos años, en los problemas de reformulación de la gobernabilidad mundial y la globalización, pues va manteniendo o resaltando algunos aspectos y se mantiene como un movimiento vigente. Ahora, creo también, sin artificialidades, que lo que se observa es que ha sido una generación muy comprometida, muy consecuente, muy sensible ante una cantidad de problemas y que eso es resultado directo de las experiencias de esa época.

Gracias.

CARMEN SOLER

Nació en 1944. Estudió ciencias farmacológicas en la UNAM. Realizó un posgrado en la Universidad de California en San Diego. Desde 1973 trabaja en la UNAM como profesora de bioquímica y virología, y desde 1987 trabaja en el área de VIH/SIDA. Entre 2001 y 2006 coordinó el programa de VIH/SIDA del Distrito Federal. Da clases en el Instituto de Investigaciones Biomédicas en la UNAM desde 2007.

¿Nos podría hablar un poco de usted?

Mi nombre es Carmen Soler y soy investigadora en la UNAM. Desde 1997 mi principal campo de acción ha sido el VIH/SIDA. Empecé a trabajar para el gobierno local como responsable del programa de VIH/SIDA de la ciudad de México. Ha sido un gran cambio y he aprendido mucho, ya que es un trabajo muy diferente al de la investigación académica en la que estás en un entorno más protegido.

¿Qué estudiaba?

Estudí la carrera de Química Farmacéutica Biológica. Me faltaba un año para terminar cuando fui a Estados Unidos, primero a la Universidad Johns Hopkins en Baltimore y después a la Universidad de California en San Diego, en La Jolla, para hacer una maestría en Biología Molecular. Eran tiempos interesantes, el fin de la guerra de Vietnam. Había una gran efervescencia en esa universidad. Ahí se fueron Herbert Marcuse y Angela Davis, así como personas de los movimientos por los derechos civiles y el orgullo negro.

¿Qué edad tenía en el 68?

Tenía 22 años. Me casé en 1967, a los 21 años. Regresamos a México el 25 de julio, un día antes de que comenzara el movimiento. Recuerdo que nuestros amigos organizaron una reunión con todos nosotros porque acabábamos de regresar. En ella nos enteramos de lo que había sucedido en la Preparatoria el 26 de julio. Ahí comenzó todo.

¿De modo que estaba de vuelta en la UNAM?

Regresé por los exámenes. Había terminado los créditos pero tenía que terminar la tesis. Ya tenía un asesor. Pero entonces todo se suspendió por la huelga. Se cerró la Universidad. No sé por cuánto tiempo, pero fueron varios meses. Estaba trabajando con ratones y todos se murieron por la huelga. Más adelante regresé a mi tesis y finalmente me gradué 1969. Me llevó mucho tiempo...

¿Cuáles fueron sus razones para unirse al movimiento?

Nos involucramos porque era nuestro medio, nuestros amigos, nuestro espacio de

vida. Todo mundo se involucró inmediatamente de alguna manera. Las cosas se sucedieron muy rápidamente. Mi esposo estaba en la Facultad de Ciencias y yo en la Facultad de Química. La Facultad de Química era muy conservadora, se mantenía al margen, era muy apática y nunca participaba. Estaba controlada por un grupo derechista denominado MURO. Incluso antes del 68 a muchos de nosotros nos tenían en la mira. Muy poca gente estaba involucrada, por lo que nos tenían muy etiquetados e identificados. En ese sentido era complicado. Pero mi entorno era la Facultad de Ciencias, porque allí estaban mis amigos y mis relaciones personales.

¿Cuál fue la reacción de los alumnos de su facultad que no participaron?

Simplemente se quedaron en casa. No participaron a favor o en contra. La mayoría se quedó en casa hasta que fueron llamados de vuelta a clases...

¿Formó parte del Comité de Lucha o del CNH?

Sí, fui parte del Comité de Lucha de mi facultad y por breve tiempo fui miembro del CNH, junto con otras tres personas de la Facultad de Química.

¿Nos puede hablar acerca del comienzo del movimiento? Surgió casi de manera repentina...

La situación en México, en general, estaba muy controlada. La gente, en particular los estudiantes, pensaba que ésta no era manera de vivir, por lo que comenzamos a pensar en plantear un cambio democrático. Durante muchos años la universidad había estado en manos de grupos derechistas, por lo que era difícil hacer algo ahí. Sin embargo, existían algunas organizaciones, algunos grupos estudiantiles. Era difícil porque siempre te etiquetaban y en cierto modo te perseguía la oposición. Creo que esa fue una de las razones que nos hizo reaccionar tan rápido, tan espontáneamente, como dices, pero había razones históricas.

¿Tenía una formación política?

Se podría decir que nací con ella. Mis padres son refugiados de la guerra civil española. Mi padre fue expulsado del Partido Comunista de España, en parte por ser anties-talinista. Seis o siete años después, las personas que lo expulsaron fueron a su vez expulsadas por la misma razón. Mi padre era muy especial. Estuvo detenido en Francia durante tres años a causa de la segunda guerra mundial antes de poder venir a México. De modo que estuvo en la resistencia francesa por tres años. Mi madre llegó antes porque estaba embarazada. Mi hermano mayor nació en un campo de refugiados en Francia. Tenía un año de edad cuando vinieron en barco a México. Mi tío, el hermano mayor de mi madre, era uno de los líderes del Partido Comunista de España. Toda esa historia pesa. Creo que ésa es la razón por la que te involucras y participas. En algunos casos, los hijos hacen lo opuesto a sus padres, pero ése no fue nuestro caso. Teníamos

conciencia de la situación política. Yo tenía dos hermanos mayores y uno menor, que tenía trece años de edad y cursaba la secundaria en el 68.

¿Sus hermanos mayores participaron en el 68?

Uno de ellos, que tenía dos años y medio más que yo, estudiaba en la Unión Soviética. El otro ya no era estudiante, por lo que no participó. Era siete años más grande que yo. Ya trabajaba y tenía un hijo, pero nos ayudó de muchas formas.

¿Sus padres, entonces, sentían simpatía por la huelga?

Nos ayudaron mucho. Cuando nos detuvieron a mi esposo y a mí el 2 de octubre en el tiroteo, a mí me liberaron a la mañana siguiente. Pero a mi esposo lo llevaron al Campo Militar No. 1, lo cual negaron. Entonces mi padre me ayudó a encontrarlo, y lo soltaron siete u ocho días más tarde. De modo que sí, estaban preocupados, pero nos apoyaban.

¿Ya no vivía con sus padres?

No, teníamos un pequeño departamento en Copilco, cerca de la Universidad. De hecho, en nuestro departamento imprimíamos volantes e información acerca del movimiento, explicando lo que estaba sucediendo. La noche antes de que el ejército entrara a CU imprimimos muchas cosas en la casa, por lo que cuando nos enteramos de que el ejército se aproximaba tuvimos que dejar la casa y llevarnos todo, porque los soldados estaban prácticamente en el balcón de la casa.

¿Entró el ejército a su casa?

No entraron a la casa, pero teníamos que pedir permiso para llegar hasta nuestra casa y, como éramos más o menos conocidos, era muy riesgoso estar ahí. Tenían mucha información sobre todos nosotros, por lo que nos cambiamos de casa. Muchos nos mudamos. De hecho, antes de eso casi vivimos en la Universidad durante uno o dos meses.

¿Formaba también parte de una brigada? ¿Cómo se desplazaban y comunicaban?

Todos éramos responsables de dar información y hacer mítines en los mercados y espacios públicos para informar a la gente. Éramos muy buenos para dar discursos de cinco minutos y después salir corriendo. Cuando íbamos a Sanborns o VIPS, las meseras generalmente nos avisaban: “¡Ya vienen, ya vienen! ¡Váyanse! ¡Váyanse!”.

Incluso había muy pocos teléfonos que podíamos usar. La mayoría de los teléfonos en nuestras casas estaban intervenidos, por lo que no hablábamos por teléfono. Prácticamente vivíamos en la Universidad, y regresábamos a casa sólo para bañarnos o cambiarnos de ropa.

No teníamos coche; nos movíamos en camiones y transporte público o en los

automóviles de amigos. Era muy común llevarnos camiones para llegar a los mítines; lo tomábamos para llegar al lugar y ahí lo dejábamos. No los conservábamos, sólo los usábamos y luego los abandonábamos o los regresábamos...

Los periódicos decían que los estudiantes estaban alterando la paz y el orden público. ¿Existieron realmente batallas callejeras?

Hubo varios enfrentamientos. Pero los estudiantes más grandes teníamos la tarea de controlar a los extremistas que querían conseguir armas y usarlas. No fue un movimiento armado, pero algunas personas estaban desesperadas, especialmente después de que el ejército nos empezó a presionar. Por ejemplo, fue muy difícil controlar a la gente después de que murieron algunos de nuestros amigos en un mitin en el Zócalo, ya que querían capturar policías y soldados. De hecho, en varias ocasiones, un secreto, un policía vestido de civil, era capturado y llevado a la Universidad. Negociábamos su liberación, ya que no podíamos hacer lo mismo que ellos nos estaban haciendo: ellos estaban interrogando y desapareciendo a la gente.

¿Murieron estudiantes en ese mitin?

Sí, hubo un gran enfrentamiento y hubo disparos. La gente se enojó mucho. Fue una o dos semanas antes de que tomaran CU. La situación se estaba agravando. Por eso fue que tomaron la Universidad. Estábamos en CU, y muchas personas nos estaban llamando para decirnos que el ejército estaba por llegar y nos decían qué ruta iban a tomar. Cuando llegó el ejército a la Universidad, salí sin problemas, pero algunas personas decidieron salir caminando por el Pedregal. Detuvieron a muy pocos porque sabíamos que estaban llegando. Después fue mucho más difícil organizarnos, pero lo hicimos. Mucha gente, incluyendo intelectuales, nos ayudó, por lo que teníamos muchos lugares en donde reunirnos en la ciudad.

¿Pero el CNH era muy grande! 200 personas...

Después de que se tomó CU, el CNH casi nunca se reunió completo.

La policía secreta estaba recopilando información sobre todos...

Pienso que todo movimiento que alcanza ese nivel tiene que pasar por esto. Si piensas en lo que está sucediendo actualmente en Oaxaca, creo que es peor: están cazando y desapareciendo a la gente. Eso siempre ocurre en México. No es exclusivo del movimiento del 68. Creo que lo que el 68 tiene de especial es que fue un movimiento estudiantil. Creo que cambió muchas cosas, por lo menos para las personas que participaron en él. Nos cambió la vida para siempre. Pero también a la sociedad; en general la gente nos apoyó. La gente protegió a los estudiantes para que no fueran detenidos por la policía.

Cuando creció el movimiento, los estudiantes intentaron hacer que los obreros se unieran al movimiento...

De hecho, en algunos mítines participaron otros sectores, los cuales no se integraron nunca por completo al movimiento. Creo que es lógico si uno lo piensa ahora: las demandas no eran las de la clase obrera. Las demandas específicas eran la liberación de nuestros compañeros y la denuncia de la represión, pero la demanda general era la democratización del país. Ésa fue una de las razones por las que el movimiento se mantuvo en el ámbito estudiantil. Las demandas nunca incluyeron otros aspectos, por lo que los obreros difícilmente se podrían involucrar. Nos apoyaron en mítines, nos acompañaron y, por ejemplo, la marcha del silencio con el rector fue muy impresionante. Pero haciendo memoria, había mucho apoyo de distintos lugares. La gente nos protegía.

¿Puede señalar un momento hermoso que recuerde del 68?

Creo que es más bien algo general, en términos de solidaridad, de la relación que se estableció entre nosotros, entre gran parte de la gente que participó. Fue un gran cambio para todos. Aprendimos a cuidarnos unos a otros. Fue muy impresionante. Te ayuda a comprender de qué está hecho el ser humano. Creo que fue muy importante. Sucedieron tantas cosas y tan rápidamente... Nunca he olvidado el 2 de octubre, pero eso fue traumático, no fue positivo.

El gobierno estaba nervioso a causa de los Juegos Olímpicos y, de hecho, al final del movimiento, ya había muchos periodistas extranjeros en la ciudad. Quizás la única explicación es que no querían que la ciudad entrara en caos durante este evento internacional. Tuvieron que acabar con nosotros para tener los Juegos. Tuvieron que destruir el movimiento con acciones brutales. Creo que fue desproporcionado.

¿De modo que estuvo en Tlatelolco el 2 de octubre?

Recuerdo que mi esposo no quería ir. Estaba cansado y le dije que no se preocupara, que yo iría con algunos amigos, pero él dijo que no, que sí iría. Más tarde me sentí culpable. Él fue porque lo presioné... Sí, estuvimos ahí. Fue impresionante. Mucho tiempo después, cada vez que escuchaba un helicóptero buscaba dónde repararme. Inconscientemente buscaba algún lugar dónde protegerme. Algo que recuerdo claramente es que en cierto momento no lo podía creer. Simplemente me puse de pie y dije: "No, vámonos. Son sólo salvas". Me paré y detrás había un muro sobre el cual comenzaron a caer balas y a desprenderse pedazos de roca. Alguien me jaló y dijo: "Ves. ¡Son reales!". No podíamos creerlo. Era brutal. Durante una hora protegí a una niña que había perdido a su madre. Estaba aferrada a mí por el pánico. La estaba cubriendo. Eso es lo que más recuerdo.

¿Después de que el helicóptero dio la señal comenzaron a disparar?

Sí, comenzaron a disparar con ametralladoras desde el edificio que estaba enfrente.

Estábamos rodeados por soldados. Y comenzaron a disparar desde todos los lados. Incluso se estaban disparando entre sí porque estaban formados en círculo. Había unas ruinas en uno de los lados de la plaza a las que saltamos. Ahí me quedé durante casi todo el enfrentamiento porque en la plaza no había donde resguardarse.

¿Cuánto duraron los disparos?

Creo que la parte más intensa duró como una hora o un poco más. Después vino un momento de calma tras el cual comenzaron a disparar de nuevo. Después de varios incidentes tomaron control de la plaza y comenzaron a detenernos. Creo que cuando comenzaron los disparos algunas personas que estaban en el lado contrario a donde estábamos corrieron y lograron escapar antes de que se cerrara el cerco. Después de eso nadie se podía mover. Nos detuvieron a todos. Luego nos llevaron a la iglesia por varias horas y comenzaron a arrastrar cadáveres por los brazos: “Miren lo que hicieron”. Pasaron no sé con cuántos cuerpos y los colocaron en un camión y se los llevaron. Estábamos conmocionados. Las personas con guantes blancos eran las que hacían esto. Fue entonces cuando nos dimos cuenta que mucha gente había muerto. En realidad nadie sabe cuántas personas murieron.

¿Vio que le dispararan a alguien?

Sí, a muchas personas les dispararon. Después de algún tiempo, decidieron colocar a las mujeres de un lado y a los hombres del otro. No sabíamos qué le había pasado a los hombres. A nosotras, las mujeres, nos subieron a un camión con las ventanas cubiertas. Llenaron camiones y camiones. No sabíamos adónde nos llevaban. Cuando salieron los camiones, algunas mujeres lograron abrir una ventana y gritar: “Nos están llevando”. Algunas lograron pasar un pedazo de papel que decía: “Llamen a este número...”.

Muchas mujeres se deshicieron de sus documentos y otras cosas que tenían en sus bolsas. En el camión nos pidieron nuestros nombres. Cuando llegamos a la estación de policía nos dijeron que si nos identificábamos nos podíamos ir. Revisaron los nombres y a las que tenían identificación las dejaron ir. Yo llevaba mi credencial de estudiante así que me dejaron ir. Estaban buscando muy pocas mujeres, unas tres o cuatro. No estaban interesados en las demás. Estaban interesados en los hombres. Me dejaron libre alrededor de las cinco de la mañana. Éramos cinco mujeres, una de ellas lloraba históricamente. Estaba tan afligida porque decía que nos iban a matar afuera. Salimos y sólo entonces supimos que nos habían llevado a Tlaxcoaque, una estación subterránea de policía en la calle 20 de Noviembre. Fuimos a un teléfono público y llamamos a nuestras familias.

¿A cuántas mujeres detuvieron?

A más de cien. Nos liberaban en pequeños grupos. Yo pregunté: “¿Qué va a pasar

con las demás?”, y me contestaron: “No preguntes. Te puedes ir”. Sólo nos pidieron nuestra identificación. De hecho es muy interesante; yo llevaba mucho dinero en mi bolsa. Ese día había estado a cargo de la colecta, dinero que generalmente usábamos para imprimir volantes, comida, etcétera. Era mucho dinero y me pregunté: “¿Debo deshacerme de él? ¡No!”. Nunca revisaron mi bolsa. Salí de allí con todo el dinero en la bolsa. De hecho, más adelante lo usamos para imprimir materiales...

¿En qué momento se separó de su esposo?

En la plaza, después de que nos sacaron de la iglesia. No sabíamos adónde habían llevado a los hombres. Después de que me liberaron fui a casa de mis papás. Mi padre tenía muchos contactos y comenzó a averiguar al día siguiente. Le dijeron que los hombres habían sido llevados a lugares distintos, por lo que fue a varias cárceles hasta que logró encontrar a mi esposo Pepe en el Campo Militar. Mi padre le pagó a alguien para que le pasaran una nota a Pepe. Fue la primera nota que recibieron del mundo exterior, por lo que festejaron el hecho de que por lo menos sabían que nosotros sabíamos dónde estaban. Estaban preocupados de que los fueran a desaparecer. ¡Y el problema era que realmente lo podían hacer!

La mayoría de los hombres que estaban en el Campo Militar No. 1 fueron liberados una semana u ocho días después. Tenían la información que necesitaban: reuniones, nombres. Investigaron los antecedentes de todos y retuvieron a varios, entre ellos a Raúl Álvarez, quien era un muy buen amigo y un líder importante. Se rapó la cabeza para tratar de cambiar de apariencia, pero lo reconocieron y fue detenido en el Campo Militar mucho tiempo antes de ser enviado a la cárcel. A mi marido lo liberaron ocho días después de Tlatelolco.

¿Continuaron la lucha incluso después de Tlatelolco, haciendo impresos, etcétera?

Realmente sí quebraron al movimiento, pero después de que liberaron a José comenzamos lentamente a ponernos en contacto con decenas de personas. Encontramos un lugar donde poder imprimir y redactamos un documento en el que explicábamos lo que había sucedido y lo distribuimos en muchos lugares. De modo que, sí, intentamos informar a la gente de lo que estaba sucediendo, incluso a los extranjeros.

¿Estaban aislados o intentaron comunicarse con otras personas?

Éramos amigos con relaciones bien establecidas. No intentamos abrir el movimiento. La situación era muy complicada. Estábamos asustados. Teníamos la sensación de que debíamos hacer algo, pero no intentamos recuperar el movimiento. Los líderes estaban presos o fuera del país, ya que los que no fueron encarcelados salieron de México. La ciudad estaba enloquecida, los Juegos Olímpicos habían comenzado, era muy extraño.

¿Estaban desilusionados?

No, estábamos muy enojados, muy, muy, muy enojados. Más tarde, mucha gente se unió a la guerrilla debido a la frustración.

¿Cree que el resultado hubiera sido otro si los estudiantes hubiesen estado más abiertos a la negociación?

El gobierno no nos ofreció la posibilidad de negociar. No nos proponían algo que pudiéramos aceptar. De hecho, es lo mismo que ahora está sucediendo en Oaxaca: puedes bajar tus demandas si realmente te están ofreciendo algo, ¡pero no te están dando nada! ¿Qué vas a negociar? Lo que usualmente llaman “negociaciones” en México significa que tienes que hacer lo que te están diciendo que hagas. Simplemente nos dijeron: “¡Ríndete! Ríndete y no te vamos a reprimir”. El modo en que terminaron con el movimiento lo demuestra: estaban entablando “negociaciones” con los líderes ¡mientras sucedía la matanza de Tlatelolco! Esa fue la demostración más clara. Querían cooptar a los líderes. Y ése fue uno de los logros del movimiento: no había uno sino muchos líderes, de modo que nadie podía vender al movimiento. Aprendimos que en México lo peor es tener un solo líder porque lo pueden comprar, pero si tienes un liderazgo colectivo es más difícil cooptar a un movimiento...

Existen muchas versiones, opiniones o interpretaciones de lo que sucedió en Tlatelolco, por ejemplo, en cuanto al número de muertos. Evidentemente fue imposible contar los cuerpos. Pero algunas personas, como Marcelino Perelló, hablan de una “amnesia colectiva”. Usted estaba ahí...

Marcelino estaba negociando con el gobierno y después declaró que no había pasado nada y ¡casi lo matamos! Hay un dicho que dice “cada cabeza es un mundo”. Cada individuo percibe o construye las cosas de manera diferente, pero existen también hechos históricos objetivos. Pues bien, no sabemos cuántos murieron, pero fueron muchos, entre cien y cuatrocientos. Yo vi varias docenas de personas muertas. Creo que el número no importa realmente. Lo que importa es que mataron a muchos estudiantes sin razón. Eso está probado. Nuestra memoria es para todos los que fueron muertos ahí.

¿Cuándo regresó a la escuela? ¿Se hablaba acerca del movimiento?

La situación en la Universidad estaba muy controlada. No había ningún movimiento. Todos estaban asustados, diría yo. Creo que en enero o febrero comencé mi tesis, que de hecho está dedicada a la gente del 2 de octubre. En septiembre de 1969 nos fuimos a Estados Unidos, a La Jolla a hacer nuestros doctorados.

¿La decisión de regresar a Estados Unidos fue motivada en algún sentido por estos eventos?

No, ya habíamos tomado la decisión. Mi esposo y yo queríamos hacer estudios de

posgrado. Simplemente nos atuvimos a nuestros planes. ¡Y no había alguna razón para quedarnos! Además, en aquel tiempo era difícil hacer trabajo de posgrado en México; no había forma de crecer. Creímos que era buen momento para reflexionar, para estudiar y regresar con más herramientas para salir adelante.

Fue miembro del CNH. ¿Qué piensa del papel de la mujer en el movimiento del 68?

Creo que fue uno de los primeros movimientos en los que la mujer se involucró, pero los líderes principales, el núcleo principal del CNH, eran hombres. Aunque participamos fue, como siempre, en papeles secundarios. Sin embargo, muchas mujeres participaron. Participamos muy activamente, opinábamos. Incluso dirigíamos algunas cosas. Es interesante que poco antes del movimiento las mujeres comenzaron a usar pantalones en México. Antes de eso no podías usar pantalones. De modo que algunas cosas se abrieron y en muchas situaciones los hombres preparaban el café, incluso entonces, aunque por lo general eran las mujeres quienes lo hacían. Pero se estableció una relación diferente. Éramos socios. Éramos compañeros. Peleábamos y discutíamos igual que ellos en las reuniones. Creo que eso marcó una diferencia más adelante. Lo que queríamos no era ser líderes sino participar, que no nos dejaran fuera. Y en cierto sentido, no fuimos dejadas fuera. De hecho, una reflexión después de tantos años es que no tienes que ser líder para influir, para contribuir. A veces, se hace lo mismo en un rol secundario que en el principal.

Actualmente, estoy dedicada al trabajo sobre VIH/SIDA. Creo que en algunos casos el movimiento feminista se ha polarizado demasiado. Ya no es la lucha por la democracia o la igualdad, sino que quieren los privilegios que los hombres tenían antes. No estoy de acuerdo. Creo que debemos tener los mismos derechos, pero no más. No tengo que destruir a un hombre para ser yo misma. Tenemos que ser socios, no enemigos. Con frecuencia, a las feministas más radicales no les gusta esa posición. Quizás se pueda mantener la posición intelectualmente, pero si realmente trabajas con la gente, con los pobres —con gente de todas las clases—, es absurdo asumir esa posición. No ayudas a las mujeres, sino las pones en riesgo. Les tienes que dar las herramientas para tomar decisiones. Les tienes que dar las herramientas para que puedan crecer de acuerdo a su situación y volverlas ciudadanas, en lugar de sólo confrontarlas con los hombres. Creo que hemos avanzado pero, ¡aún estamos lejos de la igualdad para las mujeres! Las mujeres están en riesgo por las diferencias de género que aún son una parte importante de nuestra sociedad. Pero para cambiar la sociedad tienes que trabajar con ambos géneros a la vez, juntos, no sólo crear grupos de mujeres para que puedan luchar. Tenemos mucha experiencia con ello en la prevención del VIH/SIDA. Las mujeres están en riesgo, pero no puedes trabajar únicamente con la mujer, ya que tiene una relación con un hombre. Si no trabajas con ambos solamente obtendrás violencia. Ésta es una reflexión personal acerca de ello.

Hablamos de lo que cambió el 68, pero los objetivos principales no se alcanzaron...

Estuvimos deprimidos por varios meses porque la represión fue tan brutal que todo el mundo estaba asustado. Pero aunque el movimiento fue derrotado al final, después de meditar sobre ello, ya no lo veo así. Aunque no ganamos, fue una contribución importante a la apertura democrática en México. Abrimos espacios, discusiones. Hubo un antes y un después: el país no fue el mismo después.

La nuestra es una generación marcada. Gran parte de la gente que participó en el 68, de una forma u otra, jugó un papel importante en el país posteriormente. La gente cambió en términos de su interés en cuestiones políticas y sociales, en sus actividades. De modo que estoy agradecida de haber vivido aquel tiempo. No me hubiera gustado perderme esa experiencia. Contribuyó a formarnos como seres humanos, a crear una visión diferente del mundo.

Gracias.

ANA IGNACIA RODRÍGUEZ MÁRQUEZ, NACHA

Nació en 1944. Estudió derecho en la UNAM de 1963 a 1966. Fue detenida en 1969 y encarcelada hasta 1970. Por casi treinta años, trabajó con mujeres como directora en varios centros comunitarios. Actualmente estudia derechos humanos en la UNAM y realiza conferencias en diferentes instituciones educativas dentro y fuera del país.

Por favor preséntese. ¿Me puede contar cómo se involucró en el movimiento?

Mi nombre es Ana Ignacia Rodríguez Márquez. Me conocen como *Nacha*. Hubo dos mujeres presas por el movimiento estudiantil. Había más mujeres en la cárcel, pero estudiantes universitarias sólo Tita y Nacha. Tita falleció en 2002. Las dos éramos estudiantes de la Facultad de Derecho. Ella fue del CNH y yo del Comité de Lucha de la Facultad.

La primera vez que me detuvieron fue cuando el ejército entró a la Universidad, en violación de su autonomía. Detuvieron a todo el mundo sin saber quién era quién. Incluso detuvieron a hombres y mujeres que practicaban para las Olimpiadas que estaban por celebrarse. Más de 30 mujeres fueron detenidas y llevadas a Lecumberri, porque decían que ya no había más espacio en otros lugares. Estuvimos en Lecumberri más de 42 horas. No me acuerdo bien, pero nos interrogaron varios ministerios públicos y después fuimos liberadas.

Continué en el movimiento y, a medida que fue avanzando, se fue dando una represión más fuerte de parte del gobierno. Fuimos a Tlatelolco el 2 de octubre. Estuvimos en la plaza abajo del edificio Chihuahua, donde estaban los líderes. Aparecemos en una foto en la contraportada del libro de Álvarez Garín, llevando una pancarta que sólo decía “Facultad de Derecho”.¹ Tuvimos muchísima suerte y pudimos salir antes de que el ejército cerrara las filas.

El 2 de octubre en la noche, me fui a refugiar en el departamento de un amigo doctor. La represión fue brutal después de la masacre. Había órdenes de aprehensión del gobierno en mi contra y de Tita y otros compañeros, pero al parecer no me conocían físicamente porque llegaron al departamento y detuvieron a la esposa de mi amigo, confundiéndonos. Era pelirroja y yo tenía el pelo negro; no nos parecíamos. Ella le avisó a su esposo que estaba en los separos de la policía y que no la iban a soltar hasta que yo no llegara y me entregara. Mi amigo me dijo que no me iba a entregar, pero la policía se quedó en el departamento. Cuando regresé de la Universidad la noche del 4 de octubre, estaban los agentes y ahí me detuvieron. Me tuvieron varios días incomunicada en un lugar que era conocido como los separos de Tlaxcoaque, uno de los lugares más tremendos en ese momento. Fui víctima de represión psicológica, pero no me tocaron como lo hacían con otras mujeres, a las que violaban y torturaban. A mí no me hicieron esto porque mi amigo, el del departamento, había estudiado un posgrado en San Francisco con el hijo de Cueto, el jefe de la policía.

Entonces hicieron una concesión y no me tocaron, pero sí me obligaron a ver cómo torturaban a los jóvenes de la preparatoria. La tortura de estos chicos era brutal.

A las semanas me dijeron que me iban a liberar, pero que me fuera a mi tierra —soy de Taxco, Guerrero—, y me fui. Realmente tenía mucho miedo. Estuve Navidad y Año Nuevo con mi familia —mi madre no sabía que estaba dentro del movimiento estudiantil, si no, no me hubiera dejado regresar—. Regresé en enero para seguir con mi tesis. Llegó el 2 de enero del 69 por la mañana y en la noche fui secuestrada por la Federal de Seguridad, dirigida entonces por Nazar Haro —ese señor siniestro al que se deben muchas muertes, muchas detenciones, y contra el que estamos en juicio.

Ese día estaba en mi departamento, en Avenida Coyoacán 1625, con Antonio Pérez Sánchez, un compañero que estaba de visita y al que le decíamos *El Che*. La policía secreta llegó al departamento como si fuéramos guerrilleros con armas de alto calibre. No sé cuántos eran; entraron con llave a mi departamento. Me dijeron que Tita se las había dado, lo cual era mentira. Empezaron a catear todo el departamento y comenzaron a aparecer como por arte de magia muchas cosas que yo no había visto y que pienso que introdujeron en mi ausencia. Así fuimos secuestrados. Antonio no tenía orden de aprehensión y también lo secuestraron por el simple hecho de estar ahí conmigo y de que le dijieran *El Che*. Él estuvo dos años en Lecumberri, sin tener orden de aprehensión.

El proceso por el que nos enjuiciaron está registrado con el número 272/68. En mi opinión, el proceso fue aberrante; haz de cuenta que lo inflaron. Dijeron que yo recibía dinero de un político de ese momento, Carlos Madrazo. Jamás había conocido a ese señor, pero incluso me mostraron un cheque que decían que yo había cobrado para el movimiento. En los cajones de mi clóset habían sembrado marihuana, y decían que yo se las daba a los estudiantes para que quemaran camiones, porque también encontraron llaves, pero eran llaves que estábamos acumulando para hacer un busto del Che Guevara. Me acusaron de haber matado a un militar, y decían que iba a ir a Guerrero —de donde soy— a ver a Genaro Vázquez, el guerrillero, para entregarle medicinas. Se inventaron veinte mil cosas que dices: “¡Cómo es posible!”. Yo misma me decía: “¿Yo soy esa persona? ¡Increíble! ¡Yo nunca he matado a nadie!”. Y me enseñaron las metralletas para que les dijera cuál era la M-1, la M-2... Yo no conocía nada de eso. Del departamento nos llevaron a... nunca he sabido dónde estuvimos, pero imagino que era una casa de seguridad por el Campo Militar, porque en la casa se olía que había caballos. Nos aventaron en unas pacas de alimento para caballos y ahí nos tuvieron.

Tita estaba secuestrada en otra casa y lo que hicieron fue *contrapunpear*: a ella le decían cosas que yo decía de ella y ella lo mismo de mí, pero no caímos en su juego. Y yo sabía que Tita no me había entregado y ella sabía que yo tampoco.

Una de las cosas más importantes es que me interrogó una persona con acento extranjero —definitivamente era norteamericano—, con uniforme de camuflaje y con el pelo cortado a la *brush*, pelirrojo, un tipo que no se me olvida... su cara. Me decía que era responsable de esto, responsable de lo otro, y quería que yo le firmara un

documento en donde me hacía responsable de todo. Le dije que no podía firmar algo que no era cierto. Pero ahí empezó la tortura más fuerte, la psicológica, porque oí que le decía a un tipo: “¡Síguele!”. Y comencé a oír unos gritos muy fuertes de una mujer que lloraba y que se lamentaba, y me quedé pensando, “¿A quién estarán torturando?” Y dijo: “Si no me firmas le vamos a seguir y es tu madre que está ahí al lado”. Firmé todo.

De ahí ya nos trasladaron a Lecumberri, donde estuvimos por más de 72 horas, mucho más de 72 horas, violando los términos constitucionales y donde seguimos siendo víctimas de represión psicológica. Las celadoras nos decían constantemente que íbamos a ir a la cárcel de mujeres, que ahí nos iban a violar, que había muchas mujeres que nos estaban esperando para darnos una golpiza. Todos los días fueron así. Llegamos a la cárcel de mujeres en enero; no me acuerdo qué día, se pierde la noción del tiempo. La cárcel de mujeres de Santa Martha Acatitla estaba en la autopista a Puebla. Cuando llegamos nos encontramos con la magnífica noticia de que había presas políticas ya, lo cual desconocía. Eran presas que estaban por cuestiones de guerrilla urbana. Ellas nos ayudaron y nos protegieron.

Duramos un buen tiempo sin sentencia —también la Constitución señala que no puede pasar un año sin sentencia y pasamos más que eso—. A Tita y a mí nos sentenciaron a 16 años por diez delitos: ocho comunes, de los cuales los más importantes eran homicidio, robo, lesiones ataques a las vías generales de comunicación, y dos políticos: sedición e incitación a la rebelión.

Ahí estuvimos dos años. Con el cambio de gobierno, fui la primera prisionera liberada del 68. El 24 de diciembre del 70 me liberaron junto con otra presa, doña Adela Salazar de Castillejos; era mamá de unas estudiantes universitarias, a las que fue a buscar junto con su esposo el día que entró el ejército. Allí los detuvieron. Y así como nos pusieron esos delitos indebidamente y violando todas las garantías individuales y los derechos humanos para meternos. También para sacarnos violaron todo, porque nos quitaron los ocho delitos comunes y nos dejaron sólo los delitos políticos para podernos sacar en libertad bajo protesta.

¿Qué hizo cuando la liberaron?

Cuando salí libre, mi madre mandó a uno de mis hermanos para que me llevara a Taxco y estuve con mi madre como seis meses, o quizá más. Para mi madre fue un golpe muy fuerte enterarse que tenía una hija detenida por “rojilla”, comunista, según esto. Mi familia es una familia hasta cierto punto reaccionaria; nunca comulgaron con mis ideas. Para ellos soy la oveja negra de la familia y, de hecho, no tengo contacto con ellos. Mi madre sí comprendió la situación, pero tenía mucho temor de que me pasara algo. Decía que ya no iba a ser prisión, sino la muerte. Durante un buen tiempo no me dejó regresar a la ciudad de México, pero la convencí y empecé a buscar trabajo. Nadie me lo daba. En ese entonces era muy difícil encontrar trabajo, sobre todo por los que estaban fichados y en listas negras.

Trabajé en varios lugares y por fin entré a la Reforma Agraria, cuando ya me había embarazado de mi hija mayor. Fui madre soltera; estuve trabajando en la Reforma Agraria dos años y después entré a la Delegación Coyoacán, donde trabajé 28 años, en los cuales no pude participar mucho en la cuestión política. En Lecumberri conocí al padre de mi hija menor. Estuvo preso por la guerrilla de Monterrey durante tres años. Nos unimos y lo visité en la cárcel durante más de un año. Cuando salió, nos casamos y tuvimos a mi hija.

A invitación de Raúl Álvarez Garín, me integré al Comité 68, que lucha por las libertades pero sobre todo por la denuncia en contra de los responsables de la matanza del 2 de octubre, del 10 de junio de 1971, de la guerra sucia y de nuestro encarcelamiento. Todo el mundo sabe que padecemos una represión injusta. A la vuelta del tiempo, el pueblo sabe lo que pasó y se conoce en el mundo entero a Luis Echeverría y a Díaz Ordaz, que ya está muerto, como los principales genocidas.

¿Cuál fue su formación política? ¿Era activista antes del 68?

No, yo era hija de una familia clase media alta. Pero desde joven tuve muchas ganas de estudiar Derecho porque creía que con esa carrera iba a poder a ayudar y apoyar a la gente que lo necesitaba. Había estudiado la preparatoria en Taxco. Era un tiempo en el que estudiar en la Universidad no era fácil, y menos para una mujer, porque siempre hubo discriminación en contra de ella, ancestralmente.

Cuando vine a la ciudad de México, comencé a darme cuenta de que vivía en un mundo color de rosa y que el mundo no era así, y que la participación de la mujer era muy importante para las luchas sociales. Fue cuando empecé a estudiar Derecho que comencé a involucrarme en la cuestión política estudiantil —nunca de otra forma, siempre de forma pacífica sin pertenecer a ningún grupo en especial—. Vivía en un internado para mujeres, pero me expulsaron porque me rebelaba en contra de la injusticia. Mi madre pagaba el departamento en Avenida Coyoacán, y seguí pagando con unos amigos. Luego, el movimiento empezó y nos fuimos a vivir en la Universidad porque estábamos trabajando constantemente en los comités. Para mí es muy importante clarificar el papel de la mujer en el 68.

Una de las cosas que me caracterizan es mi apego al Che Guevara. No nada más lo respeto y lo admiro como a una figura política muy importante de los movimientos sociales, sino también a nivel personal. Nunca lo conocí en persona, pero mi vida ha estado ligada a él porque cuando caí en prisión, en mi proceso, pusieron “Ana Ignacia Rodríguez Márquez, alias Nacha”, que no era ningún alias porque no éramos delincuentes, y pusieron *cheguevarista*. Y pensé: “Bueno, sólo conozco la imagen del Che pero no conozco ni su ideología ni su participación política ni sus libros ni nada”. Es lo único que puedo agradecerle al gobierno, que me haya “becado” al Santa Martha “College” para estudiar al Che Guevara. Cuando salí ya era definitivamente guevarista, no antes.

He tratado de seguir su ejemplo en el aspecto de su política sin fronteras, de su política congruente, de ser honesto y de actuar como lo pregonaba. Es difícil, pero a la vuelta de los años tengo la frente alta; nunca he pertenecido a ningún partido y no he recibido prebendas de nadie. Mi admiración y respeto por el Che Guevara están ligados a mi experiencia en las cárceles; he visto que privan condiciones tremendas para los presos y presas. Eso es la consecuencia más de corrupción que de insalubridad, y por eso a la vuelta de 62 años de vida estoy estudiando Derechos Humanos. Dentro de la prisión de mujeres había muchos vicios, muchas corruptelas, y si no hubiera sido por el apoyo de mi madre y la ideología del Che Guevara, creo que habría podido caer en esos vicios —tenía 23 años—, y no fue así. Eso creo se lo debo a ellos dos.

¿Podría hablar del papel de las mujeres y su participación en el movimiento?

Fue muy importante. Antes del 68 participaban las mujeres en los movimientos de maestros y médicos, pero considero que no fue tan impactante. Las compañeras apoyaban en las labores de subsistencia de los Comités, aunque a nivel político se marginaban un poco. Pero en el movimiento surgieron muchas compañeras que estuvieron participando en la lucha activa. Integrábamos brigadas para poder dar a conocer al pueblo lo que estaba sucediendo, porque la prensa en ese momento estaba vendida, nada más reportaba lo que el presidente les decía. Conformamos brigadas de mujeres y mixtas también. Caminábamos hombro con hombro al lado de los compañeros, hacíamos mítines en plazas públicas y en fábricas. Todos pintábamos y pegábamos eslóganes, difundiendo y promocionando el movimiento.

Y siempre digo que nosotros no valemos nada frente a las verdaderas heroínas del movimiento estudiantil: esas mujeres anónimas, esas mujeres cuyos nombres no salen, que no son reconocidas. Pero algunas dieron su vida y muchas, no sé si por temor o por sus hijos, no aparecen ante las cámaras ni hacen presencia pública; muchas mujeres anónimas, así como hombres. Si hubo algún cambio, si hemos avanzado en las libertades democráticas, se debe a ellos. Se ha visto posteriormente cómo han proliferado muchas luchas femeninas; las ONGs surgieron; y las compañeras que se han destacado en la lucha.

Dicen que las mujeres preparaban los alimentos...

Creo que hubo varias, pero también hubo compañeras miembros del CNH. Tita era muy representativa. Ella era miembro del CNH y no era fácil. Cuentan que las asambleas del CNH eran impresionantes: todo el mundo hablaba, discutía, la fumadera por todas partes.... Cuentan que cuando ya no se podía hablar porque todos estaban gritando, ella con voz de mando paraba la situación. Claro, su físico era muy imponente. Yo estoy gorda ahora, aunque era muy delgada, pero Tita desde niña era gordita. Imagínate llegar una mole de ciento y tantos kilos y muy brava y combativa.

Otras compañeras murieron y otras no siguieron. La represión fue demasiado

fuerte, fue muy dura. Pienso que a muchas compañeras les dio temor, y es comprensible porque algunas perdieron a sus esposos, a sus padres, a sus hijos. Conozco a alguien que, cuando fue a reclamar el cuerpo de su hijo, le dijeron: “Usted tiene que decir que murió de muerte natural, porque usted tiene otros hijos que se los podemos...” ¿Qué haces ante eso? Tienes temor de que te maten a tus otros hijos. Y así se llevó el cadáver hasta Chihuahua y tuvo que decir que había muerto de otra cosa, no de un disparo el 2 de octubre. Y como ése hay infinidad de casos.

Posteriormente, en los setenta, se desarrolla un movimiento muy fuerte de la guerrilla en México, y en esos grupos guerrilleros siempre había mujeres. Mujeres que destacaron porque además fueron reprimidas brutalmente. Padecieron prisión al igual que nosotras; en la prisión donde estábamos ya había grupos de mujeres que habían participado en grupos guerrilleros, y cuando salimos llegaron más todavía. Hay un número importante de mujeres que participaron en los movimientos armados de México. No sé cuántas sean, pero siento que la mujer está presente en todos los movimientos y las luchas sociales que se han venido desarrollando desde hace treinta y tantos años.

Ahora tenemos a las mujeres de Atenco detenidas en la cárcel de Santiaguito, mujeres que estuvieron con los compañeros de Atenco y que han sido víctimas simplemente por ser de ahí y estar apoyando solidariamente. Fueron violadas y torturadas y no se hace nada por ellas, así que tratamos de obtener la atención en un nivel internacional. Están ahora también el Movimiento de Justicia Global así como las compañeras de Oaxaca.

¿Me podría describir uno de los mítines?

La manifestación que más me impactó fue la marcha del silencio, porque el pueblo realmente se solidarizó con nosotros. No decíamos nada; no íbamos gritando consignas; simplemente íbamos con la boca cubierta. Y nuestra protesta llegó al pueblo; fue para mí una manifestación muy impactante, muy importante.

La del 2 de octubre, por su magnitud, por la represión tan brutal, nos dejó una huella imborrable. Todos la vimos de diferente forma y creo que es algo lógico. Hay compañeros que dicen que somos masoquistas porque estamos recordando el 2 de octubre y marchamos. Creo que, independientemente de nosotros, el 2 de octubre siempre habrá marcha porque no nada más acuden los sobrevivientes o los hijos de los sobrevivientes, sino que acude todo mundo y manifiesta sus ideas. Es una forma de hacer un reconocimiento a ese pasado, pero sentados en el presente de que tenemos que seguir en la lucha.

Muchos dicen que hay que perdonar, pero otros decimos que para perdonar hay que hacer justicia. Nuestra posición es ésa. ¡Ya se conoció la verdad y fuimos inocentes! No creo que Echeverría no tenga por qué no padecer prisión, aunque sea un anciano. ¿Él se fijó en que éramos jóvenes, en que nos cortó de repente nuestra

vida? No se fijó en eso. Pudo haber dicho: “Repriman y detengan y háganles un juicio”, pero no se tentó el corazón para decir: “Maten”. Una persona que es capaz de eso debe pagar, y si no se puede aquí en México, pues será fuera. Pero por lo que veo aquí no se puede, porque hemos hecho todo lo necesario, hemos entrado a todas las instancias que tienen que ver con hacer justicia y no se ha hecho; hay órdenes de aprehensión que no se han cumplido; han liberado a gente que no debe estar libre, porque están ancianos; se votó una ley de lo más aberrante en la cual la gente de más de setenta años no vaya a prisión. Nosotros pedimos eso: que se castigue a los culpables. No sólo fue Echeverría, no sólo fue Díaz Ordaz; son muchos los militares que intervinieron, muchos que todavía viven.

Como Comité no queremos que se nos indemnice; queremos que se haga justicia. Yo no valoro un segundo de mi vida en términos económicos, y pasé setecientos y tantos días y setecientas y tantas noches que fueron tremendas en una prisión en la que no debería haber estado.

¿Cuál fue el significado del 68 para usted?

El 68 pasó a nivel internacional: en Alemania, Francia, Estados Unidos. Fue un movimiento que revolucionó lo que estábamos viviendo los jóvenes; surge el movimiento hippie, la guerra de Vietnam. Como movimiento, el 68 revolucionó el estilo de vida de los jóvenes. En ese momento había ataduras por parte de las familias. Por lo menos en México, por el simple hecho de traer el pelo largo, o porque usabas minifaldas, ya te estaban golpeando, ya te estaban apresando.

En México imperaba un gobierno autoritario con muchos años en el poder. Había en las leyes artículos como el 145 y el 145 bis, por el que te podían detener por el simple hecho de estar en este departamento hablando del movimiento, del Che o de lo que fuera. No había libertades. Éramos contestatarios, queríamos hacer lo que quisiéramos, tener la libertad de decidir sobre nuestro cuerpo, nuestro cabello. En el aspecto sexual siempre ha habido tabúes y en ese momento había bastantes. Ahora nos podemos manifestar. Hay mucha represión todavía, pero nuestro actuar es lógico. Ya no soy una joven, soy una vieja, pero sigo en la lucha constante y permanente.

En todos los foros donde puedo participar, participo. Cada año vamos a las universidades que nos invitan, a las escuelas, a las preparatorias, para informar del movimiento, de nuestra lucha, dar nuestros testimonios, pero sobre todo a informar lo que estamos haciendo en el presente. Muchos jóvenes ya no tienen ese referente; el 68 se los platican sus padres. Pero hay jóvenes que están ávidos de conocer qué pasó, cómo logramos romper tantas ataduras. Para ellos somos un referente importante y lo que queremos al dar nuestro mensaje es precisamente que no se olvide. Hay grupos que quieren lo que llaman la “Comisión de la Verdad”, y no estoy en contra, pero a nivel personal —y creo que también es la mística del Comité 68— no queremos perdón: exigimos justicia y castigo a los responsables. ¿Por qué? Porque a nosotros se

nos castigó y no queremos que eso se repita con otras generaciones.

Si me preguntan, ¿por qué seguir insistiendo treinta y ocho años después? Pues porque tengo hijas, porque tengo nietos. Porque quiero que marchen por las calles, que manifiesten sus ideas, que luchen y que no sean reprimidos. En treinta y ocho años ha seguido la represión: el 10 de junio de 1971, la gente que padeció la guerra sucia en la que desaparecieron más de quinientas personas. Los luchadores, sobre todo de Derechos Humanos, han sido víctimas de la represión. Se dice que México es un país libre, democrático, pero también la lucha del EZLN en Chiapas ya es conocida en el mundo entero. Ahora es la lucha de Oaxaca, la lucha de Atenco. La gente dice que México es un país democrático; ¿qué quiere decir eso?

Después del 2 de octubre, el movimiento fue derrotado. ¿Coincidiría usted en que, desde entonces, ninguna de las demandas fue escuchada y que, en consecuencia, el movimiento falló?

Después de la represión del 2 de octubre, la gente se desbalagó, le dio temor. Considero que, en diciembre, todos pensábamos que ya no había mayor cosa que hacer, porque si te movías... Y dicho y hecho: el 2 de enero me secuestraron. En prisión no me di muy bien cuenta de la lucha. Cuando escucho a mis compañeros, me doy cuenta de que siguieron luchando, que pedían nuestra libertad en todos los lugares en los que se presentaba el señor Echeverría en su campaña. No nos visitaban mucho, porque la cárcel estaba lejos y había cierto peligro. Pero tengo entendido que a los compañeros de Lecumberri siempre los apoyaron, siempre hicieron mítines de apoyo, siempre se solidarizaron. Considero que el 10 de junio del 71 fue un planteamiento: “Volvemos a salir a las calles porque están nuestros compañeros adentro”. Y otra vez, salieron y volvieron a reprimir y volvió a haber muertos. A raíz de eso creo que se explican los movimientos armados, porque no les dieron otra oportunidad de lucha.

¿En la cárcel, cómo se conectaban con el mundo exterior?

Era muy difícil. Nosotras teníamos cierta conexión con los compañeros de Lecumberri, porque doña Adela Salazar iba en visita conyugal a Lecumberri para ver a su marido. Siempre nos traía fotos, escritos, regalitos de nuestros compañeros, pero a nosotras nunca nos dejaron ir a visitarlos. Es decir, que se discriminó contra las mujeres como siempre y allá en la prisión también.

Durante muchos años se ha hablado de la participación de los hombres en el 68, y recientemente se habla de las mujeres. Estábamos lejos y éramos unas cuantas entre muchas presas comunes. Ellos, en Lecumberri, estuvieron en varias crujías, pero muchos juntos. Se les permitía la llegada de la visita a su celda, los periódicos, las revistas, la visita conyugal, muchas cosas que a nosotras nos negaron. No había visita conyugal en la cárcel de mujeres. Era verdaderamente discriminatorio.

¿Su mamá la visitó alguna vez en prisión?

Una sola vez en dos años. Ella estaba enferma; no se podía desplazar muy bien sola y mis hermanos nunca estuvieron de acuerdo conmigo. De hecho, no tengo contacto con ellos. Ellos son panistas, y en sus ojos soy lo peor.

En sus últimos años tuve la mejor relación con mi madre: ella me comprendió. Incluso llegó al nivel del Che Guevara, que para mí es uno de los grandes triunfos. Me decía: “¡Pídele al Che Guevara ser tu santo, porque a mí no me haces caso!”. Me pedía que le leyera sus libros y decía que él era un hombre bueno y que peleaba por las causas justas, y que por lo mismo tenía que estar del lado de Dios. Era su concepción, la de una mujer que no tenía cultura, pero que era un excelente ser humano—el más grande de todos.

Gracias.

1 *La Estela de Tlatelolco*, Raúl Álvarez Garín. México: Editorial Itaca, 1998.

2 Carlos Alberto Madrazo (1915-1969) Político reformador del PRI y gobernador del estado de Tabasco de 1959 a 1964. Fue nombrado a la presidencia del PRI en 1964 por Díaz Ordaz y obligado a renunciar en 1965. En 1968 se le acusó de financiar el movimiento estudiantil. Murió el siguiente año en un accidente de avión que se sospecha fue organizado por gobierno de Díaz Ordaz.

MARÍA FERNANDA CAMPA URANGA

Nació en 1940. Estudió en la Escuela Superior de Ingeniería y Arquitectura del IPN de 1958 a 1962. Obtuvo el doctorado en geología en la UNAM en 1971. De 1965 a 1995, trabajó en PEMEX y en el Instituto Mexicano de Petróleo. Fundó el laboratorio de Geología de Yacimientos del Instituto Mexicano del Petróleo en 1967 y el Instituto de Investigación Científica de la Universidad Autónoma de Guerrero en 1979.

Por favor preséntese y explíqueme cuál es su ocupación actual.

Mi nombre es María Fernanda Campa Uranga. Soy geóloga y profesora investigadora. En la actualidad estoy iniciando un proyecto nuevo para fundar la carrera de estudios de geología en la Universidad Autónoma de la Ciudad de México, que es una universidad muy chica y nueva. Fundé una carrera nueva en la Universidad Autónoma de Guerrero, en Taxco, y trabajé en PEMEX. Fui de la generación fundadora del Instituto Mexicano del Petróleo a la salida de la escuela. Además, sigo haciendo política: soy consejera emérita del PRD, porque soy fundadora.

¿Cuántos años tenía en el 68? ¿Dónde y qué estudiaba?

En el 68 estaba terminando la carrera de ingeniera geóloga en la Escuela Superior de Ingeniería y Arquitectura del IPN, y tenía 27 años. Estaba también empezando a trabajar en cuestiones petroleras. Somos una generación muy marcada por Cuba y el triunfo de los rebeldes. Entonces trabajaba y estudiaba, y como estudiante organizábamos ateneos culturales y a los estudiantes de oposición, antes del movimiento.

Tal vez me pueda platicar acerca de su formación, porque viene de una familia muy política: su papá es un hombre muy conocido, y también su mamá. Supongo que los dos tuvieron una gran influencia.

Sí, tienes razón. Nací en los cuarenta —o sea, soy de la generación de posguerra— pero en un hogar muy especial. No sólo por mi padre; también por mi madre. Ella provenía del norte de México, de Chihuahua, y era muy libre. Es más, por esa razón se vino. Ambos eran políticos del Partido Comunista de aquella época. Los encarcelaban, perdían el trabajo; eran los viejos comunistas honrados que peleaban por un sueño, por una sociedad justa, y en esa casa nací. En la casa éramos ateos y lo he sido toda mi vida, y además con una idea muy política de la vida. Mi mamá trabajaba, luego perdía el trabajo y a veces no teníamos mucho qué comer; condiciones difíciles, pero ella seguía comprometida con las cuestiones de las mujeres en especial y en general con los movimientos de la gente pobre, trabajadores y campesinos. Nos llevaba a las reuniones desde que yo era chica porque no tenía con quién dejarnos. A veces me quedaba dormida debajo de la mesa, y luego, cuando salíamos, nos ponía a repartir volantes. Nos regalaba libros desde chicas y nos enseñó a leer y a interesarnos por el mundo de otra

manera. Entonces, sí es un antecedente muy fuerte.

Digo que nací hace cincuenta años, porque he estado haciendo política desde entonces. Se dice fácil, pero el año pasado, en el 2006, que estábamos en la lucha por la defensa del voto, caminando en las calles con los millones que fuimos, recordé que el 23 de septiembre de 1956 yo acababa de ingresar a la Vocacional. Y entonces empezó una crisis muy grande que se alargó por décadas: fue la primera vez que entró el ejército mexicano al internado, el sitio donde vivían los estudiantes y comían, donde les daban una habitación, un lugar para dormir, vivir, comer y estudiar. Eran prestaciones sociales de la época del gobierno de Lázaro Cárdenas. Y me acuerdo de una sonata de Johann Sebastian Bach que narra la historia de una muchacha en algún pueblito que se va al café y el padre está desesperado porque el café era concebido como un antro de vicio y ¿cómo una muchacha decente va a ir a un café? Narra una situación social interesante —además de que es muy bonita desde el punto de vista musical—, pero me acordé de ella porque creo que los cafés siguen siendo fuentes de organización natural, de base. Entre el 23 de septiembre de 1956, cuando entró el ejército al internado del IPN, y 1968, empezaron a dismantelar todos los servicios de asistencia en las universidades del país. En CU quitaron todos los cafés después del movimiento. Los cerraron todos, como teníamos cerrada la ida al Zócalo, pues durante veinte años nadie se podía mover.

El hecho es que, como antecedente, en el 56 fue la primera vez que en mi razón y como yo, María Fernanda Campa —no la hija de fulana ni de zutano— decidí participar en la huelga de estudiantes, para sacar al ejército y por garantías que hoy se llaman derechos civiles y que no había. Fue una gran huelga; nuestro dirigente estuvo en la cárcel acusado bajo un famoso artículo, el 145 bis, un artículo que salió durante la segunda guerra mundial para combatir a los nazis. Al primero que se lo aplicaron —y después a mi papá y a otros— fue a ése, a Nicandro Mendoza, dirigente de la FNET. En ese movimiento de huelga logramos tirar al director Alejo Peralta y sacar al ejército; eso sí, se canceló para siempre el internado, y con eso muchísimos estudiantes pobres ya no pudieron venir a la ciudad de México a estudiar, y tampoco en provincia, porque en esa época no había universidades en provincia.

Yo me formé en una escuela de puros hombres, porque me inscribí para ingeniera geóloga; todavía hay pocas mujeres, pero yo fui la primera. Recuerdo la asamblea llena de estudiantes hombres en el Casco de Santo Tomás. Pedí la palabra —claro, les llamaba la atención una mujer de dieciséis años— y pedí que nos fuéramos a huelga, y nos fuimos a huelga. Fue mi primer acto, pero te da idea de la situación en la que estuvimos durante los cincuenta, los sesenta, los setenta y hasta ahora. El año pasado pensaba, “¡Tengo cincuenta años de pelea! Cincuenta años de represión. A ver si ganamos ahora con Andrés Manuel López Obrador”. Pues no, lograron imponer ilegalmente al candidato de derecha.

¿Me podría hablar de su papá? Era un líder muy importante...

Mi padre fue Valentín Campa, y fue un personaje muy importante en el siglo xx, muy importante dentro del movimiento de oposición. Incluso llegó a ser candidato a la presidencia de la República Mexicana. Quizá eso es lo menos importante, pero fue la única vez que toda la izquierda se unificó. A los treinta y tantos años ya era dirigente del Partido Comunista, junto con el secretario general de aquella época, de los años treinta, Hernán Laborde, poeta y una excelente persona, en un cuadro político complejo como fue la época después del 29. Trotsky había sido expulsado de la Unión Soviética; fue a dar a Estados Unidos y de ahí vino a México. En ese entonces vinieron los de la KGB, disfrazados de la Internacional Comunista, a presionar a mi papá a Hernán Laborde para que asesinaran a Trotsky. Y mi papá les contestó que él era revolucionario, no asesino, y los mandó al demonio. Creo que ese acto de lucidez, de decencia, te pinta mucho lo que fue Valentín, pero además la importancia política que tuvo —de la que me di cuenta ya madura—, porque inmediatamente la Internacional Comunista buscó la manera de expulsarlos del Partido Comunista Mexicano. Los expulsaron en 1938. Lo que estaba de fondo era la negativa a disciplinarse con Stalin, la KGB y otros líderes de la Internacional.

Mi papá entonces organizó otro partido con sus colegas, el Partido Obrero Campesino Mexicano. Junto con sus colegas en el movimiento obrero, donde tenía mucha fuerza, organizó la Confederación de Trabajadores de México, pero la Internacional Comunista, así como un famoso líder que se llamaba Lombardo Toledano y el gobierno mexicano, apoyó a Fidel Velázquez y al charrismo sindical, y obtuvieron todo el control. Por ejemplo, en el 52, cuando se hicieron unas elecciones, el Partido Comunista de la época apoyó a Miguel Alemán, sólo para que veas cómo fue. Mi papá habla de ello en sus memorias. Yo me enteré por mi mamá, que en esa época nos decía: “Cuando ustedes estaban chicas no sabía si nos iban a reprimir o a matar los de la CIA, los de la KGB o la policía mexicana”. Ése era el ambiente. No era como ahora; después del 68 hay algo de democracia, o mucha. Antes no podías decir nada; era la represión general de principio. Mi papá siempre se mantuvo honrado, decente; murió pobre y siempre peleando por un cambio, por justicia, por una sociedad mejor.

Lo arrestaron muchas veces. En 1958, él, como dirigente del sindicato ferrocarrilero, junto con Vallejo, armó una huelga nacional y logró ganar el sindicato. El sindicato tenía un contrato colectivo que decía que la empresa tenía que darles casa-habitación. Como Ferrocarriles Nacionales es una empresa de gobierno, una empresa estatal, pues el Estado estaba obligado a cumplirlo y construirles cualquier cantidad de casas, más otras dos, tres cosas de derechos sindicales, totalmente economicistas, nada de política mayor. Pero en vez de eso, metieron al ejército a todo el sistema ferroviario y detuvieron a todos los dirigentes; esto fue en 59. Y mi papá quedó preso otra vez. Salió de la cárcel, en esta enésima vez, en 1970 o 1971, después de diez u once años. Para entonces llevaba la mitad de su vida en la cárcel y la mitad libre, para que veas el

tamaño de un líder que no permite que lo controle nadie, que decide siempre. Por esos años, en el 68, estábamos peleando por que se aclarara el asunto del bazucazo en la Preparatoria. Se fue armando el CNH, el movimiento estudiantil. Uno de los puntos era la libertad de los presos políticos, porque del movimiento ferrocarrilero todavía quedaban Demetrio Vallejo y mi papá. Más tarde, en el 76, fue candidato. Primero fue diputado y luego candidato a la presidencia de la República. Hasta el final de su vida regresó a lo que era el Partido Comunista, o ya era PSUM, no sé. Él también fue fundador del PRD.

¿Estaba usted involucrada en un partido político?

Siempre fui política. Tengo tres patas: una es mis hijos, mi familia, mis amigos; otra es la lucha política, porque si nosotros no luchamos, nos lleva el demonio. Y la tercera es mi profesión; me gusta mucho pensar en cómo evoluciona la Tierra.

¿Entonces en el 68 estaba vinculada con el Partido Comunista?

No. Éramos estudiantes, y como estudiantes habíamos organizado una confederación paralela a las federaciones controladas—por ejemplo, en el IPN estaba la FNET, y a raíz de que entró el ejército la controló el gobierno con la ayuda del Partido Popular y de Lombardo Toledano, y en la Universidad estaba la FEU, y además un movimiento de anticomunistas feroces: eran católicos empedernidos, fascistas, los del MURO. Con ateneos y clubes logramos recomponer el movimiento estudiantil. En el campo había Normales Rurales, donde estaban internados hombres y mujeres para estudiar; ahí también trabajamos mucho, y en escuelas nocturnas de trabajadores, de manera que logramos organizar la CNED. Y en 1967 la CNED logró un gran éxito: querían clausurar una escuela de agricultura en Ciudad Juárez, Chihuahua, y la CNED se movió, hubo un movimiento nacional y ganamos. Pero no estábamos en ningún partido. Es más, a la CNED después la controlaron algunos del Partido Comunista y nosotros no estábamos de acuerdo, de manera que reventó también en el 68. Estuvimos como estudiantes libres, solos, democráticos, conociendo a mucha gente de izquierda, pero sin ninguna militancia política. Al siguiente partido al que entré fue al PRD en el 89 o 90. Todo ese tiempo estuvimos libres. Teníamos una revista —de la que te ha de haber contado Raúl Álvarez Garín— que se llamaba *Punto Crítico*, y ahí hacíamos nuestro trabajo de análisis del país y de tratar de entender para dónde iban las cosas.

¿Cuál cree que fue la razón más importante para que el 68 ocurriera en México? Digo, es una situación muy compleja pero tal vez me podría hablar de algunos puntos que considera importantes.

Creo que el 68 implica un estallido contra el autoritarismo, y es muy de la cultura de la época: son las primeras mujeres liberadas, siempre en rebeldía contra un sistema autoritario, tanto en la casa como en lo cultural, lo político y lo social. En un país

donde no hay democracia alguna, el 68 encarna a los grupos que pudimos organizarnos para pelear masivamente por una apertura hacia la democracia. Creo que eso es lo más importante y que fue muy masivo. Es una herida que seguirá abierta. Algún día se podrá cerrar cuando de verdad se haga justicia, porque lo que hicieron lo siguen haciendo. No pueden controlar a la gente y le meten al ejército y los matan, y después los meten a la cárcel —como ahora la APPO en Oaxaca y los de Atenco—. Es igual que hace cincuenta años. Con eso creen que resuelven los problemas, pero sólo los posponen y los resultados son muy trágicos. Las represiones, los encarcelamientos y las matanzas dejan secuelas. Hoy soy una vieja de 67 años, y a más de la mitad de mis amigos los han asesinado, aquí y en América Latina. Uno va cargando esas ausencias y tiene que hacer un esfuerzo muy grande para no amargarse y seguir con la esperanza de transformar cosas hasta el último día de vida.

El 68 fue un momento muy importante en la vida del país. Y a quienes participamos allí, veinteañeros, nos caló toda la vida. El 2 de octubre marchó siempre. Somos grupos de amigos que hemos sobrevivido; nos llamamos sobrevivientes del 68 porque en realidad sobrevivimos un hecho muy terrible y ahí seguimos dando lata. Yo estuve en la Plaza de las Tres Culturas el 2 de octubre. Era muy joven pero muy experimentada. Yo me había encargado de ir a preguntar a la cárcel si iban a entrar en huelga de hambre o no para que lo anunciaran en el mitin de la Plaza de las Tres Culturas. Estaba muy tensa la situación: el ejército ya había entrado a la Universidad y al IPN; estaba intentando detener a los líderes, como después nos dimos cuenta. Del 2 de octubre para atrás, en mi vida, todas las represiones habían sido disolutorias: entraba el ejército; entraba la policía; entraban provocadores disfrazados de civiles; te aventaban piedras, gases; te daban macanazos, como se usa en todo el mundo todavía, pero intentando que te fueras, intentando disolver el acto en el que estabas. El 2 de octubre no fue así. Nos dimos cuenta hasta después, y ni sabíamos dónde estábamos. Hasta después nos fuimos dando cuenta que estábamos en la boca del lobo. Y resulta que el 2 de octubre había todo un dispositivo de guerra, en donde se trataba no de que se salieran, sino de asfixiar y que cayera el que tenía que caer, de detener a los líderes del CNH. Pero no sabíamos. Nunca fuimos irresponsables. Sí notábamos que la represión iba en aumento y que había movilización del ejército, pero siempre nos habían disuelto. De repente nos vimos envueltos en una guerra, entre balazos, una tragedia espantosa. A mí me salvó mi hija. Como había ido con mi niña, chiquita, me puse abajo de un puente, de manera que en el momento en que empezó la balacera me atravesé por el puente y me pude ir a un departamento. Incluso habíamos quedado con los compas y el propio Raúl —que en esa época era mi compañero— de reunirnos para ver cómo estaban las cosas y ya no llegaron. Entonces soy una sobreviviente del 2 de octubre en ese sentido.

¿Cuántos años tenía su hija en el 68?

Un año, o meses, si yo la llevaba cargando. Incluso durante una época tuvo una secuela: veía a un policía y lloraba, porque además detuvieron a Raúl, y Raúl estaba en una cárcel y mi papá en otra, entonces yo me la pasaba de cárcel en cárcel.

Dijo que se escapó de Tlatelolco cuando el ejército estaba entrando. ¿Estaba allí cuando empezaron los tiros?

Sí. Incluso alcancé a ver las famosas bengalas y la entrada del ejército y de la policía, y me salí. Luego, desde la ventana de los amigos, vimos toda la balacera. Como los otros no llegaban, entonces me organicé para ver dónde estaban. Al día siguiente fui personalmente a la cárcel donde estaba mi papá, y mi papá me dijo que el día anterior habían vaciado toda un ala de la cárcel de hombres y que después de lo de la plaza estaba llena, retacada de presos, que habían visto a Raúl con vida —por lo menos sabíamos que estaba con vida— y de ahí tomaron a los dirigentes y se los llevaron al Campo Militar No. 1.

¿Cuánto se tardaron en encontrar a Raúl?

Con Raúl fue más duro en el sentido personal porque los desaparecieron. Quince días después empezaron a aparecer algunos en la cárcel y Raúl no aparecía. Raúl fue el último que apareció; lo dejaron en la cárcel unas dos semanas después. Lo estábamos buscando; sabíamos que estaba en el Campo Militar No. 1, pero estaba muy complicado, por más que pedíamos solidaridad.

Nos dedicamos también a tratar de rescatar el movimiento estudiantil que quedaba. Y yo además de mamá, con la niña, las visitas a la cárcel. No sé si has tenido algún día un preso, pero es una lata: que lléales comida, libros, documentos. Yo tenía en las dos cárceles a mi papá y a Raúl, e iba con mi hija, pues tampoco tenía dónde dejarla, entonces ahí iba cargando con ella.

¿Me podría hablar acerca de su papel en el movimiento? ¿Estuvo en el CNH?

No, del CNH no fui parte. Yo era parte de los grupos que ayudaban a redactar desplegados y asesorías en la dirección del CNH. Hacíamos un análisis diario de cómo estaban las cosas, por dónde iban, qué se decía. Ése era mi papel principal, que no fue mayor cosa, pero sí contribuyó.

¿Qué opina del papel de las mujeres en el movimiento en general?

Fue muy fuerte, pero éramos muy pocas mujeres. Más bien es parte del contexto histórico de los estudiantes de entonces: en el IPN éramos muy poquitas mujeres, y fuimos tres mujeres. En la UNAM, en las escuelas de humanidades y de ciencias, biología, medicina, ahí había más mujeres: en Derecho estaban Tita y Nacha. Pienso que es una representación natural, sin forzar, y también que en ese sentido no éramos feministas.

Pero, se me hace interesante porque en Francia y en los Estados Unidos, el movimiento feminista era una fuerza significativa del 68.

Nunca analicé eso así, porque lo que me movía era ser estudiante y mis derechos y obligaciones como estudiante. Estudié en una escuela que construyeron a raíz de un gran temblor que hubo en 57 y luego la reconstruyeron en el 58 y 59. No había baño para mujeres. Y jamás nadie —ni las secretarias de la escuela, ni la dirección, ni el movimiento estudiantil— hizo nada por que hubiera un baño de mujeres, porque no se nos ocurría una cosa tan absolutamente elemental. Es decir, no actuábamos en función de nuestro derecho como mujeres.



Es interesante que para usted, siendo la única mujer de la facultad, no fuera un problema mayor...

Yo ya tenía a la niña y ahí es un problema muy personal. Se la pasaban en el CNH las veinticuatro horas del día; Raúl no venía ni a dormir, y yo, con la niña, no podía echarme otra responsabilidad más que de asesoría, de discusión, de debate y cosas así. Hasta la fecha nunca he tenido un puesto importante, pero además no lo quiero; me han ofrecido porque tengo la capacidad, pero no he querido nunca. Quiero hacer lo que yo quiera, cuando quiera. La lucha por el poder político de representación no me interesa para nada y nunca me interesó. En el 68, si hubiera querido, hubiera ido y estado en el CNH, porque además los compañeros me estimaban y respetaban desde entonces. Yo me gané un espacio por mí misma, no por ser hija de quien sea.

¿Podría describir el ambiente en aquel entonces? Creo que debe de haber cambiado mucho con el paso del tiempo: cuando el movimiento empezaba, hubo manifestaciones grandes. Estaba creciendo rápidamente y supongo que había mucha emoción antes de la represión.



El movimiento del 68 es un movimiento espontáneo y no. Sí, porque adquirió una movilización de carácter único en su época. Y no, porque lo organizamos.

Hasta la fecha, no entiendo qué fue lo que pasó con el bazucazo de la preparatoria. El único sentido que le puedo encontrar es que fuera un acto de provocación oficial para hacer que estallara el movimiento y ver si podían controlar a la gente antes de las Olimpiadas. El caso es que todos estaban sorprendidos. Lo primero que se nos ocurrió es lo que sabíamos hacer desde los cincuenta: “Vamos a protestar” y “¿Cómo nos organizamos?”. En ese primer periodo, por ejemplo, Raúl Álvarez no estaba en México, sino en unos cursos de matemáticas en Oaxtepec. Yo además trabajaba en el Instituto Mexicano del Petróleo, y los fines de semana nos movíamos para ver qué pasaba con la gente. El fin de semana siguiente del bazucazo fui a visitar a Raúl con mi hijita, en plan familiar, pero también para decirle: “Oye, Raúl, creo que mejor vas cortando estos cursos y te regresas”. Su escuela, la de Física y Matemáticas, llevaba un papel muy importante desde el 67, junto con la ESIME en el IPN. Con Gilberto

Guevara, en la Facultad de Ciencias, que era nuestro cuate, se hacía de manera natural un grupo dentro del movimiento estudiantil, que había estado actuando de manera destacada. Entonces empecé a moverme, a juntar a los amigos de aquí y de allá y a tratar de armar las redes. Es emocionante para cualquiera estar allí y ver que las protestas pueden llegar a algo. El gobierno —con quien nos estábamos enfrentando— perdió la cabeza, porque no encontró otra manera. No esperábamos esa manera terrible de terminar el movimiento. A pesar de que siempre fui muy deportista —me gustaban las montañas y el alpinismo, y además corría y lanzaba jabalina— esas Olimpiadas fueron muy negras en mi vida.

Todos los años setenta fueron de guerrillas y detener a la gente. En nuestro grupo no andábamos de guerrilleros; decidimos que éramos muy jóvenes y que había muchísimas cosas que no entendíamos, no sabíamos y que teníamos que aprender. Al mismo tiempo, teníamos cierta experiencia a pesar de la juventud y de la relativa ignorancia, y algo que aportar. Por esto organizamos la revista *Punto Crítico*, en donde discutíamos, debatíamos y llegábamos a algunas conclusiones. Y la revista se mantuvo dentro de todo este mundo de antidemocracia total hasta 1988.

¿Fue un fracaso el movimiento del 68? Pues no, porque no tendríamos nada de lo que tenemos hoy si no hubiéramos pasado por ese enfrentamiento que le tocó a nuestra generación. Creo que, por ejemplo, en el caso del Comité del 68, ha sido una labor terriblemente ingrata, como son esas labores. Raúl y yo nos separamos hace unos diez años. Yo me creía la historia de que éramos yunta, y pensé que estábamos trabajando en pareja toda la vida, pero de repente empecé a oír a Raúl hablar de “yo, yo, yo”. Decidí ser una mujer libre, y entre otras cosas que descubrí después es que qué bonito es francamente andar solo. Duré 30 años con Raúl. Los viejos dirigentes nunca hablaban nada personal, cuando es parte de tu vida, parte de tus errores y parte de tus extravíos.

Podría considerar esta pregunta un poco inocente, pero ¿cuando el movimiento empezó, realmente creía que podía cambiar el sistema?

Mira, una de las críticas que nos hace mi hija —y creo que bien fundamentada— es: “Es que ustedes sí se creyeron que eran el nuevo hombre y la nueva mujer y que iban a formar una nueva sociedad”, y creo que sí lo creíamos. Nos sentíamos portadores de la semilla de la nueva sociedad, ésa es la verdad. He tenido crisis ideológicas y políticas en mi vida. Cuando formamos el PRD tenía la esperanza de que pudiéramos tumbar al PRI e instaurar un nuevo tipo de gobierno que sirviera de marco para modificaciones. En el 88 estaba convencida de que con Cuauhtémoc Cárdenas íbamos a poder transformar el país. No lo pudimos hacer en el 88. Y ahora en el 2006 abracé la candidatura de López Obrador con mucho entusiasmo —no por lo que él piensa, porque incluso creo que es bastante conservador— pero me da la impresión de que nos unen, por ejemplo, las ideas de Juárez y cosas bastante elementales. Y si hay otro movimiento y

todavía tengo razón y salud, iré. Si hubiera entrado López Obrador, se habría abierto una perspectiva diferente a la que tenemos con Fox y con Calderón, porque ahorita vamos para atrás y atrás y atrás.

Su papá estaba en la cárcel y Raúl me dijo que su casa estaba bajo vigilancia, así que había muchos signos de que el gobierno no estaba dispuesto a negociar. Por supuesto, en retrospectiva, suena fácil decirlo: ¿por qué no se dieron cuenta? ¿Por qué no entendieron lo que estaba pasando? Pero ¿podría describir el ambiente en su casa, que estaba bajo vigilancia constante?

Mira, en los años setenta me dediqué a estudiar, a la Geología y a ver la corteza terrestre, y me invitaron a un proyecto internacional para estudiar la cordillera de Alaska, el occidente de Canadá, Estados Unidos y México. Yo tenía que ir a una reunión a Denver, Colorado, y entré vía Dallas. Pero de Dallas no pude pasar. Me detuvieron. Era 1981, con la entrada de Ronald Reagan. Y en esa ocasión fue muy desagradable. Me enfrenté a que: “Si permites que te hagamos un interrogatorio puedes volver algún día, ya que se aclare, y si no permites que te hagamos el interrogatorio te deportamos y no vuelves”. Entonces para mí la cuestión era: ¿un interrogatorio político en Dallas? Dije: “Muy bien”. Y de ese interrogatorio en Dallas y del que siguió en la embajada norteamericana me quedó claro que —no sé por qué organismo policíaco norteamericano, si no es que la CIA— sabían cómo me movía, dónde me movía, dónde trabajaba, qué hacía, todo. Me quedó claro en el interrogatorio que sí tenía desplegada gente que nos controlaba.

Sabes cómo salieron de la cárcel Raúl y los compañeros del CNH, ¿no? Hubo negociaciones con nosotros, y al final pudieron salir de prisión si salían del país. En esa época había un tipo muy listo que se acaba de morir y que se llamaba Moya Palencia, y era el secretario de Gobernación de Luis Echeverría. Raúl y sus compañeros salieron para Perú, pero de ahí la Interpol los corrió a Chile y se estaban preparando para estudiar, y yo estaba acá, en México trabajando y con mi hija. Un día, aquí, en México, le preguntó la prensa a Moya Palencia: “¿Y dónde están los muchachos?”. Su respuesta fue: “Se fueron a estudiar al extranjero”, y alguien más le insistió y dijo: “Es una cuestión voluntaria”. Entonces yo hice mi recorte, agarré el teléfono, me logré comunicar con Raúl en Santiago de Chile y simplemente le dije: “Toma una pluma y anota. Eso declaró Moya Palencia. Ustedes decidan qué hacer, pero mi opinión es que se vengán, porque quiero ver al gobierno deteniéndolos. Acá nos movemos. Vamos al aeropuerto miles, de ahí a CU y vamos a ver si los detienen”. ¡Y así se regresaron! Es esa forma de enfrentarte.

También estuve en la cárcel nada más por repartir volantes. Y cuando vino Kennedy, creo que en el 62, nos detuvieron a mi mamá y a mí tres días, desaparecidas en una cárcel casi privada. Fueron a la casa y nos detuvieron —a muchos, a cientos—. Era una medida preventiva. Cuando Raúl estaba fuera, incluso hablaban por teléfono

y simulaban la voz. Muy desagradable. O asaltaban la casa para detenernos. Pero uno aprende a navegar en esas aguas, con dignidad y sin dejar de insistir. Sigo creyendo que tenemos que transformar la sociedad.

Desde luego tuvo problemas cuando volvió a los Estados Unidos tras el incidente. Después de ese asunto de Dallas, volví a Estados Unidos por cuestiones académicas. En la época de Clinton hicieron una limpieza en la embajada. Yo fui a que limpiaran mi expediente, y dijeron que estaba en el Pentágono. Me parece absurdo. No tiene sentido, pero con esa información, después del 11 de septiembre borré a Estados Unidos de mis viajes, porque después de Bush y el 11 de septiembre, capaz que me detienen, acusada de ve tú a saber qué, aunque vaya en tránsito.

¿Su papá trató de darle consejos durante el 68? Supongo que apoyaba al movimiento.

Sí, incluso era parte de sus luchas, y gracias al 68 ellos salieron de la cárcel. Tenía una sentencia de 16 años, y no lo dejaban salir en libertad provisional porque no dejaba de pensar como quería pensar. Pero gracias al movimiento se derogó el artículo 145. Es más, lo derogó el mismo Díaz Ordaz en 1970. El gobierno tenía ganada la parte de amordazar a la prensa y los medios; eso tardó también muchos años, pero lo logramos. Puedo hablar de todas estas cosas contigo abiertamente y no me da miedo a estas alturas que me metan a la cárcel o que me maten.

Uno podría decir que, ya que ninguna de las demandas del pliego petitorio fue cumplida, el movimiento fracasó. ¿Estaría de acuerdo?

No. La libertad de los presos políticos se logró; la democracia se logró. El costo fue muy alto, porque ni siquiera sabemos cuánta gente murió, pero ese pliego petitorio es producto de cientos de muchachos que representaban a su escuela con una ingenuidad total. Es el producto de eso, pero expresa un enfrentamiento con el autoritarismo, y eso lo ganamos.

Mucha gente dice que el 68 abrió el paso a la democracia, empezando con la presidencia de Echeverría. Pero en realidad fue un gobierno bastante violento. Hubo mucha represión. Para mí, es una contradicción.

No, hoy está absolutamente documentado que él fue corresponsable de toda la represión y de esas formas perversas el 2 de octubre y el 10 de junio. Sabemos la responsabilidad que tenía Echeverría, pero ¿qué hacía ante la prensa y los medios? Decía que era la apertura pero era una forma de control. Lo que habíamos abierto ya no lo podía cerrar. Es la única manera que te explicas esa contradicción. El régimen estaba desfondado, entonces él, como es un tipo listo y no tiene escrúpulos, dijo: “Yo le entro a la apertura”.

Otro personaje importante al que han querido reivindicar los priístas es Reyes Heróles. Reyes Heróles desempeñó un papel de reformador en un momento dado; él hizo las negociaciones y las modificaciones como secretario de gobernación para meter al aro a los comunistas, y los legalizaron y entraron. Ahí está todo el historial de la izquierda electoral. Pero eso no quiere decir que haya sido Echeverría. Él hizo una campaña por parecer una persona abierta.

¿Cuál es su mejor memoria del 68? ¿Cuál fue su mejor experiencia?

Creo que la manifestación del silencio, porque fue muy importante tener a la gente callada y controlada para no permitir que los provocadores hicieran las barbaridades que hacían. Toda esa parte es muy bonita, porque estábamos en todo y además estábamos como mujeres libres.

Y hay otra cosa: al principio del movimiento, el director del IPN nunca quiso jalar para nada. Creo que el gobierno lo tenía agarrado. Pero el rector de la UNAM de entonces, Barros Sierra, se portó como un caballero. Hubo una manifestación chiquita, pero muy importante, desde CU hasta el monumento a Obregón, encabezada por él y otros profesores, y ahí íbamos nosotros. Ése fue un acto muy bonito, de dignidad republicana y de una persona con un valor extraordinario. En esos momentos, salir a defender la Universidad contra el gobierno y el ejército era un acto muy emocionante para todo el que lo quisiera ver.

¿Me podría decir en qué la influyó más el 68, qué significó para usted, personalmente?

Para todos nosotros es un parteaguas y somos producto de eso. Cada quien sobrevivió como pudo. Ha sido difícil, pero en otro sentido nos hizo seguir orgullosos hasta el último día de nuestra vida. Donde quiera que vayas te encuentras a alguien que tuvo que ver con el movimiento. Fue así: espléndidamente masivo, y afectó a toda una generación, a los padres y un poco a los hijos. Después ya no. ¿Quién sabe qué pensarán los jóvenes ahora? Para ellos es historia; para nosotros es la vida.

Gracias.

PATRICIA DE LOS RÍOS

Nació en 1953. Recibió su licenciatura en sociología en la Facultad de Ciencias Políticas y Sociales en la UNAM, y su maestría y doctorado en ciencias políticas en el Departamento de Política y Gobierno de la Universidad de Maryland-College Park, en Estados Unidos. Se especializa en política interna y pensamiento político estadounidense, temas sobre los que ha publicado artículos y capítulos en revistas y libros especializados. Actualmente coordina el Programa de Asuntos Migratorios en la Universidad Iberoamericana.

¿Puede hablarnos un poco acerca de usted?

Mi nombre es Patricia de los Ríos; tengo 53 años. Tengo un doctorado en Ciencias Políticas y doy clases en la Universidad Iberoamericana.

¿Qué edad tenía en el 68?

Cumplí quince años en agosto de 1968. Tuve la oportunidad de participar en la mayoría de las grandes manifestaciones como una persona más. Fui con mi hermana, que se había graduado de la UNAM ese año y ya estaba trabajando, y mi madre.

¿Puede hablarnos acerca de su familia?

Mi madre es una refugiada política de la guerra civil española. Se naturalizó mexicana en 1940 cuando el general Cárdenas les dijo a los españoles que podían adquirir la nacionalidad mexicana. Mi padre era un inmigrante chileno. Era un amigo muy cercano de Pablo Neruda. Mis padres eran de izquierda, por lo que yo crecí con “pañales rojos”.

¿Iba su padre a las manifestaciones? ¿Los apoyaba?

Tenía una tienda en el centro, a dos cuadras de la Preparatoria Nacional. Así que fue testigo de todo y nos apoyaba completamente. La gente le decía: “¡Pero si tu hija sólo tiene quince años!”. El les contestaba: “¡Es la historia de su país y debe estar ahí!”. Pero era extranjero y estaba viejo, por lo que no participó.

Era muy joven. ¿Qué la llevo a participar? ¿Influyeron sus padres?

No fue porque mis padres me hubieran dicho algo. A los quince años era buena lectora; leía los periódicos y sabía lo que estaba pasando. ¡Pensé que tenía que ir! Bien, mi madre evidentemente estaba a favor del movimiento, y yo había estado participando en este tipo de cosas desde niña. En ese sentido, mis padres influyeron en mí. Discutíamos de política en la casa, pero no era militante. No era miembro de organización alguna, pero estaba muy consciente de lo político desde muy joven...

¿A qué escuela iba en aquel entonces?

Asistía al Colegio Madrid, una escuela fundada por refugiados españoles como mi madre.

¿Su escuela participó en la huelga?

No, mi escuela era una escuela privada, pero obviamente mucha gente estaba a favor del movimiento. Había una brigada pequeña que se llamaba la brigada Karl Marx. No participé en ella, pero algunos de mis amigos más jóvenes sí.

¿Iba a la escuela como siempre?

El movimiento estudiantil ocurrió entre el 26 de julio y el 2 de octubre de 1968. Así que, como era verano, teníamos vacaciones en mi escuela. Mi hermana tuvo su examen profesional en la Facultad de Economía de la UNAM en agosto. La Universidad estaba en huelga, pero aun así se realizaban los exámenes profesionales, de modo que entramos a la facultad por una ventana rota. En la tarde de ese mismo día fuimos a una de las manifestaciones más grandes.

¿Realmente creían que podían cambiar el sistema?

No lo sé. No había la sensación de que pudieras cambiar algo. Los estudiantes demandaban poco: la renuncia del jefe de policía, la liberación de los presos políticos y simplemente la alegría de usar las calles. En México, algunas cosas acaban en tragedia, como este movimiento, pero la primera parte fue muy liberadora. Era emocionante. Era maravilloso estar en la calle, gritar, correr. Y después, la manifestación del silencio: marchamos en silencio desde el Museo de Antropología hasta el Zócalo, ¡algo muy difícil en México, en Latinoamérica! ¡Era la demostración de que el movimiento podía ser alegre, muy joven, incluso anárquico y, a la vez, muy creativo y disciplinado! Fue increíble ver, por ejemplo, cómo las cosas creadas para los juegos olímpicos por muy buenos arquitectos y diseñadores mexicanos fueron transformadas por los estudiantes. ¡Fue fantástico!

El movimiento fue muy mexicano y, a la vez, podías sentir algo que describió Octavio Paz en *El laberinto de la soledad* como “ser contemporáneos de todos los hombres”, del movimiento de mayo en Francia, de las grandes manifestaciones en Estados Unidos. Tenía el sabor de la camaradería entre hermanos y hermanas de otros pueblos en otros países.

¿De modo que estaban muy conscientes de los movimientos internacionales?

¡Yo sí lo estaba! Muchas de las pintas sobre los muros venían de París o Estados Unidos, por ejemplo: “Prohibido prohibir” o “Hagan el amor, no la guerra”.

También recuerdo que Carlos Fuentes publicó un hermoso libro ilustrado sobre las experiencias en mayo en París. Así que estaba muy consciente del movimiento en Francia, y supongo que muchos otros estudiantes lo estaban también.

Para mí fue impresionante, por ejemplo, ver las imágenes de una masa en las calles demostrando el poder de la gente. ¿Cuál es su recuerdo más grato de ese

momento?

Para mí, la experiencia en su totalidad es una de las memorias más gratas de mi vida. ¡Tenía quince años y era libre! Muchos de mis amigos no pudieron participar porque sus padres se los prohibieron, mientras que yo iba con mi madre y mi hermana. ¡Era extraordinario, fantástico, la creatividad y la sensación de tomar posesión de la calle!

Los estudiantes desarrollaron formas distintas de protesta. Por ejemplo, los mítines relámpago. En un camión, en el mercado o en el intermedio de una película, los estudiantes informaban a la gente sobre el movimiento. Los medios estaban controlados y censurados por el gobierno: la televisión decía puras mentiras y la prensa también. Quizás la caricatura política era más crítica, al igual que algunos periodistas.

Creo que el 68 fue principalmente una transformación de la clase media. Abrió un proceso largo, muy largo, de democratización que creo que no ha terminado realmente. Creo que la influencia del movimiento fue social y cultural. Desde un punto de vista político, el movimiento fue reprimido y derrotado. Por esa razón en los setenta algunos estudiantes decidieron unirse a la guerrilla. Sin embargo, a largo plazo, el movimiento contribuyó a la democratización del país.

¿Cuál fue su importancia personalmente?

Fue una de las experiencias más importantes de mi vida: de mi vida como joven, mi vida como habitante de la ciudad de México. Fui testigo y participante, uno de miles de habitantes de la ciudad de México que se manifestaron en las calles. Siempre estoy tratando de encontrarme en las fotografías. Obviamente, las personas que ves son los famosos, los que estuvieron en la cárcel, etcétera, pero fuimos miles...

¿Cree que sea posible que un movimiento tan grande pueda volver a darse?

¡Sin duda puede haber otros movimientos! Después del terremoto [en 1985] se dio un movimiento increíble. Hay un verso famoso de un poema en náhuatl que habla de la ciudad de México como un lugar que puede renacer de muchas formas, y el 85 fue uno de esos momentos. Ha habido muchos movimientos sociales en otras ciudades, por supuesto.

Creo que socialmente el 68 abrió muchos caminos para la clase media y los estudiantes. Ciertamente hoy gozamos de más libertad y derechos, pero no hay más justicia en el país. Al contrario, probablemente hay menos justicia ahora porque el país está más polarizado económica y socialmente. Por lo que no sé si la clase media va a ser, como en el 68, protagonista de algún movimiento. Ahora, probablemente se darán movimientos en el campo, campesinos, gente que no tiene muchas oportunidades... Bueno, la mayoría emigra a Estados Unidos, pero simplemente mira las protestas del primero de mayo en los Estados Unidos: esos sectores no habían participado en México o en Estados Unidos con anterioridad, excepto unos cuantos en Washington o Nueva York. Estas manifestaciones son herederas, en parte, del movimiento del 68,

aunque gran parte de estas personas no había nacido aún. Este tipo de manifestaciones son una tradición en México.

En el 68, el sistema político estaba cerrado, era muy autoritario. Esa fue la razón por la que las manifestaciones fueron tan grandes. Los participantes eran principalmente de la clase media y estudiantes de la UNAM y el IPN. Y claro, ¡habían sido los beneficiarios del desarrollo económico de los últimos treinta años previos al 68! La generación baby boom mexicana. Los estudiantes de izquierda querían involucrar a los obreros en el movimiento, así que fueron a las fábricas, pero los obreros nunca se unieron a los estudiantes, al menos de manera masiva.



¿Qué piensa del papel de la mujer en el movimiento del 68? Las demandas feministas no fueron un gran tema de debate en México en el 68...

Me parece que incluso en Estados Unidos el movimiento feminista comenzó un poco más tarde. En México, miles de mujeres tomaron las calles, mujeres jóvenes como yo. Pero dentro del movimiento había sólo dos o tres mujeres líderes, algunas de las cuales fueron encarceladas, pero no eran tan famosas como los hombres. Por supuesto, también existía una gran tradición machista dentro de la izquierda. Muchas mujeres pintaban los muros, fabricaban volantes e iban a las manifestaciones, pero no salieron en los titulares de la prensa. No fueron el rostro del movimiento estudiantil. Supongo que la causa fue la misma que en otros países donde la mujer tenía que preparar el café para los líderes que recibían toda la atención. Eso no quiere decir que las mujeres no participaran muy activamente. Supongo que muchas mujeres pasaron por esta experiencia. Asimismo, al casarse con estos líderes y no ser tratadas bien o de manera equitativa, reflexionaron sobre su condición de mujeres. Por lo que supongo que fue un momento muy importante para la mujer en México en ese sentido—no en el sentido de que los movimientos sociales o políticos estaban tomando en cuenta sus demandas y problemas.



Es interesante que haya tantos libros sobre el 68 escritos por hombres, pero muy poco escritos por mujeres. Yo conozco sólo dos.

Para el vigésimo aniversario del movimiento un periodista mexicano famoso publicó muchas entrevistas con los participantes. Las mujeres que aparecieron en esta revista eran las esposas de intelectuales famosos que ni siquiera vivían en México en aquel entonces y que no participaron. No entrevistaron a Tita u otras mujeres que participaron en el movimiento, por ejemplo, a las dos mujeres que aparecen en la fotografía que te mostré. La mamá de la amiga de mi hermana pasó por una transformación muy interesante. Ellas eran mujeres muy católicas, muy tradicionales, madres mexicanas abnegadas. Al inicio del movimiento muchas de ellas se opusieron al movimiento. Pero a causa de sus hijos se volvieron muy activas. Y éste también es el caso de las madres de los presos políticos que antes no tenían participación política, que no estaban a

favor de ninguna de estas cosas, que nunca habían ido a una manifestación en su vida —quizás a la iglesia para manifestarse a favor de algún santo—. Al menos cientos de ellas cambiaron a raíz del movimiento. Estas son las experiencias “reales”. No sólo las mujeres jóvenes, sino también las mujeres maduras, experimentaron un proceso de cambio muy interesante. Estas mujeres son anónimas. ¿Pero quién habla acerca del movimiento? ¡Las mujeres que ni siquiera estuvieron ahí! Y hablan porque están casadas con gente famosa o son famosas ahora pero no participaron. De modo que creo que esa historia está aún por contarse.

Muchas cosas sucedieron con las mujeres en ese tiempo. Por supuesto, vino la liberación sexual y los líderes estaban muy contentos con la liberación sexual, pero no con la liberación política o la igualdad personal, tener que lavar los trastes o atender a los hijos. Este proceso comenzó entonces...

Después de Tlatelolco, ¿cómo te sentías en relación con la sociedad y el sistema mexicano, y con la posibilidad de tu participación como sujeto político?

Tlatelolco fue terrible. No te puedes imaginar cómo fue ese día. Yo no fui a Tlatelolco, porque ése era el final del movimiento y mi madre me dijo: Creo que es mejor que no vayas, sólo es un mitin. Así que ese día fui al cine con un amigo y en cuanto salimos alguien nos llamó o llamamos a alguien y comenzaron a circular rumores en voz baja. La gente estaba hablando de lo que había ocurrido. Era como un velo que caía sobre la ciudad. La ciudad estaba muy callada. El día siguiente la prensa tendría que decir algo, no podrían evitarlo. Pero sólo estuvo el cartón de Abel Quezada: completamente negro con un título que decía: ¿Por qué?

Después de Tlatelolco mi hermana fue a visitar a uno de sus amigos en la cárcel. Juntamos dinero para los presos políticos, firmamos peticiones. Sabíamos de personas que pensaban que la única manera de luchar era la guerrilla, pero yo no estaba a favor de eso. Era políticamente activa como ciudadana, pero no en un partido político. Terminé la preparatoria. Viajé. Era también la época de otros movimientos, de la música como el rocanrol, de ver películas prohibidas en México como Woodstock, etcétera. Estos eran pequeños actos de resistencia, si quieres, pero yo no era una militante. Después, cuando estudié en la universidad, participé en una organización estudiantil. He votado por la izquierda, pero nunca he sido una militante.

Por supuesto, después de Tlatelolco pensé que el sistema era terriblemente autoritario. Participé en muchas manifestaciones en la escuela y la universidad, y después de Tlatelolco podías palpar el peligro de la represión. Cuando Echeverría entró a la Universidad yo estaba en el auditorio en el que había gente disparando.

¿Qué disparaban?

¡Pistolas! Insistió en ir a la Universidad, por lo que un estudiante le tiró una piedra. ¡Era una provocación! No tenía por qué haber ido. Había cientos de estudiantes en el

auditorio que se manifestaban y gritaban en su contra. Nos llamó fascistas porque no le permitimos hablar. Algunas personas dispararon pistolas. Pero en realidad fue muy exitoso porque su gobierno le dio mucho dinero a la Universidad. Y tuvo una buena política hacia Chile, lo cual es característico de la política mexicana, excepto de este último gobierno derechista. Pero todos los gobiernos del PRI solían tener buenas relaciones internacionales y muy malas políticas nacionales. Así que Echeverría abrió muchas puertas a los intelectuales, a personas que venían del movimiento. En ese sentido, fue un político muy inteligente, pero también reprimió a las personas que se unieron a la guerrilla y, por supuesto, también estuvo la represión del 71. Hoy todavía no conocemos cuál fue su responsabilidad en el 68. Por fortuna ahora ha sido acusado y está bajo arresto domiciliario. De modo que es una persona muy ambigua.

En el juicio no lo hallaron culpable porque estaba acusado de genocidio...

No creo que se le pueda aplicar ese término a Echeverría. Especialmente en un mundo en donde tenemos el caso de Rwanda; no se puede usar ese término ligeramente. Se puede usar el término “criminal”. Yo hubiera estado más a favor de un libro blanco que documentara todas las personas que murieron, desaparecieron o fueron encarceladas injustamente. Fue una represión terrible y tendría que estar en la cárcel. Pero hubiera preferido una comisión de la verdad. Creo que México, en donde los crímenes políticos —y los de cualquier otra clase— nunca son castigados, esa hubiera sido la manera correcta de proceder.

Gracias.

MERCEDES PERELLÓ

Nació en 1947. Entró en la UNAM en 1965 para estudiar psicología. En 1967 se incorporó a la Liga Comunista Espartaco. En 1968 su esposo fue detenido y encarcelado en Lecumberri. En 1993 fue nombrada coordinadora de servicios editoriales en la misma facultad, puesto que desempeña todavía. En 1998 obtuvo la licenciatura en psicología.

Por favor preséntese. ¿Cuántos años tenía en el 68 y qué estudiaba?

Soy Mercedes Perelló. Actualmente trabajo como encargada de una editorial de la Universidad en la Facultad de Ciencias. Tenía 20 años en el 68, un año de casada y estudiaba Psicología en la Facultad de Filosofía y Letras.

Su familia era muy política...

Mis padres fueron refugiados de la guerra civil española. Vivimos la infancia y la juventud en un clima de definición política. Aunque mi padre no era comunista ni revolucionario, era independentista catalán; hablar de cárcel y rebelión era algo cotidiano.

¿Entonces para usted era “natural” participar en el movimiento?

Alguna vez dije que no sabía si nosotros habíamos encontrado al 68 o si el 68 nos había encontrado a nosotros, porque para cuando surge el movimiento, aunque no pudimos preverlo y no lo preparamos tal cual, ya teníamos bastante experiencia.

Fuimos la generación de los sesenta que ya en 1964 o 1965 salía a las calles apoyando a la revolución cubana contra la invasión de Playa Girón. Recuerdo mi emoción de adolescente aquí, en Reforma, cuando pasó una manifestación de muchachos con boinas, mayores que yo, gritando vivas al Che Guevara y a Fidel Castro. Iba encabezando la manifestación el general Lázaro Cárdenas en 1961. Sentí una emoción muy grande cuando vi a esos jóvenes. No sabía por qué protestaban, yo tenía 13 años más o menos, pero sentí que era gente buena. Me gustó lo que reflejaba su mirada y su actitud. Entonces mi hermano Marcelino y yo llegamos a la escuela y Marcelino pintó en una pared muy grande: “¡Viva Cuba!”. Creo que fue mi primera participación política más o menos consciente porque tampoco sabía muy bien qué pasaba. Así que, cuando surge el 68, ya estábamos muy acostumbrados a desfilar, a hacer volantes, a gritar consignas. Era ya parte de algunos de nosotros e incorporó a muchos otros más que habían sido indiferentes.

¿Cuáles fueron las razones más importantes que la llevaron a participar?

Curiosamente yo formaba parte de un grupo político como simpatizante. No era una militante probada, pero era un grupo de extrema izquierda, de corte maoísta bastante radical, y hacíamos trabajo en sectores obreros. Mi esposo y yo estábamos trabajando con ferrocarrileros y petroleros, que considerábamos la parte más fuerte de la clase

obrero en el Distrito Federal. Hubo un movimiento ferrocarrilero en 1959 y 60; aún estaban presos sus dirigentes y era algo que en lo personal me inquietaba, me dolía mucho. Así que cuando surgió el movimiento del 68 con esa fuerza, nosotros, más que hacer trabajo entre los estudiantes, empezamos a hacer trabajo entre los obreros en un intento de vincularlos con los estudiantes. No sabíamos muy bien cómo, pero nos parecía que lo que estaba pasando podría ser un prospecto de revolución, podía devenir en algo muy importante políticamente. Evidentemente no estábamos preparados más que para ir siguiendo un movimiento con dinámica propia. No teníamos experiencia; no entendíamos la capacidad de infiltración del Estado y de la derecha; fuimos muy manipulados, sin duda.

¿Por quiénes?

Sobre todo porque creo que el movimiento también le convenía a ciertos políticos mexicanos y que muchas de las acciones fueron provocadas para que el movimiento creciera. Sin embargo, tuvo una dinámica muy especial. Extraordinariamente pudo brincar por encima de los deseos de los provocadores y generar una corriente muy liberadora, muy honesta, que supo pasar por encima de los planteamientos perversos de algunos grupos.

¿Cuáles fueron sus estrategias con los trabajadores?

Las mujeres estábamos un poco en segundo plano porque no podíamos entrar a los centros de trabajo que eran eminentemente masculinos. Sin embargo, repartíamos propaganda y hacíamos mítines en las afueras de los centros de trabajo. Pero los compañeros, mi esposo entre ellos, sí entraban. En las noches se vestían de obreros. Entraban, en particular mi esposo, en Ferrocarriles, a las zonas donde estaban los trabajadores y hablaban con ellos y los empezaban a orientar, no sólo para que se unieran al movimiento sino también para que pelearan por sus propias reivindicaciones.

Recuerdo que hacia agosto y septiembre de 68, gracias a ese trabajo, se logró convocar a la primera asamblea de ferrocarrileros después del golpe al movimiento de 1960. De 1960 al 68 no había habido una sola asamblea. Entonces se convocó a esa asamblea y llegó mucha, mucha gente y se logró que hubiera una votación favorable a respaldar el movimiento de los estudiantes.

¿Era usted parte de una brigada? ¿Qué opina del papel de la mujer en el 68?

A la asamblea no pudimos entrar las mujeres, pero siempre estuvimos en la parte organizativa, en las reuniones, en la toma de decisiones. Fue muy importante, aunque nunca dejamos de mantener un estatus de segundo lugar: las comisiones de alimentación: las mujeres; las comisiones de limpieza: las mujeres; pocas lideresas: sólo dos. Era un reflejo de la situación general. En realidad, aunque nuestros propios compañeros hablaban de la liberación femenina, habían sido criados con esquemas machistas

y nos trataban con esquemas machistas. Y nosotras aceptábamos esos esquemas dócilmente. Era mucho menos marcada que ahora la discrepancia de nosotras mismas ante los esquemas de la sociedad machista. Era algo asumido. Yo había tenido una imagen materna, si no sumisa, sí muy fiel a su papel de ama de casa, de madre abnegada, y había tenido una imagen paterna muy clara del hombre que manda, que decide, que organiza todo. Así que no era fácil, en aquel entonces, rebelarse. Y no era nuestra preocupación, porque en ese momento lo que logramos fue no pelearnos entre nosotros.

Nos habíamos pasado desde 1965 hasta el 68 peleando contra los trotskistas, contra los del Partido Comunista. Mi hermano y yo éramos enemigos feroces. En nuestra misma casa se reunían dos células antagonistas: Marcelino era del Partido Comunista, que eran pro soviéticos, y nosotros maoístas, pro China. Teníamos fuertes discrepancias acerca de cómo hacer la revolución. En el 68 por primera vez dejamos de pelear y todos nos unimos en lo mismo. Fue muy bonito.

¿En aquel entonces, vivía con sus padres o con su marido?

Yo ya estaba casada. Vivíamos en una casita muy pequeña. La represión a mi familia fue muy fuerte. Buscaban a Marcelino por todas partes. Después de varias redadas a casa de mi madre —que no estaba en México, pues había ido de vacaciones a ver a su madre en Cataluña—, tuvimos que irnos de la casa donde vivíamos que, por cierto, estaba llena de propaganda, de revistas, de periódicos, hasta el techo. Mi esposo era un poco obsesivo con su colección de *Pekín Informa*, *China Reconstruye...*

Déjame ir un poco hacia atrás. Cuando surgió el movimiento el 27 de julio del 68, Marcelino fue detenido en las oficinas del Partido Comunista. Eso fue lo primero que pasó. Llegó la policía al local del Partido Comunista y detuvo a todos los miembros del Partido que estaban ahí. Se los llevaron a la cárcel. Alguien le avisó a mi mamá que Marcelino estaba detenido. Mi madre era directora de una escuela de niños ricos y algunos hijos de políticos importantes iban a esa escuela. Mi mamá, en cuanto supo que Marcelino estaba detenido, llamó a algunas personas y consiguió que lo pusieran en libertad. Y Marcelino se enoja mucho porque sus amigos quedaron detenidos y fue liberado. Pero por algo pasan las cosas, porque Marcelino, en el momento en que quedó libre, decidió asumir una actitud más comprometida porque tenía ese peso de los amigos en la cárcel. Hubo varios de ellos que no salieron hasta tres años después. Fueron los primeros presos del 68.

En ese momento empezó el movimiento. Fue el primer día del movimiento. Creo que lo del Partido fue el 26 de julio y el 27 fue la gran manifestación por la revolución cubana y en protesta por una agresión en la Ciudadela. Ahí fue la primera provocación. Ahí ya había piedras preparadas, gente que no eran estudiantes rompiendo escaparates. Pero no nos dimos cuenta de lo que estaba cocinándose. Nos pescó un poco de sorpresa. Yo estaba en el Zócalo, vimos los golpes, pero regresamos a nuestras clases. Y pocos días después nos avisaron que habían tomado la Preparatoria 1 de San

Ildefonso con una bazuca. Y ése fue el detonante de mi estallido y del de todos los demás, que dijimos: “Esto no puede ser. Tenemos que hacer algo”. Y fue el momento en que se declaró la huelga, se organizó el Comité de Lucha y la policía fue a buscar a mi mamá a la escuela donde trabajaba para decirle que cuidara que Marcelino no hiciera nada comprometedor, porque sabían que él estaba planeando poner una bomba en el Estadio Olímpico el día de la inauguración de los Juegos Olímpicos.

¿No era cierto, verdad?

No. Mi mamá se les quedó mirando. Eran como gánsters: camisa negra, corbata blanca, sombrero tipo los años veinte. Era una mujer con una gran presencia, y les dijo: “¿Ustedes pueden controlar a sus hijos mayores de 18 años? Si es así, los felicito; yo no. Mi hijo es mayor de edad”. Y así los despidió. Pocos días después mi mamá salió de vacaciones a visitar a mi abuela en Cataluña y las cosas aquí empezaron a subir de tono. Marcelino empezó a comprometerse cada vez más con el movimiento; se convirtió en uno de los líderes más carismáticos y, por supuesto, más perseguidos. Hay momentos gloriosos del movimiento, realmente gloriosos.

¿Cuál fue el más impresionante?

Creo que la manifestación silenciosa. Impactante. Sobre todo por la actitud de la gente, de los ciudadanos comunes y corrientes que caminaban por la calle. Era de una simpatía impresionante. Conmovía ese silencio de los marchistas al lado de los gritos de los espectadores que alentaban y simpatizaban. ¡Todavía lo recuerdo y la carne se me pone de gallina! Entrar así por Avenida Madero, allí donde se estrecha, en el momento del crepúsculo cuando el sol desaparece, y los ferrocarrileros portando las luces de bengala, las señales luminosas que usan en los trenes, iluminando la manifestación, fue algo que no cabía en el pecho; esa sensación de hermandad con el que viene pegado a tu hombro y que no sabes quién es pero por quien podrías dar la vida en ese momento. Fue como el clímax del movimiento. Aparte de toda la vivencia de las brigadas, de las vigilancias en la Universidad...

Cuando comenzó la represión más violenta, el panorama empezó a ponerse gris. La toma del IPN fue un golpe muy duro y, después, la toma de la Universidad nos desarticuló de una manera tremenda, y a pesar de esto logramos reorganizar todo el equipo de propaganda, de movilización de las brigadas a las colonias proletarias, a pintar los autobuses, a pegar papeles en la calle explicándole a la gente lo que estaba pasando. Y cuando la toma de Ciudad Universitaria, a mí empieza a angustiarme mucho la situación de Marcelino.

¿Estaba en CU esa noche?

No, yo no estaba en CU y no pude localizar a Marcelino; fue el momento en que nos desvinculamos. Nuestra propia dinámica también nos obligó a dejar la casa donde

vivíamos, a escondernos en muchas casas. Marcelino hacía lo mismo; se iba escondiendo en las casas de diferentes amigos y la policía iba siguiendo sus pasos. La casa de mi mamá fue allanada por la policía; se llevaron muchos libros, papeles, revistas de Marcelino, una grabadora. Y mi mamá no estaba en México. Pocos días después detuvieron a mi hermano mayor, Carlos; lo secuestró la Federal de Seguridad. Nassar Haro en persona lo detuvo y lo interrogó, exigiéndole la dirección de Marcelino. Curiosamente Carlos la traía en la bolsa. Se la acababan de dar. Pero nunca pensaron que la trajera escrita. Estuvo tres días incomunicado. No lo encontrábamos por ninguna parte. Movimos al director de IPN —mi hermano trabajaba ahí—. Al final lo liberaron diciéndole: “Dígale a su madre que no puede regresar a México”. Ahí se empezó a perfilar un plan muy maquiavélico. Pienso que era una venganza personal de Echeverría en contra mi hermano. Una cosa que no sucedió con nadie más. Le enviaron cartas al director de la escuela donde trabajaba mi mamá diciéndole que no podían volver a darle trabajo a mi mamá, cartas al dueño del edificio donde vivíamos diciéndole que no podía seguirnos alquilando el departamento donde vivíamos. Y mi madre se fue a Puerto Rico, a casa de mi hermana, a esperar el momento en que pudiera entrar.

Llegó el 2 de octubre. Estaba en la Plaza esperando que llegara mi esposo a reunirse conmigo. Y antes de aquello sucedió la agresión. Yo todavía estaba muy calmada cuando comenzaron los tiros. Empecé a gritar: “¡No corran, no pasa nada! ¡Son de salva”; porque, efectivamente, sonaban los tiros y no caíamos. Era tan impresionante. Estábamos realmente rodeados y los soldados iban codo con codo cerrando el ángulo. Una amiga que iba conmigo se puso muy histérica; corrió hacia los soldados, la detuve y caímos al suelo. Y después de estar un rato en el suelo, decidimos salir corriendo hacia los edificios, pero no meternos en los departamentos como hizo mucha gente, que fue muy mala idea. Nos fuimos corriendo y logramos llegar a unos negocios que había sobre Paseo de la Reforma y nos metimos en un salón de belleza, sin zapatos —no sabemos en qué momento los perdimos—. Y sólo escuchábamos las balas, los gritos. Pero antes de llegar al salón —no tiene importancia, pero me encanta contarlo— íbamos corriendo aterrorizadas, con el cuerpo dormido —nunca había sentido el pánico: se te duerme el cuerpo, te hormiguea—, y pasamos junto a las instalaciones deportivas y vimos a un muchacho en un trampolín de la alberca, ¡preparándose para un clavado, con una tranquilidad absoluta! Él no tenía la menor idea de lo que estaba pasando 200 metros atrás. ¡Y cómo despegaba y se lanzaba a la alberca! Fueron imágenes muy extrañas: atrás una imagen desquiciante y de pronto una imagen tan plácida, bella.

¿Podía oír los balazos?

Después se empezó a escuchar con mucha fuerza un helicóptero que volaba a muy baja altura. Mientras tanto nos acogieron en ese beauty shop; nos poníamos los tubos en la cabeza para que no pensarán que éramos estudiantes. Y entonces en la calle empezaron

a aparecer muchachos muy jóvenes, enfurecidos, y comenzaron a tirar camiones, a voltear patrullas, y los tanques estaban sobre la avenida. Y la verdad es que ni siquiera pensaban el peligro en el que estaban. Era una rabia tan profunda... Decidimos salir a la calle. Vimos a muchas madres y padres que corrían hacia la plaza porque buscaban a sus hijos. Por más que los queríamos detener, era absolutamente inútil. Entramos en una especie de crisis, de pánico. Oíamos ametralladoras. Ya no sabíamos qué estaba pasando. Me acuerdo que llorábamos y gritábamos: “¡Los matan, los matan!”. Era terrible y yo tenía la imagen del balcón donde estaban los dirigentes, porque pensaba que Marcelino estaba ahí, y tampoco sabía dónde había quedado mi esposo. Era una situación terriblemente angustiante. Tomamos un taxi y nos fuimos a nuestra casa, a la casa de esta amiga donde estábamos escondidos. Y después, luego de dejarla a ella, fui a buscar a gente que me dijera dónde estaban los demás. Y por fin supe que Marcelino no había llegado, que a mi esposo también se le había hecho tarde y que tampoco había llegado. Y a los dos o tres días, mi esposo fue detenido en el departamento donde se estaba reproduciendo la propaganda. La policía le abrió la puerta, lo detuvieron y no supimos nada de él hasta una semana después, cuando apareció en la cárcel de Lecumberri. Se empezó a complicar todo mucho; había muchos detenidos, todos teníamos mucho miedo; nuestros puntos de organización estaban realmente destruidos y la gente que quedó afuera empezó otra vez a polarizarse. Aquellas fracciones, tendencias, por primera vez en el movimiento volvieron a hacerse discrepantes. La gente del Partido Comunista propuso regresar a clases, levantar la huelga, y había otro sector, en el cual estábamos nosotros, que decía que no se debía levantar la huelga. Empezaron los enfrentamientos otra vez entre nosotros. Y eso fue lo peor que pudo pasar. En enero, ya con la convocatoria de regresar a clases, en la última asamblea en la que yo participé, Marcelino y yo nos enfrentamos. Yo como representante de los familiares de los presos políticos y él con la posición —que ahora la entiendo— de que regresara la gente a la Universidad porque estábamos completamente desvinculados, estábamos alejados y no nos podíamos organizar, y nosotros diciendo: “Es que nuestra única presión es tener cerradas las escuelas”. Después de esa última asamblea, la persecución a Marcelino fue durísima. Se decidió que saliera del país y se consiguió sacarlo de la ciudad de manera clandestina en la cajuela de un coche. En fin. Salió él, y yo más bien me dediqué a la lucha por sacar a los presos de la cárcel. Fue muy difícil. Salvador estuvo dos años y ocho meses en la cárcel.

Entonces, iba a la cárcel...

Sí, todo el tiempo: sábados, domingos, entre semana. La vida cambió totalmente, a pesar de que seguía con las reuniones en el grupo político La Liga Comunista Espartaco. La derrota fue total. Nos hicieron polvo. No hubo negociación posible. Creo que no podía haberla. Entiendo la posición de cada quien, su papel. Al Estado le correspondía reprimir y le correspondía evitar que nosotros sintiéramos ganas de seguir

adelante. ¡Era lógico!

A partir de ahí cada quien empezó a tomar decisiones y nos dimos cuenta de que ese movimiento reflejaba los deseos de cambiar las cosas, pero que había que hacerlo con más organización, pensando mejor las cosas. Y cada quien tomó un camino. Algunos subieron a la montaña, se hicieron guerrilleros y lucharon contra el ejército. Otros fueron guerrilleros urbanos. Nosotros fuimos más dados a organizar a los obreros con la idea de que el partido tenía que ser el partido de los proletarios.

Quedaron las tres principales corrientes que surgieron del movimiento del 68 y ahí empezaron los años setenta, los grandes setenta, donde el trabajo fue más clandestino, más de hormiga: trabajar todos los días convenciendo a alguien, ya sea en Guerrero, en la guerrilla de Lucio [Cabañas] o de Genaro Vázquez, o en Chiapas, a los indígenas, o aquí, a los obreros, o los que se lanzan a las colonias populares a organizar colonias inmensas de terrenos tomados. En todo el país grupos de revolucionarios se distribuyeron para tratar de organizarse para la revolución. Fue una época también bella los setenta; muy, muy bella.

Luego usted y su marido decidieron trabajar y vivir como trabajadores, ¿verdad? Sí, cuando él salió de la cárcel. Ahí mismo había conocido a varios obreros, sobre todo ferrocarrileros. Él salió con el convencimiento de hacerse ferrocarrilero y entró a trabajar en Ferrocarriles; yo seguía trabajando de maestra de psicología en una escuela de Polanco. Para esto, mi mamá no fue admitida en México nunca más. En el 69 mi madre entró a México porque yo le preocupaba mucho. Entró clandestinamente, pero cuando la policía se dio cuenta de que mi mamá estaba en México, la persiguió por todas partes. No la encontraron porque yo vivía escondida en un cuarto de azotea y ahí fue a vivir mi mamá. Dormía en el suelo conmigo. Un desastre. Mi mamá tenía 66 o 67 años y, después de dos semanas de estar así, dijo: “Yo no voy a vivir escondida”. Se presentó en la Federal de Seguridad, pidió hablar con Gutiérrez Barrios y le dijo: “Aquí estoy”. Gutiérrez Barrios le dijo que tenía que dejar el país. Mi madre le contestó: “¿Por qué? Expúlsame. Aplíqueme el artículo 33 de que soy una extranjera indeseable y entonces me voy”. Y le dijo: “No, usted firma su renuncia a su residencia en México (porque mis padres nunca se naturalizaron mexicanos). Usted firma su renuncia, porque recuerde que aún tiene hijos viviendo en este país”. Fue una amenaza terrible y mi mamá obviamente firmó. Entonces le pidió que antes de ser expulsada le permitiera ir a ver a su yerno —a mi esposo— a la cárcel, y la llevaron a ver a Salvador en una entrevista muy conmovedora. Y al final, siempre con Gutiérrez Barrios detrás, la llevaron al aeropuerto y la subieron a un avión. Y mi madre, todavía en el avión, cerraba el puño, y le escribí a mi hermano Marcelino que hiciera siempre lo que su conciencia dictara y que no importaba lo que había pasado con ella. Fue una de las venganzas más absurdas y más crueles, porque mi madre perdió todo por segunda vez en la vida. Ella había dejado todo a causa de Franco y ahora tenía que regresar a las tierras de Franco,

expulsada del país que la había acogido, sin trabajo, sin casa, sin dinero, sin nada. Fue una vendetta terrible. Pero mi madre siempre tuvo muy buen humor. Y en aquella ocasión sacó una foto de Marcelino en París, frente a Montmartre o Nôtre Dame, no sé, y le puso la foto enfrente a Gutiérrez Barrios y le dijo: “Ah, quiero un boleto a Barcelona vía París, porque voy a visitar a Marcelino”. Y la sorpresa de Gutiérrez Barrios fue tremenda; él pensaba que Marcelino todavía estaba en México. Mi hermano Carlos y yo estábamos gestionando que le dieran el pasaporte para que saliera de México. Estábamos tratando que nos lo dieran sin que él tuviera que presentarse. Creían que estaba en México, pero lo que queríamos era el pasaporte para mandárselo porque había salido con el pasaporte de un amigo. Entonces la sorpresa fue... ¡Marcelino se les había escapado!

Y, bueno, el 68 marcó nuestras vidas. Nos fuimos a vivir a las colonias obreras. Estuve varios años trabajando en una imprenta que nosotros mismos pusimos. Aparentemente era una imprenta normal, que recibía trabajo comercial, pero hacíamos propaganda e imprimíamos toda clase de cosas. Más adelante me hice obrera también. Estuve varios años en fábricas organizando huelgas hasta el 92, tras la caída del muro. Ya no podíamos estirar más el sueño revolucionario. Se había acabado ese sueño. Y entonces me fui a trabajar a la Universidad. Me vine a esta casa. Me separé de mi marido. La vida volvió a cambiar otra vez. Un ciclo que se cerró y ya. Pero, sin duda, el movimiento del 68 fue crucial en la vida de una generación.

Pero sigue siendo activista. Recientemente estuvo en Irak...

Sí, estuve en Irak, pero más por una posición personal que dentro de una posición de grupo, aunque reconozco que las posiciones individuales no te llevan a nada concreto porque no tienen fuerza. Y en Irak me di cuenta más que nunca que es muy difícil la organización de la izquierda. Tanto que en Irak, cuando llegué, todo mundo peleaba con todo mundo y era imposible ponerse de acuerdo, porque los Escudos Humanos no estaban de acuerdo con Voces en el Desierto y Voces en el Desierto no estaba de acuerdo con las Brigadas Internacionalistas españolas... una cosa espantosa. Y porque, al regresar a México, vi que la guerra de Irak no era lo que nos unía. Se dieron cosas como convocar a una manifestación que se cruzara porque no querían marchar unos con otros. Y aquel fenómeno que se dio en 68, que todos sabíamos muy bien que teníamos que unirnos para ir hacia esto, ya no existe. Ahora hay posiciones muy oportunistas; se pone por delante la posición personal al objetivo que estás persiguiendo. Creo que la guerra de Irak fue para mí el cierre completo de mi participación abierta, porque no veo cómo se pueda lograr algo sin organización, sin unidad, sin compromiso.

¿Cuándo regresó su mamá a México?

Mi mamá regresó diez años después, en 78, a verme a mí, a los niños. Durante ese

tiempo, pedimos varias veces permiso para que regresara y le fue negado. Siempre Gutiérrez Barrios. Mi madre se quedó en Barcelona. Con mucho trabajo empezó a hacer su vida y murió ahí.

¿Quién era él?

Cuando el 68, Gutiérrez Barrios era director de la Federal de Seguridad. Él fue el responsable tanto de las torturas a los presos del 68 como de las torturas y asesinatos de todos los guerrilleros de los setenta. Era la mancuerna perfecta de Echeverría. Y Nassar Haro, el torturador —ése sí torturaba personalmente— era el tercer miembro de ese triángulo de asesinos. Creo que son los mayores asesinos de la segunda mitad del siglo xx en este país. Curiosamente, Luis Echeverría todavía es tratado con respeto. Hay gente de izquierda que le dice “Don Luis”. Y me pregunto si se les ha olvidado que cuando detenía a un guerrillero lo mataba a mansalva. Porque no es que los mataran en combate. Obviamente en combate muere el que le toca y ya. No. Una vez que eran detenidos, una vez que eran torturados salvajemente, los mataba y los desaparecían. Fueron un trío de asesinos monstruosos y para mucha gente no se ha aclarado realmente hasta dónde llegaron. Creo que pueden estar a la altura de Pinochet y todos estos dictadores. Pero Echeverría era muy astuto. Él liberó a los presos políticos y habló de la apertura democrática y ¡todo mundo se lo creyó! Todo mundo se hizo un poco el sordo y ciego ante la infamia que estaba cometiendo.

¿Torturaron también a su esposo?

Sí, lo torturaron. Sí, feo. Lo torturaron tres veces en tres diferentes instancias, cada vez peor. Y Nassar Haro estaba ahí, y cuando les aplicaban toques en los genitales estaba ahí. Nassar Haro es un tipo absolutamente enfermo. Fueron épocas muy duras y hasta la fecha hay una gran confusión en ese aspecto. Es increíble que todavía no quede claro, después de tanta investigación. Es tan evidente lo que se hizo. Está Rosario [Ibarra de Piedra]...

Efectivamente, de los sesenta difícilmente vas a encontrar que haya desaparecidos. Los desaparecidos son de los setenta. De hecho, pienso que murió poca gente en Tlatelolco. Fue muy grande el escándalo pero murió poca gente, mientras que en los setenta fue muy callado y murieron cientos y cientos.

¿Cuánto tiempo estuvo su hermano en la cárcel?

A mi hermano Carlos lo tuvieron tres o cuatro días. A él no lo torturaron. Como era un respetable investigador del IPN, creían que era fácil que les dijera dónde estaba mi hermano. Tuvimos otro encuentro con la policía, pero fue incluso muy divertido. La verdad es que yo era muy joven y muy audaz. Entonces, en Navidad, el 23 de diciembre del 68, decidí hacer una buena comida para los presos y llamé a mi cuñada, la esposa de mi hermano mayor, y le dije: “Oye, acompáñame al mercado de

San Juan a comprar las cosas para Navidad”, y me dijo: “Bueno, ¿dónde nos vemos?”. “Nos vemos en casa de mi mamá”. El departamento todavía estaba ahí y mamá tenía un inquilino. Y el único que vivía en la casa era el inquilino. Entonces pasé a casa de unos amigos a rescatar una maleta llena de propaganda que consideré que ya no era tan necesario esconder, pues ya estaba preso mi marido. Y llegué a casa de mi mamá con la maleta. Encontré a mi cuñada en la calle y le dije: “Déjame poner la maleta en casa de mi mamá y luego nos vamos al mercado”. El huésped que vivía en la casa trabajaba ahí mismo, abajo del edificio, en una tienda. Entré y le dije: “Don Juan, ¿me presta las llaves?”, y me dijo: “Se las acabo de prestar a tu hermano Carlos. Bueno, se las presté hace una hora. Ya se tardó mucho”. “Ah, bueno, debe estar arriba”. Entonces subimos, tocamos y no salió nadie. Bajamos y le dijimos: “Oiga, no está mi hermano”. Y dijo: “Caramba, ¡se ha llevado mis llaves! ¡Y tiene las llaves de la tienda también!”. Pensamos que se había olvidado regresar las llaves. Y de pronto vi que llegaba un coche lleno de hombres, y entre los hombres estaba mi hermano Carlos. Y le dije a mi cuñada: “¡Mira a tu marido con sus amigotes de siempre!”. Y nos acercamos al coche y Carlos bajó pálido, y dijo: “Los señores de la Federal de Seguridad...”. Y recuerdo que dije en voz alta: “¡La maleta!” y que eché a correr hacia el edificio pero con las llaves en la mano. Toqué en otro departamento, le di la maleta a una vecina y subí a casa de mi mamá con las llaves que me había dado mi hermano, y llamé por teléfono a muchos amigos avisando que querían detener a mi hermano mayor. Después bajamos y mi hermano estaba rodeado de policías. Y los policías me decían: “¿Por qué se fue?”. “Pues es que fuimos a avisar que ustedes están deteniendo a mi hermano”. “No era necesario, no había por qué molestarse”. Y empezamos a hablar —una cosa muy rara, como de Kafka—, ellos diciendo que sólo querían tener una plática agradable, tomarse un café con mi hermano, y yo, un poco insultándolos y diciéndoles que eran represores y que lo querían encerrar, etcétera. Y al final se fueron y nos quedamos los tres, mi hermano, mi cuñada y yo, a mitad de la calle, ¡sin entender qué estaba pasando!

¿Vino la policía alguna vez a su casa?

No, a la mía no llegó. La tenían vigilada pero nunca entraron. Sólo a la de mi mamá y a la de mi hermano Carlos entraron. Y vigilaban mucho la escuela donde mi mamá trabajaba. Pero Marcelino tiene muchas historias en las que se salvó de la policía por casualidad. Era una policía ingenua hasta cierto punto. Mientras yo iba al edificio a dejar la maleta, me contó luego mi hermano que decían: “¿Las detenemos, jefe?”. “Sí... no... bueno, pregunte por teléfono”. No había celulares, ¡entonces iban al teléfono de la calle a echar el dinero para preguntar qué hacían con nosotros! Era muy raro, y cuando supieron que le habíamos avisado a investigadores de la Universidad y del IPN, ¡prefirieron no detenerlo! ¡Muy raro, muy raro!

Gracias.

DEBORAH DULTZIN

Nació en 1945. Obtuvo su licenciatura en física en la UNAM, su maestría en astrofísica en la Universidad Estatal de Moscú M.V. Lomonosov y su doctorado en la Universidad de la Sorbona en París. Desde 1973 se desempeña como investigadora asociada en el Instituto de Astronomía en la UNAM, y actualmente como profesora de tiempo completo. Ha publicado más de cien artículos, reseñas y libros en el campo de la astrofísica internacional. Se especializa en los agujeros negros dentro del núcleo de las galaxias.

¿Se puede presentar por favor?

Mi nombre es Deborah Dultzin. Soy astrónoma. Trabajo en el Instituto de Astronomía de la UNAM.

¿Qué edad tenía en el 68?

Tenía 23 años y había terminado mis estudios de licenciatura en Física en la UNAM. Es interesante que el día que tuve que defender mi tesis fue el día en que todo comenzó: el 26 de julio. Esa noche, después de mi examen, había una fiesta en mi casa para celebrar. Ya era muy tarde y no había llegado nadie. Y después, ya muy tarde, comenzaron a llegar las primeras personas. Abrí la puerta y todos estaban sangrando. Estaban llegando de una manifestación y habían sido golpeados por la policía. ¡Fue más o menos así como comenzó todo!

¿Todavía vivía en casa de sus padres o vivía por su cuenta?

No, vivía en casa de mi madre.

¿Tenía una formación política o simplemente se fue metiendo?

Para nada. ¡Oh, no! En realidad mis padres son inmigrantes. Mi madre llegó a México de Polonia a los siete años de edad. Mi padre llegó de Rusia a los quince. La familia de mi padre era una judía tradicional. Mi abuelo había sido rabino. La familia de mi madre era más liberal. Mi madre es artista. Pinta. Crecí en una escuela judía en una comunidad judía. Mi otro abuelo, mi abuelo materno, hizo una fortuna, de modo que nací en el seno de una familia judía rica. Fui educada como una princesa judía. Fui hija única, totalmente burguesa. Siempre quise ser astrónoma, por lo que ingresé a la Universidad para estudiar Física. Comencé a hacer amistades —por cierto, principalmente con Marcelino—, y creo que en tres microsegundos me volví comunista. ¡Sucedió tan rápidamente! Los pobres, principalmente los niños, siempre me causaron una gran impresión. Tuve una relación maravillosa con mi niñera, que era una empleada nuestra que venía de una familia muy pobre. Fue tan buena conmigo, y todos los empleados en mi casa eran gente muy amable y cariñosa. México es —todavía hoy, lamentablemente—, un país de increíbles contrastes. Siempre pensé que era muy injusto que hubiera niños ricos como yo que lo tenían todo y niños en la calle sin hogar que no

tenían nada. Siempre fui muy sensible a esto. Así que cuando encontré otras personas que pensaban como yo fue como magia. Juntos comenzamos a estudiar el marxismo. No lo sé, ¡simplemente eran los tiempos! La época de la revolución cubana y la guerra de Vietnam, que nos quedaba más lejos, pero de todos modos... Me gustaba la astronomía y la música, y los mejores científicos y músicos eran de la Unión Soviética.

¿Realmente se unió a las Juventudes Comunistas?

Sí, lo hice como medio año después de entrar a la Universidad. Era un secreto. Eran clandestinas. El Partido Comunista era ilegal. No recuerdo quién me invitó. No fue Marcelino, porque entré antes que él. Era una célula muy pequeña.

¿Cuál fue la razón personal más importante para unirse al movimiento?

La razón principal fue mi tendencia de izquierda. Pensaba que era una forma de combatir la injusticia, aunque la causa inmediata fue que nos estaban reprimiendo mucho. El gobierno era muy autoritario. Además, siempre fui muy rebelde, así es mi carácter. Y entonces las cosas se complicaron muy rápidamente. Pedimos libertad para manifestarnos en las calles y nos reprimieron. Ni siquiera nos podíamos reunir para discutir. Era una espiral. Claro que para entonces estaba estudiando marxismo y pensé que era una manera de comenzar algo. Para mí era más que un movimiento estudiantil. A decir verdad, estaba pensando en términos de una revolución proletaria, un movimiento de liberación.

¿Cuál fue su participación? ¿Trabajaba en un comité de lucha, en una brigada?

Trabajaba en las brigadas pero no tenía un papel protagónico. Era simplemente una brigadista más. Pero evidentemente como miembro de las Juventudes Comunistas era muy activa. Iba a los mercados y a las fábricas y hablaba con los obreros y la gente en la calle. Como ya había terminado mis estudios y estaba esperando la respuesta a una solicitud de estudios de posgrado en el extranjero, dediqué todo mi tiempo a estas actividades.

¿Puede describir una de estas acciones, por ejemplo, cuando iban a los mercados?

Aunque —como te estaba diciendo— yo quería ir más allá, el movimiento estudiantil no era comunista, ni siquiera era un movimiento de izquierda. Exigíamos libertad de expresión. Y en aquel tiempo había varios presos políticos que eran muy conocidos, personas que había participado en movimientos sociales, en grandes huelgas de obreros como las huelgas de los ferrocarrileros y los mineros. Además, varios miembros del Partido Comunista estaban encarcelados por sus ideas políticas. Estábamos en contra de esto. Imprimíamos propaganda e íbamos a los mercados para explicar por qué estábamos tan enojados, por qué la policía no debería tener la libertad de reprimir a los estudiantes, que la gente no debería ser encarcelada por su manera de

pensar. Entablábamos discusiones con la gente, en una especie de mítines organizados espontáneamente. Y, claro, después nos reuníamos a discutir en la Escuela de Física y comenzamos a darnos cuenta que la gente estaba organizada en todas partes, en el IPN, en la Universidad Agrónoma. Muy pronto se convirtió en un movimiento nacional. Muchos de nuestros profesores comenzaron a apoyarnos, así como artistas, escritores, incluso el rector de la Universidad.

¿Estaba en CU cuando el ejército la tomó?

Sí, estaba ahí, pero estábamos en la Facultad de Ciencias, que está ubicada en un extremo de la Universidad, y el ejército entró por el otro lado. Así que nos advirtieron con tiempo que estaban llegando y salimos corriendo.

¿Sus padres sabían que estaba participando en el movimiento?

Mi padre ya no vivía en México porque mis padres se habían divorciado cuando yo tenía diez años. Mi padre fue a Israel y se volvió un sionista muy importante. De modo que yo vivía con mi madre y, sí, mi madre sabía, no desde el principio, pero sabía. Y esto es algo muy importante: por supuesto que no le gustaba, principalmente porque tenía miedo, y esto nos sucedía a muchos. Así que una de las cosas importantes que organizamos fueron conferencias para los padres. No era fácil para cada uno de nosotros ir a casa y explicarles. Por ejemplo, a mi madre que era una linda señora judía. De modo que reunimos a los padres en el auditorio y les explicamos lo que sucedía y por qué estábamos luchando. Mi madre, por supuesto, siempre tuvo miedo, pero me apoyó. Y casi todos los padres, diría que todos, nos apoyaron y se convencieron de que teníamos la razón. ¡Claro que mi madre no sabía que yo era comunista! ¡Eso hubiera sido demasiado para ella!

También había un grupo de padres que se organizó...

Sí, muchos padres se volvieron activistas. Mi madre obviamente no, pero muchos. Y todos hablaban sobre el movimiento. Era el tema principal de conversación en todas partes. Y no sólo entre los padres, sino entre la gente común en las calles.

En el 68 los estudiantes pasaban la noche en la Universidad; hasta las mujeres estaban "viviendo" ahí. Eso era en sí casi una revolución...

¡Imagínate! ¡Ni siquiera nos permitían vestir pantalones en el salón de clases! Los sábados, por ejemplo, teníamos clases en la mañana y después de clases íbamos al baño y cambiábamos la falda por los pantalones. ¡Obviamente yo no era de las que se quedaba a pasar la noche porque a mi madre le hubiera dado un infarto! Pero sí, así sucedieron las cosas.

¿Puede describir el ambiente en la Ciudad Universitaria?

El ambiente en la Ciudad Universitaria era muy festivo. Por primera vez, para muchos de nosotros, era posible ser libres, pasar mucho tiempo con otros jóvenes, discutir. Era la primera vez que podías decir lo que querías, lo que pensabas, sin importar qué. Y en verdad, nunca he escuchado ni visto discusiones más interesantes y bien organizadas. Por lo menos así era en la Facultad de Ciencias. No podía entrar cualquiera al auditorio. Teníamos que mostrar nuestra credencial para demostrar que estudiábamos ahí. ¡Éramos tan ordenados! Solíamos pedir la palabra. Había una lista y cada quien llegaba y decía lo que pensaba en un ambiente de silencio. ¡Una discusión tan razonable y abierta nunca se podría dar, digamos, entre legisladores! Tan respetuosa. Todos ponían atención. Era muy interesante. Al mismo tiempo era festiva. Tomamos la cafetería y preparábamos nuestras comidas. Todo era colectivo. ¡Estábamos realmente felices!

¿Usted también pronunció discursos?

¡Claro, me encanta hablar! ¡Estaba tan convencida! Mis dos amigas Toña [Antonia Candela] y Rosa Luz [Alegría] eran entonces mis amigas más cercanas. A Toña en particular le gustaba hablar. Rosa Luz era la novia de Marcelino y tiene una historia interesante porque fue la primera mujer en tener una secretaría de estado en el país. Fue una experiencia muy fuerte y muy especial que creo que cambió la vida de todos para siempre, no sólo en sentido político, sino en todos los sentidos.

¿Cree que a las mujeres se les permitía expresar sus opiniones en igualdad con respecto a los hombres?

Sí. Creo que esto era muy distinto a la manera en que nos sentíamos, por ejemplo, en nuestras familias. Mi familia era relativamente liberal y, sin embargo, las mujeres eran las mujeres y los hombres, hombres. Para las mujeres que participamos en el movimiento, creo que nos sentimos iguales por primera vez en nuestras vidas. Cambió nuestras vidas para siempre.

¿Por qué cree que hubo tan pocas mujeres líderes?

Porque, para comenzar, había pocas mujeres estudiantes. La proporción de mujeres y hombres era muy dispar. No sé en otras partes, pero en la Facultad de Ciencias, una de las facultades más importantes, había muy pocas mujeres, incluso en la Facultad de Economía. Había pocas mujeres en la Universidad y obviamente menos en el IPN. Había muy pocas “carreras para mujeres”.

¿Fue a Tlatelolco?

Fui a todos los mítines y manifestaciones, pero no fui a Tlatelolco porque el 2 de octubre estaba empacando mis maletas. Había solicitado una beca para continuar mis

estudios de posgrado en la mejor universidad de astrofísica, la Universidad Estatal de Moscú. La beca era parte de un intercambio oficial de estudiantes entre el gobierno soviético y el mexicano. En aquel entonces estaba viviendo en casa de un pariente. Me había mudado un mes antes, un día de septiembre, porque tenía miedo. Nos estaban buscando a todos, particularmente a los comunistas. Entonces, llegó la carta de aceptación diciendo que tenía que estar en Moscú lo antes posible y me fui de México el 3 de octubre. Me enteré de lo que había pasado la noche anterior leyendo el periódico en el avión.

¿Qué significó para usted personalmente el fin trágico del movimiento, ya que en realidad ninguna de las demandas estudiantiles fue cumplida?

Para mí, personalmente, fue terrible. Pero déjame decirte: no fue una tragedia. ¡Porque, evidentemente, pensaba entonces que con el tiempo ganaríamos! Siempre fui comunista. Todavía soy comunista y no me avergüenza decirlo. Soy marxista. Claro que no soy estalinista, obviamente, pero creo que Marx fue un visionario y muchas de sus ideas se aplican ahora más que nunca. Sé que soy una especie de dinosaurio; nosotros los marxistas somos una especie en vías de extinción, y sé que ya no está de moda. En aquel entonces era tan optimista. Pensaba que habíamos perdido una batalla pero que íbamos a ganar la guerra. Ahora soy pesimista. ¡Ahora vivimos una tragedia! Ahora estoy convencida de que nunca vamos a ganar. Ahora estoy convencida de que el dinero y el capitalismo en su peor y más salvaje forma están dominando el mundo. De modo que ahora vivimos la tragedia. No me daba cuenta de esto en aquel entonces.

¿Cuánto tiempo se quedó en Moscú? ¿Qué le pareció la experiencia?

Estuve ahí cuatro años. Bien, déjame decirte: yo era —en realidad, soy— ingenua y simple. Casi todo lo que vi me gustó. No me metí a estudiar Derechos Humanos. Mi tiempo lo dediqué a aprender ruso, a la astronomía, la música y las fiestas. Estaba estudiando en la mejor escuela, rodeada de los mejores científicos; mi supervisor era el profesor de astrofísica relativa más reconocido en el mundo, el profesor Yakov Borisovich Zeldovich; y podía ir a los mejores conciertos del mundo. Vivía en una residencia para estudiantes, rodeada de jóvenes de todas partes del mundo. Tenía un cuarto muy pequeño y tenía que compartir el baño y la cocina, pero no me importaba. Lo que vi, me gustó: no vi gente pobre en las calles. Todos tenían más o menos la misma calidad de vida, escuelas buenas y gratuitas, seguro social. Lo peor que vi fueron personas que vivían en departamentos comunales, pero vivían cómodamente con electricidad, gas, teléfono y calefacción gratuitos. Tenían muchos libros, todos tenían televisiones e incluso *datchas*, casas de campo. Nadie tenía automóvil. Yo no tenía automóvil pero no sentía entonces que lo necesitara.

Perdí contacto con mucha gente en México pero sabía, por ejemplo, que uno de mis amigos, Renán [Cárdenas], había sido arrestado y encarcelado. Estaba muy

enfermo. Tenía problemas del corazón e iba a morir en la cárcel, pero como no querían mártires lo liberaron y lo pusieron en un avión rumbo a Suecia. Supe que Marcelino había escapado y estaba en Francia, y sabía de otros amigos que estaban en la cárcel. Cuando regresé a México de vacaciones dos años más tarde en 1971, fui a visitar a mis amigos en la cárcel.

¿Qué fue de su novio?

Su nombre era Eduardo Blaisten. Lo apodamos “Che” porque era argentino. Era un amigo cercano de Marcelino. Me siento un poco culpable porque cuando nos conocimos no le interesaba la política para nada, y Marcelino y yo más o menos lo metimos en ella. Se metió muy rápidamente y nos “rebasó”. Se unió a la guerrilla en 1971. Se unió al movimiento armado del Partido Comunista, la Liga 23 de Septiembre, y nunca supimos ni oímos más de él. Simplemente desapareció. Fue uno de los muchos desaparecidos de la guerra sucia.

En el 68 tuvo siempre mucho cuidado porque era extranjero y los extranjeros, según la ley —creo que todavía es igual hoy en día— no pueden participar en movimientos políticos en México. De modo que tuvo mucho cuidado y mantuvo un perfil bajo excepto en la Universidad, donde todos nos conocíamos.

¿Cómo se comunicaba con él durante el movimiento?

Bueno, era muy difícil. Yo estaba viviendo en casa de un pariente en la que pensaba que el teléfono no estaba intervenido, y él vivía en la casa de un conocido en la que pensábamos que no estaba intervenido el teléfono, y nos comunicábamos por teléfono. Éramos unos idiotas.

¿Cuándo lo vio por última vez?

Lo vi por última vez cuando regresé de visita en 1971. Cuando regresé de Moscú en 1973 ya sabía yo que estaba desaparecido y nadie sabía dónde estaba. Marcelino me dijo que en una ocasión su hermano Carlos recibió la visita de Eduardo. Estaba muy preocupado, y en muy mal estado. Llegó al departamento de Carlos y dijo: “¡Escóndeme! ¡Escóndeme, necesito protección! Todos me están buscando. ¡Me quieren matar!”. Carlos respondió: “Por supuesto, por supuesto.” Eduardo no había estado en contacto con su familia durante tres años, de modo que sabían que algo andaba mal. Le dijo a Carlos: “Soy de la Liga 23 de Septiembre. Está totalmente infiltrada por la policía y la CIA. La otra mitad me está buscando porque piensan que soy un traidor.” Carlos dijo: “¡Espérame aquí, no te muevas! Por favor, no te muevas. Voy a salir por dinero para darte y ver si te puedo esconder en un lugar más seguro. No le abras la puerta a nadie.” Y esa fue la última vez que alguien vio a Eduardo porque, cuando Carlos regresó, él ya se había ido. Nadie lo volvió a ver. Tenía poco más de veinte años. Mantuve contacto con sus padres por mucho tiempo, incluso después de que me casé.

Yo quería mucho a sus padres. Cuando murió su padre, publicaron un anuncio en el periódico por si lo leía. Pasó el tiempo, pero por supuesto no apareció. Su foto está en la lista de desaparecidos de los setenta.

Y ese es el otro lado de la “apertura democrática” de Echeverría...

Ya sabes lo que pasó en el 71. Esos fueron los tiempos de la guerra sucia. Desaparecieron a mucha gente. Por lo que, sí, fue realmente muy relativa. Es relativa incluso hoy en día, obviamente.

Mi última pregunta: ¿Cuál piensa que es la importancia del 68?

No te puedo decir acerca del resto del mundo ya que no soy política ni socióloga, pero en este país el 68 fue increíblemente importante. Creo que fue el comienzo de la democracia en este país, aunque no se dio de manera repentina. Pero fue el inicio de un cambio. Eventualmente, se cambió la ley de los presos políticos; todos los partidos, incluyendo el Partido Comunista, fueron legalizados. Poco a poco muchas cosas cambiaron. Pero creo que más que nada cambió la mentalidad de la gente. La gente entendió que puedes luchar y que debes luchar y que es importante alzar la voz. Por lo menos para mi generación, caray, ¡lo cambió todo!

Gracias.

CRONOLOGÍA

22 DE JULIO

Se registra una pelea entre los estudiantes de las vocacionales 2 y 5 del Instituto Politécnico Nacional (IPN) y de la Preparatoria Isaac Ocho-terena, incorporada a la Universidad Nacional Autónoma de México (UNAM), en la Ciudadela.

23 DE JULIO

Continúa el pleito. Intervienen los granaderos contra los estudiantes de las vocacionales, de forma violenta. Pese a que irrumpen en el edificio de la Vocacional 5, el general Luis Cueto, jefe de la Policía Preventiva del Distrito Federal, niega la agresión.

26 DE JULIO

Una manifestación que conmemora la revolución cubana confluye con otra organizada por la Federación Nacional de Estudiantes Técnicos (FNET), que protestan por la intervención en la Ciudadela. Ambas son duramente reprimidas por la policía, que encuentra resistencia en diversos puntos del Centro Histórico.

27 DE JULIO

Los estudiantes toman las preparatorias 1, 2 y 3 de la UNAM. Eduardo de la Vega y otros miembros del Partido Comunista son detenidos en la sede del Partido, invadida por la policía el día anterior.

28 DE JULIO

Los representantes estudiantiles de la UNAM y del IPN se encuentran en la escuela de Economía del IPN para discutir las posibilidades de organizar una huelga y discutir las demandas.

29 DE JULIO

Policía y ejército ocupan planteles escolares de la Preparatoria Nacional y del IPN en el centro de la ciudad. La puerta principal de la Preparatoria 1, de origen colonial, es destruida con un disparo de bazuca. El secretario de Defensa, Marcelino García Barragán, niega este hecho acusando a los jóvenes de causar los destrozos con bombas molotov.

30 DE JULIO

Se suspenden las clases en las escuelas dependientes de la UNAM y el IPN. En la Ciudad

Universitaria, el rector Javier Barros Sierra iza la bandera a media asta, en protesta por la violación a la autonomía. El regente de la ciudad, Alfonso Corona del Rosal, promete liberar las escuelas "de no haber más enfrentamientos". Se generaliza la huelga en la UNAM, el IPN, la Normal Superior, Chapingo, la Universidad Iberoamericana, el colegio La Salle, El Colegio de México, las escuelas del INBA y algunas universidades de provincia. La policía sale de la Preparatoria 5.

1 DE AGOSTO

El rector Javier Barros Sierra encabeza una manifestación en defensa de la autonomía universitaria. Mientras tanto, el presidente Díaz Ordaz pronuncia un discurso en Guadalajara en el que lamenta los acontecimientos recientes y ofrece su "mano tendida" a quien quisiera estrecharla.

2 DE AGOSTO

Se crea el Consejo Nacional de Huelga (CNH), formado por estudiantes de las instituciones en paro. Se publica un desplegado de 26 directores del IPN y escuelas en apoyo a los estudiantes.

5 DE AGOSTO

El IPN organiza una manifestación masiva en la cual su director, Guillermo Massieu, no participa. Los profesores del IPN crean el Comité de los Profesores pro Libertad Democrática que apoya las demandas de los estudiantes.

8 DE AGOSTO

El CNH propone su pliego petitorio de seis puntos. Sus demandas son:

1. Libertad a los presos políticos.
2. Derogación del artículo 145 y 145 bis del Código Penal Federal, que condena el delito de disolución social un crimen frecuentemente atribuido a presos políticos.
3. Extinción del Cuerpo de Granaderos.
4. Destitución de jefes policiales, los generales Luis Cueto Ramírez y Raúl Mendiola, y el teniente coronel Armando Frías.
5. Indemnización a los familiares de los muertos y heridos desde el inicio del movimiento.
6. Deslindamiento de responsabilidades de las autoridades.

13 DE AGOSTO

Se realiza la primera manifestación estudiantil al



Zócalo, que parte del Casco de Santo Tomás y es encabezada por la Coalición de Profesores. Cerca de 150 mil personas exigen el cumplimiento del pliego petitorio.

16 DE AGOSTO

Inicia el movimiento de brigadas, al tiempo que se integra la Alianza de Intelectuales, Escritores y Artistas.

22 DE AGOSTO

El secretario de gobernación, Luis Echeverría, ofrece un "diálogo franco y sereno" con representantes estudiantiles. El CNH acepta la propuesta, a condición de que el diálogo se realice en presencia de la prensa, la radio y la televisión.

27 DE AGOSTO

Se realiza una manifestación desde el Museo de Antropología hasta el Zócalo donde se iza una bandera rojinegra a media asta. Se vota la propuesta de establecer una asamblea permanente hasta que se acepte el diálogo público. En la madrugada, los estudiantes son desalojados violentamente por el ejército.

28 DE AGOSTO

El gobierno realiza un "acto de desagravio" a la bandera nacional al que asisten trabajadores al servicio del Estado. Grupos de estudiantes, que realizaban mítines relámpago, se mezclan con los burócratas. El acto finalmente es disuelto por carros blindados y tropa de infantería. Regresando de la manifestación, el profesor Heberto Castillo es golpeado a las puertas de su casa y se refugia en Ciudad Universitaria.

1 DE SEPTIEMBRE

En su IV Informe de Gobierno, el presidente Díaz Ordaz amenaza con sofocar el movimiento estudiantil: "Hemos sido tolerantes hasta excesos criticados; pero todo tiene un límite y no podemos permitir que se siga quebrantando el orden jurídico, como a los ojos de todos ha venido sucediendo."

7 DE SEPTIEMBRE

El CNH celebra un mitin de 25 mil personas en Tlatelolco rechazando la propuesta del gobierno por un "diálogo público pero sin exhibicionismo".

9 DE SEPTIEMBRE

El rector Barros Sierra hace un llamado a la comunidad para volver a clases, sin renunciar a los fines del movimiento.

13 DE SEPTIEMBRE

Se celebra una manifestación silenciosa a lo largo del Paseo de la Reforma. 250 mil personas marchan en completo silencio, exponiendo con carteles y tapabocas el rechazo a los calificativos de "provocadores y revoltosos" con que se los había calificado.

18 DE SEPTIEMBRE

Alrededor de las 10 de la noche, el ejército ocupa Ciudad Universitaria. Son detenidas cerca de 500 personas.

19 DE SEPTIEMBRE

El rector Barros Sierra protesta por la ocupación militar, a la cual califica como un "acto excesivo de fuerza".

20 DE SEPTIEMBRE

Javier Barros Sierra presenta su renuncia como rector después de ser culpado por la violencia ejercida en la UNAM. Dice, "los problemas de los jóvenes sólo pueden resolverse por la vía de la educación, jamás por la fuerza, la violencia o la corrupción". Varias instituciones y personalidades cercanas a la Casa de Estudios rechazan la renuncia y le demandan retornar a la Rectoría.

24 DE SEPTIEMBRE

El ejército ocupa el Casco de Santo Tomás, después de una lucha de varias horas con los estudiantes que lo ocupaban, durante la cual muchos son heridos y detenidos y algunos muertos.

26 DE SEPTIEMBRE

Javier Barros Sierra retoma la rectoría de la UNAM y exige la salida del ejército de sus instalaciones.

30 DE SEPTIEMBRE

El ejército desocupa la Universidad.

1 DE OCTUBRE

Se reanudan labores de investigación, administración y, parcialmente, las de difusión cultural en CU. El CNH decide continuar la huelga escolar y convoca a un gran mitin en la Plaza de las Tres Culturas.

2 DE OCTUBRE

Se celebra un mitin en la Plaza de las Tres Culturas en Tlatelolco. Tras una señal luminosa se desencadena un tiroteo que deja un número indeterminado de muertos y heridos. Cientos de estudiantes son detenidos e incommunicados. Los días siguientes, la prensa local reporta principalmente los números oficiales. Entre el 3 y el 4 de octubre, el Heraldo de México publica cuatro artículos acerca del evento. Uno menciona que fueron cerca de 30 muertos. En el mismo periódico, Elena Poniatwoska reporta que el encuentro sangriento llegó a 26 muertos y 71 heridos. El 3 de octubre, El Universal anuncia 29 heridos y 80 muertos, y cerca de mil encarcelados. El 4 de octubre, el mismo periódico anuncia que la sangrienta masacre fue un acto necesario para contener unos incitadores extranjeros en el mitin. El 5, El Universal justifica y apoya a las preocupaciones del gobierno ante la amenaza comunista. El Excélsior anuncia también el número oficial (20 muertos, 75 heridos, y 400 detenidos).

9 DE OCTUBRE

El CNH responsabiliza al Gobierno federal por los sucesos de Tlatelolco y afirma que no obstaculizará el desarrollo de los Juegos Olímpicos, estableciendo la tregua Olímpica.

12 DE OCTUBRE

Se inauguran los xix Juegos Olímpicos en el estadio de Ciudad Universitaria.

26 DE OCTUBRE

Son liberados 63 estudiantes. Quedan 165 inculcados en Lecumberri.

29 DE OCTUBRE

El ejército desocupa las instalaciones del IPN ubicadas en el Casco de Santo Tomás.

4 DE NOVIEMBRE

Asambleas estudiantiles del IPN y la Universidad deciden mantener el paro hasta que se obtenga solución al pliego petitorio.

4 DE DICIEMBRE

El CNH acuerda levantar la huelga estudiantil. El paro duró 130 días.

6 DE DICIEMBRE

Se disuelve formalmente el CNH.

GLOSARIO

Batallón Olimpia Fuerza de élite a cargo de la seguridad durante las olimpiadas.

CNED Confederación Nacional de Estudiantes Democráticos.

Comité 68 Pro Libertades Democráticas, A.C. Fundada por Raúl Álvarez Garín, es una asociación civil que reclama cargos legales a los responsables de la masacre de Tlatelolco, condena la corrupción en la política mexicana y apoya la acción civil. También tiene el archivo más extenso sobre el 68 en México.

Para más información, véase a su sitio Internet: <http://mx.geocities.com/comite68ac/>.

CU Ciudad Universitaria. El campus de la UNAM, conocido como Ciudad Universitaria, fue construido en la ciudad de México entre 1950 y 1952. Junto con el IPN, fue uno de los centros operativos del movimiento estudiantil.

Dirección Federal de Seguridad Acusada de haber sido unas de las herramientas apoyada por la CIA en contra de los grupos izquierdistas durante la guerra sucia de los sesenta y setenta.

ESIME Escuela Superior de Ingeniería Mecánica y Eléctrica. Fue creada en 1856 en el IPN.

FNET Federación Nacional de Estudiantes Técnicos. Fundada en 1937 como una organización progresista, después se transformó en un instrumento de control contra los estudiantes.

IPN Instituto Politécnico Nacional. Fundada en 1936 durante la presidencia de Lázaro Cárdenas.

Lecumberri La cárcel para hombres de 1900 a 1976 en la ciudad de México. Desde 1980, alberga el Archivo General de la Nación, en donde se encuentra un archivo extenso sobre el 68.

Liga Comunista 23 de Septiembre Movimiento de guerrilla urbana marxista-leninista que emergió en México a comienzos de los años 70.

Luis Echeverría Álvarez (1922) Fue el secretario de Gobernación en 1964 bajo el presidente

Díaz Ordaz. Se le ha sospechado de haber orquestado la matanza del 2 de octubre bajo el mismo presidente. El 8 de noviembre de 1969, fue designado candidato a la presidencia de la República por el PRI y electo el 5 de julio de 1970, cargo que asumió hasta el final de su mandato en 1976. El 29 de noviembre de 2006, el magistrado Ricardo Paredes Calderón le decretó auto de formal prisión por el delito de genocidio por las matanzas de estudiantes en 1968 y 1971, pero unos meses después un tribunal federal le concedió la suspensión definitiva del auto.

Tlaxcoaque y 20 de Noviembre, una calle en el Centro de la ciudad de México Tambiénera el cuartel de la Dirección de Investigaciones para la Prevención de la Delincuencia (DIPD).

UNAM Universidad Nacional Autónoma de México. Fue fundada en 1551 como la Real y Pontificia Universidad de México. Se inauguró como la Universidad Nacional de México en 1910, y se le concedió la autonomía en 1929.



MURO Movimiento Universitario de la Renovación Orientadora. Movimiento estudiantil de derecha, una fiera organización anticomunista que proveía grupos de choque a los Halcones y a otros escuadrones paramilitares.

PAN Partido Acción Nacional. Este partido político conservador y democristiano fue fundado en 1939 y fue uno de los partidos de oposición durante los 71 años de régimen priísta. Ha estado en el poder desde 2000, cuando Vicente Fox ganó la presidencia. El actual presidente de México, Felipe Calderón, es del PAN.

PEMEX Petróleos Mexicanos. La empresa paraestatal de petróleo.

POCM Partido Obrero Campesino Mexicano. Fue fundado entre 1949 y 1950 por ex miembros del Partido Comunista Mexicano (PCM).



PRD Partido de la Revolución Democrática. Fundado en 1989 como una coalición de varios partidos pequeños de izquierda.

PRI Partido Revolucionario Institucional. Fundado después de la revolución mexicana como el Partido Nacional Revolucionario, estuvo en el poder por más de 70 años.

PSUM Partido Socialista Unificado de México. Uno de los partidos mexicanos de izquierda que luego formó parte de la coalición del PRD.

Soldaderas Mujeres que participaron en la revolución mexicana, ya sea luchando o acompañando a los soldados.

Tlaxcoaque Prisión clandestina bajo la plaza

HEIDRUN HOLZFEIND

Nacida en 1972 en Lienz, Austria, Holzfeind estudió en la Academia de Bellas Artes de Viena y en Cooper Union, Nueva York. Vive y trabaja en Nueva York.

www.heidrunholzfeind.com

Exposiciones individuales selectas:

De Vleeshal, Middelburg; CCA, castillo de Ujazdowski, Varsovia; Sala de Arte Público Siqueiros, Ciudad de México; Galerie im Taxispalais, Innsbruck; Lado B, MUCA, Ciudad de México; Artists Space (sala de proyectos), Nueva York; W139, Amsterdam

Exposiciones colectivas selectas:

See this Sound, Lentos Museum, Linz; *After Architecture*, CASM, Barcelona; *PhotoCairo 4*, Cairo; *Manifesta7*, Trentino; *Documentary Fortnight exhibition*, MOMA, Nueva York; *Tiefenrausch*, OK Centrum, Linz; Festival der Regionen 2007, Upper Austria; *Die Blaue Blume*, Grazer Kunstverein; *After Architects*, Architekturmuseum Basel; *Every Day*, Salzburger Kunstverein; *Der Raum zwischen zwei Bildern*, Fotohof Salzburg; *Tracer*, TENT / Witte de With, Rotterdam

Ambos proyectos se presentaron en las siguientes exposiciones:

Heidrun Holzfeind: Mexico 68, Galerie im Taxispalais, Innsbruck; curaduría de Silvia Eiblmayr; 24 de noviembre de 2007 a 20 de enero de 2008

Manifesta7, Trentino; in: *Principle Hope*, curaduría de Adam Budak; 19 de julio a 2 de noviembre de 2008

Heidrun Holzfeind: Mexico 68, Sala de Arte Público Siqueiros, Mexico City; 10 de septiembre a 2 de noviembre de 2008

If you could change the world at last — 1968–2008, Goethe-Institute Dublin; curaduría de Jonathan Carroll, Barbara Ebert, Mark Garry, Georgina Jackson, Heidrun Rottke y Rolf Stehle; 15 de noviembre de 2008 a 17 de enero de 2009

Heidrun Holzfeind: Mexico 68, De Vleeshal,

Middelburg; curaduría de Lorenzo Benedetti; 2 de octubre a 13 de diciembre de 2009

AGRADECIMIENTOS

La artista quisiera agradecer

a sus compañeros de entrevista Raúl Álvarez Garín, Selma Beraud, Maria Fernanda Campa Uranga, Deborah Dultzin Kessler, Rodolfo Echeverría, Silvia González Marín, Hira de Gortari, Renata von Hanffstengel, Teresa Losada, Ana Ignacia Rodríguez, Carolia Paniagua, Mercedes Perelló, Marcelino Perelló Valls, Elena Poniatowska, Patricia de los Ríos, Carlos Sevilla, Carmen Soler, Raúl Moreno Wonchee y Adriana Corona Vargas

y Karin Holzfeind, Winfried Heininger, Cuauhtémoc Medina, Jorge Reynoso Pohlenz, Silvia Eiblmayr, Karin Jaschke, Daniela Wolf, Folco Naether / Goethe-Institut Mexico, Wolfgang Kutschera / Austrian Cultural Forum Mexico, Lorenzo Benedetti, Comité 68, Alexandra Garcia Ponce, Virginie Kastel, Sonia Verjovsky, Christoph Draeger, Isabelle Dupuis, Ruth Kaaserer, Jules Spinatsch, Agnes Barley, Elisabeth Holzfeind



COLOFÓN

Concepción: Heidrun Holzfeind, Karin Holzfeind,
Winfried Heininger

Cuidado de la edición: Heidrun Holzfeind, Micah
Magee, Rene Penaloza

Traducción y corrección: Sonia Verjovsky

Diseño gráfico: Karin Holzfeind con Winfried
Heininger

Composición tipográfica: Karin Holzfeind

Litografía: Pixelstorm, Vienna

Impresión Holzhausen, Vienna

Encuadernación: Schogla, Vienna

© 2009 Kodoji Press

© 2009 Fotografía: los entrevistados, excepto
por Carlos Sevilla y Raúl Álvarez Garín: Renata
von Hanffstengel; tercera de forros: *Vista de
la Plaza de las Tres Culturas, octubre de 1968.*

Archivo General de La Nación, Fondo Hermanos
Mayo

© 2009 Entrevistas: Heidrun Holzfeind

© 2009 Texto: Jorge Reynoso Pohlenz

Todos los derechos reservados. Prohibida la
reproducción parcial o total de esta obra por
cualquier medio sin el expreso consentimiento
del editor y/o autor.

Publicado por:

Kodoji Press, Suiza

www.kodoji.com

ISBN 978-3-03747-017-6

Primera edición, 700 ejemplares

